

MEDITACIONES SOBRE LA
SANTÍSIMA VIRGEN

TOMO I

BIBLIOTHECA
JESUITARUM

TIP. CATÓLICA CASALS
— SECCIÓN DE LIBRERÍA —
CASPE, 108. - BARCELONA

IMPRIMI POTEST

JOSEPHUS BARRACHINA
Praepositus Prov. Aragoniae

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 5 de Octubre de 1911.

IMPRÍMASE

El Provicario General,
JUSTINO GUITART

Por mandado de Su Sria.

LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

MEDITACIONES

SOBRE LA

SANTÍSIMA VIRGEN

PARA USO DEL CLERO Y DE LOS FIELES

por el

R. P. A. Vermeersch, S. J.
Profesor de Teología

traducidas por el

R. P. Antonio Viladevall, S. J.

CON LICENCIA

TOMO I

Fiestas de María - Mes de María



BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
Calle Universidad, 45
MCMXII

Q. 2 38

ES PROPIEDAD

Imprenta Moderna de Guinart y Pujolar, Bruch, 63. — Barcelona

**Aprobaciones de los
Reverendísimos Señores Obispos de Bélgica**

*Carta de su Illma. Monseñor Waffelaert
obispo de Brujas*

Con gusto concedemos nuestra aprobación á la obra: **MEDITACIONES SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN PARA USO DEL CLERO Y FIELES**, por el P. Vermeersch, S. J. Así los sacerdotes como los seglares hallarán en ella, expuesto en forma piadosa, un sólido tratado de Mariología y un alimento substancial no sólo para su piedad sino también para su confianza en la Madre de Dios. Aquí encontrarán á mano los predicadores una mina fecunda para ensalzar las glorias de María é inculcar más y más al pueblo cristiano la verdadera devoción, tan necesaria como saludable, hacia la Santísima Virgen.

† G. J., *Obispo de Brujas*

Brujas, Jueves Santo 1905.

OBISPADO DE MALINAS

23 de Febrero de 1903

Muy Reverendo Padre:

Bien sé yo que el éxito de la primera edición de sus **MEDITACIONES SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN** no es para usted

una recompensa (porque espera, á no dudarle, otra mejor); mas con todo no dudo que esto no habrá podido menos de animarle. En realidad, se lo tiene usted merecido. Sus MEDITACIONES sacadas de las mismas fuentes de la Sagrada Escritura, instruyen, ilustran la piedad, y al mismo tiempo nutren y fortifican.

Mucho me han complacido también las MEDITACIONES PARA LAS FIESTAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN Y PARA LOS SÁBADOS, en las que ha logrado usted presentar, en una serie de piadosas reflexiones sobre las virtudes y grandezas de María, el plan divino de nuestra predestinación.

Reciba usted, Reverendo Padre, junto con mi felicitación, el deseo vehemente de que perdure todavía por mucho tiempo el éxito de su piadoso trabajo.

† *D. J. C. Mercier, Arzobispo de Malinas*

Aprobaciones con que fué honrada la primera edición

ARZOBISPADO DE MALINAS

Con suma edificación hemos hojeado el tomo I de MEDITACIONES SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN PARA USO DEL CLERO Y FIELES, por el R. P. Vermeersch.

Los interesantes datos que presenta el autor sobre el origen y sentido de las diferentes fiestas de la Santísima Virgen; las hermosísimas y elevadas consideraciones que propone como meditación á los hijos de María, para cada una de estas fiestas y cada día del mes de Mayo; hacen esta obra utilísima y apta en sumo grado para ilustrar las almas piadosas y alimentar en ellas una sólida devoción hacia la Madre de Dios. No dudamos recomendarla eficazmente al clero y fieles de nuestra diócesis.

† *P. L. Card. Goossens, Arzobispo de Malinas*

Malinas; 14 de Mayo de 1905.

OBISPADO DE GANTE

Recomendamos muy especialmente al clero y fieles de nuestra diócesis las MEDITACIONES SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN del R. P. Vermeersch, S. J. Son aptísimas para hacer mejor conocer, honrar é imitar á la augusta Madre del Salvador.

† *Ant. Obispo de Gante*

Gante, 1.º de Mayo de 1905.

OBISPADO DE TOURNAI

Muy Reverendo Padre:

Agradezo el regalo que me hace de un ejemplar de sus MEDITACIONES SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN y celebro esta nueva publicación. En sus trabajos sabe usted unir una solidez de doctrina verdaderamente teológica con una forma agradable, y presenta las ideas con un orden y método tal que permiten á la inteligencia seguir las con gran facilidad. Estas son las preciosas cualidades que encuentro yo en sus meditaciones. Con mucho gusto, pues, la recomiendo á todos y, de un modo especial, deseo que sean leídas y meditadas por mis queridos sacerdotes. Aquí hallarán no sólo estímulo para su devoción, sino también una vena fecunda de argumentos para hacer conocer y amar á la Virgen María que es, y será siempre, la esperanza del pueblo cristiano.

† *C. G., Obispo de Tournai*

Tournai, 7 de Mayo de 1905.

OBISPADO DE NAMUR

Muy Reverendo Padre:

Le agradezco el regalo que usted ha tenido á bien hacerme de sus MEDITACIONES SOBRE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Al publicarlas, ha hecho usted un real servicio al clero y á los fieles, porque ambos podrán sacar de ellas un mejor conocimiento de la Virgen y una piedad más ilustrada. Además, los predicadores hallarán aquí una mina fecunda para iniciar á los fieles en las fiestas de María, enseñarles su historia terrena y darles á conocer su teología y sus glorias.

Todas las almas piadosas que han saboreado sus *MEDITACIONES SOBRE EL SAGRADO CORAZÓN* querrán sin duda poseer su nueva obra. Por esta causa estoy seguro de su éxito, y además que producirá inapreciables frutos de salvación difundiendo más y más esta tan necesaria como consoladora devoción hacia la Santísima Virgen.

Esa será su mejor recompensa.

† *Th. L., Obispo de Namur*

Namur, 24 de Mayo de 1905.

OBISPADO DE LIEJA

Muy Reverendo Padre:

He recibido el libro sobre la Santísima Virgen que usted ha tenido la delicadeza de enviarme. Gracias por ello.

Después de haber leído atentamente algunas meditaciones, me asocio enteramente á la aprobación encomiástica de su Ilustrísima el obispo de Brujas. Sus consideraciones son muy instructivas, sólidamente fundadas en la teología y en las Sagradas Letras, muy edificantes y aptísimas para fomentar la piedad de los fieles, y de un modo especial para extender la devoción hacia la Santísima Virgen María.

Ha hecho usted una obra altamente meritoria.

† *M. H., Obispo de Lieja*

Lieja, 15 de Mayo de 1905.

PRÓLOGO

Este libro, modesto homenaje que el glorioso quincuagésimo aniversario de la definición dogmática moviéndonos á ofrecer á María Inmaculada, divídese en tres partes.

La primera contiene meditaciones para las fiestas de la Virgen Santísima, con una breve introducción sobre el origen y significación de cada una de ellas.

María en el Evangelio, podría ser el título de la segunda parte, destinada al mes de Mayo; puesto que en ella nos proponemos estudiar á la Madre de Dios y de los hombres en los rasgos que de su vida nos refiere el Nuevo Testamento.

La idea fundamental de la tercera parte nos la ha sugerido la Predestinación de la Augusta Madre de Dios y el plan admirable de la Providencia divina eligiendo á María y levantándola luego, por el camino esplendente de las gracias y de las virtudes, á la más alta cumbre de la gloria creada. Procuraremos con esta ocasión exponer más metódicamente las grandezas, las virtudes y las glorias de la Santísima Virgen, paralelamente con las leyes directoras del ascetismo católico.

La primera parte, pues, nos iniciará en las fiestas de María, la segunda en su historia terrena, la tercera en su teología.

Tal es el cuerpo de la obra, completado por muchos apéndices.

La costumbre de disponerse á las principales solemnidades con algunos ejercicios preparatorios, nos ha inducido á componer dos novenas de meditaciones: una relacionada con la fiesta de la Inmaculada Concepción; la otra, de uso más general, pero pudiendo adaptarse á la Asunción, trata de la Devoción á la Virgen Santísima y la manera de adquirirla.

Siguiendo las variaciones del calendario eclesiástico, muchas fiestas movibles caen en el curso del mes de Mayo. Hemos, pues, creído que algunas meditaciones apropiadas á estas solemnidades, han de hallar favorable acogida entre los fieles que hacen del mes de María un mes de fervor y espiritual renovación. Hallarán éstos, al pie del libro, meditaciones para la quincena de Pentecostés y para las fiestas del Patrocinio de San José, de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento.

En el desarrollo de las materias para la meditación, nos hemos preocupado por igual de la doctrina y de las conclusiones prácticas, á fin de conducir al lector á mayor inteligencia de la verdad y á una vida más generosamente inspirada en los principios de Jesucristo. ¿No es por ventura María no sólo Madre, sino también modelo de los cristianos?

La materia de cada meditación parécenos, en general, suficiente para varios ejercicios. Por tanto, ya una vez agotados los asuntos propuestos, podráse volver á ellos empezando por el segundo ó tercer punto.

Acompaña á cada tomo un índice general, donde se indica no sólo la página, sino también el tema de las

diferentes meditaciones, y otro índice alfabético de las principales materias.

De estas indicaciones podrá colegirse que destinamos el libro lo mismo á los predicadores, que á los fieles.

A unos y otros nos hemos esforzado en presentarles conclusiones exactas, apoyadas en razones sólidas, jamás en leyendas ó falsas interpretaciones de la Sagrada Escritura.

Un trabajo tan humilde como el nuestro no puede ciertamente aspirar á ejercer considerable influencia. No dudamos, sin embargo, en afirmar que, según la medida con que la gracia de Dios se digne asegurarle algún fruto, y según la medida con que los cristianos saquen de él mayor conocimiento de la Virgen y una piedad más ilustrada, servirá para confirmar aún la misma religión. Nuestra fe tan combatida todos los días, necesita de una doble apología: la que demuestra lo sólido de sus fundamentos, y otra más íntima y más útil á los fieles, la cual, dándola mejor á conocer, la hace al mismo tiempo amar más ardientemente y practicar con mayor fidelidad.

Esperamos asimismo, con nuestro humilde ensayo, defender eficazmente la causa de la oración mental. En vez de contentarse con consideraciones vagas é ineficaces, debería ser el tiempo de la meditación la hora preciosa de la formación personal del cristiano, la hora de crecer más y más en valor moral, la hora de las luces prácticas y de las resoluciones generosas, la hora en que se humilla el hombre ante Dios para levantarse por encima de todo lo demás.

Dígnese la Virgen Inmaculada bendecir la obra que le dedicamos confiándola á su misericordiosa bondad.

MÉTODO PARA LA MEDITACIÓN. NOTAS (1)

La *meditación* es aquella forma de oración mental que aplica las facultades del alma á un objeto capaz de reformarla y transformarla en Dios. Supone:

1. Un fin determinado, práctico, ardientemente deseado y enérgicamente querido. Este deseo alimenta el fervor.

2. Materia bien escogida, dividida con claridad, bastantemente preparada para que resulte á nuestras facultades de fácil comprensión, aunque sin agotarla hasta el punto de no dejar más que un campo estéril á la investigación.

3. Aplicación seria, mas de ningún modo febril, de todo nuestro sér á esta materia. Y para explicar cuál sea este trabajo:

a) Ante todo, un instante de recogimiento que nos coloque bajo la mirada de Dios, nos humille á sus plantas, nos transporte hasta el trono de su gloria en el cielo;

b) La imaginación fija en lo visible del asunto, ó en su defecto, en alguna escena apropiada para recordarlo y para favorecer el sentimiento que se desea;

c) La inteligencia buscando, recordando, creando comparaciones, relaciones, no como estudio ó contemplación especulativa, sino mirando á la mejor compren-

(1) Transcribimos aquí dos páginas (14-16) de nuestro opúsculo: *Il m'a aimé*, Puntos de meditación para el mes del Sagrado Corazón y oraciones escogidas. Tournai, Casterman.

sión, que conmueva la voluntad, la haga decidirse, ó la instruya para obrar mejor;

d) La voluntad pronta siempre á abrazar el objeto con todo el ímpetu de sus afectos, con toda la fuerza de sus propósitos.

4. Frecuente recurso á Dios. Ya que todo este trabajo, dirigido á un fin sobrenatural, se hace con la persuasión de la propia impotencia, los mismos esfuerzos son una súplica á Dios para que intervenga.

5. Abandono completo en Dios. Sin inquietarnos por nuestro plan ó nuestras previsiones, fijemos la mirada en las verdades que ilumina su gracia, fomentemos los sentimientos que la misma despierta en nosotros, entremos por los caminos que nos allana, aceptemos de todo corazón sus invitaciones.

La meditación va precedida de una *introducción*. El alma, en ella, se acerca á Dios con respeto, confiesa su indignidad, le expresa su confianza, hácele oblación de sí misma. Esta *oración preparatoria* va seguida de un breve recordar el asunto, de una vista de la imaginación, de una petición particular, adaptadas al fin de la meditación: esos son los *preludios*.

Sigue después la oración conforme á los puntos *preparados*, según que la penuria de ideas ó de afectos haga necesario pasar del primer punto al segundo y luego al tercero.

Mezclada con piadosas y sencillas pláticas, concluye con una fervorosa *plegaria final*, llamada *Coloquio*, con que el alma, en más íntima comunicación con Dios, le habla de cuanto la concierne y la interesa, de todas sus necesidades, de todos sus deseos, de todo su amor. Conclúyese de ordinario el ejercicio con una breve oración vocal, sugerida por el mismo asunto: un *Padre nuestro*, un *Ave María*, etc.

PRIMERA PARTE

Meditaciones para las festividades de la Virgen Santísima

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

I. Ningún día se pasa sin que reciba María, de una parte de la cristiandad, los homenajes que requieren las grandezas de la Madre de Dios y los beneficios de la Madre de los hombres. Nos hallamos, pues, en la feliz imposibilidad de escribir meditaciones para todas las fiestas de la Santísima Virgen. Las que proponemos, parécennos, sin embargo, suficientes para satisfacer todos los deseos de la piedad.

Esta primera parte comprende, en efecto, meditaciones para todas las festividades inscritas en el Calendario universal de la Iglesia latina, y todas aquellas cuya celebración se ha extendido lo bastante para que su Misa ó su Oficio figuren en el Apéndice *pro aliquibus locis* de los misales ó breviarios. Además, hemos propuesto puntos para unas pocas fiestas celebradas entre nosotros. Más aún, merced al índice que indica los temas de las diversas meditaciones, no será difícil hallar materia acomodada á las devociones particulares de las regiones ó asociaciones religiosas.

II. Una doble preocupación nos ha guiado constantemente en la manera de presentar los puntos de la me-

ditación: hacer resaltar el carácter de la solemnidad y apoyar nuestras reflexiones sobre datos lo más ciertos posible. Obrar así es, á nuestro parecer, servir doblemente á la causa de una piedad que ambiciona ser inteligente y sólida á la vez.

Hanos parecido interesante, á la par que útil, recordar los orígenes de las festividades, en cuanto nos han sido conocidos.

III. Para componer esta parte histórica de las *Introducciones* nos hemos servido principalmente de las obras siguientes:

BENEDICTI XIV, *De Festis D. N. Iesu Christi et B. M. Virginis libri duo.* (T. 9. de las obras) Bassano, 1767.

BINTERIM, *Die vorzüglichsten Denkwürdigkeiten der Christ-Katholischen Kirche* (T. 5, p. 1; t. 7, p. 1.) Mainz, 1831.

NILLES, S. I., *Kalendarium manuale utriusque Ecclesiae.* Innsbruck, 1896.

F. G. HOLWECK, *Fasti Mariani, sive Calendarium Festorum S. Mariae Virginis Deiparae, memoriis historicis illustratum.* Freiburg im Breisgau, 1892.

MARTENE, O. S. B. *De antiquis Ecclesiae Ritibus* (T. 3), Antuerpiae, 1764.

DR. KELLNER, *Heortologie, oder das Kirchenjahr und die Heiligenfeste in ihrer geschichtlichen Entwicklung.* Freiburg im Breisgau, 1901.

L. DUCHESNE, *Les origines du culte chrétien* (ch. 8.), París, 1898, 2.^a ed.

ANALECTA BOLLANDIANA, Bruxelles, 1882, etc.

J. JULIAN, *A dictionary of Hymnology.* London, 1892.

HERGENRÖTHER et KAULEN, *Kirchenlexicon*, 2.^a ed. Freiburg im Breisgau, 1882-1903.

La facilidad de hallar en estas obras los lugares en que tratan de las diferentes festividades, nos dispensa

en general de citas más precisas, salvo por lo que toca á *Analecta Bollandiana*. Daremos asimismo en nota las referencias exactas de otros estudios más especiales, que hemos utilizado.

La conmemoración de Santa María á primero de Enero

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta fiesta.—No nos engañe el nombre que actualmente se da á esta festividad de primero de Enero. La piedad católica puede gozar del consuelo de saber que las primicias del año están puestas por la Iglesia misma bajo los auspicios de Jesús y de María. El antiguo calendario romano registraba en este día, al lado de la octava de la Natividad, una fiesta de Santa María (1). Hasta el siglo XIII conservóse en la Iglesia latina la costumbre de celebrar al principio del año dos misas, una de la Circuncisión, otra de la Virgen Santísima (2). En el antifonario de San Gregorio el Grande hallamos, á primero de Enero, un Oficio de la Virgen (3); y la oración señalada en su sacramentario (4), ruega á Dios que nos haga sentir los efectos de la intercesión de María, oración por otra parte conservada en la actual liturgia;

(1) BENEDICTO XIV, *De Festis D. N. I. C. et B. M. V.*, L. I, c. 1, n. 25.

(2) DURAND, *Rationale divinatorum officiorum*, l. 6, c. 15, n. 16.

(3) Migne, P. L., t. 78, col. 649.

(4) Migne, P. L., t. 78, col. 36. Los sacramentarios son antiguos libros litúrgicos.

pues, aunque el martirologio romano inscribe en este día la *Circuncisión del Señor y la Octava de su nacimiento*, el oficio divino resulta de la combinación de dos oficios antiguos, uno del Salvador, otro de su Madre; dirigiendo felicitaciones á María, en medio de las acciones de gracias que á Dios tributa por el nacimiento del Redentor.

Probablemente esta conmemoración de María proviene de la costumbre, observada aún en la Iglesia griega, de honrar, poco después de los misterios, la memoria de los santos personajes que en ellos han tomado alguna parte. Así el 26 de Diciembre tiene la Iglesia griega una *synaxis* (asamblea religiosa) de la Santísima Madre de Dios, que se halla inscrita en el calendario de los griegos, de los eslavos, de los rumanos, de los árabes y de los sirios (1).

La misma fiesta de la Circuncisión, mencionada en el Concilio de Tours, que tuvo lugar en 567 (2), no se remonta más allá del siglo VI; y ninguna prueba existe de que se celebrase en Roma antes del siglo IX (3). Diversiones escandalosas, resto de costumbres paganas, manchaban los principios del año y hacían prescribir expiaciones que contrariaban la introducción de una fiesta. De ahí probablemente una tercera Misa que se halla antiguamente para este día: *Ad prohibendum ab idolis (contra la idolatría)* (4). El primer día de Enero fué asimismo considerado como fiesta del Nombre de Jesús hasta la institución de una solemnidad aparte. He aquí porqué la Compañía de Jesús celebra en este día su fiesta titular.

(1) Ἡ σύναξις τῆς ὑπεραγίας θεοτόκου. Véase NILLES, *Calendarium manuale*, 26 de Diciembre.

(2) Canon 17. Harduino, 1, 3, col. 360.

(3) KELLNER. *Heortologie*, p. 100.

(4) Véase *Thomasii opera*, t. 6, l. 1, X.

Admitimos, pues, siguiendo á los Autores que han escrito sobre este asunto (1), que el día uno de Enero está santificado por una fiesta en que María se asocia á Jesús.

Plan de meditación.—En el plan de la meditación procuraremos inspirarnos en el *misterio del día*, la Circuncisión y la octava de la Natividad; en el *carácter de la liturgia*, que junta á *Jesús y á María*; y en el *comienzo de año nuevo*. Cada uno de estos objetos excita reflexiones que nos esforzaremos en hacer provechosas para nuestra alma.

MEDITACIÓN

«*Misit Deus Filium suum factum ex muliere... ut adoptionem filiorum reciperemus*» (Gal. IV, 4, 5).

Envió Dios á su Hijo, hecho de una mujer... para que recibiéramos la adopción de hijos.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos la humilde morada de Belén. Allí á la vista de María se ejecuta la Circuncisión; allí esta Madre ve derramarse las primeras gotas de la sangre de Jesús.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente á Jesús, por María, la gracia de revestirnos del hombre nuevo, Cristo.

I. Misterio del día.—La liturgia hace revivir dos grandes beneficios de Dios comprendidos en estos dos textos: «*Parvulus natus est nobis*», «Un pequeñuelo nos ha nacido» (Isaías IX, 6.); «*Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus*», «Cumplidos los ocho días para

(1) DURAND, I. C. BENEDICTO XIV, I. C. COLVENERIUS, *Calendarium marianum*, die 1 Januarii; HÖLWECK, *Fasti mariani*, eadem die.

la circuncisión del niño, fué llamado Jesús» (Luc. II, 21).

I. *¡Nos ha nacido un pequeñuelo!*—Los otros niños nacen, ante todo, para sí mismos; sus lágrimas, sus vagidos no significan sino sus propias incomodidades y sus deseos. Pero éste no debía pedir á una naturaleza inferior la existencia que ya tenía por una generación eterna. No se hubiera El revestido de esta humana naturaleza á no ser por nuestra utilidad; más aún, en cuanto podemos conjeturar, á no ser por el infortunio de nuestro pecado (1). Nace para nosotros, no para sí; su intento es reemplazar en favor nuestro unos sacrificios vanos é insuficientes holocaustos, por la ofrenda de sí mismo (2). Ocho días hace que le poseemos; no es vana ilusión; su venida es confirmada por la continuación de su presencia.

Dilátese á esta vista nuestro corazón y expansiónese en santas efusiones de alegría. ¡Bien venido sea Aquel que tan de corazón viene á nosotros en el nombre del Señor!

II. *La Circuncisión y el nombre de Jesús.*—¡Misterio de liberación contenido en este humilde sufrimiento y significado por el más dulce de los nombres humanos! Necesitaba la humanidad de una doble liberación: los judíos debían ser librados de la esclavitud de la ley antigua; los gentiles de la servidumbre del pecado y del demonio (idolatría); unos y otros debían recibir la adopción de hijos de Dios. Jesús, por su voluntaria sumisión á la ley judaica, y dejando señalar su carne con el sangriento estigma de la Circuncisión, libra á los judíos de la servidumbre legal, á la manera que, participando

(1) La mayor parte de los teólogos enseñan que el Señor no se habría encarnado, si no hubiese pecado Adán. (*No faltan muchos y graves autores que defienden lo contrario.* N. del T.)

(2) Hebr. X, 5 ss.

de nuestra naturaleza, nos libra del pecado y comunica á todos la adopción de hijos de Dios (1). El nombre de Jesús es señal de universal salvación, de una salvación que nos levanta hasta la filiación divina.

II. María asociada á Jesús en este misterio.—

Para los testigos de la augusta escena del Nacimiento ó de la Circuncisión ¿qué pudo haber más natural que dirigir á la Madre dulces y santas felicitaciones? ¡Oh y cómo la Iglesia clama á este propósito en su Oficio: «Santa Virginitad de la Inmaculada, no sé cómo alabarte dignamente»! Ya, pues, que nos trasladamos al instante de tan faustos acontecimientos, ofrezcamos con la Iglesia nuestras congratulaciones á la Madre del Salvador.

1. Ofrezcámoselas con *gozo*, ya que á la dicha de su maternidad está vinculada la de nuestra adopción por Dios: Jesús nos la comunica en cuanto que ha nacido de María. Hoy celebramos este admirable comercio (2), este cambio sublime, por el cual Dios recibe nuestra humanidad para darnos su divinidad.

2. Ofrezcámoselas con un corazón *agradecido*, ya que María intercedió por nosotros y que, continuando la enérgica comparación de la liturgia, el inefable trato por el cual se nos concede ser hijos de Dios, se hace por el intermedio de la Virgen (3). Ella

(1) Tal es el magnífico sentido de los versículos 4 y 5 del capítulo IV de la Epístola á los Gálatas. Hecho el Señor hijo verdadero de María, nos comunica la filiación adoptiva de Dios; al someterse á la ley, libra de ella á los judíos; en ambos casos una voluntaria servidumbre conduce á la libertad de los que eran esclavos, y los hace gozar de la condición del Hijo que voluntariamente se humilla. El texto del Apóstol está dispuesto en *quiasmo* V. Cornély, en este lugar.

(2) Responso del primer nocturno.

(3) «Admirabile commercium», dice la primera antifona de Laudes. Y la Iglesia añade: «El Criador del género humano toma un cuerpo y un alma, dignase nacer de una Virgen y, hecho hombre, nos regala con su divinidad.»

quiso dar á la luz de este mundo á aquel que reconocía como futuro Salvador de su pueblo. Si, como atestigua San Lucas, Isabel insistió para que se impusiera al precursor de Jesús el nombre de Juan ¡con cuánta mayor razón no hubo de esforzarse María en asegurar para su hijo el dulcísimo nombre de Jesús! Y cuando en una dolorosa ceremonia, este nombre le fué efectivamente impuesto ¡oh, entonces, cuán inmenso se levantó en María este deseo: «Que la obra redentora se perfeccione en mí y en todos! ¡Que Jesús sea verdaderamente Salvador!» María preludia así su oficio de Corredentora y merece ya el nombre de Madre de los hombres.

III. El misterio y nosotros mismos al principiar el año nuevo.—El comienzo de un nuevo año nos estimula á informarnos de un nuevo espíritu, del que vino á traernos el Señor, del de la ley nueva. ¿Qué es lo que comprende?

1. *La confianza.*—¡Con cuánta elocuencia nos enseña Dios, al hacerse hombre y tomar sobre sí el yugo de la ley, estas dos grandes lecciones, á saber: que nuestra naturaleza, por miserable que sea, puede, elevada por El, alcanzar el fin sublime que la infinita bondad nos tiene reservado; y que no se nos impone ninguna obligación penosa en demasía! «Yo lo he hecho por vosotros y antes que vosotros», puede decirnos este Dios de amor. ¡Qué estímulo tan poderoso!

2. *La libertad.*—Jesús nos libra de la esclavitud de las observancias materiales, de las ceremonias vacías de su gracia. Hemos pasado el mar rojo de su pasión. No recaigamos bajo el dominio de la materia por estrechez de espíritu y por sujeción á las pasiones.

3. *La circuncisión del corazón.*—En lugar de

una circuncisión material, ofrezcamos á Dios el sacrificio de nuestros ilegítimos afectos; sacrificio que nos valdrá una perpetua alianza con El.

4. *La gracia positiva*, recibida á ejemplo de Jesús y María por los méritos de Jesús y la intercesión de María, con una dulce seguridad de su apoyo.

5. *La dirección hacia Dios*.—Este rasgo esencial es común á la antigua y á la nueva ley. El esclavo se arrastraba hacia Dios; el hijo debe correr hacia El.

COLOQUIO

Después de la acción de gracias á Jesús y de las felicitaciones dirigidas á su Madre, terminaremos la meditación ofreciendo nuestros propósitos para el año nuevo, é imploraremos las luces y socorros del Espíritu Santo. *Veni Creator Spiritus! ¡Venid, oh Espíritu Creador!*

Desposorios de la Virgen y San José

21 de Enero

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—La fiesta de los desposorios de la Virgen Santísima con San José se apoya teológicamente sobre el evangélico relato de esta unión, realizada, ó por lo menos concer-

tada, antes del mensaje del arcángel San Gabriel á María, y después formalmente ratificada en la visión angélica, que ilumina á San José sobre su ministerio con relación á la Virgen Santísima y al Niño Jesús.

Históricamente, se relaciona con el desarrollo del culto á San José. Para responder á las pías intenciones de un canónigo de Chartres, que había prescrito en su testamento, que cada año, en el aniversario de su muerte, hiciese su cabildo solemne conmemoración del grande Patriarca, compuso el célebre Canciller Gersón un oficio de los desposorios de la Virgen y San José. El oficio fué aprobado; y el día 23 de Enero, escogido para su celebración, parece en efecto concordar con el de la muerte del canónigo fundador.

Desde fines del siglo xvii, fué dicha fiesta concedida á muchas regiones, y Benedicto XIII la adoptó, en 1725, para los Estados pontificios.

El objeto de esta solemnidad viene claramente indicado por el nombre de *Desposorios*. Festejamos, no unos simples esponsales, sino aquel pacto sagrado, que sin menguar la virginidad de la Reina de las vírgenes, hizo de María la verdadera y legítima mujer de San José. Suceso encaminado todo á honrar al Santo Patriarca, á quien señala su propio lugar en la economía de la Redención y en el reino de los cielos. Sin embargo, la fiesta, litúrgicamente, se dedica á María, de tal manera, que sin indulto particular no puede hacerse en ella conmemoración de San José. (*S. Congr. de Ritos*, 5 de Mayo de 1756.)

Plan de la meditación. — Consideraremos sucesivamente la *dicha de los esposos*, el *gozo de sus amigos* y la *fecundidad de su unión*.

MEDITACIÓN

«*Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam.*» (Matth., I, 20.)

José, hijo de David, no dudes en tomar á María por mujer.

1.^{ER} PRELUDIO. Movidá por particular inspiración del Espíritu Santo, María había consagrado á Dios con voto su perpetua virginidad. Para acomodarse, sin embargo, á las costumbres de su época, convenía que tomase esposo. José fué el varón providencial preparado para ofrecer á María un corazón cuyo afecto jamás se desmentiría, y una inteligencia suficientemente elevada para asegurar el constante respeto á su virginal integridad.

2.^O PRELUDIO. Imaginémonos el modesto hogar de San José, en que, con gran contentamiento de los parientes y amigos de entrambos, viene á tomar María su lugar.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de participar santamente de la dicha de María y José, y de aprender de ellos el secreto de los afectos puros y elevados.

I. Dicha de los esposos.—1. La unión de María y de José es un modelo de dichosa aunque santa intimidad. Como todo matrimonio, aproximó y tendió á confundir en una dos existencias; pero fué por la penetración pura de dos almas: el cuerpo quedó como olvidado.

¡Grande y utilísimá lección es para el mundo esta dicha de un amor enteramente espiritual! No ciertamente para reprobar el legítimo uso de facultades

concedidas por Dios, ni para condenar las satisfacciones sensibles que, tomadas según las miras del Criador, pueden contribuir á apretar más y más aún los lazos de las almas; sino para demostrar que semejantes satisfacciones no son necesarias á la felicidad; para sugerir la elevación á las más altas emociones del espíritu; para aconsejar aquel imperio sobre los sentidos, que sabe moderar su uso y resignarse á las privaciones que impone á veces la necesidad; para inspirar á los privilegiados un *sursum corda* completo y constante, que los sostenga en las alturas en donde les coloca una vocación sublime, y les haga rehusar noblemente toda complicidad con la sensualidad y los apetitos inferiores.

Analícemos, en efecto, esta felicidad del lazo santo que unía á María y á José.

1. ¿De qué carecía esta unión? De ciertos placeres acerca de los cuales la experiencia cotidiana nos enseña tres cosas. *a)* Nada falta á quien los ignora. Ved sino al niño puro, y su fácil alegría. *b)* El que los conoce y los sigue, es su esclavo siempre descontento. Jamás el sueño será la realidad, ésta desencanta; y sin embargo el sueño y la ilusión comienzan siempre de nuevo: la sed se irrita, pero jamás se apaga. *c)* El que los vence, no á medias, sino por completo, no siente en ello tristeza alguna. Deja el alma de codiciarlas y siente los encantos de una noble libertad cual jamás había sospechado. Leed las luchas y los triunfos de San Agustín.

2. En cambio, este afecto fundado en motivos superiores es más estable. Su *fundamento* es más sólido; mientras que los encantos del cuerpo, gustados cada día, acaban por desaparecer, las cualidades superiores de la persona van desarrollándose. Añadid

que el hombre capaz de semejantes afectos es un triunfador, cuyo carácter promete una constancia que completa la dicha. Finalmente el *contento tomado en sí mismo* es más real y más intenso; procediendo de la parte más noble de nosotros mismos, satisface más á nuestro sér todo entero.

II. Aprendamos, pues, de María y José á hacernos independientes de nuestros sentidos, y superiores á sus satisfacciones, en la medida en que nuestro estado lo exija ó lo aconseje; dejemos al menos de mendigar sus miserables consuelos. ¡De cuán grande resultado sería en nuestra vida la conquista de esta libertad!

II. El gozo de los amigos. — 1. Procuraremos en este segundo punto representarnos vivamente, el grande y puro gozo que María y José irradiaban á su alrededor al contraer una unión tan santa. Acontecimiento siempre señalado por el gozo, el matrimonio de dos personas tan cumplidas, tan maravillosamente proporcionadas la una con la otra, debía causar en todos los corazones una desacostumbrada alegría. Y sin embargo, sólo una mínima parte de los motivos de regocijarse podía ser entonces conocida.

II. Trasladándonos á aquella fecha venturosa, nosotros á quienes está patente la feliz significación de ella, participaremos en espíritu de esta fiesta de familia, y dirigiremos nuestras gozosas felicitaciones, á María en primer lugar, que halla en José un fiel amigo, un discreto confidente, un celoso protector, un custodio respetuoso de su virginidad. Pasando luego á José, le felicitaremos por haber sido juzgado digno de unir su suerte á la más excelente de las puras criaturas.

Hay que hacerlo así, porque:

1. A los hijos les place recordar, para solemnizarlo, el día en que sus padres se unieron ante Dios. ¿Por ventura no reconocen en esta unión el principio de su propia existencia? Esta razón tenemos nosotros por lo que respecta á María. Dios, al unirla á José, la dispone á su maternidad divina y á su maternidad espiritual. Es cierto que San José no es espiritualmente nuestro padre, como María es nuestra Madre. No lo es porque ni mirando á Jesús ni mirando á nosotros, hermanos adoptivos de Jesús, participa del papel encomendado á María. No ha concurrido á la generación del Verbo encarnado; ni es, como María, constituido mediador de gracia y de intercesión. Sin embargo, como verdadero y digno esposo de nuestra Madre, dirige á nosotros el paternal afecto que supo ante todo testificar á Jesús.

2. Esta unión casta de María y de José, simboliza la unión de Cristo y de su Iglesia (1), á la cual debemos todos nuestra espiritual existencia.

3. El honor que de este matrimonio redunda en el estado conyugal y en el de virginidad, nos presta á todos, cualquiera que sea nuestra vocación, verdadero motivo de alegría.

III. Fecundidad de esta unión.—I. La unión de María y de José, aunque estéril, si se atiende sólo á la naturaleza, produjo sobrenaturalmente al Verbo de Dios hecho carne, al Niño Dios, que infinitamente sobrepaja á todos los hijos venidos al mundo, ó que á él han de venir, tomados ya separadamente, ya en conjunto. ¡Oh cuán maravillosa y excelente fecundidad!

(1) D. Thom., *Summa Theol.* 3 p., q. XXIX, a. 1,

— Más aún, puede decirse, en cierto sentido, que todos somos fruto de esta unión, puesto que el Verbo de Dios, al formar su cuerpo verdadero, preparaba también el cuerpo místico del cual debía ser El la cabeza y nosotros los miembros; era lo mismo producir á Cristo y producirnos á nosotros, futuros miembros de Cristo.

II. Esta ley de espiritual fecundidad se aplica á nosotros. Las relaciones santas engendran una mutua edificación que hace crecer á Cristo en nosotros, y aseguran bendiciones sobre nuestra acción para con el prójimo. ¡Virginidad santa del Cristianismo, oh cuántos son cada día tus maravillosos partos!

COLOQUIO

El piadoso canónigo de Chartres opinaba que todo cuanto se hiciese por San José redundaba en María, como todo honor tributado á María redundaba en Jesús. Empecemos, pues, una santa plática con San José para felicitarle, para honrarle, para gozarnos con él. Iremos luego á María para concluir en nuestro amadísimo Salvador Jesús.

«¡Jesús, José y María, yo os doy el corazón y el alma mía! — ¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía! — ¡Jesús, José y María, haced que mi alma descanse en paz en vuestra santa compañía!» (1)

(1) Trescientos días de indulgencia, cada vez que se repiten estas piadosas invocaciones. Rezando separadamente cada una de ellas, se ganan cien días de indulgencia.

Fiesta de la Sagrada Familia

3.^{er} domingo después de la Epifanía

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta fiesta.—La devoción á la Sagrada Familia, practicada desde muy antiguo en la Iglesia, extendióse principalmente á partir del siglo XVIII. Vióse entonces propagarse por Italia, sobre todo en la diócesis de Bolonia, en Bélgica, en Francia, en el Canadá (1). En el seno de la Congregación del Santísimo Redentor existía una cofradía muy floreciente. Pero León XIII dió nuevo impulso á esta devoción introduciéndola en su plan de renovación social. Preocupado por los peligros que hoy día corren la fe y la civilización cristianas, y deseoso de apaciguar las luchas de clases; nada le pareció tan propio para preservar á la religión, para calmar las iras y devolvernos la paz social, como honrar nuevamente las costumbres de la Sagrada Familia, y proponer los ejemplos de este interior modesto y divino á la imitación de todos; pero principalmente de los humildes y de los pobres (2). Con esta mira, resolvió el Papa transformar en

(1) Un misionero, el P. CHAUMONOT, S. J. fundó allí, por este tiempo, las asociaciones de la Sagrada Familia. V. *Menologio de la Compañía de Jesús*, por el P. DE GUILHERMY, asistencia de Francia, 2 de Febrero.

(2) Véase la carta de 20 de Noviembre de 1890 al cardenal Bausa, los breves *Neminem fregit* y *Cum super*, de 14 y 20 de Junio de 1892, decretando la organización de la Asociación y concediendo indulgencias.

Asociación universal, con Estatutos propios, la piadosa reunión de las familias cristianas, que el P. FRANCOZ, de la Compañía de Jesús, había fundado en Lyon en 1861. El decreto de la Congregación de Ritos de 14 de Junio de 1893 ordenó, que la fiesta titular de la Asociación se celebrase el 3.^{er} domingo después de la Epifanía (1).

Esta festividad glorifica el misterio de la vida oculta del Salvador y llama nuestra atención sobre las virtudes domésticas que florecieron en Jesús y á su alrededor durante casi treinta años de su existencia. No está toda ella dedicada á María; pero grande es la parte que en ella cabe á la Reina de los cielos y Reina de este hogar. Hemos creído, pues, deber colocar esta solemnidad en el cuadro de las fiestas de la Virgen.

Plan de la meditación.—Para corresponder al pensamiento social que ha presidido á la institución misma de esta solemnidad, opondremos en dos puntos sucesivos *el interior de Nazaret*, modelo de familias cristianas, á la *familia sin Dios*, para buscar en el tercer punto los *medios de restaurar el espíritu cristiano en las familias*.

MEDITACIÓN

«*Pax Christi exultet in cordibus vestris*» (Coloss. III, 15).

¡Que la paz de Cristo se desborde en vuestros corazones!

1.^{ER} PRELUDIO.—Imaginemos la casa de Nazaret con el taller de San José.

(1) Antes celebrábase en Montreal una fiesta á la Sagrada Familia el segundo domingo después de Pascua. Por su parte, los Padres Redentoristas festejaban á la Sagrada Familia el segundo domingo de Julio.

2.º PRELUDIO.—Pidamos la gracia de penetrar la dicha íntima de esta vida oculta, cuyas virtudes queremos reproducir en nosotros.

I. **La familia de Nazaret.**—I. 1. Al traspasar el umbral de esta bendita mansión, siéntese uno como sobrecogido por la atmósfera deliciosamente pacificadora que la embalsama. La fisonomía de sus habitantes refleja la verdadera felicidad, de la cual gozan en una condición honrada pero modesta. Aunque todas las virtudes sean común herencia de los tres miembros de esta Familia, San José representa la actividad, el trabajo; la Virgen Santísima, la pureza; Jesús, la humildad. Jesús es un Dios que se abaja; María, la criatura que se eleva por encima de la tierra; José, el hombre que llena contento los deberes de su estado, el *vir justus*, varón justo del Evangelio (1). Estrecha alianza del abatimiento con la pureza y el trabajo ordenado, que se unen para completarse. El abatimiento pone el principio de la perfección sobrenatural; y nos dispone á ser poseídos de la gracia; la pureza simboliza todo perfeccionamiento personal, es el vuelo del alma por encima de las cosas de acá abajo; la actividad es la fuente de la prosperidad material sabiamente progresiva.

2. Entre Jesús, María y José reina una dulce intimidad. Conformes sobre el deber presente y el fin á que les conduce, en Nazaret se manda sin orgullo, se obedece sin repugnancia: no hay tiranía ni esclavitud.

Esta escena deliciosa y de todos los días se desarrolla en una mansión en que todo es orden y limpieza.

II.—1. Gustemos largo tiempo de la suavidad de este tranquilo espectáculo. Pidamos ser admitidos en un albergue tan santamente agradable.

2. Esforcémonos por realizur este ideal en nues-

(1) Matth. I, 19.

tra familia. Procuremos una estrecha unión de pensamientos y afectos, seamos prudentes en el mandar, generosos en el obedecer. Hagámonos inscribir en la Asociación (1); observemos sus Estatutos, principalmente el que prescribe la oración en común.

3. Conservemos individualmente la gran lección de modestia y humildad que nos ha sido dada. Este Jesús que se humilla es quien ha dicho: «Tomad sobre vosotros mi yugo y hallaréis descanso para vuestras almas» (2); el descanso y la dicha son el premio de la humildad.

II. La familia sin Dios.—A este tipo de familia cristiana la incredulidad moderna, más y más atrevida cada día, tiende á oponerle otro ideal.

1. Suprime á Dios, y con Dios la razón misma de la humildad. El hombre que no es guiado por una mano suave y omnipotente á la vez y que convierte en bien la prueba y el sufrimiento, es víctima de un hado contrario: ha de bregar á codazos para hacerse lugar y sobrepujar á sus adversarios. ¡La lucha, lucha dura y sin tregua en lugar del dulce contento!

2. Ninguna subordinación ni de la mujer al marido, ni del hijo al padre, sino pretensiones igualitarias, cada vez más radicales, emanando de personas yuxtapuestas.

3. No se hable de resignación ni de sacrificios; hay que gozar, y la pasión tiene derecho á que se la oiga. Mas por esto mismo ¡sobre qué terreno tan movedizo se funda la unión!

4. El odio al rico, la envidia hacia los más dichosos, la inquietud y turbación, han reemplazado á la satisfacción y á la paz.

(1) Dirigirse al señor Cura de su parroquia.

(2) Matth. II, 29.

5. No más humildad; la base de la familia es el orgullo.

Por fortuna, las costumbres resisten todavía á estos principios disolventes. Aun en la fría atmósfera de donde se ausentó la fe, la fuerza de las costumbres cristianas y la voz misma de la naturaleza hablan todavía más alto que estas insanias. ¿Pero qué sería de la familia si este ideal impío y sensual llegase á prevalecer?

II. El hombre soberbio inspira antipatía. ¿Es dichoso? ¿A quién aprovecha esa aspiración al progreso impaciente y febril? No al hombre agitado y descontento á quien atormenta un deseo insaciable. ¿A la posteridad? ¿No es indefinido el progreso? ¿Por qué, si es éste el ideal, no había de devorar á nuestros descendientes la misma inquietud febril? ¿Este descanso, no hallado en miles de años, qué probabilidad hay de hallarlo jamás? ¡Pobres Sísifos los miembros de las familias anticristianas, condenados á hacer rodar la piedra, cada vez con mayor fatiga, por la enhiesta pendiente, sin llegar jamás á la cumbre!

2. Comprendamos esta verdad tan importante: el orgullo es incompatible con la dicha.

III. La restauración del espíritu cristiano en las familias.—Una caridad compasiva debe interesarnos en el restablecimiento del espíritu cristiano en las familias.

I. Preguntémonos en primer lugar ¿por qué los hombres entran en tan gran número por el camino opuesto al espíritu cristiano y á la verdadera felicidad?

1. El orgullo tiene ya, de sí mismo, un falso aire de grandeza, que constituye una seducción para el hombre.

2. Una virtud aparente hace murmurar de la ver-

dadera. La verdadera virtud, que sabe combinar la calma con un valor sencillo y unos esfuerzos industriales, satisface el apremio imperioso que la humanidad experimenta de andar y adelantar siempre. Pero muchos disfrazan con apariencias de virtud su pereza ó su incapacidad. Esta inercia de ciertas personas que pasan por virtuosas causa escándalo y proporciona argumentos á la impiedad.

3. Según la intención del Señor, el espíritu cristiano ha de reinar, no sólo en los pobres, sino también en los ricos, cuyo ejemplo debería ejercer bienhechora influencia social: toda superioridad es ordenada por Dios á enseñar el bien. ¡Mas ay! que en lugar de la modestia cristiana, una fastuosa opulencia, que pretende á las veces aliarse con la religión, ofende frecuentemente por su aire altanero, cuando no se convierte en opresora abusando de la mansedumbre forzada ó resignada del pobre. De esta tiranía nacen prejuicios demasiado fáciles de explotar por los enemigos de la paz.

II. *Prácticamente.* 1. Debemos fijar nuestras miradas, no solamente en los deberes del pobre, sino en nuestros propios deberes. Seamos cristianos de espíritu y de corazón, si queremos hacer cristianos.

2. Empleemos nuestra influencia en combatir el doble escándalo de una infame pereza y de una orgullosa altanería que fingen religión y piedad. Trabajemos por juntar en nosotros y en los que nos rodean el valor cristiano con una cristiana humildad. Inculquemos á los buenos una santa é industriosa energía; velemos por conquistar para la religión inteligencias despiertas y corazones nobles. Prediquemos por todos los medios que estén á nuestro alcance, así á los ricos como á los pobres, sus obligaciones, y nunca nos hagamos cómplices de una interesada explotación.

COLOQUIO

Nuestro coloquio sea una oración dirigida sucesivamente á los tres santos personajes que componen la Sagrada Familia, á fin de obtener para nosotros mismos una humildad llena de nobleza, y para la sociedad gracias de pacificación.

¡Jesús, María, José, iluminadnos, socorrednos, salvadnos! Así sea (1).

La Purificación

2 de Febrero

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta festividad.—La fiesta de la Purificación y Presentación en el Templo, común á Cristo y á su Madre, celebrábase ya en Jerusalén á fines del siglo IV. En Oriente es tenida principalmente como fiesta del Señor y clasificada entre las principales del año; mientras que en Occidente, á pesar de la gran parte concedida en la liturgia al misterio de la Presentación, es para los fieles una festividad de María.

La Iglesia Romana parece haber acogido esta idea

(1) Doscientos días de indulgencia, una vez al día.

en el siglo vi, bajo Justiniano, ó poco después; fué introducida lo más pronto en el siglo vii en España, y en el viii en Francia y Alemania.

Los griegos la llaman la fiesta del encuentro del Señor (1), por la intervención de Simeón y de Ana, profetisa. La piedad cristiana ha visto en estos personajes á los representantes de la antigua ley, viniendo á rendir homenaje al autor de la nueva.

En nuestros ejercicios para el mes de Mayo, nos ocuparemos más por menudo y en sus partes de este gran misterio de la Presentación de Cristo y Purificación de Nuestra Señora. Las meditaciones que allí propondremos, acomódanse perfectamente á la fiesta de 2 de Febrero. En este lugar presentaremos una simple contemplación, en la cual, sin grandes pretensiones, recorreremos piadosamente la serie toda de los hechos que integran el misterio, discurriendo sobre cada uno de ellos y dejando que las reflexiones broten espontáneamente en nuestro entendimiento. El carácter mixto de la solemnidad nos hará considerar ya á Jesús ya á su bendita Madre.

CONTEMPLACIÓN

«*Cum simplicibus sermocinatio ejus*» (Prov. III, 32).

Dios comunica sus secretos á los corazones sencillos y rectos.

Plan de la contemplación.—En el primer punto nos aplicaremos á considerar la *Presentación* y la *Purificación*; en el segundo el *encuentro con Simeón*; en el tercero la *intervención de Ana*, profetisa.

(1) Ἡ ἐορτὴ τῆς ὑπαπαντῆς τοῦ Κυρίου.

1.^{ER} PRELUDIO. En el día fijado por la ley, María y José dirígense modestamente al templo de Jerusalén. Trae María en sus brazos al Niño Jesús para presentarlo á su Eterno Padre, y ella va á someterse al rito de la Purificación. San José la acompaña para hacer por María la ofrenda de los pobres: dos tórtolas ó dos palominos. He aquí que, á la entrada del sagrado edificio, un santo anciano reconoce al Salvador y predice á María que este Niño, que por sí mismo es fuente de bendiciones, ha de ser contrariado y perseguido, viniendo así á convertirse para muchos en ocasión de ruina. Una espada traspasará el alma de María; descubriráse el fondo de muchos corazones. Una santa viuda llamada Ana, sobreviene á su vez y experimenta á la vista de Jesús inefable consuelo, del que se apresura á hacer participantes á los que la rodean, y no cesa de elogiar al Niño, que le ha sido concedido ver, admirar y amar.

2.^O PRELUDIO. Figurémonos con toda precisión el camino que conduce al templo de Jerusalén, luego la entrada del sagrado edificio y uno de sus departamentos.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer más y más á Jesús y á María y de imitarlos en su espíritu de sacrificio.

I. La Presentación y la Purificación.—Apliquemos sucesivamente nuestra atención á las consideraciones siguientes:

1. ¿No es bien extraño, á primera vista, el sencillo y modesto proceder que la Virgen y San José observan después del Nacimiento temporal del Verbo divino? Nada ha cambiado en su método de vida ni en sus ocupaciones.

Pero ¿qué esplendor humano podría convenir al infinito? En el cálculo de las distancias siderales, el espacio que separa las dos extremidades de la órbita en que la tierra se mueve, desaparece como cantidad despreciable. Del mismo modo, para la Majestad de un Dios, lo mismo da la riqueza que la miseria terrestres.

A nosotros, que debemos habituarnos á juzgar las cosas desde el punto de vista divino, ha de conmovernos muy poco el brillo exterior, y aun principalmente aquel de que pudiéramos vernos rodeados.

2. María y José caminan, sin avergonzarse de aparecer vestidos con la librea de una honesta pobreza. No buscan atraerse las miradas. La virtud les enseña á practicar este desasimiento de los bienes de acá abajo y á conquistar esa elevación de sentimientos, cuya teoría no podrá sin gran esfuerzo comprender la sabiduría humana.

¿Y nosotros, á quienes tan claramente se nos inculcan la teoría y la práctica, desplegamos tal grandeza de alma? ¡Cuánto buscar tal vez el lujo y la elegancia al menos en cuanto nos son asequibles según nuestro estado! ¡Qué de secretos artificios para hacer valer nuestros escasos méritos!

3. Nada difícil fué para María pasar por pobre; pero sí le fué muy costoso pasar por las apariencias de haber contraído alguna mancha, no fuese sino legal. Ninguna humillación le entraba tan adentro del corazón como ésta, y sin embargo, sopórtala con paciencia y con tal modestia, que nada se le nota. Si otras madres llegaban al templo al mismo tiempo, ningún testigo podía decir: «Entre estas mujeres hay una exenta de la ley y que se sujeta á ella con obediencia enteramente voluntaria».

Tal es la nota característica de la exquisita humil-

dad, que presta á Dios su entera obediencia, va más allá del precepto, se conforma con las comunes observancias y no alega razones para dispensarse ó excusarse. ¡Oh, cuánta belleza moral puede encubrir un proceder cristiano, aun en las cosas más pequeñas!

4. Jesús es presentado á su Padre. ¡Cómo se inmola en su corazón! ¡Qué total oblación de sí mismo! Llévala á cabo mientras permanece en los brazos de su Madre, y la Madre ratifica la oblación del Hijo.

Insistamos un poco sobre el gran ejemplo de generosidad propuesto aquí á los hombres en general, y más particularmente á los padres y á los hijos. El hombre, criatura tan amada, no puede presentarse á Dios, sino para ofrecerse á él generosamente, sin reserva y sin límite. La bondad de Dios, lo mismo que sus derechos, repugnan á toda restricción. Sin embargo, cuando se trata de sacrificios reales, de aquellos en que se ofrece algo de nosotros mismos, obligándonos á renunciar á una satisfacción actual, á una acariciada perspectiva, ¡qué de perplejidades, qué de tardanzas, qué de repulsas! ¡Cómo regateamos á Dios lo poco que nos pide, sabiendo cuánto nos ha dado! La generosidad es tal vez más rara en los padres que en los hijos. La ternura irreflexiva de aquéllos, cierra muchas veces á éstos la más hermosa de las carreras, y cúmplase á la letra la palabra del Señor: «El hombre halla sus enemigos en sus parientes» (1). ¿Es esto prueba de verdadero amor en los padres? ¿Es buscar el verdadero provecho de los que aman? ¿No es más bien descubrir una segunda intención personal? Y Dios, con todo, no pide sino para devolver y para recompensar magníficamente. ¡Inspirados de Dios los que le dan; dichosos los que se sacri-

(1) «Inimici hominis, domestici ejus.» (Matth. X, 36.)

(2) Matth. VII, 15.

fican por El! Gocémonos de tener algo que Dios parece codiciar.

Mas ¿por qué es rescatado Jesús? Ya que pretende sacrificarse realmente á su Padre, parece que nada debía ofrecerse para rescatarlo.

Omitir la ceremonia del rescate hubiera sido derogar las costumbres y provocar extrañezas y críticas.

Pero, además, se nos ocurre una aplicación espiritual. Jesús que era todo de su Padre, debía ser también nuestro. Al ser rescatado, nos es en cierto modo devuelto. Pagáronse por El cinco siclos (1).

La exigüidad de este precio, representa bien los presentes que á Dios ofrece nuestra humanidad en cambio de tanto como recibe de El. ¡Cuán poca cosa son nuestros dones! ¡Ofrézcamoslos á lo menos de todo corazón!

II. Llegada de Simeón.—1. Muéstranos el Evangelio, en este noble anciano, un hombre justo y timorato en comunicación con el Espíritu Santo. ¡Cómo crece con esta acción divina y cómo es consolado!

Si vivimos bien puros y muy recogidos, la santa unción del Espíritu de Dios llenará nuestra alma, transformando nuestra vida, nuestro obrar y aun nuestro exterior. ¿No es éste por ventura el sello de santidad que distingue á los hombres verdaderamente entregados á Dios?

2. Simeón había recibido la promesa de ver al Salvador y he aquí que le estrecha en sus brazos. ¡Oh, y cómo da Dios más de lo que promete!

Gustemos del grande y santo gozo de este anciano,

(1) El siclo es una moneda de los Hebreos, equivalente á 1'25 pesetas.

más capaz de satisfacer su corazón que todos los placeres de acá abajo.

Pensemos que una más viva fe nos haría experimentar una dicha mayor en cada una de nuestras comuniones. Más bien que en nuestros brazos, está entonces Jesús en nuestros corazones.

3. «¡Ahora, exclama el varón de Dios, dejad en paz á vuestro siervo!» ¡Cuánta razón tiene! La posesión de Jesús es gaje de paz inagotable. En El y con El hallamos toda garantía, toda esperanza, todo bien.

4. Levantándose luego á más elevadas consideraciones, ve el santo anciano desarrollarse ante sus ojos todos los destinos del género humano, que parecen dimanar de esta oblación: la salvación á todos ofrecida; aceptada por algunos para su inenarrable gozo; rehusada por otros y convirtiéndose así en ocasión de su más honda ruina.

He aquí el Niño puesto como signo de contradicción.

Y esta profecía continúa realizándose á nuestra vista. Jesús es contradicho, y salva: contradicho en su persona, en su doctrina, en sus discípulos, en su Iglesia; y salva por su persona, por su doctrina, por sus discípulos, por su Iglesia.

Aquí hallaremos con qué confortarnos en las calamidades que afligen á la religión; con qué excitarnos á contribuir á la obra de la salvación; y también con qué movernos á reflexionar. ¿No contradicen nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras acciones á los de Jesucristo?

5. La contradicción de que es blanco el Hijo, halla un doloroso eco en el corazón de la Madre.

Al fin de su predicción, Simeón anuncia que una espada de dolor pasará de parte á parte el corazón de

María. El consuelo de la Virgen, acá abajo, no se verá pues nunca exento de pena.

¡Conmuévanos el destino de Nuestra Madre!

El gozo sin mezcla no es de este mundo. Decididamente debemos apartar cualquier ilusión en contrario. Pero tanto el gozo como la pena pueden santificarnos. Este es el secreto de la verdadera sabiduría.

III. La piadosa viuda.—1. Admiramos ante todo la vida que aun antes de Jesucristo sabían llevar los justos. ¡Cuántos años hacía que esta buena mujer estaba entregada á la oración y mortificación! Era la vida edificante que á su sexo y á su edad convenía. Era el camino de su santificación. Era su apostolado. ¡Y nosotros, en plena luz del Evangelio, cuán atrás nos quedamos!

2. Ana rinde, á su modo, homenaje al Señor. *Confitebatur, loquebatur*, dice el sagrado texto, no cejaba en sus palabras y protestas de fe y devoción, y Dios acepta estas sencillas demostraciones. ¡Cuán fácil es complacerle cuando se le busca con rectitud!

3. Notemos finalmente con Bossuet (1), cómo la idea de sacrificio campea en este misterio y como que se cierne sobre él. Sangrienta inmolación de una paloma, inmolación futura del Hijo de Dios, sacrificio interior de Jesús y María, vida sacrificada de Simeón y Ana.

COLOQUIO

Resumiremos al fin de esta meditación las reflexiones que más nos han movido y los propósitos que hubié-

(1) *Elevaciones*, 18.^a semana, 20.^a elevación.

remos hecho como fruto de estas reflexiones. Ofrezcamos un ramillete de ellas por José á María y por María á Jesús.

Fiesta de la aparición de la Inmaculada Nuestra Señora de Lourdes

11 de Febrero

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—Podemos decir de esta festividad, que es la obra de la Virgen y de los fieles: de la Virgen prodigando gracias; de los fieles afluyendo á millares á la basílica de Lourdes y multiplicando los entusiasmos de una perfecta confianza.

Concedida por León XIII en 1891, á instancias de muchos obispos, parece tener esta fiesta por carácter mostrarnos, en los favores de María, recompensado el culto de la Inmaculada Concepción.

Plan de la meditación.—Consideraremos estos favores: *la salud corporal, la gracia de la fe, la gracia de oración y de vida sobrenatural*, que constituirán los tres puntos de esta meditación.

MEDITACIÓN

«*Fecitque..... omne genus humanum quaerere Deum quamvis non longe sit ab unoquoque nostrum*» (Act. Apost. XVII, 26, 27).

Ha querido que los hombres le buscasen, aunque no está lejos de cada uno de nosotros.

1.^{ER} PRELUDIO. El 11 de Febrero de 1858 una modesta doncella de 14 años, BERNARDITA SOUBIROUS, contempla en el hueco de una roca la aparición de una Señora santamente hermosa, que tiene en un brazo el rosario. Invitada á volver, obedece y ve de nuevo á la Señora (1), y el 25 de Marzo conoce su nombre: *Soy la Inmaculada Concepción*. Invitada á lavarse en un poco de barro, obedece y descubre una fuente límpida; invitada á contar su visión y á procurar que se construya una Capilla para la Virgen, y á suscitar peregrinaciones, logra que se construya una espléndida basílica y provoca inauditos concursos de fieles de Francia, de Bélgica, de España, de la Europa entera y aun de América. La Inmaculada bendice esta devoción; no se habla en el mundo de otra cosa que de los milagros de Lourdes. He aquí lo que á nuestra vista está pasando hace cerca de cincuenta años, en nuestro siglo escéptico y materialista.

2.^O PRELUDIO. Imaginemos la basílica en la altura; más abajo la gruta y la piscina milagrosa; y allá en el fondo los Pirineos.

3.^{ER} PRELUDIO.—Pidamos la gracia de vivir santamente seguros, bajo el manto de María Inmaculada.

I. La salud corporal.—I. 1. *Multiplidad de las curaciones* (2).—Recordemos hechos de indis-

(1) Cuéntanse 18 apariciones, de las cuales la última fué á 16 de Julio de 1858.

(2) Ciertamente no todas las miserias corporales son aliviadas en Lourdes. Podemos aún añadir que las intervenciones milagrosas son relativamente raras. Pero es de notar que este carácter excepcional de los prodigios entra en la sabia economía del plan divino. *Un solo* milagro bien probado, posee un valor plenamente demostra-

cutible evidencia. Cada año muchedumbres inmensas van á Lourdes, trayendo consigo enfermos y achacosos. Cada año registran los anales de la basílica los procesos verbales de admirables curaciones. ¿Tomada á parte cada una de ellas, constituye un verdadero milagro? De ningún modo lo pretendemos. Tal es empero la buena fe, tal el número de personas curadas, tan varias las condiciones exteriores y psicológicas, tantas las precauciones tomadas para comprobar los hechos, que un hombre sincero é imparcial, se ve como forzado á concluir: En Lourdes se verifican milagros; allí se toca con el dedo lo verdaderamente sobrenatural.

Tal vez recordamos especiales gracias de que hemos tenido noticia, ó nos ha sido concedido interrogar á testigos oculares ó personas que se vieron favorecidas: este recuerdo será muy útil para aumentar nuestra justa convicción.

Demos gracias á María por su bondad, gocémonos en su gloria.

2. *Las curaciones y la Inmaculada Concepción.*

—Si nos paramos á reflexionar sobre ello, no nos será difícil hallar una conmovedora relación entre estas curaciones corporales y la Inmaculada Concepción. La enfermedad, la debilidad, que podían ser efectos puramente de nuestra naturaleza, están vinculados en su realidad histórica al primer pecado transmitido por Adán á sus hijos. Estos males físicos son como la última y menos cruel de las heridas que el demonio nos ha infligido, y están destinadas á desaparecer cuando la vir-

tivo. Demasiados milagros se conciliarían mal con el designio providencial que quiere la constancia de las leyes de este mundo. Esta multiplicidad que haría que cada milagro llamase menos la atención, pondría, además, el mérito de nuestra fe en peligro de disminuir, y á la pureza de las miras sobrenaturales que deben aplicarnos á la devoción, á riesgo de alterarse.

tud redentora de Cristo acabe sobre la misma tierra, espléndidamente renovada (1), la obra regeneradora comenzada tan dichosamente en las almas. Por su Inmaculada Concepción, representa María este triunfo completo sobre el demonio y el pecado. ¿Es, pues, de extrañar que manifieste su poder mediante una acción victoriosa contra la enfermedad?

Pero ¡cuánto más estrecho es el lazo entre la Concepción Inmaculada y la salud moral! ¡Cuánto más urgente la curación espiritual! ¿Podríamos, pues, ahora dudar de la particular eficacia que ha de tener para las almas lánguidas y enfermas la invocación ferviente de María Inmaculada?

3. *Las curaciones y la incredulidad.* — ¡Cuán instructiva es, para el alma cristiana, la actitud de los incrédulos y de los extraviados! Ninguno hay que no haya oído hablar de las curaciones de Lourdes. Un supremo interés de verdad y de salvación está vinculado á su comprobación. Se convida á los incrédulos á que vayan á comprobarlos. ¡Y, sin embargo, cuán pocos se preocupan de ello! ¡Cuántos se contentan con negar *á priori!* (2) ¡Triste y deplorable indiferencia! Pero ella nos da á comprender, por otra parte, cómo el Señor pudo en su vida mortal multiplicar los prodigios, y no hallar, sin embargo, en muchos Israelitas sino escéptica indiferencia, burlas y hasta verdadera hostilidad. ¡Oh qué gracia la de poseer un corazón dócil!

II. Pidamos esta gracia por María, y examinemos si nosotros mismos hemos prestado á estos hechos toda la atención que se merecen.

(1) Apoc. XXI, 1-5.

(2) Los libros, aun de los mismos sabios, son á las veces sumamente flojos. Tal es el opúsculo de CHARCOT, *La fe que cura*. El autor se circunscribe á un solo género de enfermedades curadas; fingiendo ignorar ú olvidando las restantes.

II. La gracia de la fe.—1. Preguntad á los peregrinos que vuelven de Lourdes, y os contarán el inolvidable espectáculo de las explosiones de fe, de que Lourdes es teatro privilegiado. Si algunos obtienen la salud corporal, todos, por decirlo así, son allí espiritualmente confortados y reciben la gracia preciosa de un aumento de fe.

Repitémoslo: es éste un beneficio inestimable en nuestra época de dudas y tinieblas.

Hay tantos espíritus que titubean, que es consolador oír acentos de convicción y de justa convicción. Un solo milagro verdadero derriba todo el andamiaje de la incredulidad. ¿No tenemos por ventura en Lourdes una brillante confirmación de cuanto creemos y esperamos?

Este beneficio de la fe recobrada ó fortalecida, naturalmente se eslabona también con el privilegio de María. Al fiel que la dice: «Creo vuestra Concepción Inmaculada», parece María contestar: «Y yo te obtengo que creas más firmemente todo lo demás, y derramo en ti y á tu alrededor gracias de fe.»

2. ¿Hemos confirmado nosotros por este medio nuestra fe, é invocado á María para creer siempre firmemente?

III. Gracia de oración y de vida sobrenatural.—

I. No se aprende en Lourdes, sólo en un grado ordinario, á orar y á establecer con Dios y con el cielo familiar comunicación. Cuando el Santísimo Sacramento pasa por delante de los enfermos, toda aquella multitud habla al Salvador como si su divina persona se mostrase patente á sus ojos. Se conversa con El, se vive vida del cielo.

¡Dichosa derrota la del siglo actual! Como positivista, el hombre moderno pretende no admitir sino lo

que ven sus ojos y sus manos pueden palpar. Y he aquí que, atraído por la Virgen Inmaculada, se siente como levantado de la tierra, y recobra la esperanza, la expectación del cielo.

II. Debería nuestra oración tener el acento que le comunicaría la vista de Jesús. ¿Pero por ventura está Dios lejos de nosotros? La virtud de nuestra fe debería hacernos vivir vida del cielo, inspirarnos algo de ideal, y mientras que nuestros pies tocan la tierra, levantar nuestros corazones á lo alto.

¡Ojalá que la devoción á María Inmaculada produzca en nosotros semejante resultado y nos transforme desde ahora en ciudadanos del Paraíso!

COLOQUIO

Dirijamos en este sentido un coloquio de acción de gracias y ardientes súplicas. *Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te.* Toda hermosa eres, María, y no hay en ti mancha original.

La Anunciación de la Santísima Virgen

que antiguamente se llamaba también
Anunciación del Salvador, Anunciación de Cristo,
25 de Marzo

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—En este día de la Anunciación, que es al mismo tiempo el de la Encarnación del Verbo, celebramos el principio y el funda-

mento de todas las alegrías cristianas, así como la razón de todas las grandezas de María. ¡Día tres veces bendito, en que el Hijo del Altísimo toma nuestra naturaleza, y en que María llega á ser Madre de Dios! Tres veces cada día en el *angelus* (1) damos, á son de campana, gracias á Dios por el misterio celebrado á 25 de Marzo.

La fiesta de la Anunciación se coloca entre las más antiguas de la Iglesia universal. Podemos, remontando las edades, seguir sus huellas en Oriente hasta el siglo v, y hasta el vii en Occidente. León XIII la ha elevado al rito doble de primera clase.

Plan de la meditación.—La embajada de un arcángel á María, la elección que Dios hace de ella, conducen como por sí mismas á esta cuestión: ¿qué encantos hubo en María que atrajesen al Hijo de Dios? Siguiendo á Bossuet, en la sexta elevación para la semana duodécima, pondremos de relieve tres grandes virtudes de María. El primer punto estará consagrado á *admirar esas virtudes*, el segundo á *examinar su recíproca alianza*.

MEDITACIÓN

«*Ave gratia plena*» (Luc. I, 28).

Dios te salve, llena de gracia.

1.^{ER} PRELUDIO.—Entremos con el ángel San Gabriel en el humilde oratorio de María. La admirable santidad de la Virgen esparce en su pobre aposentillo celestial perfume.

(1) Para la historia del *Angelus* véanse los artículos de TOMÁS ESSER, *Das Ave Maria lúuten*, HISTORISCHES JAHRBUCH, 1902; de THURSTON, MONTH, 1902; de BOUDINHON, REV. DU CLERGÉ FRANC., 1902, t. 31.

2.º PRELUDIO.—Pidamos instantemente la gracia de conocer mejor á nuestra Madre, y de comprender el conjunto de virtudes que adornan su alma santísima.

I. Virtudes de María.—I. Ya desde esta su primera entrada en escena, la Virgen Santísima se nos muestra adornada del brillo incomparable de tres virtudes: *pureza perfectísima* dedicada á Dios con voto y para la cual está dispuesta María á sacrificarlo todo conforme á la voluntad del Señor; *humildad*, que se abate en el momento de la suprema glorificación; *fe* con que cree sin dudar la más inverosímil maravilla, una virgen que engendra, y una madre que engendra á un Dios.

II. Después de haber dirigido á María santas felicitaciones, procuraremos aprovecharnos de las tres grandes enseñanzas que nos da.

1. No basta admirar y ensalzar la hermosura de la castidad para asegurar su posesión: hay que estimarla digna de ser adquirida aun á costa del sacrificio, y conquistarla generosamente.

2. El momento del éxito y del triunfo hace oportuna la humildad y la somete á la prueba.

3. La fe es tanto más meritoria cuanto más el espíritu se siente abrumado por el misterio.

II. Recíproca alianza de estas virtudes.—I. 1. La reunión de estas virtudes no era fortuita ni accidental en María.

La una apoyaba y perfeccionaba á la otra. De haber sido menos humilde, no hubiera María aventurado, en favor de su virginidad, aquella objeción que podía impedir su elevación á la dignidad de Madre de Dios; de ser menos pura, hubiera sido menos humilde; si su fe hubiera sido menos perfecta, habría hallado mayor di-

ficultad en el sacrificio de su humildad y el aparente de su virginidad; y estas dos virtudes, á su vez, facilitaban en gran manera la fe.

2. Por otra parte, estas tres virtudes reunidas preparaban una digna Madre de Dios. María, para gustar los inefables goces de la divina maternidad, había de renunciar para siempre á todo deleite de los sentidos; la humildad más profunda le era necesaria para no poner ningún obstáculo á la más grande de las gracias de lo alto; y como enseñan los Padres, le era necesario concebir espiritualmente al Verbo de Dios por una fe perfectísima antes de suministrarle la materia de su cuerpo.

II. Del mismo modo, en la vida cristiana, estas virtudes se aúnan santamente. Es el orgullo como una lujuria del espíritu, que recibe con frecuencia en la lujuria de la carne su justo castigo, y una y otra lujuria ofuscan la mirada que debe reconocer á Dios. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios» (1). Quitad el orgullo y los ilícitos placeres, y la fe penetrará sin obstáculo en el alma humilde y purificada.

¡Cuán útiles reflexiones, qué de saludables resoluciones puede hacer germinar la verdad de esta alianza de las virtudes! Consultemos nuestras propias necesidades. La esterilidad de nuestros esfuerzos por adquirir una virtud, ¿acaso no proviene de nuestra indiferencia hacia alguna otra que le es conjunta? Ciertas tentaciones son combatidas eficazmente por el ejercicio de una virtud que no es atacada. El demonio de la impureza se ve ahuyentado por fervorosos actos de humildad.

(1) S. Matth. V, 8.

Trabajemos en imitar á María juntando en nuestra vida estas tres grandes virtudes de humildad, fe, castidad, para nuestra propia santificación y bien de los demás, «para incorporar en nosotros el Verbo y, mediante esta incorporación, participar de la dignidad de la Madre de Dios» (1).

COLOQUIO

En un ferviente coloquio podemos, en primer lugar, dirigirnos al ángel San Gabriel y, con él, saludar á María llena de gracia. Felicitemos luego á la Virgen Santísima por su elección y sus virtudes, y con ella y por ella adoremos al Verbo hecho carne y consagrémonos á su servicio. Pidamos por María á Jesús, ser semejantes á nuestra Madre, que lo es también suya.

Fiesta de los Dolores de María

**Primera fiesta,
el viernes después de la dominica de pasión**

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta festividad.—Por un decreto de 22 de Abril de 1727, extendía BENEDICTO XIII á toda la Iglesia una fiesta que, con diversos nombres y en distintas fechas, celebrábase en gran

(1) BOSSUET, 6.^a elevación para la 12.^a semana.

parte de la cristiandad. La primera iniciativa emanó del Concilio de Colonia, que en 1423, queriendo reparar las impiedades iconoclastas de los Husitas, había instituído una fiesta bajo el título de *Festum Commemorationis praefatae angustiae et doloris B. M. V.* (1).

La piedad de los fieles concentrada enteramente al principio en el acerbo sufrir del alma de María en el día supremo de la pasión del Salvador, representábase las horrendas torturas padecidas por esta Madre al encontrarse con su divino Hijo cargado con la cruz; luego en el Calvario al pie de esta misma cruz, durante una agonía de tres horas, y finalmente en su entierro y sepultura. Poco á poco fueron otros dolores comprendidos en la festividad. La devoción á los siete dolores se debe á la piedad de un cura de Brujas, secretario más tarde de Carlos V, llamado JUAN DE COUDENBERGHE (2). Desolado por los males de la guerra ci-

(1) Fiesta conmemorativa de la predicha angustia y dolor de la B. V. M. Véase HARDUINO, Conc., t. VIII, col. 1013.

He aquí los magníficos considerandos de este decreto:

•Ad gloriam sanctae et intemeratae Virginis Dei genitricis, pro miseris peccatoribus Filium suum crucifixum assidue deprecantis et orantis, cujus laudes etiamsi omnes arenulae maris in linguas converterentur depromere nequirent: necnon ad honorem illius angustiae et doloris, dum Redemptor noster Jesus Christus expansis manibus in ara crucis pro salute nostra immolatus, matrem suam benedictam delectissimo discipulo suo Joanni evangelistae commendavit; et praesertim ut profanorum haereticorum Hussitarum perfidia, qui imagines ad laudem Crucifixi, et gloriosae Virginis dedicatas, ausu sacrilego comburere et devastare minime formidarunt, nec formidant...•

(2) Era Deán de San Gil de Abbenbroek (Holanda meridional), cura de la iglesia de los Santos Pedro y Pablo de Heimerswaal (ciudad destruída de la Zelanda) y también de San Salvador de Brujas. Véase en ANALECTA BOLLANDIANA de 1893, el interesante artículo del P. DELEHAYE, intitulado, *La Virgen de las siete espadas*, p. 333 ss. En él se demuestra también que los siete gozos fueron honrados antes que los siete dolores. Según BENEDICTO XIV, *De Festis*, 2, 4, 9, SAXIO atribuía á los siete fundadores del Orden de los Servitas la paternidad de la devoción á los VII Dolores.

vil que siguió á la muerte de la duquesa de Borgoña, María, mujer de Maximiliano de Austria, recurrió y procuró se recurriese á la Madre de Dios. Para reanimar la devoción de los fieles, colocó en cada una de las tres iglesias que de él dependían, una imagen de la Virgen con una inscripción en verso que recordaba las ocasiones en que María había especialmente sufrido: cuando la profecía de Simeón; en la huída á Egipto; en la pérdida del Niño Jesús en el templo; al ver á Jesús cargado con la cruz; cuando en ella fué crucificado; cuando recibió en sus brazos el cuerpo de su divino Hijo, y finalmente en el santo entierro (1). El 25 de Octubre de 1495, aprobaba ALEJANDRO VI una cofradía de Nuestra Señora de los siete dolores establecida en Bélgica hacia 1490; los anales de esta cofradía atestiguan la popularidad de esta devoción en ambos Flandes (2). La fiesta de los Dolores celebrábase allí con este mismo nombre de los siete Dolores, no en la fecha actual, sino el viernes antes de la semana de Pasión.

La devoción á los Dolores de la Virgen es, por otra parte, mucho más antigua que su misma solemnidad. ¿No asistía por ventura la ciudad de Florencia, en 1233, á la fundación de la orden de Servitas, especialmente dedicada á María y al culto de su martirio? ¿Y la Iglesia no poseía ya el *Stabat Mater*? (3).

(1) No todos enumeran los siete Dolores del modo que hoy ha prevalecido. Así, en algunos autores, la profecía de Simeón es reemplazada por la circuncisión.

(2) Los frutos de esta devoción fueron tales, que se instituyeron dos fiestas, una en Delft de Holanda, la otra en Brujas, Bélgica, para conmemorar las gracias obtenidas. Llamábanse: *Festum miraculorum Confraternitatis VII dolorum sacratissimae V. M.* y *Festum miraculorum B. V. M. de VII doloribus*. Art. cit. de ANALECTA, p. 340.

(3) Según J. JULIÁN, *A dictionary of hymnology*, el *Stabat* fué compuesto entre 1150 y 1360 y tuvo tal vez por autor al Papa INOCENCIO III († 1216). Otros atribuyen este himno al Franciscano JACOPONE († 1306).

Plan de la meditación.—En esta primera meditación, hecha en un tiempo en que nuestra piedad no debe apartarse de los sufrimientos del Salvador, consideraremos los dolores de María durante la pasión de su Hijo, procurando meditarlos unidos á los sufrimientos de Jesús. El orden histórico nos convida á meditar sucesivamente tres puntos: *María junto á Cristo moribundo; María con Cristo depuesto de la cruz; María ante el sepulcro de Jesús.*

MEDITACIÓN

«*Filia Jerusalem... magna... est velut mare contritio tua*» (Thren. II, 13).

Hija de Jerusalén, tu contrición es inmensa como el mar.

1.^{ER} PRELUDIO. Mientras que Nuestro Salvador sufría en la cruz durante tres largas horas el más cruel martirio de su cuerpo, de su corazón y de su alma; María, su Madre, de pie junto á esa cruz, asistía á su agonía. Vióle luego depuesto de la cruz y colocado respetuosamente en un sepulcro nuevo que pertenecía á José de Arimatea.

2.^O PRELUDIO. Representémonos el Calvario, los tres patíbulos allí levantados, el cuerpo de Nuestro Señor, el vecino huerto, lugar de su sepultura.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos con fervor la gracia de sentir vivamente las penas de Jesús y de María, y de sacar de sus dolores el más grande horror al pecado junto con un deseo ardiente de la perfección.

I. María junto á Cristo moribundo.—I. Esforcémonos por comprender los sufrimientos de María al

pie de la cruz, como si la escena augusta y terrible pasase actualmente á nuestra vista.

1. Veo al pie de esta cruz á la Madre de un Hijo único; una madre jamás separa su causa de la de su hijo.

2. El es, el Hijo único; El, Dios y Salvador. María tiene más que ninguna, alma de madre, y puede dar sin reserva á su Hijo, que es Dios, toda la ternura de su corazón.

3. ¡Cómo penetra cada uno de los sufrimientos de su hijo! — El sufrimiento corporal y la sed, sin poder proporcionarle el menor consuelo. — El sufrimiento en *la honra*. Si los santos eran tan sensibles á las blasfemias, cuánto más María que conocía tan bien cuanto era debido á Jesucristo. ¡Y qué de injurias no oía! ¡Y de quiénes! — El sufrimiento del *corazón*, causado por una ingratitud que llega hasta insultar al bienhechor en sus más magníficos dones; y además también por una cobardía, que en el momento supremo y después de las promesas más solemnes, abandona al más generoso de los Padres. — ¡Y enclavado en la cruz un Dios que permite el sufrimiento y el insulto! ¡Oh insondable misterio de justicia y de amor!

¡Oh, y cuál sería la pena de María!

II. Aprendamos de María á compadecernos de la pasión de Jesucristo. ¿No tenemos razón de lamentar la indiferencia con que miramos unos males sufridos por causa nuestra y para nuestra utilidad? Supliquemos á María que ablande nuestros corazones y los conmueva á favor de su amado Hijo Jesucristo.

II. María con el cuerpo de Cristo depuesto de la cruz.—I. La suprema recomendación hecha por Jesús á su Madre «He aquí á tu hijo», y luego á San

Juan «He aquí á tu Madre» era una despedida (¡oh, y cuán desgarradora!), que se convirtió muy pronto en terrible realidad. Jesús exhala un grito; este clamor de Jesús moribundo desgarró el alma de su Madre. Después, la cabeza caída sobre el pecho demostró que todo estaba consumado. Quedaba aún el piadoso deber del entierro. Dos discípulos, como fortificados por la pasión del Salvador, vienen valerosa y noblemente á tomar sobre sí esta tarea. El cuerpo es poco á poco desclavado, luego descendido de la cruz. ¿Dónde colocarlo? ¿Qué brazos mejor dispuestos para recibirlo que los brazos de María? Extiéndense estos brazos como por instinto, y estrechan los divinos despojos.

II. De rodillas delante de esta Madre, repasemos todavía en espíritu todas las llagas cuyo sangriento estigma persevera impreso en el cuerpo ya frío. Digamos lentamente: «*Ave, verum corpus, natum de Maria Virgine; vere passum, immolatum in cruce pro homine.* Salve, oh cuerpo verdadero, nacido de Maria Virgen; que habéis verdaderamente padecido, que habéis sido verdaderamente inmolado en la cruz por el hombre.»

De los dolores de Jesús, pasemos á considerar los de su madre. Treinta años hace tenía en su regazo al Niño Dios, el más hermoso entre los hijos de los hombres. ¿En qué ha venido á parar? ¿Qué hemos hecho de El? ¡Ah! El contraste es debido á nuestros pecados: Madre, vuestro dolor no podemos comprenderlo; pero comprendemos nuestro deber de compadecerlo. Debemos sufrir con Vos; debemos más que nunca detestar el pecado, única fuente de vuestra aflicción; debemos sacar de vuestras penas, junto con una plena confianza en la misericordia divina, un celo ardiente por la salvación de las almas. ¡Oh Madre,

ante la cual golpeo mi pecho, obtenedme estos frutos de sólida devoción; que viva por Vos y por vuestro Hijo Jesús!

III. María ante el sepulcro de Jesús.—I. Ha llegado para María la hora de dejarse arrebatar el cuerpo de su Hijo. La ley misma del sábado que ella desea observar hasta en sus menores ápices, la invita á apresurarse. Organízase un fúnebre cortejo. Los ángeles forman parte de él. En la tierra vese á los discípulos llevando el cuerpo; luego á la Virgen apoyada en San Juan; á las santas mujeres. Juntémonos á ellos. La marcha prosigue y concluye silenciosa; embarga los corazones el dolor.

II. Mientras es sepultado el sagrado cuerpo de Jesús, pensemos en el amor delicado del Señor, que, resuelto á mostrarse semejante á nosotros en todo, excepto el pecado, hasta quiere pasar por el supremo abatimiento de nuestra condición presente, la tumba. Aceptemos desde ahora, conformándonos en un todo con su voluntad, esta destrucción de nosotros mismos; pero allí en donde todo parece concluirse, muéstre-nos nuestra fe y nuestra esperanza una mejor resurrección.

Imaginémonos después la soledad de la Virgen Santísima al concluirse esta lúgubre ceremonia. Vedla humanamente sin ningún consuelo. Porque ¿qué es San Juan para reemplazar á su Hijo? Sin embargo, si el dolor es inmenso, ella es al mismo tiempo valerosa y santísima.

Admiremos á nuestra Madre; mas sea para imitarla en nuestras pruebas, mucho menores que las suyas.

COLOQUIO

Nos esforcemos por entablar con nuestra Madre un afectuosísimo coloquio, en que la compadezcamos por haber sufrido tanto por causa nuestra, y la demos gracias por profesarnos un tan grande amor, que los sufrimientos no han hecho más que acrecentar. En cambio de tanta bondad propóngamos cumplir para con ella el delicado oficio, aceptado por San Juan á invitación de Jesucristo. Pidámosla se digne aceptar este homenaje y obtenernos gracia para realizar santamente nuestra resolución. Recemos al concluir el *Stabat Mater*, en parte á lo menos.

Fiesta de Nuestra Señora del Buen Consejo

26 de Abril

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—Esta fiesta es la de una de las más veneradas imágenes de la cristiandad. La sonriente Virgen, con el divino Niño en los brazos, tiene su santuario en la antigua *villa* Claudiana, hoy Genazzano, no lejos de Palestrina. Los orígenes de esta devoción vienen, como los de muchas otras, poetizados por una de esas leyendas cuya base histórica es bastante frágil y que, sin embargo, es gustoso leer y conservar porque condensan

y dramatizan la justa y santa persuasión del poder de María, ó su maternal solicitud (1). Según ella, la Virgen de Genazzano se habría milagrosamente trasladado de Albania á Italia, acompañando á través del Adriático á dos cristianos fugitivos de la invasión musulmana, y habría venido á fijarse en la pared interior de la iglesia de Padres Agustinos. La llegada de la imagen habría coincidido con la feria de la localidad, á 25 de Abril de 1467.

En rigor histórico puede ya afirmarse que la imagen fué coronada por el Cabildo de la basilica vaticana en 1682, y del mismo siglo xvii data el título de Nuestra Señora del Buen Consejo. Pío VI extendió, á 18 de Septiembre de 1789, á todo el Orden de Ermitaños de San Agustín la fiesta concedida á Genazzano desde 12 de Julio de 1727, y el mismo Papa, á causa de la fiesta de San Marcos, que cae á 25 de Abril, trasladó esta solemnidad al día siguiente. Actualmente su oficio y su misa hanse extendido á casi toda la Iglesia latina.

LEÓN XIII dió nuevo realce á esta festividad, cuando, poco antes de su muerte, mandó añadir en la letanía de la Virgen lá invocación *Madre del Buen Consejo*.

Plan de la meditación.—Veamos en los tres puntos de esta meditación, *la importancia del buen consejo; cuánto resplandece este don en María, y por qué medios podemos adquirirlo nosotros.*

(1) En este tiempo de investigaciones históricas y estudios positivos es muy á propósito habituarse á los fieles á considerar el motivo *teológico* siempre sólido de las prácticas aprobadas, y hacer independiente su devoción de la verdad de los escritos relacionados con el origen de los santuarios, etc. Esta conducta está por lo demás enteramente conforme con el espíritu de la Iglesia. Recientemente, el 31 de Agosto de 1904, el Santo Oficio notificó á los Obispos, que la aprobación del escapulario de Pellevoisin no implica directa ni indirectamente la aprobación, cualquiera que sea, de las apariciones, revelaciones y gracias, que se relacionan con esta práctica.

MEDITACIÓN

«*Beatus homo qui audit me*» (Prov. VIII, 34).

Dichoso el que me oye.

1.^{ER} PRELUDIO.—Imaginémonos en presencia de la Virgen María, en el momento en que delibera sobre la proposición del arcángel San Gabriel.

2.^O PRELUDIO.—Roguemos instantemente á la Virgen nos haga estimar y poseer una cualidad tan preciosa como es la del buen consejo.

I. Importancia del buen consejo.—I. El consejo es una aplicación juiciosa de los principios generales á los casos particulares. En las diferentes circunstancias de la vida, nos muestra la verdadera conducta que debemos observar, el partido que debemos tomar, y es por ende un elemento indispensable de la ciencia práctica. Solamente nos preocupa aquí el orden moral y sobrenatural. En él sirve el consejo para guiarnos á nosotros mismos y á los demás por los caminos de la justicia hasta llegar á la meta del adelantamiento espiritual, á la cumbre de la perfección, á que la gracia de Dios nos invita á subir.

Si aun en los negocios humanos es inapreciable un buen consejo; si pocas cualidades hay que den al hombre tanto ascendiente y autoridad como aquella de que emanan consejos saludables ¿en qué estima debemos tener la sobrenatural prudencia, que dirige nuestros pasos hacia el término sublime de nuestra existencia? ¿De qué sirve, en definitiva, conocer los más excelentes principios, si no sabemos traducirlos en actos? Este conocimiento más claro de la verdad, si permanece en estado de pura teoría, no servirá sino para agravar nuestra responsabilidad.

Además ¿no experimentamos una continua necesidad de esta ciencia práctica, ya para nosotros mismos, ya para los demás?

Recordemos nuestras dudas, nuestras vacilaciones, nuestras perplejidades, nuestros errores *pasados*. Excitemos en nosotros un gran deseo de poseer el arte y el don del buen consejo. Roguemos á Dios y á la Virgen vengan en auxilio de nuestra extrema miseria, cuya humilde confesión no debemos omitir en este lugar.

II. El don de consejo en María.—I. ¡Qué riqueza de consejo en María! ¿Hubo jamás simple criatura á quien se propusiesen más importantes deliberaciones? María, por su consentimiento, debió decidir de nuestra misma Redención, y debió en seguida portarse como digna Madre de Dios. ¿De qué consejo hubo de estar adornada la única entre las puras criaturas que realizó plenamente los designios que Dios tenía sobre ella, llegando á la perfección más alta á que la llamaba el Señor? Recorred con una mirada toda la vida de la Virgen Santísima. ¡Qué don, qué gracia de consejo no se manifiesta en el voto de virginidad que ofrece á Dios; en la elección de San José como esposo y protector; en la acogida hecha al ángel San Gabriel; en la humilde y sencilla actitud que observa durante toda la vida oculta y pública del Señor; en su presencia en el Calvario, como también en las relaciones llenas de autoridad y delicadeza que, después de la Resurrección y Ascensión del Salvador, mantuvo con los Apóstoles! Cuando la venida del Espíritu Santo, la Escritura sagrada nos muestra á estas columnas de la Iglesia como colocadas alrededor de María, Madre de Jesús.

II. Si entramos en pormenores acerca de las co-

tidianas cuestiones que hubo de decidir María durante toda su vida, concebiremos para con ella un vivo sentimiento de admiración. La reina de Sabá que fué á Jerusalén atraída por la fama de Salomón, volvióse maravillada de las sabias respuestas que de él obtuviera: había la realidad sobrepujado sus esperanzas.

Del mismo modo, la simple fama de la sabiduría de la Virgen ¿no causará en nosotros deliciosa impresión, ni despertará este sentimiento profundo que infaliblemente ha de producirnos un examen atento sobre cada una de las manifestaciones de su sabiduría?

III. Medios para adquirir el buen consejo.—Ya que únicamente nos interesan los efectos sobrenaturales, debemos recordar que la ciencia práctica, debe venirnos de Dios; mas conviene cooperar á sus aumentos y aprovecharnos de otras gracias que nos disponen á recibir este don.

Para ello serános sumamente útil:

1. Confirmar en nosotros los principios de orden superior. Cuanto más vivos estén en nuestro espíritu, tanto mayor influjo ejercerán sobre las conclusiones particulares que pertenecen al consejo.

2. Ejercitarnos en el dominio de nosotros mismos. La calma inspira prudentes deliberaciones.

3. Combatir y eliminar los afectos desordenados, que son los que hacen inclinarse á ciegas la balanza de su costado.

4. Ser muy deferentes para con el consejo de los demás, sobre todo con el de nuestros superiores, oyendo de buena gana las reprensiones que se nos dirijan. Esta humildad, no exenta de confianza en la Providencia, es bendecida de Dios, y, naturalmente, trae consigo la sabiduría ¡Cuán imprudente es fiarse única-

mente de sus propias luces y desdeñar las ajenas advertencias!

5. Ser recogidos y reflexivos: recogidos para oír la palabra de Dios; reflexivos para seguirla con discernimiento.

6. Ser humildes y despegados enteramente de las cosas criadas. Aun *naturalmente* hablando, el buen consejo, además de la *competencia* que da ó perfecciona sobre todo la prolongada experiencia, supone el examen objetivo de la causa y la sinceridad de la respuesta. El hombre vano disimúlase á sí mismo su incompetencia, busca agradar, precipita sus consejos. El hombre interesado, es sospechoso de poco sincero. *Sobrenaturalmente*, la vanidad tributa al Señor una gloria escasa en demasía para merecer su gracia, y la afección desordenada es una impureza.

Si cultivamos estas disposiciones, Dios por sí mismo ó por sus ángeles se dignará ser vigilante consejero, cuya mano, aunque oculta á nuestros ojos, no dejará por eso de guiarnos con seguridad en la perplejidad y en el peligro.

COLOQUIO

Volvámonos confiadamente á María con un ferviente coloquio, é invoquémosla para obtener de ella la gracia del consejo. Perplejidades y angustias presentes nos moverán tal vez á formular algunas peticiones en particular. Expongámoslas todas filialmente á María. *Ave María.*

Fiesta de María, Madre del divino Pastor

Primer domingo de Mayo

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de esta festividad.—Los RR. PP. Capuchinos de Sevilla empezaron á celebrar, el segundo domingo después de Pascua, una fiesta de la Virgen, bajo el título de Madre del divino Pastor, la cual Pío VII concedió, en 10 de Junio de 1801, á la Toscana, de donde se propagó por casi toda Italia. Las fechas de su celebración son muy varias. Pío IX dignóse dar su aprobación á un nuevo Oficio, á fin, decía, de llamar la atención reconocida y suplicante de los fieles sobre la vigilante custodia con que la Virgen les guarda, y el celestial alimento de que le son deudos.

Parécenos que un doble designio preside á esta solemnidad. María es Madre del buen Pastor, y se complace en atraer corderos á su rebaño. Dichosos de estar bajo tal cayado, extendemos nuestra gratitud hasta la Madre de Dios, y agradecemos directamente á María el cuidado que se tomó de conducirnos á Jesús. Suplicámosla luego no permita que perdamos jamás á este amado Pastor de nuestras almas.

Plan de la meditación.—Extendida de tal suerte esta devoción, ha hallado eco en nuestra *fe*, en nuestro *amor*, en nuestros más caros *intereses*. En los tres puntos de esta meditación nos esforzaremos en oír

estos tres acentos á gloria de Jesús y de María y para provecho de nuestras almas.

MEDITACIÓN

«*Cognosco meas et cognoscunt me meae*»
(Joan. X, 14).

Conozco á mis ovejas y ellas me conocen á mí.

1.^{ER} PRELUDIO.—Recordemos la conmovedora escena descrita en el capítulo sexto del Evangelio de San Juan, en que el Señor explica á sus discípulos y al pueblo la parábola del buen Pastor, que es El mismo. Situemos esta escena en una verde llanura en que se fije nuestra imaginación.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos, por intercesión de María, ser siempre del número de las ovejas fielmente unidas á tal Pastor.

I. Voz de la fe.—I. La fe nos hace atentos á la hermosa confirmación que ella misma recibe de una verdad evocada por la fiesta de María, Madre del buen Pastor. La humanidad necesita un Pastor, y no le halla sino en Jesús. Necesita un Pastor, porque ¿no es evidente con toda evidencia, que, dejados aparte algunos soberbios, que pretenden bastarse á sí mismos, los hombres, tomados en su conjunto, no regulan ni pueden regular por su propia razón el plan de su vida; pues no conocen por sí mismos el fin á que deben tender y los medios de llegar á él? Imperiosa es su necesidad de ser guiados, y á ello se ofrece Jesús, Hijo de Dios, sacrificado por ellos hasta la muerte. El ve, sabe, puede, ama; es el único que puede y quiere.

«Nadie ha subido al Cielo sino Aquel que descendió del Cielo, el Hijo del hombre, que no cesa de estar en

el Cielo» (1). ¿Y quién sino El ha dado como prenda de su amor desinteresado, el sacrificio de su vida? Ni antes de Jesús, ni después de El, ha habido quien tenga el saber, el poder, el amor. Suprimid á Jesús ¿qué le queda á la humanidad? Hombres divididos, inconstantes en sus opiniones, sin ascendiente universal, muchas veces mercenarios ambiciosos ó interesados. En nuestros días, como en su tiempo, puede el Señor dirigir sobre la muchedumbre de hombres que no son suyos la triste mirada que le enternecía de compasión: «Son como ovejas sin Pastor» (2). Bien puede la incredulidad objetar y criticar; está convencida de error y de mentira, porque le es imposible reemplazar á Jesús. La verdad está donde florece la vida, no donde se cae en el vacío y en la muerte.

II. En las dificultades, especiosas á las veces, que se oponen á la religión, en lugar de ceñirnos á una actitud defensiva, pidamos á la tentación interior ó exterior que nos solicita, qué nos ofrece en cambio de los dogmas de la fe. ¿Qué nos ofrece? ¿Con qué pruebas? ¿Con qué garantías? La importancia y la vaciedad de estos múltiples sistemas que se pretenden inventados para la salvación del mundo, se nos manifestarán de pronto tales que, despreciando á todos esos falsos Cristos nos abrazaremos, con un fervor lleno de reconocimiento, con el verdadero, repitiéndole amorosamente el himno que tantas veces y tan suavemente ha resonado á nuestros oídos en nuestros tiempos: «*Tu nos pasce, nos tuere, Tu nos bona fac videre in terra viventium.* Apaciéntanos tú, Jesús, protégenos, haznos contemplar y poseer todo bien en la tierra de los vivientes.»

(1) Joan. III, 13.

(2) Matth. IX, 36.

II. Voz del amor.—Dichosos en poseer y seguir á Jesús, si damos oídos á nuestro corazón nos volveremos llenos de gratitud hacia aquella que nos le dió.

1. María nos lo dió *á todos en general*, cuando lo puso en este mundo; diónoslo cuando por nosotros se privó de El, en el curso de la vida pública, durante la cual fué el Pastor amado muy lejos de su Madre en busca de sus ovejas; diónoslo en fin cuando consintió en la sangrienta inmolación de este Hijo suyo en la cruz.

2. Además ¿no nos lo ha dado *á cada uno en particular*? ¿Los más obstinados pecadores, no deben por ventura á la *Madre de misericordia*, á alguna práctica en honor de María, el haber sido del número de las ovejas descarriadas á quienes fué á buscar el Buen Pastor para traerlas amorosamente al redil, sobre sus espaldas? ¿No es fruto habitual de la especial devoción á la *Reina de las vírgenes*, la pureza que consagra el joven á Jesús? ¿Y no reconoce fácilmente el religioso, como raíz de su vocación, que más íntimamente le une con Jesús, la influencia de su piedad para con la *Reina de todos los Santos*?

3. Traigamos distintamente á la memoria algunas conmovedoras conversiones ó preservaciones, y aquellos rasgos de devoción que nos han mantenido alejados del vicio, ó vuelto al buen camino, ó estimulado aun á la misma perfección. ¡En cuán deliciosos pastos nos ha guardado, ó á ellos nos ha vuelto la Madre del divino Pastor! Gocémonos en confesárselo y darle gracias por ello.

III. Voz de nuestros más caros intereses.—

1. Nuestro propio interés nos persuade, en esta fiesta, que pongamos bajo la protección de María nuestra virtud y nuestra perfección. Ya sea que temamos ser

arrancados del redil de Jesús, ó que una triste desgracia nos haya alejado de él; ya que sintamos en nosotros el hambre y la sed de correr en pos de este divino Pastor, en busca de los pastos más exquisitos que El guarda para sus ovejas privilegiadas: dirijámonos á su Madre, que ella asegurará nuestra fidelidad, nuestra conversión, nuestros progresos, nuestra santificación.

2. ¿Nos ocupamos en obras buenas, ó se nos han presentado por sí mismas ocasiones de ejercitar el celo? ¿Deseamos conversiones y gracias para otros? Pues encomendemos el buen suceso á la Madre del divino Pastor.

COLOQUIO

Al fin de esta meditación, conversemos con esta buena y vigilante Madre, sobre cuantas necesidades espirituales nos preocupan. Luego, por medio de Ella, acudiremos con mayor confianza á Jesús, divino y tiernísimo Pastor de las almas. *Ave María; Anima Christi.*

Fiesta de María Auxiliadora

24 de Mayo

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.— El 24 de Mayo de 1814, después de seis años de destierro y cautividad, y contra toda esperanza, volvía triunfante á su ciudad de Roma el Papa Pío VII. Un todopode-

roso emperador le arrancara de ella para pasearle insolentemente á través de Europa y relegarle después á Savona. Creía, tal vez, en su orgullo de invencible conquistador, que su espada iba á dar el golpe decisivo á la fortaleza de la ley verdadera, que una filosofía incrédula se gloriaba de haber minado. Pues bien, he aquí que su ambicioso poder es destruído y que los sufragios de los reyes, á la vez que los aplausos del pueblo, preparan al Pontífice un inolvidable regreso. Pío VII ve en esta gracia insigne la mano protectora de María; y quiere, por gratitud, que el aniversario de su vuelta sea consagrado por la fiesta de *María Auxiliadora*, título que le había sugerido una invocación de la letanía lauretana. Después de la batalla de Lepanto (7 de Octubre de 1571), SAN PÍO V, satisfecho y agradecido por una victoria que libraba á la cristiandad del terror musulmán, había decretado á María, en su letanía, el hermoso título de *Auxilio de los cristianos*.

Esta festividad fué instituída para los Estados romanos por un decreto de la Congregación de Ritos de 16 de Septiembre de 1815, y no tardó en solicitarla casi todo el universo católico. Como la del Rosario, va vinculada esta fiesta á las luchas de la cristiandad. Mas el Rosario recuerda felices victorias, y María Auxiliadora, una desdicha socorrida, una calamidad evitada.

Plan de la meditación. — Consagremos, pues, esta meditación á reflexionar sobre la situación del cristiano en el mundo, y sobre el auxilio que de María puede esperar. 1.^{er} punto: *Los males de la Iglesia, fuente de penas*; 2.^o punto: *los consuelos en medio de las pruebas*; 3.^{er} punto: *razones de recurrir á María*.

MEDITACIÓN

«*Cum ipso sum in tribulatione*» (Ps. XC, 15).
Con él estoy en la tribulación.

1.^{ER} PRELUDIO. Traigamos á la memoria la escena de la huída á Egipto; veamos á María, llevando á Jesús en sus brazos y huyendo para librar á su Hijo de las asechanzas de Herodes y sus satélites.

2.^O PRELUDIO. — Pidamos la gracia de participar santamente de las pruebas de la Iglesia, y de dirigir á María esas confiadas plegarias que ella se complace en escuchar.

I. Pena del cristiano en las tribulaciones de la Iglesia.—I. ¿Es por ventura necesario fijar mucho nuestras miradas en la historia de la Iglesia para certificarnos de que tanto los celosos Pastores, como los fieles han hallado en toda ocasión motivo de lamentar las desdichas de su época? A los tiempos de las violentas persecuciones, turbados también por la temeridad de los novadores y las cobardías de los tibios, sucede un período de grandes y peligrosas herejías. La prosperidad acarrea en lo interior ambiciones y corrupción, mientras que la consolidación del poder real da origen á celosas rivalidades y á múltiples tentativas de sujeción. De estos abusos nace la gran herejía protestante que lleva en su seno la total incredulidad, con el odio á toda autoridad religiosa.

II. El buen cristiano no puede menos de afligirse profundamente ante esas públicas tribulaciones.

1. ¡Cuánta felicidad impedida ó destruída! ¡Ah! ¡Qué paz, qué dicha no se derivaría sobre los particulares y las naciones, de la ley de Cristo santamente observada! El cristiano tiene conciencia de esta salva-

ción, y la ve desacreditada por la conducta de hermanos indignos, rechazada por los impíos, ciegos y obstinados.

2. ¡Si todavía la lucha del mal contra el bien fuese leal y sincera! Pero las armas empleadas contra la Iglesia son nuevo manantial de aflicciones. Imprudentes y pérfidas calumnias arrastran hacia las filas enemigas á las víctimas de la más irreflexiva ligereza. El vicio, lleno de insolencia, se adorna con las apariencias de la virtud, y logra bajo esta máscara captarse el público favor, mientras que la verdadera virtud se ve burlada y desconocida. ¡Oh, loca é ingrata Europa!

3. Pero, sobre todo, la ruina espiritual de que tantas almas, muchas de ellas todavía inocentes, se ven amenazadas, engendra en el corazón del cristiano punzante dolor. ¿Qué se hace con el pueblo y con los pobres? ¿Qué con los moribundos? ¿Qué, sobre todo, con tantos niños entregados á escuelas de impiedad ó de indiferentismo?

III. Tomemos parte en los infortunios de la Iglesia, para sacar de ellos motivos de fervor, de celo, de generosidad.

II. Consuelos del cristiano en medio de estas pruebas.—I. Estos consuelos nos los proporciona, sobre todo, la fe. Ella muestra al cristiano:

1. *Por encima de él*, á Dios, á Cristo, á su Madre, en una gloria inalterable y perfecta bienaventuranza. Gózase el cristiano de ver el mal reducido á una impotencia tal, que no podría ni siquiera turbar esa serenidad.

2. *En lo pasado*, á este mismo Cristo entrando en su gloria por el camino ignominioso del Calvario; preludiando, por los sufrimientos de su humanidad, los

destinos de su cuerpo místico; prediciendo claramente el odio y la mentira de que este cuerpo debía ser blanco. «Seréis odiados de todos, víctimas de las mentiras que se proferirán por mi causa. Cuando se os odie, pensad que yo mismo, el primero, me vi hecho blanco del odio» (1).

3. *En lo porvenir* el triunfo final y completo reservado á Cristo y á su causa. Ni aun el silencio de la muerte envolviendo á los enemigos en un olvido que les convenza de su vanidad y su nada, bastará para el desquite divino; todos deberán confesar su error, todos doblarán sus rodillas ante Cristo (2).

4. *Entretanto* el cumplimiento de los planes de Dios: «El hombre se agita, pero Dios le gufa» (3); la utilidad que los buenos sacan de todas esas tribulaciones y, para el mismo cristiano, una perfecta seguridad. Bien pueden los hombres coadunarse; no pueden ni suplantarle ni conmoverle, ni impedir que se le crea y se le ame.

II. Examinemos nuestra conducta en las pruebas de la Iglesia. ¿Se ha inspirado hasta ahora en el espíritu de fe? ¿Hemos tenido la suficiente confianza? ¿Nos hemos tal vez abandonado á la duda y al desaliento? *Modicae fidei*, diría el Señor, *quare dubitasti?* Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (4)

III. **El recurso á María.**—1. *Deber de recurrir.* Los consuelos del cristiano dejarían de ser verdaderos, si ocasionasen una egoísta indiferencia; y la seguridad personal se vería comprometida, si los consuelos traje-

(1) Véase el Evangelio, según San Mateo, V, 11; X, 22; XXIV, 9.

(2) Filip. II, 10.

(3) FENELÓN, sermón para la Epifanía, primer punto.

(4) Matth., XIV, 31.

sen consigo la confianza en sí mismo. Tanto, pues, por caridad, como por prudencia nos conviene, en la desdicha, recurrir á quien puede auxiliarnos.

2. *El recurso á María.* Al buscar este socorro ¿cómo dejar de dirigirnos á María? Pensad, en efecto, en la solicitud con que esta Madre veló por su Hijo perseguido. Las tribulaciones exteriores son la librea de Cristo. El no fué interiormente tentado; pero sufrió el odio y la persecución. En medio de las tribulaciones es el cristiano como otro Cristo Niño. ¿Cómo, pues, la Madre de Cristo dejaría de mirar por los discípulos con el amor y vigilante ternura con que miró por el mismo Cristo, cuyos continuadores son acá en la tierra?

COLOQUIO

Después de exponer á María nuestros peligros y los que la Iglesia corre, terminaremos nuestra sencilla conversación con la gloriosa protectora de los fieles, dirigiéndole aquella hermosa plegaria:

*Maria, mater gratiae,
Mater misericordiae,
Tu nos ab hoste protege
Et mortis hora suscipe
María, Madre de gracia,
Madre de misericordia,
Defiéndenos del enemigo
Y recíbenos á la hora de la muerte.*

Fiesta de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón

31 de Mayo

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de la fiesta (1).—El 8 de Diciembre de 1854, el mismo día en que Pío IX proclamaba á María, Inmaculada en su Concepción, dos jóvenes, vicarios de Issoudun, los Sres. MAUGENEST y D. JULIO CHEVALIER terminaban, en honor de la Inmaculada, una novena que debía decidir de su vida y de su apostolado. Dedicados desde que eran seminaristas á la glorificación del Sagrado Corazón de Jesús y al culto de la Inmaculada Concepción de María, habían ambos desde entonces concebido el designio de fundar en la ciudad de Issoudun una Congregación consagrada al Corazón de Jesús. Al verse uno y otro nombrados vicarios de aquella ciudad, fijáronse sus pensamientos en este proyecto, juzgado bien pronto irrealizable. Volvieron entonces sus ojos á María para obtener de ella luces y socorro. ¿Cómo no había Ella de dignarse, en el día bendito en que la proclamación del nuevo dogma iba á colmar su gloria, mostrarles que aceptaba su designio, proporcionándoles, precisamente en esta fecha, los recursos necesarios para su primera realización? En retorno, ellos se consagrarían al Corazón de

(1) Hemos tomado estos datos de la obra del RMO. P. CHEVALIER, *Nuestra Señora del Sagrado Corazón*. París, Retaux, 1886 (tercera edición) y del libro del R. P. TH. PIPERÓN, *El poder de Nuestra Señora del Sagrado Corazón probado por los hechos*. Issoudun, 1903.

Jesús con el nombre de Misioneros del Sagrado Corazón y procurarían honrar á María de un modo especial.

Así, pues, al salir de la Misa mayor, un habitante de la ciudad presentóse en la sacristía ofreciendo de parte de una persona que ocultaba su nombre, veinte mil francos para establecer en Issoudun una obra piadosa, preferentemente una sociedad de misioneros.

El 9 de Septiembre de 1855, los primeros miembros de la nueva Congregación recibían oficialmente el nombre de *Misioneros del Sagrado Corazón*. Faltaba cumplir la otra promesa de honrar á María *de un modo especial*. Después de muchas oraciones, el fundador, R. P. CHEVALIER, sintióse movido á hacer que se invocase á María con el nuevo nombre de *Nuestra Señora del Sagrado Corazón*. Esta invocación, escrita por primera vez al pie de una estatua de María Inmaculada, vino á ser el título con el cual dedicóse á María, en 1860, un altar en la primera Iglesia del Instituto. En 1864, el Arzobispo de Bourges aprobaba los Estatutos y firmaba la erección de una Cofradía en honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. El 31 de Mayo de 1865, la Asociación, usando de un Breve pontificio de 7 de Junio de 1864, celebraba por vez primera su fiesta patronal, habiendo sido esta fecha de 31 de Mayo elegida de propósito, ya que este día, terminación del mes de María y preparación para el del Sagrado Corazón de Jesús, respondía perfectamente á la alianza de entrambas devociones que caracteriza el espíritu de los Misioneros del Sagrado Corazón. Desde el 26 de Abril de 1879, convirtióse la Cofradía, por concesión pontificia, en Archicofradía universal. El 12 de Noviembre de 1881, introducía LEÓN XIII esta fiesta en el calendario de la Congregación, asignándole el

Oficio y Misa *Beatae Virginis Matris gratiarum*, ya concedidos á la *Sociedad de María*.

Hoy día esta devoción ha sido aprobada por más de 450 Arzobispos y Obispos, y las Cofradías de Nuestra Señora del Sagrado Corazón cuentan por millones sus asociados. Dejadas aparte las Cofradías afiliadas y muchas asociaciones independientes, en sólo la Archicofradía de Issoudun constaban, en 1903, los nombres de 18 millones de miembros.

El nombre de *Nuestra Señora del Sagrado Corazón* directamente expresa el poder especial de intercesión de que goza la Virgen para con su divino Hijo. Este es el culto de la Omnipotencia suplicante, al cual está vinculado el socorro de María como patrona de las causas difíciles y desesperadas. Hase pretendido también honrar de este modo á María como dispensadora de las gracias del Sagrado Corazón, y reconocer en ella una cooperadora de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús (1).

Plan de la meditación. — Nuestras meditaciones para los sábados nos llevarán á reflexionar sobre el poder de intercesión de la Virgen Santísima y su oficio de medianera de la gracia. Quien quiera, pues, en esta fiesta dedicarse á una ú otra de estas ideas principales, hallará en nuestra tercera parte meditaciones apropiadas á su deseo. Aquí nos limitaremos á hacer notar la unión entre María Inmaculada y el Sagrado

(1) Notemos, sin embargo, que nada hay en este título que indique otro señorío de la Virgen sino el que María tiene sobre nosotros. Decimos *Nuestra Señora* y no *Señora* ó *Reina del Sagrado Corazón*, expresiones rechazadas por el Santo Oficio. Esta suprema Congregación nos pone asimismo en guardia contra las alabanzas excesivas que se quisieran atribuir á esta advocación. Véase la carta del C. PATRIZZI escrita en nombre del Santo Oficio el 28 de Febrero de 1895. NOUV. REV. THEOL. t. 7, p. 206.

Corazón, tercer carácter del homenaje tributado á María por el título de *Nuestra Señora del Sagrado Corazón*. He aquí cuáles serán los tres puntos. *Semejanza física y natural* de entrambos corazones, el de Jesús y el de María. *Su semejanza moral y sobrenatural*. *La alianza de entrambas devociones*, la del Corazón de Jesús y la de la Virgen Santísima.

MEDITACIÓN

«*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*» (Philip. II, 5.)

Sentid como siente Jesucristo.

1.^{ER} PRELUDIO.—Representémonos á María teniendo en sus brazos al Niño Jesús, y que con maternal ternura, mezclada de respeto, fija su vista sobre su Hijo que, á su vez, respira la más suave y benéfica bondad.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos instantemente la grande gracia de unir en nuestra vida una ardiente devoción á María Inmaculada con un amor profundo al Sagrado Corazón de Jesús.

I. Semejanza física y natural de los dos corazones.—I. ¡Cuán semejante fué, física y naturalmente, el Corazón de Jesús al de María! María proporcionó de su más pura substancia la materia del Cuerpo y del Corazón de Jesús; la proporcionó como otras madres y aun más que ellas, puesto que Jesús no tuvo padre entre los hombres. ¡Honra inestimable para María; tanto más, cuanto que á esta cooperación debe el ser verdadera Madre de Dios!

No sólo quiso el Señor recibir de María su cuerpo

santísimo; sino que también aceptó el parecerse (1) á su Madre: Sus rasgos exteriores recordaban los de María; su temperamento, las inclinaciones de su corazón, eran el mismo temperamento, las mismas inclinaciones de María, y, lo repetimos, sólo y enteramente de María, ya que ningún hombre concurrió á su formación. Jesús, vivo retrato de María, reproduciendo, continuando los rasgos, el carácter de María. ¿No nos habla al corazón este espectáculo? ¿No nos enternece? ¿No excita en nosotros una profunda admiración del honor que cupo á María y de la condescendencia de Dios para con nuestra humanidad? ¿No nos mueve á dirigir vivas felicitaciones á nuestra Madre?

II. María, aunque inimitable exactamente, nos ofrece, sin embargo, margen para una aplicación bellísima. Por dichosa se tuvo ella, sin duda, de entregar su cuerpo y su vida para preparar el cuerpo y la vida de Cristo Nuestro Señor. Pues bien, también nosotros podemos emplear nuestras fuerzas, nuestra salud, y aun gastar nuestra vida para Jesús. Alegrémonos de esta facultad que nos ha sido concedida, y no olvidemos que, trabajando y sufriendo por El, tendremos el honor de contribuir á reproducirlo en los demás; de hacer otros Jesuses.

II. Semejanza moral y sobrenatural entre ambos corazones. — I. Jesús, al fijar sus miradas en su Madre, veía en ella su más perfecta imitadora, la que guardaba todas sus lecciones y cuya voluntad era una misma con la suya. Entre esos dos corazones se verificaba más que en ningunos otros la palabra de *concordia y unanimidad*; la conformidad de dos co-

(1) Nada por lo menos exige ni indica una excepción á esta herencia natural.

razones que laten al unísono; la unidad moral de almas en la dualidad de sus existencias. Y como para completar esta semejanza, escogió Jesús el Corazón de María para derramar en él la plenitud de las gracias comunicables que su alma atesoraba. Modelado físicamente sobre María, Jesús, por un sublime retorno, venía á ser moral y sobrenaturalmente el modelo de su bendita Madre.

II. Mucho tiempo ha que SAN PABLO nos urge á tener los mismos sentimientos que Jesucristo. «*Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*» (1). ¿Y en qué debe principalmente manifestarse esta semejanza? En la mansedumbre y la humildad. Humíllase Jesús á sí mismo: «*Humiliavit semetipsum*»; y se pinta á sí mismo así: «Soy manso y humilde de corazón, *Mitis sum et humilis corde*» (2).

¿Nos aplicamos nosotros con ahinco á hacernos interiormente conformes con Nuestro Salvador y Señor? Démonos prisa en adquirir una tan gloriosa semejanza.

III. Unión de entrambas devociones. — I. Consideraremos la múltiple é íntima trabazón de entrambas devociones.

1. La devoción á la Virgen Santísima se halla, por su fin ulterior, subordinada á la del Corazón de Jesús. Toda verdadera devoción á María debe conducirnos á Jesús, que es glorificado por esa misma devoción.

2. Si consideramos su papel y su influencia en nuestra vida, las dos devociones se completan mutuamente. Necesita el cristiano confianza y energía. Como débil, debe ser sostenido, alentado, consolado; como discípulo de Jesús, debe renunciarse á sí mismo.

(1) Philip II, 5, 8.

(2) Máth XI, 29.

Quédanle necesidades de niño aun después de haber entrado ya en la edad madura. La devoción á la Virgen es la leche de los pequeñuelos; la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el manjar sólido del adulto.

3. María nos conduce á Jesús. Esta Madre no desea sino que honremos y sigamos á Jesús. Los homenajes de que es objeto dejarían de agradarle si no condujeran á Jesús. ¿Y qué es, por otra parte, la devoción al Corazón de Jesús? Es el culto de un amor sacrificado en el Calvario, consumado en la Eucaristía, correspondido con triste ingratitud. ¿Quién como María penetró la pasión de Jesucristo? ¿Quién comulgó mejor que ella? ¿Quién comprendió y deploró tanto la ingratitud de los hombres, como aquella que, al pie de la cruz, fué testigo de los insultos de los enemigos, de la apática indiferencia de los soldados, de la cobarde timidez de los discípulos?

II. Examinemos si nuestra devoción á María nos convierte en más fieles discípulos de Jesús. Imposible sería oponer ni separar las devociones á Jesús y á María, al recordar que María misma es una obra y un beneficio del Corazón de Jesús.

COLOQUIO

Terminemos esta meditación con un coloquio lleno de santa familiaridad con Jesús y con María. Confiémosles nuestros negocios difíciles y desesperados. Recemos piadosamente el *Acordaos* (1).

(1) Los *Misioneros del Sagrado Corazón* rezan tres veces al día esta tierna plegaria por las intenciones cuya recomendación llega al Centro de la Archicofradía.

Fiesta de María
Madre de las gracias divinas
9 de Junio

N. B. Esta meditación, lo mismo que nuestras advertencias preliminares, se acomoda también á la Fiesta de la *Medalla milagrosa*, que se celebra á 20 de Enero; y á la de la Virgen *Madre del Amor hermoso*, solemnizada el 31 de Mayo en nuestra España desde 1877. En el aniversario de su aprobación, que fué á 29 de Abril de 1836, dice la *Sociedad de María*, en honor de la Virgen, *Mater gratiarum*, *Madre de las divinas gracias*, una misa especial, y particular oficio extendidos á los *Misioneros del Sagrado Corazón*, para su fiesta de *Nuestra Señora del Sagrado Corazón*.

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de la fiesta.—La fiesta de *María, Madre de las divinas gracias*, provocaría nuestras reflexiones sobre la maternidad espiritual que á todos nos hace hijos de María. Pero reservamos este grandioso asunto para nuestras meditaciones de los sábados, entre los cuales podrá hallársele. Nos contentaremos, pues, con meditar sobre la idea general, aunque sencilla, que sugiere esta fiesta: la de las numerosas gracias que nos vienen por María.

Imposible sería contar las imágenes que repre-

sentan á María como Madre de celestes gracias. ¡Tan caro es este título al corazón de los cristianos, á quienes recuerda la plenitud de gracias de que María goza y que de ella se derivan en nosotros!

Plan de la meditación.—Colocándonos en el punto de vista que acabamos de justificar, consideraremos sucesivamente las gracias que imploramos como debiéndonos ser *concedidas por Dios, merecidas por Jesucristo, impetradas por María*. El primer punto nos dará inteligencia de lo que pedimos; el segundo nos inculcará mayor estima de las gracias de Dios; el tercero acrecentará nuestra confianza.

MEDITACIÓN

«*Petite et accipietis*» (Joan. XVI, 24).

Pedid y recibiréis.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos á María tal cual está representada en el anverso de la medalla milagrosa, con las manos extendidas derramando rayos de luz que representan las gracias por ella derramadas sobre el mundo.

2.^º PRELUDIO. Pidamos con instancia, conocimiento claro y justo aprecio de las gracias de Dios y un grande aumento de nuestra confianza en María.

I. La gracia concedida por Dios.—I. ¿Por qué se da comúnmente el nombre de *gracias* á los favores que de Dios solicitamos? Parece que para dar á entender que son bienes gratuitos, no merecidos. Y esto es así. Examinemos empero atentamente este carácter gracioso de los dones de Dios.

1. Los dones de Dios son para todos gratuitos, en el sentido de que nuestro primer acto bueno es

fruto de una primera liberalidad. No nos hemos hecho á nosotros mismos. Debemos servir á Dios con sus mismos dones.

2. Para muchos hombres, los dones de Dios siempre resultan en un todo gratuitos. Sus innumerables faltas y pecados constituyen un demérito positivo; preciso es, pues, que una misericordia gratuita se junte á una gratuita munificencia.

3. Ambos dones gratuitos fácilmente se comprenden. Son, sin embargo, los menores; y conviene que llamemos la atención sobre otro tercero, la finalidad de las gracias. Toda largueza divina viene ordenada á un fin enteramente improporcionado á toda la naturaleza criada. La más perfecta criatura angélica es absolutamente incapaz, por sí misma, de disponerse positivamente á recibir un favor, que no solamente como recompensa sobrepuja á todo servicio, sino que además no responde á ninguna exigencia de la naturaleza. En efecto, el fin á que el tal favor va dirigido es la bienaventuranza misma de Dios comunicada á un ser finito. Y notad que esta finalidad no lo es solamente por lo que toca á las gracias más sublimes, propias de este orden superior (gracia santificante, fe, esperanza, caridad, etcétera); pues, en el presente orden, Dios no quiere ni concede, ni permite nada que no pueda servir para nuestro único fin último, siendo su constante designio hacer que de todo saquemos esa utilidad. Nada es otorgado como indiferente, nada puede ser pedido como tal.

Tal es la ley: ley de santidad, pero al mismo tiempo de nobleza y de felicidad. Pedir otra cosa sería indigno de Dios y de nosotros.

La oración cristiana, aun cuando versa sobre la salud, la fortuna, la prosperidad exterior, entiendo no pedir estas cosas sino como medios de servir y glo-

rificar á Dios sobrenaturalmente, y mejor allegarnos á El. Esto es lo que significa esa conformidad con el divino beneplácito que se nos enseña á guardar en nuestros deseos temporales. Lo demás sería inútil, ocioso, nada.

II. 1. El carácter absolutamente gratuito de los divinos dones, debe inspirarnos una grande humildad en nuestras súplicas.

2. ¿Hemos comprendido hasta el presente, el sentido y la verdadera inclinación de nuestros deseos? Ratifiquemos expresamente de hoy más este orden puesto por Dios, y no queramos nada sino como medio inmediato ó mediato de glorificar á Dios y salvar nuestras almas. Dejemos ya de contradecir con nuestra actitud, con impaciencias, con secretos despechos, la alta significación de la oración cristiana.

II. La gracia merecida por Jesucristo.—I. La sobrenatural finalidad de todo beneficio divino nos demuestra, al mismo tiempo, que la fuente de la divina liberalidad derrama todas sus aguas por el canal de Jesucristo. Todo don divino lo ha merecido El, y Dios nos lo presenta como enrojecido por la sangre de su único Hijo.

II. 1. ¡Con qué estima, con qué respeto debemos pues recibir aun las menores gracias de Dios!

2. Si el Señor tanta pena se ha tomado para merecernos estas gracias ¿cómo no comprendemos que Dios deba exigirnos algún esfuerzo, alguna constancia para hacernos participantes de ella? ¿Y no ofreceríamos de buena gana, para obtenerlas, el trabajo, la oración asidua y fervorosa?

III. La gracia obtenida por medio de María.—I. Imaginémonos vivamente las múltiples peticiones

que suben hacia el trono de María; los innumerables favores que de él descienden sin cesar. El Nuevo Mundo está en este punto de acuerdo con el antiguo. Las intercesiones de María están escritas en los nombres de los templos, de los institutos religiosos, de las ciudades. La Virgen se complace en escuchar aun á los extraviados que con sencillez recurren á su poder (1). A ella clama todo género de necesidad; á su poder, á su bondad acude toda miseria y aflicción.

II. Para explicarnos esta universal beneficencia, sirvámonos de una comparación. Supongamos una persona inmensamente rica, que de nada necesita, y que nos ama entrañablemente. ¿Con cuánto éxito recurriremos á semejante bienhechora si nuestras peticiones fuesen justas y acompañadas de confianza? Pues bien, esto pasa en verdad con la Santísima Virgen. Añadamos que sus riquezas no disminuyen al ser distribuídas.

No nos faltará ya en adelante la confianza; mas sepamos perseverar pacientemente en una santa insistencia inspirada por una verdadera piedad. Dios no tarda sino para dar mejor; María no tarda sino para mejor alcanzar.

COLOQUIO

Nuestro coloquio, naturalmente, unirá la acción de gracias con la ferviente y detallada petición, primero á María, luego á Jesús, finalmente al Eterno Padre. Será muy á propósito rezar el *Acordaos* después de invocar á la Virgen.

(1) En este caso se hallan especialmente los musulmanes. Véase el interesante trabajo de J. COUDARD, *L'Immaculée Conception et l'Islam*. ETUDES, 5 de Diciembre de 1904.

Fiesta de Nuestra Señora de la Calle (della Strada)

Segundo domingo de Junio

INTRODUCCIÓN

Génesis (1) y significación de esta fiesta. — En el centro de Roma, junto al camino que conduce al Capitolio, una modesta iglesia parroquial del siglo xv ó tal vez del siglo xvi, poseía debajo del altar mayor una piadosa imagen de la Virgen con el Niño Jesús, que un inteligente artista de la primera ó segunda mitad del siglo xv, había pintado en la pared. Designábase ordinariamente á esta iglesita con el nombre de Santa María *degli Astalli*, ó también *della Strada*, raras veces con el nombre de Santa María *degli Altieri* (2).

Hacia fines de 1538 SAN IGNACIO DE LOYOLA, que se hallaba en Roma desde Octubre de 1537, fué á habitar cerca de *Nuestra Señora della Strada*, y tomó la costumbre de decir la misa en el altar de la Virgen.

Complacido de la feliz situación de aquel pequeño

(1) Estos detalles sobre los orígenes de la fiesta están tomados de la interesante publicación de PEDRO TACCHI VENTURI, S. J. *Le case abitate in Roma de San Ignazio di Loiola, secondo un inedito documento del tempo.* Roma, 1899.

(2) *Degli Astalli*, á causa de la noble familia que la había erigido; *degli Altieri*, por la plaza, que ante la iglesia se extendía. Por lo que hace al nombre *della Strada*, no tenemos más que conjeturas. Véase la publicación del P. VENTURI.

templo, deseó obtenerlo para su Compañía, y lo obtuvo en efecto, el 24 de Junio de 1541, merced á la intervención del primer jesuita italiano, PEDRO CODACIO, que un año antes había sido nombrado cura de aquella parroquia (1).

Por los años de 1570, la iglesia, después de varias restauraciones parciales, fué demolida y definitivamente reemplazada por el magnífico templo del *Gesù*. Fijóse en un marco la Virgen ante la cual Ignacio, Francisco de Borja, Canisio, y tantos otros ilustres personajes habían orado ó dicho misa, reservándola en el nuevo templo una riquísima y muy devota capilla. Allí es donde empezó María á atraer á los fieles, fomentando con innumerables beneficios una devoción creciente en los siglos xvii y xviii. El conde *Alejandro Sforza*, piadoso canónigo de San Pedro, del cual proviene la solemne coronación de las imágenes, hizo decretar este honor á la de *Nuestra Señora della Strada*, el 15 de Agosto de 1638, siendo aquélla la tercera vez que tenía lugar tal ceremonia. Despojada de sus riquezas durante los desórdenes de fines del siglo xviii, esta imagen recibió honores parecidos y aun tal vez mayores de sus hijos del xix. El Cabildo de la basílica vaticana impúsole segunda corona de oro á 14 de Junio de 1885 al celebrarse el tercer centenario de su instalación en la capilla de la iglesia.

Tal es la sencilla historia de esta imagen. Los tiernos recuerdos que evoca en los hijos de la Compañía de Jesús les han inducido á solicitar oficio y misa propios, que León XIII les concedió á 19 de Enero de 1890.

(1) PEDRO CODACIO habiase juntado á San Ignacio desde 1539. Fué nombrado párroco el 18 de Noviembre de 1540, y el 24 de Junio de 1541 una bula pontificia cedía la iglesia á la Compañía, que tomó posesión de ella el 15 de Mayo de 1542.

Plan de la meditación. — En esta meditación, recordando el título de *Nuestra Señora de la Calle*, nos imaginaremos que la imagen estuvo antiguamente empotrada en el muro de una casa, al paso de la gente, y así veremos sucesivamente las *preocupaciones* de los que pasan; la *verdadera necesidad* de esa muchedumbre, y *lo que les dice la Virgen*, ante la cual desfilan.

MEDITACIÓN

«*In me gratia omnis viae*» (Eccli., XXIV, 25).

En mí está toda la gracia del camino.

1.^{ER} PRELUDIO. — Representémonos una sencilla, pero piadosa imagen de María con el Niño en sus brazos, adosada á una casa junto á la vía pública.

2.^O PRELUDIO. — Pidamos instantemente la gracia de seguir siempre, ayudados de nuestra devoción á María, el camino verdadero, que es Jesús.

I. Preocupaciones de los que pasan. — I. Gran número de personas circulan por las calles frecuentadas de la capital; apresurados unos por sus negocios, vagando otros desocupados; éstos absortos en sus pensamientos, proyectos, cuidados; buscando aquéllos en los objetos exteriores ó en las personas que pasan, un pensamiento, una ocupación con que llenar el vacío de su inteligencia ó de su corazón. Hay, entre ellos, pretendientes que van á caza de un empleo, mendigos en busca de pan; gentes que ambicionan el favor popular; aduladores interesados que se agarran á los poderosos del día; pobres oscuros y ricos influyentes. Desconocidos la mayor parte, ó á lo menos indiferentes los unos para los otros, cambian algunos un saludo ó

se acercan por un instante para estrecharse la mano.

¿Cuántos, en esta muchedumbre, tienen los cuidados y la libertad que convendría; cuántos se preocupan por lo que constituye sus más grandes y verdaderos intereses, por la libertad de vacar á su propia alma? ¿No les arrastra acaso la vanidad que les impide todo pensamiento serio? Lo que urge á los unos es el inquieto deseo de salir bien de un negocio, de una empresa lucrativa; mientras que otros pasean su fastidio de hombres desocupados dejando escapárseles de las manos las partículas de oro de un tiempo irremisiblemente perdido. Los desdichados piensan poco en su futuro consuelo, y los dichosos se olvidan de la modestia y generosidad. ¡Qué extravío!

II. 1. A esta vista, podemos, en primer lugar, persuadirnos una vez más de la vanidad del mundo.

2. Mas luego preguntémonos sinceramente á nosotros mismos:

- a) ¿Nos sobreponemos á los cuidados temporales?
- b) ¿No perdemos tal vez el tiempo?
- c) ¿Sabemos, en la adversidad, levantar como cristianos la cabeza?
- d) ¿En la prosperidad, pensamos en ser buenos?
- e) ¿En todos esos que pasan reconocemos que son hermanos nuestros?

II. La verdadera necesidad de esas gentes. —

I. En medio de esa precipitación, de esa agitación llevada á las veces hasta la locura, de esas esperanzas, de esos pesares, de esas alternativas, ya de éxitos, ya de reveses; esta muchedumbre ignora el motivo por qué se afana, y por no saberlo, pierde su tiempo y su trabajo. *Tiene sed de verdad y de vida.* La inteligencia desea conocer y la naturaleza tiene horror á la

muerte. Pero comprendamos bien esto: La *verdad* no es cualquier conocimiento especulativo, ni una luz proyectada sobre cualquier rincón de ese campo inagotable entregado á nuestras fuerzas de pigmeo; ni la *vida* es esta existencia fatalmente entregada á la catástrofe final de la muerte. No, nos es precisa una verdad y una vida que anden á la par; una verdad que conserve la vida y una vida regulada según la verdad. Nos es necesario *vivir verdaderamente* y no tan sólo según las apariencias. Los cuidados, los negocios que á esos hombres preocupan, no contienen esta verdad ni esta vida; y he aquí por qué esos hombres andan extraviados. Todas aquellas cosas sólo pueden distraer, divertir, deslumbrar; mas la vida verdadera no puede consistir en un ciego aturdimiento. Supone, para quien tenga conciencia de sí mismo, la realidad mirada cara á cara, con su brevedad, con sus sucesos ya prósperos ya adversos, con sus múltiples accidentes; y consiste en utilizar esta realidad conforme á un plan noble y digno, de suerte que esa brevedad y esos accidentes no la puedan arruinar ni comprometer.

II. Penetrémonos bien de las condiciones de una vida verdadera y, para ahorrarnos tardías lamentaciones, cortemos de raíz cuanto podría impedirnos su cumplimiento. Seamos libres.

III. **La Virgen dirigiéndose á la multitud.**—I. Pasando como tantos otros por la calle, levanto mi cabeza. Fíjanse mis miradas en la imagen de una Madre que el pintor se ha esforzado en representar hermosa, dulce, tranquila, feliz, buena. Contrasta con la agitación de la mayor parte de los hombres la serenidad de esta Virgen; con los llantos, su sonrisa; con la pereza, la activa energía pintada en su fisonomía; con

el hastío indiferente y desesperado, su animadora benevolencia. Léese en su mirada cuál sea su ocupación, y adivínase la fuente de su paz y su bondad. Diríjese esta mirada al Niño que estrecha en sus brazos. Es Jesús, Jesús que ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad, la vida» (1); es decir: soy el camino de la vida verdadera, tengo la vida verdadera, que soy Yo mismo, y á ella conduzco.

II. Ahí está, pues, el secreto de la vida y la verdad. Llenar nuestra vida de Jesucristo, vivir para El, vivir de El. *Vivir para El*, es decir, no buscar nuestros intereses, sino los suyos; fijar en El nuestra atención, aun en medio de los negocios, ya educando á nuestros hijos, ya desempeñando nuestro papel humano. ¿Por ventura no está todo destinado, en los designios de Dios, á glorificar á Cristo? *Vivir de El*, esto es, alimentarnos de su doctrina y de sus ejemplos. Si venimos tarde ó temprano á caer, podremos con GARCÍA MORENO, lanzar á la muerte este desafío: «Dios no muere» (2). ¡No sufre derrota alguna!

COLOQUIO

Arrodillados ante una piadosa imagen de María, roguemos á la Madre de Dios que guíe nuestros pasos y nos conduzca á la verdadera vida, que es su Hijo Jesús.

Vitam praesta puram—Iter para tutum—Ut videntes Jesum—Semper collaetemur.

Dadnos una vida pura—Un camino seguro—Para que viendo á Jesús—Para siempre nos gocemos.

(1) Joan, XIV, 6.

(2) Palabras del Presidente de la República del Ecuador al caer muerto de una puñalada por un emisario de los enemigos de la Iglesia.

Fiesta de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro

Domingo antes de San Juan (24 de Junio)

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta fiesta.—En Roma, en una capilla de la vía Merulana, yacía abandonada una antigua pintura de la Virgen, traída, según parece, de la Isla de Creta, á fines del siglo xv, y que durante trescientos años había estado en gran veneración en la iglesia, hoy arruinada, del Apóstol San Mateo. Un sábado de Febrero de 1863, el P. FR. BLOSI, S. J. predicando en el Jesús sobre la Virgen Santísima, evocó el recuerdo de esta imagen: «María, dijo, desearía verla arrancada del olvido». Este deseo realizaron los Padres Redentoristas, quienes, puestos en posesión de la imagen, acogieronla en su iglesia de SAN ALFONSO DE LIGORIO y la restituyeron al culto público el 19 de Junio de 1866. Pocos años bastaron para extender á lo lejos el renombre de *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro*. Movidó por la devoción de los fieles y los frutos que de ella resultaban, concedió Pío IX á la Congregación del Santísimo Redentor, celebrar esta fiesta de la Virgen con misa y oficio propios, el domingo próximo anterior á la fiesta de San Juan Bautista, día que recuerda la solemne coronación de la imagen por el Cabildo de la iglesia vaticana, el 23 de Junio de 1867.

Plan de la meditación.—Reflexionaremos sucesivamente sobre la *perpetuidad de nuestras necesida-*

des; la *perpetuidad de los socorros* que en María hallamos; é invocaremos estos socorros por medio de las *palabras meditadas del Acordaos* (1).

MEDITACIÓN

«*Oportet semper orare et non deficere*» (Lucas, XVIII, 1).

Conviene orar siempre sin desfallecer.

1.^{ER} PRELUDIO.—Imaginémonos ya sea la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, ya la Virgen Santísima intercediendo por nosotros en el cielo.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos el gran favor de unir á un vivo sentimiento de nuestras necesidades, una constante confianza en María y en Jesús.

I. Perpetuidad de la necesidad.—I. La convicción de nuestra propia miseria es, á la vez, saludable y fácil de adquirir. En las necesidades constantes de nuestro cuerpo ¿no tenemos acaso una señal y una imagen de las incesantes necesidades de nuestra alma? A cada momento un enemigo puede derribarnos, una desdicha puede abatirnos. Sintiéndonos constantemente infelices, jamás nos hemos determinado á pedir socorro, á pesar de ser ésta la recomendación expresa del mismo Señor: «*Oportet semper orare et non deficere*, Conviene orar siempre sin desfallecer.»

Además de continua, es nuestra indigencia infinita-

(1) Ignórase la fecha en que fué compuesta esta oración, dicha vulgarmente de San Bernardo. Pero los sentimientos que expresa son muy anteriores á este gran santo. En sus obras se hallan las tres principales ideas del *Acordaos*: en el sermón 4.^o de la Asunción y al final del sermón para el domingo *infraoctava*. V. Migne P. L., t. 183. col. 428, 8; 430, 9; 438, 15. Las *Meneas* (Menologios) de los griegos contienen pasajes que se acercan más á la fórmula actualmente en boga. Véase TERRIEN, *La Madre de Dios y La Madre de los hombres*.

mente variada: pasa del cuerpo al espíritu y al alma; de nosotros mismos á los que nos tocan más de cerca, ó por los que nos interesamos.

II. Fomentemos en nosotros este sentimiento de nuestra perpetua indigencia.

II. Perpetuidad del socorro. — I. Estando nosotros tan necesitados, nada hay tan á propósito como reconocer en María una protectora siempre pronta á volar en nuestro auxilio. Verdad, por otra parte, fácil de demostrar.

1. María está asociada á Jesucristo en la obra de la Redención. SAN PABLO nos muestra á Jesús en el seno de su gloria, siempre dispuesto á hablar en favor nuestro: «*Semper vivens ad interpellandum pro nobis*» (1). Vive siempre en el cielo para defender nuestra causa. No lo dudemos; á la intervención de Jesús se unen las constantes súplicas de su Madre.

2. ¿Qué es lo que la Iglesia nos enseña en la parte del *Ave María*, que es obra suya? A cada hora del día y de la noche, como en toda circunstancia, puede el fiel decir: Ruega por nosotros *ahora*.

Los santos atestiguan con gran sencillez esta verdad. Los ha habido que rogaban así: «Dios mío, concedme la gracia que en este instante pide María por mí.»

II. Sepamos dirigir á Jesús y á María continuas súplicas. ¿Qué significa orar siempre? No es ciertamente abandonar todos los negocios por la oración; sino que es, en cuanto advirtamos alguna necesidad ó peli-

(1) Hebr. VII, 25. El Señor defiende sin cesar nuestra causa, ya rogando formalmente, ya por el efecto de su sola presencia, que exhibe constantemente á Dios Padre los méritos de su vida y de su muerte, ofrecidos por nuestra salvación.

gro, levantar como espontáneamente los ojos al cielo, para pedir su auxilio: «*Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi*» (1). Al levantar los ojos al cielo veamos á María junto á Jesús y esperemos de ellos el socorro.

III. El Acordaos.—Recemos lentamente esta oración que expresa tan bien los sentimientos que tratamos de fomentar en nosotros mismos por esta meditación. Pesemos bien el sentido de sus principales palabras parando en ellas tanto cuanto hallemos gusto.

«*Memorare. Acordaos.*» Jamás nos olvida María; nosotros somos los que provocamos su recuerdo á fin de preparar nuestros corazones á recibir sus beneficios.

«*O piisima. O piadosísima.*» Esta palabra indica el sentimiento de su corazón de protectora y Madre, la piedad.

«*Virgo María. Virgen María.*» María es la Virgen por excelencia.

«*Non esse auditum a saeculo. Que jamás se oyó decir.*» ¡Cuánta fuerza en esta expresión: *jamás!* Se nos desafia á hallar una sola excepción (2).

«*Quemquam. Que ninguno*», cualquiera que sea, pecador ó justo.

«*Ad tua currentem praesidia, tua implorantem auxilia, tua petentem suffragia. Que haya recurrido á vuestra protección, implorado vuestra asistencia, reclamado vuestro socorro.*» Estas palabras indican, á la vez, el fervor de nuestras invocaciones y el modo cómo María acude en nuestro auxilio. *Recurrir, im-*

(1) Ps. CXX, 1.

(2) Véase SAN BERNARDO, 4.º sermón de la Asunción, núm. 8. (Migne, P. L., t. 183, col. 428).

plorar, reclamar, he aquí la señal de la prontitud del socorro, de la fuerza de la instancia y la humildad de la súplica. *Protección, asistencia, socorro*: estas palabras significan que María ha de pedir también y alcanzar; pero que su oración es ya un socorro. ¡Tan cierta está de ser oída!

«*Esse derelictum. Haya sido abandonado de Vos.*» ¿Sería posible verse abandonado de su Madre?

«*Ego tali animatus confidentia. Animado con esta confianza.*» Deponemos toda duda, al hacer nuestras las esperanzas que encerraban las expresiones precedentes.

«*Ad te Virgo, virginum Mater. A Vos, oh Virgen, Madre de las vírgenes.*» Reunimos estos dos grandes títulos: su pureza, admirable aun á las mismas vírgenes, aparta todo pensamiento de dificultad, y su maternidad divina le da derecho positivo á ser oída.

«*Curro, ad te venio. También acudo.*» Testificamos aquí nuestra propia diligencia.

«*Coram te gemens peccator. Y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados.*» Necesitamos el humilde reconocimiento de nuestras culpas, las cuales, sin embargo, no hacen inútil nuestro recurso si las detestamos, si no nos endurecemos.

«*Assisto. Me atrevo á parecer ante vuestra presencia soberana.*» Permanezco á los pies de María, aguardando firme y pacientemente.

«*Noli, Mater Verbi. No, oh Madre de Dios.*» Recordamos de nuevo su poder. Es Madre del Verbo, de la Palabra viva de Dios por quien todo se hizo, y que no puede engañarnos.

«*Verba mea despiciere. No despreciéis mis súplicas.*» Humildemente lo confesamos, nuestras súplicas no son dignas de ser oídas con atención; pero nuestra

Madre no las despreciará. ¡Oh! formulemos aquí cuanto tengamos que decir ó que pedir.

«*Sed audi propitia et exaudi. Antes bien acogedlas benigneamente.*» Concluimos la meditación afirmando nuevamente nuestra confianza en María, en su bondad, en su poder.

La Visitación de la Santísima Virgen

2 de Julio

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta solemnidad.— Mientras la Iglesia, como desgarrada por el gran cisma de Occidente, se agitaba en medio de la más cruel de sus pruebas, el pensamiento del soberano Pontífice volvióse hacia María. ¡Qué consuelos, qué santificación no había traído antiguamente á la casa de Zacarías la visita de la Madre de Dios! ¿No querría ella hacer lo mismo por la Iglesia entera, que por el interior de una familia? ¡Cuánta necesidad no tenía la Iglesia de ser fortalecida y santificada! Conmovero URBANO VI por las necesidades del rebaño cuyo Pastor era, y fortalecido con esta esperanza, dió á 6 de Abril de 1389, un decreto, promulgado el 9 de Noviembre del mismo año por su sucesor BONIFACIO IX, imponiendo á toda la Iglesia latina la fiesta de la Visitación de la Vir-

gen Santísima (1). Siempre con el fin de pacificar más y más la Iglesia, la institución de esta fiesta fué, á la conclusión del cisma, confirmada por el concilio de Basilea y mantenida por los Papas legítimos. Pío IX la elevó al rito doble de segunda clase el 31 de Mayo de 1850, en memoria de su regreso de Gaeta y de la liberación de la ciudad de Roma. Este fausto acontecimiento había, el año anterior, coincidido con la Visitación de la Virgen Santísima.

La Visitación, por lo demás, era ya celebrada más antiguamente por las iglesias particulares. Se la menciona por vez primera en los estatutos de la Iglesia de Mans (2) de 1247, y en 1263 era ya venerada por los Franciscanos.

Escogióse el 2 de Julio para esta festividad, porque hacia esta fecha terminó María su estancia de casi tres meses en casa de su prima (3).

Plan de la meditación. — En este misterio, considera la piedad cristiana á María como canal de santificación, que pacifica y consuela. La que visita á Isabel es la Madre de la gracia (4) y consuelo de los

(1) Tomamos de HOLWECCK, op. cit., estas dos estrofas de un breviario sueco de 1513:

Seisuram tuae tunicae. Tuus natus resarciat. Unus pastor catholice. Suam sponsam custodiat. Aufer lites et schismata. Credentium de finibus. Tranquillae pacis sabbata. Nostris praebe temporibus.

«¡Que vuestro hijo repare lo rasgado de vuestra túnica, que un solo pastor guarde católicamente á su esposa! Desterrad de la tierra de los creyentes las querellas y los cismas; conceded á nuestros tiempos el reposo de una tranquila paz.»

(2) LABRE-MANSI t. 23, p. 764.

(3) Por excluir la cuaresma, entonces, toda fiesta de Santos, no podía celebrarse la llegada de María á casa de su prima; pues que esta llegada que siguió de cerca á la Anunciación (25 de Marzo), coincide ordinariamente con la cuaresma.

(4) En el calendario de la Iglesia de Marsi (Italia meridional) esta fiesta se anuncia como *Fiesta de Santa María, Madre de gracias, Visitación de la B. V. M.—S. Mariae, matris gratiarum, Visitatio B. V. M.*

afligidos. Ordenaremos, pues, la meditación, según esta idea fundamental, considerando sucesivamente la *consoladora santificación de San Juan Bautista*; la de *Isabel* y finalmente la de *María misma*.

MEDITACIÓN

«*Exultabit infans*» (Luc. I, 41).

Saltó el niño de gozo.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos el relato evangélico de la Visitación, insistiendo sobre todo en los santos consuelos que embalsaman este misterio. Habiendo salido María á toda prisa, luego después de la embajada de San Gabriel, llega á casa de su prima y la saluda. A esta salutación, experimenta Juan Bautista en el seno de su Madre un estremecimiento de gozo, indicio, según la tradición católica, de la gracia santificante que, en el mismo momento, le purificó de la culpa original. Isabel, llena también del Espíritu Santo, no puede contener su regocijo y levanta su voz (1) para felicitar á su parienta por estar investida de tan alta dignidad, y felicitarse á sí misma de recibir bajo su techo á la madre de su Señor. María, á su vez, manifiesta una santa alegría en aquel cántico de gratitud llamado el *Magnificat*.

2.^º PRELUDIO. Representémonos la casa de Zacarías, en que María se encuentra con Isabel.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la insigne gracia de ser también nosotros consolados, y de ejercer á nuestro alrededor esa influencia pacificadora que caracteriza la acción de los hijos de Dios (2).

(1) *Exclamavit voce magna*. Clamó con grande voz (Luc. I, 42).

(2) «Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Matth. V, 9).

I. Consoladora santificación de San Juan Bautista.--I. Jesús, traído por María, santifica á su precursor Juan Bautista, dándole con ello materia de gozo y consuelo inefables. El alma de Juan Bautista, obscurecida hasta entonces y manchada, resplandece de pronto con un brillo magnífico que ya no perderá. Este adorno incomparable es al mismo tiempo sublime dignidad. Aguardemos el primer despertar de la razón. ¡Con qué amoroso ímpetu ofrecerá este amigo del esposo (1), el mayor de los profetas (2), todo su corazón á Dios! ¡Oh dulzura suave de la caridad, que confunde en un mismo sentimiento al hombre con Dios! Tal es el consuelo que el Señor comunica, por María, á Juan Bautista y al mundo entero.

Mas, en este momento, el principio de tanto gozo es depositado en un alma de niño que no conoce su hermosura ni su grandeza. Juan mismo no comprende el sacudimiento que le agita (3).

II. 1. ¿No estamos nosotros, todos cuantos nos cobijamos en el seno de nuestra Madre la santa Iglesia, representados en San Juan Bautista? La hermosura, la dignidad de la gracia y de la caridad se han derramado también en nosotros, y en nuestra mano está el conservarlos siempre. Pero desconocemos también la magnificencia de ese ornato y de esa grandeza. ¡Qué entusiasmo se apoderará de nuestra alma con la luz de la visión! Meditemos estas palabras de San Juan (4):

(1) «*Amicus autem sponsi*» (Joan III, 29).

(2) «*Major inter natos mulierum propheta Joanne Baptista nemo est.*» Entre los nacidos de mujer ningún profeta hay mayor que Juan Bautista (Luc. VII, 28).

(3) Sea esto dicho sin perjuicio de la opinión que atribuye á Juan Bautista una milagrosa posesión de sus facultades. Véase KNABENBAUER in LUC. I, 41.

(4) 1.^a Joan. III, 1, 2.

«Considerad el amor del Padre para con nosotros, pues se nos llama y somos en efecto hijos de Dios. Sí, hijos suyos somos al presente; pero, amados míos, lo que seremos un día no aparece aún. Cuando Jesucristo se manifestará en su gloria sabemos que seremos semejantes á El porque le veremos tal cual es.» Y añade el discípulo amado: «Cualquiera que alimenta esta esperanza en El, se santifica, como El es santo en sí mismo.»

2. Este gran consuelo de la caridad, por poco que lo comprendamos, será suficiente á nuestras almas, y rehusaremos vivir en otros cualesquiera goces y consuelos.

II. Consoladora santificación de Isabel.—I. Isabel siente un indecible consuelo al recibir la visita de su prima, en oyendo la voz de María que la saluda. ¡Qué beneficio éste de la venida de María! La gracia del Espíritu Santo sigue los pasos de la madre de Dios; y la suavidad de la dulcísima Virgen añade un consuelo presente á las deliciosas esperanzas de lo porvenir.

II. *Beati pacifici!* ¡Bienaventurados los pacíficos! (1) Hay hombres que poseen el talento inestimable de consolar y alentar á los demás, abriéndoles como una perspectiva, de sí muy dulce, sobre la dicha de amar á Dios en la eternidad. Talento tal vez no á todos concedido; pero que supone un grande olvido de sus propios cuidados, de sus propios negocios, de sus propios intereses, y un amor poco común para con Dios. Y por este camino del desasimiento propio todos tendrían alguna parte en este don que permite realizar tan gran bien. Reflexionemos qué nos costaría,

(1) Matt. V, 9.

durante un año, mostrar buen rostro á todo el mundo; y, por otra parte, la saludable influencia que nos proporcionaría el acoger á todos cordialmente. Ya veremos que el sacrificio del tiempo y las molestias son nada comparados con los frutos que podrían producir.

II. En nuestras tristezas y desolaciones, dirijámonos confiadamente á María; ella puede y quiere consolarnos y fortalecernos.

III. Consoladora santificación de María.—I. Estas bendiciones, de que fué María testigo, llenábanla de una gratitud inmensa, que acrecentaba su gracia, su mérito, su dicha. María participa del gozo de su prima; mas se goza, nos dice ella, en el Señor que perpetúa su alegría: «*Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*» (1). Mi espíritu se ha alegrado en Dios mi Salvador.

II. En todo este misterio de la Visitación, María no ha pensado en sí misma. Ved, sin embargo, su felicidad. Cúmplese la palabra de Jesucristo: «Hay más dicha en el dar que en el recibir» (2). Pesemos bien el sentido y todo el alcance de esta sentencia. ¿Nos sentiríamos con valor para ensayar su práctica? Jesús no engaña. ¡Qué dicha hallaríamos en el olvido de nosotros mismos!

COLOQUIO

Supliquemos á María, en el coloquio, que pacifique santamente nuestra alma, y nos obtenga el don de llevar la paz dulcísima de Dios á tantos corazones afligidos y llagados. Pidámosle también que santifique y

(1) Luc. I, 47.

(2) Het. XX, 35.

pacifique la iglesia. Pidamos las mismas gracias á Jesús por medio de María y digamos al concluir, con nuestra Santísima Madre, el *Magnificat* de la esperanza y gratitud cristiana.

Festividad de Nuestra Señora del Carmen

16 de Julio

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—La fiesta de Nuestra Señora del Carmen es una solemne conmemoración de reconocimiento: «La familia Carmelitana, se dice en el martirologio de la Orden, ha sido inducida, por los innumerables beneficios de que se reconoce deudora para con la Virgen Santísima, á dedicarla este día en señal de servidumbre» (1). Y el pueblo cristiano se asocia á esta manifestación de gratitud, como mucho tiempo há se asocia, al vestir el escapulario del Carmelo, á la justa confianza que la Orden tiene puesta en su celestial patrona y bienhechora. SIXTO V dió la aprobación auténtica á esta antigua solemnidad de la Orden (2). La fiesta fué extendida á los Estados del Rey católico el 21 de Noviembre

(1) «Commemoratio sollemnis Virginis Mariae de Monte Carmelo, cui Carmelitarum familia, ob innumera beneficia ab eadem SS. Virgine accepta, in servitutis insigne, hanc diem consecrat.»

(2) Según el testimonio del P. C. ZIMMERMAN O. C. D. esta conmemoración solemne se remonta á los años de 1387; más tarde vino á añadirse á la fiesta la idea del escapulario. Véase sobre esto y sobre los orígenes del Escapulario en THE IRISH ECCLESIASTICAL RECORD,

de 1674, y el año siguiente á los del Emperador de Austria. Portugal la recibió en 1679. Pasó en 1725 á los Estados pontificios, para venir á ser fiesta universal por decreto de BENEDICTO XIII fechado á 24 de Septiembre de 1726. LEÓN XIII, por un Breve de 16 de Mayo de 1892, comunicó á la fiesta del Carmen el insigne privilegio de la Porciúncula (1) exclusivo hasta entonces de Nuestra Señora de los Angeles.

Plan de la meditación.—El santo escapulario atrae naturalmente nuestra atención en este día de acción de gracias. Es una *insignia de filiación á la Cofradía del Monte Carmelo* y una *señal exterior de devoción á la Virgen Santísima*. Bajo este doble aspecto le consideraremos en dos puntos sucesivos, para deducir, en un tercer punto, la *manera de llevar debidamente este santo hábito*.

MEDITACIÓN

Ipsi videbunt gloriam Domini et decorem Dei nostri (Isai. XXXV, 2).

Ellos verán la gloria del Señor y la hermosura de nuestro Dios.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos á María con el aspecto de una Reina majestuosa y llena de bondad, que desde lo alto del cielo fija una mirada de especial benevolencia sobre los religiosos y las personas que se consagran á su servicio.

1904 los artículos del P. ZIMMERMAN, O. C. D. y THURSTON, S. J. Véase también en REVUE DU CLERGÉ FRANÇAIS, t. 36 (1903, Sept. Nov.) p. 121 y 634, la controversia entre el P. ZIMMERMAN y el señor BOUDINHON.

(1) Es decir, que el 16 de Julio, los fieles, mediante la confesión y comunión, pueden ganar una indulgencia plenaria aplicable á las almas por cada visita que hagan á una iglesia ó capilla pública del Carmelo, rogando allí por las intenciones del Romano Pontífice.

2.º PRELUDIO. Pidamos la gracia de fomentar en nosotros una ardiente y sólida devoción hacia la Virgen que nos valga para llevar fructuosa y santamente su librea.

I. El escapulario insignia de afiliación.—I. Los primeros escapularios imitan parcialmente y en pequeño el hábito de una orden religiosa (1). Son debidos á la idea bien natural de señalar con un signo exterior la afiliación de los fieles, que se agregaban á una Orden religiosa haciéndose inscribir en su cofradía. Estos escapularios, pues, indican un vínculo contraído entre los laicos y los religiosos; indican, de parte de los fieles, el deseo de fraternizar con los que hacen pública profesión de seguir los consejos de Jesucristo; y en los religiosos la intención de hacer participantes á las personas del siglo de las buenas obras y méritos de su orden.

¡Oh, qué idea tan llena de fe se contiene en este honor tributado á la vida religiosa; y cómo hace ver en los religiosos hombres bendecidos por Dios y capaces de atraer sobre sus amigos especiales favores! Santa ley de la comunión de los santos, que hace á todos los fieles participantes de los sacrificios, oraciones y buenas obras llevadas á cabo en la Iglesia, y que une al cielo con la tierra, lo pasado con lo presente y porvenir: porque estos méritos, unidos á los de Jesucristo, para siempre son depositados en el tesoro de la so-

(1) Antes de formar parte del hábito religioso, el escapulario reemplazaba á la cogulla durante el trabajo: *Scapulare propter opera*, dice el cap. 55 de la Regla de SAN BENITO. Véase el coment. de MARTENE: «Parva scapularia quae fideles gestare solent, in sua origine et institutione aliud non sunt quam scapularia variis ordinibus propria, pro majore fidelium commoditate ad parvam formam redacta.» S. C. Indulg. *Decr. Auth.* n. 423.

ciudad cristiana. La distribución de estas riquezas, danos motivos para admirar la condescendiente equidad de nuestro Dios, que se digna tener en cuenta los especiales lazos que unen á los hombres entre sí.

II. Provoque esta comunidad de bienes nuestra gratitud para con la dulce Providencia de Dios y para con Cristo tan lleno de atenciones con su esposa. ¿Pero no contiene, además, utilísimas lecciones?

1. ¿No nos invita á todos á estrechar los lazos de esta caridad, que debería hacer de todos los fieles otros tantos hermanos?

2. ¿No obliga, por ventura, á los fieles á estimar y amar á aquellos que la Iglesia consagra á Dios por los votos de la Religión? Dejando aparte los especiales servicios prestados á la humanidad, según los fines de los diversos Institutos ¡cuán conveniente es tener, en esas ciudades en que se goza y se blasfema, almas que oren y expíen! ¡Qué de males evitados, qué de bienes concedidos merced á las súplicas y sacrificios de los religiosos!

3. Y en cuanto á los mismos religiosos ¿no les inspira esta misma comunidad de bienes grande afecto á su vocación, que hace de ellos los privilegiados de Jesús y de María? Creemos que no habrá Orden alguna religiosa que no tenga conciencia de vivir segura bajo el manto de la Madre de Dios.

Pero, al mismo tiempo, esta mancomunidad les urge á que no defrauden la esperanza de los fieles, á hacerse dignos de su confianza con una vida verdaderamente santa y fervorosa. «Nobleza obliga.» ¿No sería una especie de hipocresía de antiguo conocida (1), encubrir intenciones rastreras y acciones viciosas bajo

(1) S. THOM. 2. 2., q. CLXXXIV, art. 5, ad 2.

el hábito de la Religión? Cuando uno se presenta en nombre de la Iglesia y como imitador de Jesucristo, no puede contentarse con una virtud común y ordinaria.

II. El escapulario, signo de devoción. — I. El Orden Carmelitano está enteramente consagrado á María. La insignia de afiliación á esta Orden, es pues también un signo de devoción hacia la Madre de Dios y de los hombres. Devoción fomentada con las más ricas recompensas; porque toda lengua publica los favores debidos al uso del escapulario, y los Soberanos Pontífices aprueban y alientan la piadosa persuasión que estimula á los fieles á vestirlo como prenda de salvación y aun, mediante algunas otras prácticas, de pronta liberación del purgatorio.

II. ¿Por qué, preguntará alguno, esta conexión de las gracias espirituales con este emblema exterior?

1. Una razón bien sencilla nos dará de ello una sola mirada sobre nuestra humana naturaleza. Como substancialmente mixta que es, no se entrega enteramente sino cuando su sentimiento ha tomado cuerpo en alguna manifestación exterior. Ciertamente, el acto visible nada es sin la intención interior; pero ésta se hace sospechosa cuando ninguna señal la manifiesta exteriormente. Aun en el orden puramente humano, los grandes personajes visten de librea á sus criados, y los reyes vinculan á ciertos trajes la señal permanente de las honras y distinciones que conceden. Aunque insignificantes por sí mismos, el galón, la charretera, la banda, son tenidos como indicios de superioridad ó de valor. Todo el mundo entiende esto. ¿Por qué entonces hallar malo ó ridículo, que nos plazca la insignia material que nos recuerda una devoción y

una esperanza? María, teniendo en cuenta este modo de ser, se digna conformarse con nuestras costumbres humanas.

2. A esta primera consideración allégase otra más profunda, que refiere esta dependencia de las cosas materiales á la original prevaricación y á los pecados de los hombres. El indiscutible rey de las criaturas, se hizo esclavo suyo por el pecado, y al mismo tiempo abusa de ellas, obligándolas á ser sus cómplices contra el Criador. Este, pues, en prudente desquite, exige que el hombre se ayude de las criaturas para volverle á hallar á El mismo (1), y hace este auxilio necesario vinculando á él su gracia. De ahí la antigua servidumbre que sujetaba al pueblo de Israel á las vacías ceremonias de su ley (2). Cristo, al libertarnos de aquellas ceremonias, quiere sin embargo que, para santificarnos, pasemos por prácticas materiales llenas de su sangre y de su gracia: los sacramentos. La obligación se ciñe á esta semiservidumbre; pero imitando el ejemplo de su divina Cabeza y alentada por el poder que de él ha recibido, la Iglesia instituye ó aprueba ciertos ritos exteriores, que con su bendición ennoblece, y que son unos como homenajes aceptables á los santos y á Dios mismo. Estos ritos se llaman comúnmente sacramentales, y en esta categoría entra el escapulario.

II. Con este espíritu de sencilla humildad, adoptamos confiadamente la librea de María. No consideramos el escapulario como un talismán que obra por una virtud mágica, que nada reemplaza; sino como una

(1) Véase el *Catecismo del Concilio de Trento. De sacramentis in genere.*

(2) Galat. IV, 3. Llamámoslas vacías porque, á diferencia de nuestros sacramentos, ni contienen ni confieren la gracia que justifica ante Dios. Dan simplemente cierta honradez legal, de que, sin embargo, los Judíos no podían prescindir sin pecado.

manifestación de piedad, que adquiere todo su valor gracias á la benevolencia de la Virgen Santísima. Vale el escapulario por la bendición de la Iglesia, y como homenaje de respetuoso afecto, de confianza filial, de continua súplica.

III. Cómo debemos llevar este santo hábito. —

I. El escapulario adquiere su eficacia por la intervención de la Iglesia, que lo aprueba y lo bendice, y por la bondad y poder de María. Es preciso, por consiguiente:

1. Observar exactamente las prescripciones de la Iglesia en cuanto á la forma del escapulario, la manera de traerlo y las preces que deben rezarse. Eximirse de estas leyes sería probar, no anchura de espíritu, sino falta de fe y de docilidad, y colocarse fuera de las condiciones de lucrar un sacramental.

2. Y, sobre todo, informarse del espíritu de esta práctica, atestiguando á la Virgen un verdadero respeto y un real amor. Estas disposiciones son más esenciales y más infalibles que el mismo escapulario. En rigor, la devoción á María puede prescindir del escapulario; pero el escapulario no puede prescindir de la verdadera devoción. El escapulario y la persuasión que le acompaña prueban la eficacia de la piedad para con la Madre de Dios y nada más. Es una aplicación del adagio: Jamás se perderá un hijo de María.

II. Veamos si tenemos esta disposición perfecta, que consiste en la devoción interior sin olvidar los medios exteriores. No hay resultado espiritualmente deseable á que no conduzca una piedad que así se muestra humilde y sincera.

COLOQUIO

Demos gracias á nuestra celestial Madre por los múltiples indicios de su constante protección. Adoptemos con sencilla humildad la práctica exterior del escapulario. Atestigüemos así una confianza que, á medida que irá creciendo, asegurará también más y más los efectos de una devoción que nos consta ser tan saludable. Digámosle todo esto á María en una fervorosa conversación final, que, llenos de gratitud y espiritual regocijo, concluiremos con el *Magnificat*.

Fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles

2 de Agosto

INTRODUCCIÓN

Génesis y sentido de la fiesta. — Esta festividad recuerda la dedicación de la basílica de Santa María de los Angeles, dicha de la Porciúncula, situada al pie de la pequeña ciudad de Asís: santuario venerable por su antigüedad, que hacía las delicias de *San Francisco de Asís*, y en cuya restauración había puesto todos sus cuidados. En este templo dedicado á la Reina de los Angeles, su fe le hacía presentir frecuentes visitas de espíritus celestiales; además de que este lugar estaba para él señalado «por sus principios en la humildad y sus progresos en todas las virtudes, llevadas

allí mismo hasta dichosa perfección. A su muerte, recomendaba aún á sus hermanos aquel lugar como muy caro á la Virgen Santísima» (1). La iglesia de Santa María de los Angeles adquirió no menos famosa nombradfa en todo el universo por la célebre indulgencia plenaria de la Porciúncula, cuyos pasos pueden con certeza seguirse hasta 1277 (2).

Un decreto de la S. CONGR. DE RITOS de 10 de Junio de 1690, concede á los tres Ordenes de San Francisco que puedan celebrar, el 2 de Agosto, la fiesta de Nuestra Señora de los Angeles como su patrona principal. En otras partes, la conmemoración de este título de la Virgen se hace el día de la Asunción (3).

Plan de la meditación. — El nombre de Nuestra Señora de los Angeles nos sugiere la meditación. En ella nos ocuparemos de las relaciones entre María y los Angeles. Pero como las relaciones de María con su Angel Custodio, relaciones por otra parte enteramente íntimas y de las cuales no queda ningún vestigio en la historia, constituyen una meditación especial en la tercera parte de este libro, limitaremos

(1) SAN BUENAVENTURA, *Legenda S. Francisci*, c. 2.

(2) El primer Papa que extendió esta indulgencia á otras iglesias distintas de la Porciúncula fué SIXTO IV, en 1480. Sin embargo, la asimilación de otras iglesias con la Porciúncula no es perfecta.

En esta iglesia, la indulgencia puede ganarse el 2 de Agosto por la sola confesión y la visita sin añadir otras condiciones acostumbradas (comuni3n y oraci3n); adem3s puede cada uno ganar una vez al a3o otra indulgencia plenaria visitando la iglesia un dfa cualquiera. Cfr. BERINGER, *Die Abl3sse* ed. 12, p. 420-422, 3 HERGENR3THER, *Kirchenlexicon* ed. 2., 3 BENEDICTO XIV, *Quaestiones canonicae*, quaest. 372. Para el origen de esta indulgencia, consult. ANALECTA BOLLAND. t. 21, p. 372 ss. *la nota sobre la indulgencia de la Porciúncula* firmada Fr. V. O. (VAN ORTROY).

(3) Cfr. el decreto de la S. Congr. de Ritos, 14 de Mayo de 1707.

nuestras reflexiones á las *relaciones de María con los Angeles en la Anunciación, la Natividad del Señor y la Huída á Egipto y, en fin, en el misterio de la Asunción.*

MEDITACIÓN

Missus est angelus Gabriel a Deo... ad virginem... et nomen virginis, Maria (Luc. I, 26, 27).

El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una virgen, cuyo nombre era María.

1.^{ER} PRELUDIO. — Veamos en el cielo el trono de María rodeado de espíritus celestiales, y con ellos ofrezcamos á nuestra buena Madre el tributo de nuestro amor.

2.^O PRELUDIO. — Pidamos la gracia de imitar en la tierra las virtudes de la Reina de los Angeles, para triunfar un día, entre los Angeles, con sus fieles servidores.

I. María y el Angel en la Anunciación. — I. ¡Qué espectáculo más útil á la vez y más tranquilo, que contemplar por algunos instantes esa *perfecta humildad* en que María y el celeste mensajero rivalizan!

1. *En el ángel* brilla ese carácter de la humildad perfecta, ó sea, la completa ignorancia de la envidia. Siendo un espíritu puro, se inclina delante de una criatura humana; más aún, pone una santa diligencia en cumplir el mensaje que va á colocarla infinitamente por encima de él, trabajando así en la exaltación ajena, según los designios de Dios.

2. *La humildad de María* ignora toda vana hinchazón, y en medio de la glorificación suprema no sabe gozarse sino en una cosa, en la dicha de servir á Dios: «He aquí la esclava del Señor.»

II.—1. ¡Cuán difícil le es al hombre y, sin embargo, cuán prudente sería, despojarse de todo sentimiento de envidia! La envidia es el engrandecimiento buscado, no en el mérito propio, sino en la ajena humillación. El envidioso no se eleva—frecuentemente es incapaz de ello,—pero quiere que el otro descienda. A este vil concepto responden industrias mezquinas, medios pequeños y miserables procedimientos á que obliga la envidia á recurrir. Démonos exactamente cuenta de esta bajeza, y, para desarraigar de nosotros este mal, penetrémonos bien de esta verdad: sólo un bien es digno de nuestra estima: el bien infinito; y el goce de este bien permanece igualmente perfecto, lo mismo cuando le gozamos solos, que cuando son muchos los que le poseen tanto y más que nosotros mismos.

2. No es menos vana la complacencia en el éxito, de que nuestra santa Madre se nos muestra tan enteramente libre. Hace ya mucho tiempo que resuena en nuestros oídos aquella palabra famosa: «Todo es vanidad, salvo el amar á Dios y servirle á El solo» (1). Y sin embargo, el olvido de esta palabra, ¿no es origen de todos nuestros disgustos? Leamos de nuevo el capítulo VII del libro primero de la *Imitación de Cristo*.

II. María y los Angeles en la Natividad y huida á Egipto.—1. El concierto de los Angeles en la Natividad tuvo lugar en las colinas cercanas á Belén; sus oyentes fueron humildes y sencillos pastores. A San José aparecióse el Angel para avisarle primero de la persecución de Herodes, después del momento de regresar á la patria. Pero precisamente esta circunstancia merece que fijemos en ella nuestra atención.

1) *Imitación de Cristo*, libro primero, cap. I.

María da á estas comunicaciones indirectas la misma acogida que hubiese dado á visiones inmediatas. Busca puramente la palabra de Dios, no su propia consolación. El relato de los pastores, lo acoge ella en su corazón para convertirlo en objeto de santas reflexiones (1); la orden de levantarse precipitadamente para ir al destierro ó para volver de él, transmitida por medio de José ó directamente oída, es ejecutada con la misma docilidad, la misma diligencia.

II.—1. Si María, á pesar de su incomparable dignidad y santidad, se oye referir por otros hombres las palabras de Dios; si debe y sabe tributar á San José toda la deferencia de una esposa ordinaria, cuán alejados deberíamos andar nosotros de esa soberbia que nos arrastraría á fiarnos sólo de nuestras propias luces y á rechazar como superfluos todo consejo y dirección. Meditemos esta enseñanza de LEÓN XIII: «La común ley de la Providencia, dice, ha establecido que unos hombres sean generalmente salvos por otros hombres, y que hombres sirvan igualmente de guías á los que ella sublima á la más alta santidad, á fin de que, según la palabra de SAN CRISÓSTOMO: Dios nos enseñe por labios humanos» (2).

2. Entre esos hombres que Dios se complace en tomar por órganos suyos, hállanse en primer lugar los legítimos Superiores, aquellos sobre todo á quienes nos sometemos para que nos conduzcan á Dios. Justa es, pues, la persuasión de los religiosos á quienes anima el espíritu de fe, y su confianza no se verá frustrada: Dios les guía por las órdenes de sus Superiores. Este espíritu de fe da paz, al mismo tiempo que ennoblece la obediencia. No nos sujetamos á un hombre, sino á Dios.

(1) Luc. II, 19.

(2) Carta *Testem benevolentiae*, 22 de Enero de 1899.

III. María y los Angeles de la Asunción.—I. A la hora de la fe sucede la hora de la visión: el triunfo sigue á la prueba. ¿Quién dirá los transportes con que los Angeles recibieron en el cielo á su grande y dulce Reina? ¿Quién podrá imaginarse las efusiones de gozo que á todos se les añadieron en la inefable felicidad del cielo?

II.—Procuremos gustar de ese espectáculo y, al felicitar á nuestra Madre, no olvidemos el lugar que á nosotros mismos nos está reservado entre los espíritus celestiales. Si no estamos destinados como María á dominar á los Angeles, estamos, con todo, llamados á recibir de ellos la acogida preparada á los que son hermanos suyos, y á quienes les está reservada la misma herencia de felicidad.

COLOQUIO

Haremos primero un coloquio con los Angeles y luego con su Reina, para obtener la gracia de vivir con espíritu de sencilla y confiada sumisión á Dios y libranos del orgullo, que es la esclavitud del siglo.

Fiesta de Nuestra Señora de las Nieves

5 de Agosto

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—Dos nobles consortes romanos privados de sucesión, habían dedicado sus bienes á la Virgen Santísima, y deliberaban

sobre el modo de emplear más útilmente su patrimonio. Durante la noche del 4 al 5 de Agosto aparecióse la Virgen así á ellos como al papa LIBERIO y comunicóles su deseo de ver levantarse en su honor, en el monte Esquilino, una basílica, cuyo emplazamiento señalaría una tempestad de nieve que caería en plena canícula.

Tal es la leyenda recibida por el breviario romano, la cual hace remontar á la segunda mitad del siglo IV (LIBERIO reinó de 352 á 366) la basílica, cuya dedicación este día celebramos. Pero la autenticidad de este relato es más que suspecta. En realidad, Roma parece haber poseído una iglesia de *María Antigua*, anterior á la basílica Liberiana, no habiéndose ésta convertido en iglesia dedicada á la Virgen hasta su reconstrucción bajo SIXTO III (436-440) (1). El P. NILLES coloca la fiesta en 435. Habiendo sido por mucho tiempo propia de sólo la basílica, fué en el siglo XIV extendida á Roma y después á otras diócesis. S. S. PÍO V convirtióla á fines del siglo XVI en fiesta universal que CLEMENTE VIII elevó al rito doble mayor.

SIXTO III dió á la basílica el nombre de *Santa María Madre de Dios*, sin duda como recuerdo del concilio de Efeso (431), el cual, reunido en una iglesia de María, acababa de proclamar el dogma de la divina maternidad de esta bienaventurada Virgen. Además de su nombre de *Basílica liberiana* ó de *Nuestra Señora de las Nieves*, el templo lleva también el de *Santa María del pesebre*, á causa de las insignes reliquias del santo pesebre del Salvador, que fueron á él trasla-

(1) GRISAR, S. J., *Geschichte Roms unter Päpste*, t. I, 153, nota; 194 ss.; 294 nota, y p. 328 ss. de la edición italiana. Según este sabio autor, la iglesia de *Santa María Antigua* se hallaba en el sitio actual de la iglesia de *Santa María libertadora*. Desde el siglo VII llevaba este nombre de *antigua*.

dadas en el siglo VII. Pero el nombre popular de esta suntuosa iglesia es el de *Santa María la Mayor*, que recuerda el rango que ocupa en Roma entre las iglesias dedicadas á la Madre de Dios. Es el monumento más espléndido que María posee en la Ciudad Eterna, representando para el Obispo de Roma como una segunda catedral (1).

Celebramos, pues, el 5 de Agosto la dedicación de la principal, si no la más antigua de las iglesias levantadas en Roma en honor de la Virgen Santísima. Viénesse inmediatamente á la memoria el recuerdo de innumerables templos levantados por la piedad de los fieles á la augusta Madre de Dios. Por poca importancia que tenga una población católica, posee una iglesia de Nuestra Señora. A muchos de esos santuarios va unido un piadoso relato—histórico ó legendario—de una imagen prodigiosa que fué necesario esconder en algún templo, ó de alguna preferencia de María manifestada por algún prodigio. Estas iglesias de la Virgen son de ordinario las más frecuentadas. Los fieles oran allí de buena gana y los exvotos testifican una confianza que el suceso no acostumbra á desmentir.

Plan de la meditación.—¿Cuál es la razón de esta diligencia de los fieles en construir y visitar la iglesias dedicadas á María? Vale la pena de inquirirlo. Procuraremos, pues, en esta meditación, explicarnos el particular encanto de esas iglesias, y la íntima correspondencia que parecen tener los santuarios de María con la piedad cristiana.

Tomando el templo en el momento en que es *proyectado, consagrado y frecuentado*, veremos sucesivamente que la piedad de los fieles encuentra en él á

(1) GRISAR, S. J., ed. ital., p. 336.

Jesús por María, á Jesús en María, á Jesús con María.

MEDITACIÓN

«*Et erat mater Jesu ibi*» (Joan. II, 1).

Y la madre de Jesús estaba allí.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos el interior de una devota iglesia de la Santísima Virgen. Allí, á los pies de la imagen de María, vamos á hacer la meditación.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de aprovecharnos espiritualmente de los socorros que nos ofrecen las iglesias consagradas á María.

I. La iglesia proyectada, ó Jesús por María.—

I. La idea que inmediatamente hace decidir la construcción de una Iglesia de la Santísima Virgen es evidentemente el deseo de honrar á la madre de Dios y complacerla. Por María la concepción del arquitecto que combina el plan; por María el trabajo del obrero que forja el hierro, une las piedras, acepilla la madera; por María se funden las campanas que vibrarán en todos los contornos; por María las contribuciones pecuniarias de los fieles. Sin embargo el templo está esencialmente destinado á ser morada de Jesús. La idea completa que preside á la construcción de una iglesia de la Virgen es, por consiguiente, Jesús por María, ó María para Jesús. En su modesta iglesia de la Madre de Dios, la humilde aldea se parece al mundo: obtiene á Jesús por María.

Y éste es, en efecto, el sentido católico de la devoción á la Virgen Santísima. Como todas las devociones legítimas, y más que la mayor parte de ellas, es un medio de ir á Jesús. Ningún acto de piedad sincera deroga la ley formulada por San Pablo. «Todo

es vuestro; vosotros sois de Cristo; Cristo es de Dios» (1).

II. Esta estrecha y completa subordinación de María á Jesús, no sólo debe dirigir nuestra piedad; sino que además nos sugiere esta útil aplicación: imitemos á María siendo como ella enteramente para Jesús. Si somos para El y de El, procuremos referir á El cuanto se termina en nosotros: nuestras cruces y nuestras penas, para unir las á las suyas y á sus méritos; el honor y el aprecio de que gozamos para que sea El honrado y glorificado; el afecto que se nos manifiesta, para que El sea amado. Esto es lo que puede llamarse generosa renunciación y sacrificio real; mas por esta renuncia abandonamos lo caedizo para vestirnos de Cristo que es el único que permanece; nos empobrecemos de bienes frágiles y perecederos para enriquecernos de bienes inmortales.

II. La iglesia consagrada, ó Jesús en María.—

I. Puede decirse que María es el prototipo de la Iglesia católica, puesto que fué tabernáculo vivo que contenía al Salvador como nuestras iglesias le contienen en el tabernáculo que corona el altar. En todas partes antiguamente, y ahora todavía en la iglesia griega, conservábase la Eucaristía en una paloma suspendida delante del altar en lo interior del santuario (2). Este símbolo (3) maravillosamente recordaba, que, por la acción misma del Espíritu Santo, fué Jesús dado á María y también á nuestras iglesias. El candor de la pureza en la Virgen, el oro de su caridad y sus

(1) 1.^a Cor. III, 32.

(2) Véase MARTIGNY, *Diccionario de las antigüedades cristianas*.

(3) La paloma simboliza también directamente á Jesucristo. Hablando de las iglesias, dice Tertuliano: «*nostrae columbae domus*». (Adversus Valentinianos, c. 3. Migne t. 2, col. 545).

virtudes, simbolizan además la pureza y esplendor de que procuramos rodear al Dios del tabernáculo.

II. 1. Sin ser exclusivistas: sin negar siquiera el placer grande que Jesús experimenta al permanecer en los corazones que á El se entregan, ni por consiguiente la importancia capital de las obras de evangelización y moralización; no vayamos á estrechar nuestros pensamientos, ni á escatimar con avaricia las monedas destinadas al embellecimiento de iglesias y santuarios. El dinero empleado en este relieve exterior está muy bien empleado; éste es el juicio que ratifica la tradición secular de la Iglesia Católica. Apenas, después de incesantes persecuciones, goza de algún descanso, se la ve multiplicar los templos y adornarlos con magnificencia. ¡Cuántas almas sin embargo, aun entonces, había que salvar! Este cuidado del esplendor del culto es fruto tan natural de la estima y del amor, que apenas se comprende deje de existir donde Dios es verdaderamente apreciado y amado.

2. El corazón del cristiano que ha recibido á Jesucristo, parécese á María aun más que las iglesias. Debe, por consiguiente, reproducir en sí las virtudes del corazón de María: su pureza, su amor. Procuremos, pues, en nuestras comuniones, proponernos á María por modelo.

III La iglesia frecuentada, ó Jesús con María.—

I. He aquí, según creemos, el gran atractivo de las iglesias dedicadas á María. Jesús es su centro y María se halla también allí, en cuanto puede una ardiente piedad lisonjearse de atraerla á aquel lugar. Allí todo es para Jesús, y todo nos recuerda á María. La pura misericordia se muestra allí asociada á la misericordiosa justicia; la intercesión todopoderosa á la

mediación esencial, la Madre al Hijo, la Corredentora al Redentor. A estos recuerdos, brota del corazón una oración más confiada y más meritoria, que hace descender más abundantes bendiciones.

II. Gustemos nosotros también de visitar con este espíritu la iglesia dedicada á María. En nuestras oraciones y devociones unámonos á Jesús y María, persuadidos de que hallaremos mayor apoyo á nuestra confianza y gozaremos de mayor crédito para con Dios.

COLOQUIO

Concluiremos el ejercicio con un fervoroso coloquio con Jesús y María. Si nos sentimos movidos á ello, tomemos con el B. GRIGNON DE MONFORT la costumbre de hacerlo todo por María, es decir, para Jesús por María; todo en María y como ella; todo con María. *Ave María.*

Fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima 15 de Agosto

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—La Asunción es la fiesta propiamente dicha de Santa María, de la entrada de María en la gloria. A no atribuirle más que esta significación general y poco precisa de dichoso tránsito á la vida eterna, objeto común de las

felicitaciones que á los santos dirigimos en el día de su fiesta (*dies natalis*), esta solemnidad se remonta á una lejana antigüedad, y aun es, según toda verosimilitud, la primera en fecha entre las fiestas *proprias* de María. Antes, en efecto, María obtenía en la celebración de los misterios en que había intervenido, una parte de honores y homenajes, que la Iglesia tenía buen cuidado en no olvidar.

Un panegírico de SAN TEODOSIO, predicado hacia el año 500 por TEODORO, refiere que los monjes de Palestina celebraban cada año con gran pompa la memoria de la Madre de Dios. La institución de esta solemnidad debe haber seguido de cerca á la celebración del Concilio DE EFESO (1).

Un testimonio irrecusable de SAN GREGORIO de Tours (2) prueba que en las Galias se celebraba en el siglo VI, la fiesta de la Virgen, y á mediados del VII el décimo Concilio de Toledo juzga oportuno poner fin á la diversidad de costumbres españolas señalando para la fiesta de María una fecha uniforme para todas las diócesis.

La fiesta de la *Dormición* (3), mencionada en el

(1) Esta sería, según KELLNER, *Heortologie* p. 144, la indicación cierta más antigua de una fiesta de María. Sin embargo ANT. BAUMSTARK, *RÖMISCHE QUARTALSCHRIFT*, 1897, p. 55, 56, señala la existencia en Antioquía de una fiesta de la Santísima Virgen, que se habría celebrado á fines del siglo IV bajo el nombre de *Μνήμη τῆς ἁγίας θεοτόκου καὶ ἀσι παρθένου Μαρίας* (Memoria de la Santa Madre de Dios y siempre Virgen María). Cit. según BELLAMY, Dic. de VACANT, palabra *Asunción*.

(2) L. I. miraculorum in gloria martyrum c. 8 (M. P. L., t. 71, col. 713. *Monum. Germ. Greg. Tur. Opera minor* p. 493). En el c. 2, el mismo Santo toma del libro *De transitu*, del Pseudo Militon, un relato legendario de la Asunción, que recuerda el famoso relato de un Patriarca de Jerusalén del siglo V, Juvenal, sacado por SAN JUAN DAMASCENO de un tal Eutimio.

(3) En los antiguos martirologios llámase la fiesta del reposo, del tránsito, de la deposición, del sueño de la Santísima Virgen,

Sacramentario Gelasiano (1) estaba ciertamente introducida en Roma en el siglo VII, y aun puede decirse que á la sazón «casi toda la Iglesia de Oriente y Occidente, celebraba la fiesta de la Asunción» (2).

Mientras que Roma y el Oriente honraban á la Virgen el 15 de Agosto, las Galias habían fijado la fiesta á 18 de Enero y España á 18 de Diciembre desde el décimo Concilio de Toledo (656). Pero esta festividad que España celebraba á 18 de Diciembre era de la Anunciación. La Asunción, con todo, se menciona en los calendarios muzárabes, habiendo sido seguramente introducida en ellos á fines del siglo VII. La fecha de 15 de Agosto parece haber sido escogida más bien para atraer las bendiciones del cielo sobre los frutos, que para recordar el aniversario del dichoso tránsito de la Virgen Santísima. Los Coptos refieren al 16 de Enero la Asunción de María (3).

Actualmente el Occidente y el Oriente, aun el heterodoxo, están de acuerdo para solemnizar la plena glorificación de la Madre de Dios en cuerpo y alma. Mas ¿desde cuándo empezó la piedad cristiana á celebrar expresamente la Asunción corporal de la San-

quies, pausatio, transitus, depositio, dormitio B. M. V. Aunque es de notar que este nombre *dormitio*, conservado en los calendarios de los griegos, no les impide honrar con nosotros en este día la Asunción corporal. Véanse las homilias de SAN GERMÁN de Constantinopla y de SAN JUAN DAMASCENO, *in dormitionem B. M. V.* Véase también REVUE BIBLIQUE 1904: *El evangelio de los XII apóstoles recientemente descubierto*, p. 167 ss. y 321 ss. El relato de la Asunción se halla p. 353, 355.

(1) Sacramentarios se llaman los antiguos libros litúrgicos. El Papa Gelasio gobernó la iglesia de 392 á 396; pero el sacramentario que lleva su nombre, no es, en gran parte, anterior al siglo VIII, DUCHESNE, *Orígenes del culto*, 3.^a edic., p. 272. Este autor asigna un origen bizantino á la fiesta romana de la *Dormición*.

(2) BELLAMY, *Dicc. de VACANT*, palabra *Asunción*.

(3) KELLNER, *Héortologie*, p. 150.

tísima Virgen? No podemos decirlo. De todos modos, en el siglo VI SAN GREGORIO DE TOURS atestigua del modo más explícito la presencia corporal de María en el cielo. A fines del siglo VII el *Misal gótico* expresa la misma creencia en una magnífica oración para esa fiesta. El temor de tomar algo de los libros apócrifos (1) inspira en el siglo VIII un lenguaje más reservado á un escrito (2) que debe gran crédito al nombre de SAN JERÓNIMO con el cual es publicado. De ahí séguense dudas que no tardan en disiparse á partir del siglo IX, y la Asunción de la Santísima Virgen María es definitivamente aceptada en el mundo católico.

Celebración de esta solemnidad.—Novena preparatoria. La importancia de esta fiesta invita á los fieles á disponerse á ella con particular cuidado. ¿No sería muy á propósito practicar una novena preparatoria? Esta se emplearía muy útilmente en estudiar la devoción á la Virgen Santísima y los medios de adquirirla. ¿Qué asunto puede ser más á propósito al aproximarse la fiesta de Santa María? Hallarése al fin de esta primera parte una *novena para adquirir la devoción á la Santísima Virgen*. Como, según las necesidades y las inspiraciones de cada uno de estos ejercicios, pueden igualmente utilizarse en otras épocas del año, hemos creído preferible no insertarlas en la serie de meditaciones para las fiestas de la Virgen.

(1) M. REVILLOUT ha publicado en la REVUE BELGIQUE (1904, p. 353, 354) un fragmento copto conteniendo un escrito de la Asunción igual al de Juvenal, y que el sabio orientalista juzga pertenecer probablemente al evangelio apócrifo de los XII apóstoles. Este escrito, según REVILLOUT sería ortodoxo y se remontaría á los primeros tiempos; pero esta opinión es controvertida. Un sabio profesor de Lovaina rehusa reconocer á esta narración un origen anterior al siglo V ó VI.

(2) *Ad Paulam et Eristochium* epist. IX, *Cogitis me* (M., P. L., t. 30, col. 122, ss.).

2. *Meditaciones*.—Dos meditaciones hemos escrito para esta misma festividad. Una más directamente en armonía con el objeto de la solemnidad. La otra está tomada del evangelio de este día. En las meditaciones para los sábados trataremos de la gloria del cuerpo y del alma de María, encontrándose en ello un tercer ejercicio para la fiesta.

PRIMERA MEDITACIÓN DE LA ASUNCIÓN

Plan de la meditación.—En esta meditación apropiada al objeto mismo de la fiesta, quisiéramos reunir y agrupar las ideas principales que evoca esta solemnidad. La Asunción nos recuerda *el feliz tránsito de María á una vida mejor, su plena glorificación según el alma y según el cuerpo; la acogida triunfal que le estaba preparada en el cielo*. Tales son los tres puntos que dividen este ejercicio.

Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tue (Ps. CXXXI, 8).

Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificación.

1.^{ER} PRELUDIO. Fijemos nuestras miradas en el cielo, su esplendor, sus habitantes, en el momento en que se hacen los preparativos para una fiesta extraordinaria.

2.^º PRELUDIO. Pidamos por medio de la Virgen que, mientras aguardamos la hora bendita de reunirnos con Ella y su divino Hijo, llevemos sobre la tierra una existencia digna del cielo.

I. Muerte dichosa de la Santísima Virgen.—

I. El tono de humilde y libre sencillez que conviene á la contemplación, nos permite encuadrar saludables refle-

xiones en devotas hipótesis y alegorías. Siguiendo á un gran siervo de María, amigo íntimo de San Bernardo, el piadoso abad GUERRICO (1), nos imaginaremos al declinar de la existencia terrestre de la Madre de Dios, un piadoso diálogo entre Ella y los Angeles que ya entonces se complacían en acompañar á su soberana. Estos espíritus bienaventurados descienden junto á María, tendida en humilde y pobre lecho. Conmovidos por la palidez de su rostro, dulcemente la preguntaban:

¿Por qué, oh Madre, desde hace ya algunos días no os vemos enderezar vuestros pasos á esos sitios preferidos que os hablan de vuestro Hijo, de su pasión, de su ascensión gloriosa? — Y María contesta que ella languidece, languidece de amor. — ¡Oh! decidnos pues, oh llena de gracia, oh amadísima de la Santísima Trinidad, decidnos, si estáis débil, el remedio que debe fortificaros; si estáis herida, el bálsamo que deseáis para vuestra llaga. Vos no ignoráis cuánto se complace vuestro Hijo, aunque lo sabe todo, en preguntarnos, en oírnos hablar de su Madre, de sus deseos, de sus confidencias.» — «El bálsamo, el remedio, es El visto como es en su gloria, es El obtenido, poseído para siempre.» Y mientras vuelan los Angeles al trono de Jesús á llevar este mensaje de amor, un tranquilo desfallecimiento se desliza poco á poco por todos los miembros de María, y poniendo fin á este continuo milagro de vivir separada de su Hijo (2) la Madre de Dios, el alma de la Virgen Santísima, sepárase sin dolor de su cuerpo para ser llevada al cielo en una nube de santas aspiraciones.

II. El espectáculo de la serenidad ante la muerte,

(1) GUERRICO, *Sermón 2.º sobre el mutuo amor de Jesús y María*. (Migne, P. L., t. 185, col. 190, etc.).

(2) BOSSUET, *Sermón segundo para la fiesta de la Asunción, segundo punto*.

no es por cierto una de las menores bellezas que la religión ofrece á nuestra contemplación. Vivían algunos santos tan despegados de la vida, que sólo el celo de las almas les retenía acá abajo. ¡Y cuántos cristianos de toda edad y sexo gustan, en ese momento tan temido, de consuelos indecibles, clamando llenos de sorpresa que jamás hubieran sospechado fuese tan dulce morir! ¿Cuál es el secreto de esta paz y serenidad?

1. Una fe viva, una filial confianza en Dios, fomentada por la devoción á la Virgen Santísima y al Sagrado Corazón.

2. Un gran cuidado de la pureza y, en general, una muy delicada conciencia.

3. El recuerdo de una caridad afectuosa, indulgente, efectiva, generosa. El hombre bueno se parece demasiado á Dios para perderse y ser apartado de El.

4. El recuerdo de alguna injuria ó sufrimiento aceptado de buena gana por la causa de Cristo.

5. En una palabra, el haber participado de alguna de las Bienaventuranzas del Evangelio.

II. La gloria del alma y del cuerpo.—I. 1. Detengámonos á contemplar el alma de la Santísima Virgen. ¡Qué gracia, qué virtudes, qué hazañas tan altas, qué santidad! ¡Oh espectáculo arrebatador y saludable! Ningún puro espíritu se aproxima á la claridad que á esta alma presta su perfecta pureza. Acerquémonos á ella como para abrazarla y santificarnos con su contacto. Como al alma del Salvador, digamos á esta alma tan parecida, tan modelada según la de Jesús: Alma de María, santificadme.

Ningún alma de pura criatura se precipitó hacia Dios, después de esta vida, como el alma de la Madre de Dios. No habiendo ninguna tan unida á El, ninguna

había suspirado tanto por El. Nada podía retardar su bienaventuranza. ¿Quién dirá las delicias de que fué inundada? ¡Oh, cómo todo lo pasado convirtióse para ella en título de gloria! ¡Cómo bendijo al Señor aun por sus mismas pruebas. ¿A quién pudo mejor aplicarse aquella palabra santa: «Todo coopera al bien de los que aman á Dios?» (1)

2. Sin llegar á tanta altura, algunas almas santas, heroicamente purificadas por el sufrimiento, fueron sin tardanza admitidas á gozar de Dios, objeto de su fe, de su esperanza, de su caridad. ¡Qué suerte tan envidiable!

Fijemos el término más allá del cual nuestra vida sobre la tierra ciertamente no se prolongará. Pocos años nos separan de él. ¡Oh si desde entonces fuésemos perfectamente dichosos! Pues bien, no nos falta sino quererlo. La gracia de Dios nos abre esta perspectiva, nos invita, nos urge, nos ofrece los medios para convertirlo en una realidad. ¡Si nosotros queremos! Pero nuestra voluntad, para ser eficaz, debe aceptar los males y las dificultades de la hora presente; debemos tener una intención siempre recta, un cuidado constante en nuestras acciones, una lucha generosa con los obstáculos.

¿Son por ventura inaceptables estas condiciones?

II. 1. Al revés de aquellos en quienes el cuerpo agrava al alma, el alma de la Virgen Santísima había como espiritualizado al cuerpo.

Una felicidad incompleta no podía ser proporcionada á la que era toda santa y había ofrecido su substancia corporal para el más alto ministerio. La esposa del Verbo debía estar donde estaba el mismo Verbo;

(1) Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum (Rom. VIII, 28.)

la Reina universal debía triunfar también de la muerte. ¡Oh sublime destino! La tierra no puede guardar mucho tiempo unos despojos celestiales. Júntase, pues, el alma con el cuerpo ya transfigurado, y María toda entera sube al cielo.

2. Dichosos con la dicha de nuestra Madre, aprendamos de ella, en este día de gozo, que el servir á los apetitos inferiores entrega el cuerpo á una más merecida corrupción. Al contrario, el contacto con Dios en la Comunión y en la correspondencia á la gracia son un principio de vida y de inmortalidad. Gustémos de arrojar en nosotros mismos semillas de vida eterna. Amemos la pureza, frecuentemos la comunión.

III. El recibimiento en el cielo.—I. «El cielo, dice Bossuet, tiene sus solemnidades y sus triunfos, sus ceremonias y días de recibimiento, sus magnificencias y sus espectáculos: ó mejor, la tierra usurpa estos nombres para dar algún esplendor á sus vanas pompas; pero la realidad no se halla verdaderamente en toda su fuerza, sino en las augustas fiestas de nuestra celestial patria la santa y triunfante Jerusalén» (1).

Mas ¿cómo representarnos una de las más grandiosas solemnidades, la de la entrada de la Madre de Dios en la gloria del paraíso?

a) *¡Qué recibimiento le hizo Dios!* El de un Padre que pone á su hija en posesión de magnífica herencia. «Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía» (2). Suenan estas palabras al oído de María y reconoce en ellas la voz de su Hijo. Jesús le dice también como no dirá á nadie: «Yo tenía hambre y me

(1) Sermón primero en la fiesta de la Asunción. Introducción.

(2) Cant. II, 10.

alimentaste, tenía sed y me refrigeraste, estaba desnudo y me vestiste, estaba sin abrigo y me albergaste (1).» Y María no puede preguntar admirada como los otros escogidos: «¿Cuándo, Señor, tuvisteis hambre y os hemos alimentado, etc.?» ¡Oh dulces recuerdos de Belén y Nazaret! Y he aquí cómo el Hijo de Dios se apresura á levantar á sí, á aquella en quien El había descendido; á hacer participante de su gloria, á la que le había comunicado su humildad; á conceder vida inmortal á aquella de quien tuvo vida precedera. El Espíritu Santo reconoce los ricos ornamentos del templo vivo en que nunca ha cesado de habitar. Que resplandezcan ahora á vista de todos, apareciendo tal cual es su inmensa santidad, su incomparable belleza, su inefable dicha.

b) Recibimiento que hacen á María los Angeles y santos.—Imposible es figurarnos la magnificencia de esta fiesta. Ponga en ella nuestra imaginación todos los colores, y arroje luego el pincel en su impotencia de pintar semejante realidad. Pero admiremos lo sincero de la alegría de todos y la unanimidad de sus transportes. No sería esta fiesta, fiesta del cielo, si un pensamiento de envidia, si alguna discordia tuviese en ella lugar.

II. 1. Dios, los santos y también los Angeles, nos reservan en el cielo una acogida semejante á la que hicieron á la Madre de Dios. ¡Qué destino el nuestro, capaz desde ahora de comunicarnos aquel gozo perpetuo que aconsejaba San Pablo! (2)

2. La envidia deslucen las fiestas de la tierra, como turbaría las del cielo. Ella destruye la fiesta interior del alma cristiana destinada á gozar de Dios y de la gracia

(1) Matth. XXV, 35, 36.

(2) 2.^a Cor XIII, 11; Philip. IV, 4.

de su buena conciencia. Rechacemos lejos de nosotros esta enemiga y seamos en todas partes un principio de unión y caridad.

COLOQUIO

¿Cómo no seguir con el pensamiento, en el coloquio, á María que sube hacia el cielo? ¿Cómo no regocijarnos con ella, dar gracias á los Angeles y á los escogidos por el recibimiento que dispensan á nuestra Madre? ¿Cómo no bendecir á Dios por la gloria otorgada á nuestra augusta bienhechora? ¿Cómo no solicitar un humilde sitio cerca de Ella para nosotros y para aquellos con quienes especialmente nos une la caridad? *Regina coeli laetare, Alleluia. Reina del cielo alegraos, Aleluya.*

SEGUNDA MEDITACIÓN SOBRE EL EVANGELIO DEL DÍA

Plan de la meditación.—Hase planteado hace ya mucho tiempo (1) la cuestión de por qué la Misa de este día contiene un Evangelio tan extraño á la fiesta de la Virgen María, que en él celebramos. Este Evangelio, en efecto, reproduce una escena que pasó en Betania entre el Señor, Marta y su hermana María. La explicación debe buscarse, á nuestro parecer, en el gusto muy pronunciado y duradero de la literatura ascética por las adaptaciones metafóricas de la Sagrada Escritura (2). La hermana de Marta, en contemplación

(1) Existe sobre este punto un célebre sermón atribuido á SAN ANSELMO (Migne, homilia 9.^a, t. 158, col. 644 y ss.).

(2) Esto es lo que se llama usar de sentido *acomodaticio*.

á los pies de Jesús simboliza, según SAN AGUSTÍN (1), la eternal visión de la vida futura. El 15 de Agosto celebra la Iglesia la entrada de la Madre de Dios en la vida eterna, ó sea la posesión de esta vida en grado tan eminente que no ha caído en suerte á otra criatura alguna; y la privilegiada se llama María. ¿Se requiere algo más para apropiarse la escena de Betania á la fiesta de este día? ¿No está ahí figurada María, aunque no se hable de Ella?

El texto, por lo demás, da materia á hermosas aplicaciones, que vendrán á colocarse, naturalmente, en el cuadro de una meditación dispuesta como sigue: *Marta ó la vida presente*, primer punto; *la hermana de Marta ó la vida futura*, segundo punto; *María, Madre de Jesús ó el tránsito de una vida á la otra y la unión de dos vidas*, tercer punto.

MEDITACIÓN

Maria optimam partem elegit (Luc. X, 42).

María ha escogido la mejor parte.

1.^{ER} PRELUDIO. — Recordemos cómo Nuestro Señor, acogido por la familia de Lázaro, vióse servido con gran diligencia por una de sus hermanas llamada Marta; mientras que la otra, llamada María, manteníase á sus pies, atenta á las palabras que manaban de sus labios. Como se quejase Marta de la ociosidad de su hermana, Jesús la respondió en estos términos: «Marta, Marta, muy solícita andas y te turbas en muchas cosas, siendo así que una sola hay necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

(1) Citado en el breviario, sermón 27 (alias 104). Migne, P. L., tomo 38, col. 616 y ss. Vid. también sermón 179 (alias de *Diversis*, 27). Migne, P. L., t. 38, col. 968-970.

2.^o PRELUDIO.—Representémonos el interior de la casa de Betania.

3.^{er} PRELUDIO.—Pidamos la gracia de seguir los pasos de nuestra Santísima Madre y de pasar de tal manera por los cuidados de la tierra que merezcamos por ellos el descanso de la Eternidad.

I. Marta ó la vida presente.—I. *Sollicita es et turbaris erga plurima.* Estás solícita y llena de cuidados por muchas cosas. La vida presente es una serie de cuidados múltiples y constantes. Esta es su nota característica.

Suponed un alma de levantadas y puras aspiraciones, sinceramente deseosa, como Marta, de servir á Jesucristo.

1. ¡Cuántas razones *personales* de andar cuidadosa le proporcionan su propia debilidad, su inconstancia, las sorpresas preparadas á su virtud, cierta obscuridad que deja frecuentemente lo pasado, junto con el temor por su perseverancia en lo porvenir!

2. *A su alrededor*, en su casa, en su familia, ¡cuán crueles ansiedades causadas por la mala conducta, la irreligión ó el daño espiritual de un esposo, de un hijo, de un padre, de un pariente próximo!

3. En sus *relaciones* y la *sociedad en general*, ¡cuántos cuidados le procura el interés con que mira la causa de Dios! Se tiembla por los inferiores que se desearía ver buenos y fervorosos; causan inquietud los superiores, de los cuales se espera un celo, una abnegación, un desinterés perfectos; preocupan los iguales que se quisiera ver animados unánimemente de las mismas nobles aspiraciones. Y por todos estos lados ¡qué de santos proyectos, tan frecuentemente contrarrestados é impedidos!

En medio de estas confusas peripecias y alternativas contradictorias, ¿por qué impresiones no pasa esta alma ya inflamada en santos deseos, ya consolada por halagüeñas esperanzas, ya desgarrada por amargos desengaños, ya deprimida y como abatida á la vista de su impotencia! ¡Qué de solicitudes!

Esto por lo que toca á las almas grandes y libres. ¿Qué diremos de aquellas que nutren codicias ínfimas, que fomentan afectos á los bienes de acá abajo, al éxito, á la fortuna, á humanas amistades, etc.? Innumerables y continuos cuidados proporcionan, por decirlo así, á cada paso estos esclavos. La falsa dicha de este mundo se compone de tantos elementos, que casi siempre le falta alguna cosa.

II.—Aceptemos los cuidados necesarios de la vida presente como justa y provechosa prueba. ¡Son los azares de la guerra que hacemos por Dios! Se impone una doble y grande obligación: la de permanecer constantes y valerosos, y también la de no buscar jamás librarnos de esos cuidados, permaneciendo indiferentes á la lucha y al bien. Librarse por este medio es ceder al egoísmo y dar prueba de cobardía; si el cuidado no es puramente ideal hace gran ventaja á la indiferencia y á la abstención.

II. María, hermana de Marta, ó la vida futura.—*Optima pars quae non auferetur.* La mejor parte que no será quitada. A los cuidados, llenos de inquietud, del presente sucede la tranquila serenidad de la vida futura. Ahora en el mar agitado, entonces en la tranquila playa; ahora la movilidad, entonces una dichosa fijeza; ahora el huracán, la tempestad, entonces el dulce sol, la fresca brisa; ahora la lucha, la rivalidad, el desacuerdo, entonces la armoniosa inteligencia entre

todos; ahora la arrogante fortuna del mal, entonces el incontestable triunfo del bien; ahora la turbación de la criatura, entonces la felicidad del Criador.

Vida bienaventurada á los pies de Jesucristo Nuestro Salvador, que es su autor y su consumación, cuya dicha crece con el mismo reconocimiento que provoca la vista del bienhechor. Gózase uno de poseer la felicidad por Jesucristo y junto á El.

II.—¡Oh, cuán magnífica perspectiva nos es mostrada! Levantemos, pues, nuestras miradas, mientras estamos aún en el tiempo que pasa, hacia la eternidad que no pasará jamás. Vivamos, trabajemos, suframos recordando que nos aguarda el cielo. Pronto llegará la hora de poseer un patrimonio divino; llegará tanto más pronto y tanto más seguramente cuanto lo hayamos más santamente esperado.

«¡Cuán bueno es Dios, clamaba el venerable Beda, por haber puesto en esta breve vida de un instante, las luchas y los trabajos, y reservado para la vida eterna las coronas y recompensas de los méritos!» (1)

Ayudémonos de los deseos del cielo, como lo aconseja la *Imitación de Cristo*. Leamos atentamente el Cap. XLVI ó el XLIX del libro tercero.

III. María, Madre de Jesús, ó el tránsito de una vida á la otra y la unión de ambas vidas.—I. 1. Las solicitudes serán quitadas á María; pero la contemplación permanece en María. Pásase de las ocupaciones de Marta á la visión de María. Mas ¿qué tránsito hay comparable con el de la Virgen Santísima? De una vida que fué un verdadero martirio, vese sublimada á la cumbre de la gloria celestial, teniéndolo todo debajo de sí, ex-

(1) Oficio de Todos Santos, lección 6.^a, sacada del sermón 18.^o sobre los Santos (Migne, P. L., hom. 70 *entre las apócrifas*, col. 450).

cepto Dios, excepto Cristo. ¿Quién será capaz de medir la distancia que separa la más profunda pena de la más inaudita felicidad? Esa distancia la recorre María en un momento. ¡Oh! ¿Quién dirá sus transportes, su arrobamiento, el océano de dicha en que se precipita María, ó que se precipita en Ella?

2. Verdad es, por otra parte, que este tránsito á una vida bienaventurada, no fué más que el final, la confirmación y acabamiento, de lo ya comenzado y gustado. Las inquietudes por que pasó la existencia de María, no pudieron turbar la serenidad de su alma fija en Dios: su fe, su esperanza, su caridad le proporcionaban, aun en medio de la prueba, los más puros gozos.

II. A nosotros toca, también, después de felicitar á nuestra Madre, llevar, conforme á su ejemplo, una vida sobrenatural que junte al mérito de la prueba el goce anticipado de la eternidad.

COLOQUIO

Pidamos á María, y por medio de Ella á su Hijo, la gracia de aceptar valerosamente la presente lucha, y de poder, como los santos, reservar en nuestro corazón un sitio á donde no lleguen las inquietudes de este mundo; en que sólo reine Dios conocido por fe, esperado y amado. *Ave maris stella.*

Fiesta del Purísimo Corazón de María

**Domingo después de la octava de la Asunción
ó tercer domingo después de Pentecostés**

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de la fiesta (1).—La primera demostración pública en honor del purísimo Corazón de María tuvo lugar al fin de una misión dada en la catedral de Autun, el 8 de Febrero de 1648. La iniciativa vino del R. P. EUDES MÉZERAI, fundador de la *Sociedad de Jesús y de María*, llamada de los *Eudistas*. Sus instancias obtuvieron del Cardenal de Vendôme, legado del Papa, una fiesta del Corazón de María, que se celebró por primera vez en su Congregación, el 8 de Febrero de 1668. El mismo redactó su Oficio lleno de suave unción. Los frailes Menores de la provincia de Francia y el P. DE GALLIFET, S. J., trabajaron también á su vez por lograr se instituyese oficialmente una fiesta al Corazón de María. La primera aprobación formal y expresa del Romano Pontífice, emanó de Pío VII, quien concedió á los *Clérigos regulares de la Madre de Dios*, una fiesta que desde entonces se introdujo casi en todas partes. Celébrase en diversas fechas, de las cuales las dos principales son: el tercer

(1) Sobre el origen, significado y desarrollo del culto del purísimo Corazón de María, véase la grande obra del P. NILLES, S. J., *De rationibus festorum SS. Cordis Jesu et Parissimi Cordis Mariae*. Innsbruck, 1885, 5.^a edic.

domingo después de Pentecostés y el domingo después de la octava de la Asunción (1). La Misa y Oficio propios, distintos de la Misa y Oficio usados entre los Eudistas, fueron concedidos el 21 de Julio de 1855.

Nuestra Señora de las Victorias, en París, debe su celebridad á los beneficios del Corazón de María. Allí, á 16 de Diciembre de 1836, el cura SR. DES GENETTES fundó, bajo los auspicios del Corazón Inmaculado de María, la archicofradía por la conversión de los pecadores, que cuenta más de 20,000 cofradías asociadas y millones de miembros. Pío IX reconocía en esta institución el efecto de una inspiración divina.

Plan de la meditación.—La Iglesia consagra un día á celebrar la pureza del Corazón de María. El evangelio escogido para esta fiesta, refiere este elogio de la Virgen: «María guardaba todas estas palabras en su Corazón.» Las palabras santamente recogidas por la Virgen, eran principalmente (2) la misteriosa respuesta dada por Jesús á su Madre cuando le halló en el templo. En la Oración, invítanos la Iglesia á dar gracias á Dios de que, por la pureza del Corazón de María, haya preparado morada digna al Espíritu Santo.

La meditación está compuesta con estos datos y contiene tres puntos: *La pureza del corazón, el medio de adquirirla y los dichosos efectos de esta pureza.*

MEDITACIÓN

«*Mater ejus conservabat omnia verba haec in corde suo*» (Luc. II, 51).

(1) El decreto de la S. Congr. de Ritos data de 31 de Agosto de 1805.

(2) Decimos *principalmente*, porque esta expresión *palabras* puede designar todas las enseñanzas contenidas en la escena.

La Madre de Jesús conservaba todas estas palabras en su Corazón.

1.^{ER} PRELUDIO.—Asistamos con fervor al admirable cortejo de vírgenes que siguen al Cordero sin mancha, y veamos sobre todo á su lado á la Virgen de vírgenes, á aquella cuyo corazón no fué empañado por ningún soplo menos puro.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos al Corazón purísimo de María, la gracia de comprender más y más la hermosura, la nobleza y el celeste encanto de un alma virginal, para quitar generosamente toda mancha de nuestro corazón.

I. La pureza de corazón.—I. 1. La pureza de nuestro corazón es la de nuestros afectos, y ésta consiste en una espiritual castidad, que impida todo contacto de afecto ilegítimo. La inteligencia, al representarse los objetos, espiritualiza aun los más viles; la idea del más abyecto animal tiene, como realidad en nuestra mente, la misma esencia que la idea de un Serafín. Dios y los santos conocen las acciones más bajas sin contraer la menor mancha. Mas el corazón deja tales cuales son los objetos que ama, y amarlos es inclinarse á ellos, unirse á ellos. Compréndese por ahí que nuestros afectos son la medida de nuestro valer moral, que dejándonos deslizar hacia objetos indignos, nosotros mismos somos los que nos rebajamos y nos envilecemos, mientras que el corazón nos eleva al elevarse él mismo al amor de lo grande y de lo bello. Amar el polvo y el fango es hacerse polvo y fango; amar á Dios es, en cuanto es posible, divinizarlos.

2. Pero ¿es libre nuestro corazón para escoger lo que le plazca? ¿No está santamente atado con Dios,

cuyo espíritu, según la enérgica frase de la Escritura (1), nos ama con un amor celoso que no admite rival en el afecto? De ahí que cualquier afecto indigno, no es tan sólo una degradación, sino también una profanación más ó menos grande, ó si se quiere, es, según su grado, la consumación ó el principio de un adulterio.

3. ¿Qué es lo que supone una pureza perfecta? A la pureza del objeto, debe unirse una intención enteramente recta y la observancia de la medida justa en el sentimiento. Ser perfectamente puro no es carecer de afecto, sino amar lo que es amable, lealmente, sin exceso ni defecto.

II. 1. ¡Cuán difícil nos es ser perfectamente puros y reunir los tres elementos requeridos, á nosotros que llevamos en nuestro interior ciegas inclinaciones afectivas! ¡Y cuán laboriosa tarea es la purificación de nuestra alma! Los objetos, aun los malos, ejercen un poder fascinador y ¡cuán fácil es, aun inclinándonos á un objeto bueno, pasar más allá de lo que exige su bondad, ó buscar otra cosa!

2. Esta triple perfección de los afectos en María, constituye la admirable pureza de su corazón, á la cual, en unión de la Iglesia, plácenos ante todo rendir filial homenaje de admiración.

II. El medio de adquirir la pureza.—I. 1. La Iglesia insinúa el camino que conduce á la pureza, uniéndose al Evangelio para alabar á María que sabía conservar en su corazón las palabras de Dios. ¿Y no sigue en esto, por ventura, las enseñanzas del mismo Salvador? Después de la última cena, decía Jesús á sus

(1) Epístola católica de Santiago, IV, 5.

Apóstoles: «Vosotros sois puros á causa de las palabras que os he hablado (1). Mis enseñanzas, mis recomendaciones, mis consejos, os han despegado de los bienes exteriores, de los falsos placeres y del orgullo; han disipado las tinieblas de vuestra inteligencia; os han inducido á creer, á esperar, á amar con amor de caridad. La medida de vuestra docilidad en seguirla es la medida de la pureza que habréis adquirido.»

2. Pero, para producir estos efectos, la palabra divina debe ser recibida y conservada en el corazón. El corazón es la tierra fértil en que esta preciosa semilla germina y abundantemente fructifica.

Mas ¡ay! ¡En cuántos la divina palabra llega apenas á su oído, y luego otros ruidos la cubren, como los pies del caminante pisotean y aplastan la semilla que cayó en el camino!

II. ¿Cuál será, pues, el medio eficaz de hacer á la palabra divina una acogida tan saludable? Meditaría. Por medio de la reflexión, por la seria meditación, la palabra divina se asimila á nosotros, su verdad nos penetra y nos dispone á la práctica. Esta divina palabra es el germen de la pureza; el practicarla nos hace recoger tan hermoso fruto.

III. Dichosos efectos de la perfecta pureza.—

La perfecta pureza hace de nuestro corazón una morada en la cual el Espíritu Santo se complace en habitar. *Templo del Espíritu Santo, comprado con el precio de la sangre de Jesucristo, amado por El con amor celoso* (2). ¿No diríamos, al leer semejantes expresiones en la Escritura, que nuestro pobre corazón, una vez purificado, parece ejercer sobre el mismo Dios

(1) Joan. XV, 3.

(2) 1.ª Cor. VI, 19, 20; Jac. IV, 5.

misteriosos atractivos? «Mis delicias, dice la Sabiduría eterna, son morar con los hijos de los hombres» (1). ¡Ah! aquel á quien engaña la seductora voz de la pasión, podrá tal vez despreciar tormentos lejanos todavía y que tiene la esperanza de redimir; mas ¿piensa en lo que inmediata y necesariamente pierde? El honor, el crédito, y aun los goces de esposa del Altísimo: he aquí de qué se priva el alma manchada; he aquí de lo que goza el alma pura, lo que la pacifica, lo que la transforma, lo que la hace resplandecer con un encanto y un brillo sobrenaturales.

COLOQUIO

¡Ah, si esta festividad, si esta meditación nos decidiesen por fin á abrazarnos con la inocencia y la pureza! Pidámosle por María, como un don de su corazón. *Vitam praesta puram. Danos una vida pura.*

Fiesta de la Natividad de María

8 de Septiembre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—La Iglesia rehuye, en general, celebrar la venida de los santos á un mundo en la cual ven la luz manchados con la culpa ori-

(1) Prov. VIII, 31.

ginal y sujetos á las miserias que son consecuencia de la misma; así es que guarda su regocijo, no para el comienzo de una prueba cuyo éxito es aún dudoso, sino para el fin, que es su gloriosa corona (1). La santificación de San Juan Bautista en el seno de su madre, motivó muy pronto una excepción. Otra derogación de esta regla debíase con mayor razón á aquella cuyo nacimiento, semejante á la aurora, anunció al divino sol de justicia, Jesucristo. Desde el siglo VII, lo más tarde, hallamos celebrada la fiesta del Nacimiento de Nuestra Señora, tanto en Oriente como en Occidente (2); pero su observancia universal no se remonta más que á fines del siglo X ó principios del XI. Desde entonces este día bendito llegó á ser una de las principales festividades de María. En el siglo XIII enriquecióse con una octava, que los cardenales reunidos en conclave para elegir sucesor á GREGORIO IX, habían prometido instituir si triunfaban de las divisiones y dificultades suscitadas por las intrigas de FEDERICO II y el descontento del pueblo. El Papa elegido, CELESTINO IV, no reinó más que 18 días. La promesa no pudo por consiguiente cumplirse hasta el tiempo de INOCENCIO IV, á mediados del siglo XIII.

Plan de la meditación.—La Natividad da á María á la tierra, la Asunción la da al cielo. ¡Con qué gozo fué acogida por los Angeles y bienaventurados! *De*

(1) Recientemente (decr. gen. de la S. Congr. de Ritos, 19-21 de Dic. de 1893, n. 3816), la Santa Iglesia ha recordado una vez más esta ley, que una devoción indiscreta se proponía violar. No toquemos con ligereza á los usos de la Iglesia. Profunda es ordinariamente su razón de ser.

(2) El Oriente nos ofrece dos sermones de ANDRÉS CRETENSE (720) sobre el Nacimiento de María. En Occidente, esta fiesta es mencionada con la Asunción en el Sacramentario Gelasiano de principios del siglo VIII. Véase la nota explicativa añadida para el día de la Asunción p. 116.

cujus Assumptione gaudent angeli (1). ¿No debemos, pues, los hombres celebrar con gozo la venida de María á la tierra? *Nativitas tua gaudium annuntiavit universo mundo*: vuestra Natividad fué anuncio de gozo para el mundo entero (2). Nos proponemos meditar dicha Natividad bajo este aspecto, que nos ofrece la siguiente división: La Natividad de María es *f fuente de gozo para el mundo*; este gozo es por desgracia *ignorado*; *podemos hacerlo nuestro* espiritualmente.

MEDITACIÓN

«*Multi in nativitate ejus gaudebunt*» (Luc. I, 14).
Muchos se alegrarán en su nacimiento (3).

1.^{ER} PRELUDIO.—Veamos la modesta casa de San Joaquín y Santa Ana, y la cunita en que descansa la niñita destinada á ser Madre de Dios. ¡Con qué gozo aquellos santos padres contemplan el fruto de bendición que Dios les ha dado!

2.^O PRELUDIO.—Pidamos con todo fervor la gracia de gozarnos santa y útilmente en el nacimiento de María, Madre de Dios y Madre nuestra. •

I. La Natividad de María, fuente de gozo.—

I. 1. Nuestra miseria y los dolores del parto no impiden que proclamemos dichoso el día en que un hombre viene al mundo. Sin embargo, para el que reflexiona, ¿es este gozo sin mezcla?

¿No está expuesta esa débil existencia á ser arre-

(1) Introito de la Misa en la fiesta de la Asunción: «Los Angeles se regocijan en la Asunción de María Virgen».

(2) Oficio de la Natividad de la Virgen.

(3) Pone el Evangelista estas palabras en boca del mismo Angel que predijo á Zacarías el nacimiento de San Juan Bautista.

batada por el primer soplo del cierzo, causando con este fin mayor pena, que consuelo trajo su venida?

Por lo demás, ¿á dónde va á parar? Es la existencia de un viajero que puede equivocarse el camino y arrojarse á horroroso precipicio.

Este niño, funesto tal vez para sí mismo, puede también venir á serlo para otros. El, tan tiernamente acogido por un padre, por una madre, es capaz de llenar su vida de amarguras; su influencia nefasta puede propagarse á lo lejos, arruinando los cuerpos, las almas, las familias, las ciudades, las comarcas enteras.

He aquí cómo las obscuridades de lo porvenir son causa de una justa ansiedad. Y lo son, sobre todo, como consecuencia de esa triste mancha contraída aun antes de nacer: la mancha hereditaria del alma, el pecado original.

2. ¡Qué gozo tan completo debió de embellecer el día en que nació la hija de Joaquín y Ana! En vez de estar manchada, el alma de esta niña resplandece con el más hermoso brillo de la gracia. Ya desde la cuna sobrepaja á los serafines en sobrenatural belleza. Destinada á ser Madre de Dios, hállase al abrigo aun de las desdichas temporales, y una especial Providencia la hará remontarse de la plenitud de la gracia á la de la gloria.

Para los demás hombres, para el mundo entero, este nacimiento de la Madre, preludia el nacimiento de la única alegría del mundo, el Salvador que viene á destruir el pecado, que es la fuente de todos nuestros infortunios. María no es solamente la aurora que anuncia el claro día, sino que su poder y su caridad intervendrán también para llamar á los hombres, á que se aprovechen de su luz.

3. Los padres de la Santísima Virgen aun sin conocer, á lo que parece, todos sus grandes destinos,

debieron de gozar un indecible regocijo al nacer aquella su amadísima hijita, hija única, según se cree, obtenida después de ardientes y prolongadas plegarias, y adornada de exquisitos atractivos, reflejo de sus gracias interiores. ¿Y no era esta su dicha mayor de lo que exigía su causa visible? ¿No sobreañadía, tal vez, Dios secretas delicias, cuyo misterio no les manifestaba?

II. 1. Felicitemos á San Joaquín y Santa Ana por el nacimiento de María; unámonos con el pensamiento á su gozo: más aún, gocémonos con la Iglesia por el mundo mismo. ¡Oh, Virgen, vuestra Natividad anunció un grande gozo al universo entero!

2. Comprendamos una vez más, en esta ocasión, que todo lo que aleja del pecado, aleja una causa de desdicha y de tristeza.

II. Regocijo ignorado del mundo.—I. Los santos padres de la Santísima Virgen no conocían sino imperfectamente los motivos de su propio gozo; pero el mundo desconocía completamente su dicha. Mientras celebraba con ruidosos festejos, y aun hartas veces con juegos crueles, el nacimiento de los príncipes y los grandes, la natividad de su Soberana pasábale desapercibida.

II. ¡Pobre mundo engañoso y engañado! ¿Merece que se tengan muy en cuenta sus juicios extraviados?

En muchas ocasiones, según el favor personal de que uno goza, de su popularidad ó circunstancias impredictas, un mismo hecho se ve públicamente realzado y alabado, ó pasa desapercibido. Y halla en eso nuestra vanidad ocasión de cuidados y cálculos de poco fuste, de errores y desalientos infundados. Seamos bastante nobles, bastante libres, bastante grandes para mantenernos en la independencia de una leal sencillez,

que no quiere ser ensalzada antes de tiempo, para caer después en la tristeza.

III. Nuestra participación íntima en este gozo.

—I. El mundo, por desdicha suya, ignora el nacimiento de la Virgen Santísima. En cuanto á nosotros, no ignoramos que María nace espiritualmente en aquellos corazones, que un tierno y sólido afecto llena de su poder y su bondad. Conocemos igualmente cuán á propósito viene á alegrarnos semejante natividad.

Natividad efectivamente dichosa por el *sentimiento* de que nos llena, pues suele dilatar el corazón, consolarlo, fomentar un gozo santo y grande confianza. Dichosa también por los *frutos* que produce: frutos de conversión, frutos de santidad. María nos anuncia y nos trae á Jesucristo.

II. Procuremos, pues, cuidadosamente sentir una filial devoción á la Santísima Virgen. Que esta devoción sea sólida y, para ello, fundada en su verdadero motivo; tomemos á pechos el tener siempre presente este motivo en nuestra mente y aun el profundizar en él. Que sea una devoción viva, es decir, fomentada por la asidua práctica.

De este modo podremos, en días más dichosos que los de este mundo, repetir lo que ya con júbilo decimos acá abajo: «Vuestra natividad, oh Virgen, ha anunciado el gozo al mundo entero.»

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio, supliquemos con instancia al Señor nos conceda la gracia de una tierna devoción para con su Madre. *Ave María.*

Fiesta del dulcísimo nombre de María Domingo infraoctava de la Natividad

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la festividad.—Ya desde 1513, un indulto apostólico había permitido á la diócesis de Cuenca, en nuestra España, celebrar una fiesta en honor del nombre de María, la cual se apresuraron á adoptar otras comarcas, llegando á ser universal después de la gloriosa victoria de 12 de Septiembre de 1683. En este día, SOBIESKI coronaba, con la toma de Viena á los musulmanes, una campaña colocada bajo los auspicios de la Madre de Dios. El ejército cristiano había movido sus reales á 15 de Agosto, flotando á su cabeza el estandarte de la Virgen. El 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad, el héroe polaco habíase armado con el pan de los fuertes para infligir á los turcos, cuatro días más tarde, la decisiva derrota que acabó con los terrores de la sitiada capital. INOCENCIO XI quiso glorificar á aquella en quien cedía el honor de este triunfo. Habiendo, pues, los cristianos vencido en el nombre de María, decretó el 25 de Noviembre de 1683, que toda la Iglesia honrase dicho nombre, que simbolizaba todas las glorias de la Virgen, y que desde hacía ya siglos era objeto de la cristiana piedad, como lo testifican los mismos Padres que tanto se afanaron en deducir de la etimología su virtud y escondida significación.

En España, habíase primeramente celebrado esta fiesta el 22 de Septiembre, ó sea 14 días después del nacimiento de María; porque, entre los judíos, el nom-

bre era impuesto á las niñas 14 días después de nacidas.

Plan de la meditación.— Veremos sucesivamente, en esta meditación, la *santidad* del nombre de María; su *significación* y su *virtud*.

MEDITACIÓN

«*Et nomen Virginis, Maria*» (Luc. I, 27).

Y el nombre de la Virgen era María.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos que formamos parte de un valeroso ejército, que corre al ataque alentado por un glorioso estandarte en que se lee el santo nombre de María.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de comprender mejor este santo Nombre, para luchar espiritualmente con alegre confianza bajo este símbolo victorioso.

I. La santidad del nombre de María.—I. 1. El nombre es el signo que mejor representa á una persona. Al pronunciar un nombre, la persona toda entera se presenta á la mente con su naturaleza, sus facultades, sus notas características y sus actos; y si se trata de alguien que ha terminado su carrera terrestre, el nombre no sólo representa á la persona en un momento dado de su existencia, sino que recuerda y resume toda su historia.

De ahí las diferentes impresiones producidas al evocar el nombre de personas conocidas, respetadas, temidas, admiradas, amadas. El nombre de un terrible conquistador infunde espanto á las regiones subyugadas; al nombre de un tirano cruel, revive el horror que inspiró; los soldados sienten inflamarse su valor al nombre de un gran capitán; pronunciar el nombre

de un bienhechor ó de una madre, es suavizar un corazón llagado, calmar la cólera, inducir sentimientos de clemencia, de bondad, de confianza, de piedad.

2. ¿Qué se requiere, pues, para que un nombre sea santo? No basta un grado, por elevado que sea, de santidad, alcanzado á la hora definitiva del paso á la eternidad. La santidad del nombre supone una santidad cumplida y perpetua, una santidad sin interrupción y sin defecto.

Tres veces santo es el Nombre de Dios: la santidad de Dios es esencial y eterna. ¿Qué hombre podrá pretender un nombre santo? Sólo Jesús, y, por la gracia de Jesús, su Madre, María. Honramos á muchísimos santos; pero sólo dos nombres, además del de Dios, reciben el tributo de la santidad: el nombre del Salvador y el de su Madre.

«¡Bendito sea», dice la Iglesia en la hermosa alabanza reparadora (1), que se reza después de los divinos oficios, «bendito sea el Santo Nombre de Dios!»

«¡Bendito sea el nombre de Jesús!»

«¡Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.»

Y no lo dice de otro nombre alguno.

II. Procuremos aumentar con esta consideración nuestro aprecio hacia la Virgen Santísima; gocémonos del especial honor que podemos tributarle invocando ese nombre tan augusto y tan dulce.

II. Significado del Santo nombre de María.—

I. 1. Sólo Dios puede imponer con anticipación nombres

(1) *Un año* de indulgencia por cada vez; *dos años* por rezarla públicamente después de la misa ó de la bendición con el Santísimo. Indulgencia *plenaria* una vez al mes mediante las condiciones ordinarias y la visita de alguna iglesia, por rezarla cada día durante un mes.

estrictamente significativos, cuya etimología indique un oficio, una carrera, una vida. Así el nombre de Jesús no fué impuesto arbitrariamente al Niño Dios; este nombre, que literalmente significa Salvador, le fué dado como á Redentor del género humano. No parece haberse hecho así con María, y por consiguiente no nos detendremos en investigar el sentido etimológico del nombre hebreo de María.

2. Pero ¿qué representa este nombre aplicado á la Virgen? ¿Qué persona nos recuerda? En otras palabras ¿qué es María en sí misma? ¿cómo definirla?

Ardua empresa ante la cual retrocederíamos, si la Iglesia no nos proporcionase una contestación fundada en la misma divina revelación. «¡Bendito sea, exclama, el nombre de María *Virgen y Madre!*» María es, pues, la *Virgen Madre*. ¿No es éste el modo de hablar de ISAÍAS cuando predijo en su famosa profecía que una Virgen concebiría y daría á luz un hijo? (1) Y en la escena de la Anunciación, después que María se proclama virgen: «no conozco varón», completa el ángel la descripción diciendo: «darás á luz un hijo por la Virtud del Altísimo». Desde los más remotos tiempos, cuando el pueblo cristiano quería representar á María, colocaba un niño en los brazos de una virgen purísima: María es, pues, la Virgen Madre.

¿Madre de quién? De Dios, en primer lugar y sobre todo; pero de un Dios que ella concibe y da á luz como Salvador, como Redentor, como cabeza de un cuerpo místico, cuyos miembros somos nosotros y, por consiguiente, también Madre de los hombres. «*Madre de Dios y Madre nuestra*» exclamaba SAN ESTANISLAO con acento inimitable.

(1) Isai. VII, 14.

Compónese, pues, la incomparable figura de María de estos rasgos: como *Virgen*, posee la hermosura de los ángeles; como *Madre de Dios* se acerca á El tanto como es posible; como *Madre de los hombres* es nuestra, queda vinculada á nosotros por el más apretado de todos los lazos. Es cuanto hay de encantador, de bueno, de sublime. Y estos tres rasgos no están separados sino armoniosamente unidos en su persona: la pureza la preparó á ser Madre de Dios, y el ser Madre de Dios la ha hecho Madre de los hombres; su gracia está llena de majestad y su dignidad rebosa dulzura.

II. ¡Qué objeto tan digno de admiración, mas también de instrucción saludable!

1. A fin de que haya en nosotros lugar para Dios y para las obras de su gracia, nos es necesaria la mayor pureza posible. ¿Queremos amar verdaderamente al prójimo? Amemos á Dios.

2. ¿Por qué el amor que María nos profesa es, á la vez, intensísimo y santísimo? Porque se funda en la maternidad divina. De ahí que un apostolado verdaderamente fecundo y al abrigo de peligros, no se deriva sino de un trato íntimo con Dios.

3. ¡Qué error ser negligente en la piedad para hacer mayor bien á los hombres!

III. Virtud del santo nombre de María.—Podemos considerar esta virtud con respecto á Dios, á nosotros mismos y al demonio, nuestro enemigo.

1. De parte *de Dios* este nombre proporciona á María el poder de intercesión de una madre, con derecho, en cuanto es Madre de los hombres, de intervenir en toda causa humana.

2. De parte nuestra, la Madre de Dios tiene derecho á un soberano respeto; la Madre de los hombres

debe inspirarnos una confianza sin límites; ambos títulos juntos exigen incesantes homenajes.

3. En cuanto á Satanás, la pureza de María le recuerda, en lo pasado, una completa derrota; la dignidad de Madre de Dios le revela un poder al que en vano se opondría; la cualidad de Madre de los hombres le anuncia una voluntad de socorro, que le hace huir muy lejos del cristiano que invoca el nombre de María.

A este nombre de María, por consiguiente, el infierno se estremece, regocíjase el cielo, la humanidad recobra la esperanza.

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio, insistamos en aquella oración que pone hoy la Iglesia en boca de sus sacerdotes: «Os rogamus, Dios todopoderoso, concedáis á vuestros fieles, que se gozan en el nombre y la tutela de la Virgen y Madre Santísima, que por su piadosa intercesión, se vean libres de todos los males acá en la tierra y merezcan llegar á los gozos eternos en el cielo.»

Fiesta de Ntra. Sra. de las Mercedes 24 de Septiembre

INTRODUCCIÓN

Origen y significación de la fiesta (1).—Mientras gemía la más hermosa parte de España bajo el yugo de los sarracenos, que retenían multitud de cristianos en dura y peligrosa cautividad, un siervo de Dios, SAN PEDRO NOLASCO (1182-1256), á quien habían preparado para la empresa una fe ardiente, un corazón compasivo y repetidas obras de caridad, concibió la idea de socorrer á los desdichados cautivos por un medio más eficaz que el de las cofradías ya instituídas con este fin (2).

Dudaba, sin embargo, entre la pura contemplación y el servicio del prójimo, preguntándose qué género de vida sería más agradable al Señor, cuando el 2 de Agosto de 1218 se le apareció la Virgen (3), mandándole fundar una Orden religiosa dedicada expresa-

(1) Sobre los orígenes de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, véase KNELLER, S. J. *Dar Orden U. L. V. von der Barmherzigheit*, STIMMEN AUS MARIA LAACH, t. 51 (1896), p. 272 y sig; y V. PETRUS NOLASCHUS, en el *Kirchenlexicon*, HERGENRÖTHER Y KAULEN, 2.^a edición.

(2) La Cofradía de nobles organizada en Barcelona en 1192, fué el núcleo de la nueva Orden de la Merced. KNELLER S. J., *Kirchenlexicon*, v. PETRUS NOLASCHUS, 2.^a edición.

(3) KNELLER, STIMMEN. l. c., p. 285, dice: que esta visión es acreditada por una tradición constante que se remonta á los primeros tiempos de la Orden. Mencíonarla, añade, todos los cronistas de la Orden, cual se halla en una noticia de 1260, en las súplicas de la ciudad de Barcelona, en una carta de S. RAYMUNDO, *Summa*, p. LVI, ó *Bullar. O. F. Praed*, t. I, 522, y tal vez también en una carta de Jaime I.

mente á la generosa obra de la Redención de los cautivos. PEDRO NOLASCO obedeció, y ayudado de JAIME I de Aragón y del sabio canonista SAN RAYMUNDO de Peñafort, fundó en 1218 ó 1223, la Orden de *Nuestra Señora de la Merced*, que se gloria de tener por principal fundadora á la Madre de misericordia.

La primera concesión de un Oficio de la Virgen de las Mercedes, data de 4 de Abril de 1615; la fiesta propia de la Orden fué, en 1680, extendida á toda España; á Francia en 1690, y llegó á ser fiesta universal, gracias al decreto de INOCENCIO XII, dado á 22 de Febrero de 1696. Nuestra Señora de las Mercedes, juntamente con el recuerdo de una grande Orden, evoca la idea del corazón compasivo de la Virgen Santísima.

Plan de la meditación.—Gratitud humilde para con Dios, mayor conocimiento de la incesante protección con que nos defiende María, celo más ardiente por ayudar á los prójimos: tales son las disposiciones que procuraremos tomentar en nosotros por esta meditación. Consideraremos, pues, sucesivamente la *suerte que nos ha cabido, la incesante protección que María nos dispensa, el celo que debemos concebir por la salvación de los demás.*

MEDITACIÓN

« *Videns civitatem, flevit super illam* » (Luc. XIX, 41).

La vista de la ciudad (de Jerusalén) arrancó lágrimas á Jesús.

1.^{ER} PRELUDIO.—Figurémonos esas regiones inhospitalarias en que, aun hoy, hombres hermanos nuestros se hallan reducidos á una triste esclavitud.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos la gracia de comprender

mejor los bienes que nos son concedidos y la desdicha de muchos hombres, para así aumentar juntamente nuestra confianza y nuestro celo.

I. Nuestra suerte comparada con la de muchos hombres.—I. Espectáculo sumamente triste es el del género humano después del pecado original. ¡Qué lugar de tanta desolación es esta tierra! ¡Qué morada de sufrimientos y de miserias físicas y morales! Remontémonos en la historia hasta antes de la era cristiana. ¡Cuánta barbarie en los países que habitamos; en Roma mismo cuán horrible esclavitud pesaba sobre millares de seres humanos! Hubo épocas en que esos hombres carecían de derecho á la vida y aun á la virtud, sujetos completamente á los caprichos de crueles y voluptuosos señores. Aun en nuestros días, arriscados exploradores han mostrado á Europa atónita el camino de las caravanas en Africa, sembrado de humanas osamentas: las de los esclavos, arrebatados de entre las tribus salvajes, arrastrados violentamente al público mercado, y cayendo extenuados de fatiga en el camino. ¡Qué de suplicios infligidos á otros hombres en China y en Turquía! ¡Qué destino! ¡Y todos esos hombres son hermanos nuestros!

II. 1. Aquí podemos celebrar la influencia saludable del cristianismo que, aun naturalmente considerado, nos ha librado de tamaños males. ¿No enciende esto en nosotros un gran amor por la Religión, un celo ardiente por defenderla y propagarla?

2. Mas, sobre todo, comparemos nuestra suerte temporal y espiritual con la de los desventurados esclavos. Cualquiera que sea su espantosa desdicha, sabemos que lo necesario á nadie se le niega; que un Dios lleno de bondad vela por la salvación de todos. A

nadie reconocemos el derecho de quejarse ni murmurar. ¿Y, sin embargo, este derecho no lo usurpamos nosotros mismos; nosotros que formamos un pueblo más escogido y más privilegiado que lo fué jamás la descendencia de Abraham? Más difiere nuestra condición de la de los pueblos no cristianos, que jamás contrastó Israel con los Amalecitas y Filisteos. ¡Ah, cuando los católicos, los sacerdotes, los religiosos, se muestran descontentos, fastidiados, acobardados por una prueba, una contrariedad, frecuentemente pequeña y casi siempre limitada á un interés humano de fortuna ó de amor propio, cuánto deben disgustar á Dios y cómo alejan de sí mismos sus preciosas bendiciones! «Mirad á vuestros semejantes, podría decirnos Dios, ante el cual toda la humanidad se despliega como en parada; miradles y decidme si tenéis de qué quejaros. Interrogad á vuestras acciones. ¿Me he mostrado por ventura avaro de misericordias y condescendencias? ¿Qué título teníais para veros llenos de tantos beneficios?»

Cúrenos una saludable confusión de tan injusta y perjudicial conducta. Pongamos buen rostro aun á los pequeños sufrimientos de esta vida, y jamás se aparte de nuestros corazones un humilde y filial contento.

II. Continua protección de la Virgen.—I. Los orígenes de la Orden de la Merced nos muestran á la Santísima Virgen llena de tierna solicitud por sus hijos desdichados, é iluminando á los hombres con la inspiración de socorrerlos. ¡Conmovedora imagen de una perpetua realidad! La intervención de Marfa es constante en favor nuestro; mas con la mayor frecuencia se oculta á nuestras miradas, cubierta con el velo de las causas visibles que, al intervenir, ignoran las más veces

ellas mismas que ejecutan los piadosos designios de nuestra Madre.

II. 1. Notemos, á este propósito, que los beneficios de Dios nada pierden de su valor al pasar por la canal de los hombres. Cuando hace Dios obrar en favor nuestro á un ser inanimado, cuando, por ejemplo, endurece las olas bajo las plantas de San Pedro, clamamos ¡milagro! ¿Pero es menos bueno cuando emplea un ser racional y le invita suavemente á participar del honor de hacer bien? Importa aquí notar, además, que los bienhechores nuestros, no sólo obedecen á una inspiración divina, sino que al mismo tiempo reciben de Dios el poder y los medios de ayudarnos. Y mientras que ellos cambian y pasan, Dios, con admirable Providencia, vela para que se vayan sucediendo junto á nosotros, esas buenas voluntades, aprovechando las ocasiones de sernos útiles ó agradables. La serie, pues, de beneficios recibidos es obra de solo Dios.

2. Al lado de esta acción de Dios, se coloca, para gran provecho nuestro, la incesante intercesión de la Virgen Santísima. Agradecemosle también á ella todas las ocasiones en que se nos ha hecho algún bien. Inspírenos esta persuasión el recurrir constantemente á esa grande Auxiliadora.

III. Celo que debemos concebir por la salvación de los demás hombres.—I. El patrocinio que ejerció María sobre la excelente obra de la redención de cautivos cristianos, nos prueba cómo se complace esta Madre de los hombres, en vernos desplegar una inteligente caridad fraterna.

II. ¡Cuántos desgraciados, aun en nuestros tiempos, sufren una cautividad espiritual mil veces más lamentable y penosa que las más pesadas cadenas

que abruman los cuerpos! No podemos dar mejor prueba de nuestra devoción á María, que trabajar cuanto podamos por librar á esos cautivos y acrecentar nuestro celo por amor á la Reina de los ángeles. Ofrezcámosla esos homenajes tan aceptos á su corazón de Madre.

COLOQUIO

Acabemos la meditación con un fervoroso coloquio de acción de gracias, con afectos de confianza y propósitos de generosidad.

Fiesta de los Dolores gloriosos de María

Segunda fiesta, tercer domingo de Septiembre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta festividad.— Pío VII, por decreto de 18 de Septiembre de 1814, adoptó para toda la Iglesia una segunda fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, concedida ya en 1688 á la Orden de los Servitas. Débese esta segunda festividad á la consideración de que, al fin de la cuaresma, hállase la Iglesia demasiado absorbida en contemplar el misterio de la Redención para conceder á los dolores de María sino una atención rápida y secundaria.

Preséntanse, pues, en esta segunda fiesta á nuestro espíritu los dolores de María como objeto más aislado y principal; pasan así mejor ante nuestros ojos las penas de la vida entera de la Madre de Dios, sién-

donos, por ende, factible considerar el aspecto glorioso de este martirio, manantial de inmenso gozo y de honores incomparables.

Tomado, sin embargo, en sí mismo, el objeto de ambas fiestas es idéntico: todo sufrimiento de María es un padecer juntamente con Jesús.

Plan de la meditación.—Darános ocasión para abarcar los sufrimientos de María en su conjunto y para considerar su aspecto glorioso, el fijar nuestra atención en los deberes que tenemos para con esta Madre afligida. María tiene derecho á nuestra *compasión*, á nuestra *confianza*, á un *culto de honor é imitación*: estos serán los tres puntos que van á ocuparnos sucesivamente.

MEDITACIÓN

«*Gemitus matris tuae ne obliviscaris*» (Eccli. VII, 29).

No te olvides de los gemidos de tu madre.

1.^{ER} PRELUDIO.—Recordemos las siete circunstancias de la vida de nuestra Madre Santísima, que solemos considerar como especialmente penosas para su corazón compasivo: la profecía de Simeón, la huída á Egipto, la pérdida de Jesús en el templo, el encuentro con su Hijo en el camino del Calvario, la crucifixión de Cristo, el descendimiento de la cruz, la sepultura de Jesús.

2.^O PRELUDIO.—Imaginémonos el huerto en que Jesús fué colocado en el sepulcro. Trasladémonos á la tarde del gran día de la pasión, con un reducido número de discípulos que rodean silenciosos á la Madre del crucificado.

3.^{ER} PRELUDIO.—Pidamos la gracia de conocer nuestros deberes para con María afligida y la de cumplirlos con perfecta generosidad.

I. Deber de compasión.—I. Comencemos por repasar en nuestro espíritu los siete dolores de María, no fríamente y de un modo abstracto, sino reavivando cada escena para sentir la espada agudísima que cada una de ellas clava en el corazón de nuestra Madre.

La profecía de Simeón.—Nada hay tan penoso como *esperar con certeza* la desdicha. De ahí en adelante, la vida toda de la Virgen deslizaráse sombreada por esta perspectiva, que no deja de acercarse fatalmente, á cada día feliz ó desdichado. Si es dichoso, impresiona dolorosamente por su contraste con el acontecimiento por venir; si desdichado, parece un preludio precursor de la inmensa calamidad.

La huída á Egipto.—Las *privaciones* y los *peligros* que un hijo sufre, súfrelos también su madre.

La pérdida de Jesús.—Horas de *pesar*, de *ansiedades* y de *inquietas diligencias*.

El encuentro con Jesús.—Tormento de un *amor impotente*, que ni siquiera puede expansionarse. La mutua mirada de Jesús y de María traspasa el alma del Hijo y de la Madre. ¡En qué estado ve de nuevo María á Jesús! ¡Con qué acompañamiento! ¡Cuánta aflicción ve pintada Jesús en el rostro de María!

Al pie de la cruz.—María *agoniza*, *expira* con Jesús.

Descendimiento.—Todo está consumado. Este es el golpe fatal que destruye toda ilusión. A la vista de ese cuerpo inanimado, renacen para María las bondades todas de Jesús y todos los sufrimientos que vinieron á constituir como el precio de aquéllas.

El sepulcro.—Este es el completo abandono, la soledad sin consuelo.

II. Después de haber así pasado afectuosamente revista á todas las penas de María, reflexionemos sobre el deber imperioso que nos incumbe de tomar parte en ellas. Como *hijos* de María debemos mirar su causa como nuestra, pues que hemos sido redimidos por unos dolores que, de rechazo, son también dolores de María; como *pecadores*, somos responsables de estos infortunios.

Plázcanos pues, aquí, conversar afectuosamente con María con motivo de sus dolores. Prestémosle los desolados acentos de Nohemí después que perdió á su esposo y á sus hijos: «No me llaméis ya Nohemí (es decir, hermosa); sino llamadme Mara (esto es, amarga), porque el Todopoderoso llenóme de amargura» (1). Y nosotros le contestamos: «¿Con quién te compararé, oh hija de Jerusalén; dónde hallar algo comparable á tus desdichas? ¿Cómo te consolaré?» (2)

II. Deber de confianza. — I. Bien caro compra María con sus sufrimientos el derecho de exigir de nosotros una entera y perpetua confianza. Y, en efecto, al sufrir tantos dolores, adquiere juntamente el poder y la más decidida voluntad de socorrernos.

1. Su poder de intercesión se halla acrecentado, ya que sufriendo merece inmensamente, y puede en adelante suplicar á su Hijo con el irresistible argumento de lo que por causa suya ha padecido. ¿Qué hijo no se rinde á semejante razón?

2. Su bondad para con nosotros ha aumentado también. Ha sido testigo de los tormentos de su Hijo. ¿Y la vista de la Pasión de Jesucristo obraría con menos eficacia sobre el corazón de María que sobre los

(1) Ruth I, 20.

(2) Thren. II, 13.

de los santos, á los cuales inflamaba en amor por las almas? Además, María consintió en la muerte de su Hijo y aceptó el sufrir con El por nosotros: el *fiat* de Nazaret fué ratificado y confirmado en el Calvario. Queriendo, pues, María aun á este precio la regeneración de los hombres, acepta una vez más el ser su Madre.

La oración de María es, por consiguiente, desde este momento, la de una corredentora, aceptada por Dios, llena de atractivos para los hombres y rebosando, en beneficio de ellos, tesoros infinitos de amor maternal.

II. 1. Demos gracias á Dios que ha convertido tantos sufrimientos en provecho nuestro.

2. Y testifiquemos á María una confianza inmensa. O hay que negar la verdad, ó hay que contar con la Madre de Dios.

III. Deber general de culto y de imitación.—

I. Esta afligida Madre tiene derecho ¿quién lo negará?

1. A un tierno respeto en todo cuanto por ella hacemos.

2. Al recuerdo de sus dolores. Podemos fomentarlos por medio del *vía-crucis*, de la corona (ordinaria ó de los siete dolores), de la preparación á la fiesta de estos mismos dolores.

3. A un amor filial y de gratitud.

4. Al celo por su gloria.

Examinemos nuestra conducta pasada y tomemos buenas resoluciones.

II. María nos da también admirables lecciones que debemos imitar.

1. ¡Cuán nobles son sus dolores si se atiende á su objeto! Todos ellos están unidos á Cristo, y fueron sufridos por su causa.

Las obras de celo traen consigo penas, decepcio-

nes, amarguras. No olvidemos que no hay más noble sufrimiento que éste, y que una más sublime vocación no implica menores pruebas, sino pruebas más elevadas.

2. No se abate María en sus dolores, mas tranquila y llena de fe, perdona á todos los culpables y acepta la voluntad de Dios.

Cuando sufrimos acordémonos de esta magnanimidad.

COLOQUIO

Expresaremos á María nuestro amor y nuestra admiración y la pediremos nos haga aprovecharnos de los sufrimientos de su Hijo para nuestra propia salvación y también para la salvación y santificación de otras almas. *Stabat Mater ó Ave María.*

Fiesta de Nuestra Señora del Rosario

Primer domingo de Octubre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de la fiesta.—La fiesta del Santísimo Rosario fué instituída en acción de gracias por la famosa victoria naval reportada sobre los turcos en Lepanto, el domingo 7 de Octubre de 1571, el día mismo en que tenían lugar las procesiones de las

cofradías del Rosario (1). S. Pío V había primero decretado que este acontecimiento se conmemorase á 7 de Octubre con el título de *Conmemoración de Nuestra Señora de la Victoria*; pero GREGORIO XIII, en su decreto de 1.º de Abril de 1573, reemplazó esta conmemoración por la fiesta de Nuestra Señora del Santísimo Rosario, que se celebra el primer domingo de Octubre. Después de una nueva victoria de los cristianos sobre los turcos, alcanzada á 5 de Agosto de 1716 en Hungría, junto á Peterwardein, y de la liberación de la isla de Corfú, CLEMENTE IX extendió esta festividad á toda la Iglesia. LEÓN XIII (breve *Salutaris ille*, 24 de Diciembre de 1883) añadió á la letanía de la Virgen la invocación *Regina sacratissimi Rosarii*, y elevó (1887) la fiesta al rito doble de segunda clase. El rezo público y cotidiano del Rosario durante el mes de Octubre, débese también á este Pontífice, cuya insigne devoción échase también de ver en una serie de Encíclicas y Letras pontificias (2).

(1) La existencia de estas cofradías se remonta ciertamente á la segunda mitad del siglo xv. Véase TH. ESSER, O. P., citado por BERINGER, *Die Ablässe*, 1900, p. 650.

Sobre la devoción del Rosario y sus orígenes, véanse los interesantes artículos de BINTERIM, *Denkwürdigkeiten*, tom. 7, p. 1; de TH. ESSER, O. P., en el *MAINZER KATHOLIK*, 1897, t. 2; de THURSTON, S. J., en el *MONTH.*, Octubre de 1900, Abril de 1901; de BOUDINHON, *Revue du clergé français*, t. 26, 1901-02; ó de VAN HEESWIJCK, *Dietsche Warande en Belfort*, 1903-04. Este último menciona además un estudio de HOZAPFEL, O. F. M., *S. Dominikus und der Rozenkranz*, München, 1903. En sentido contrario THE IRISH ROSARY, Dic. 1900, Agosto, 1901.

(2) La primera de esas Encíclicas sobre el Rosario data de 1.º de Septiembre de 1883. Sucédense regularmente de año en año, desde 1891 hasta 1897, formando con las de 1.º de Septiembre de 1883 y de 30 de Agosto de 1884 un total de diez Letras pontificias, convidando al mundo á la práctica del Rosario y á la devoción á la Santísima Virgen. Añadamos aún á estos monumentos de la piedad de León XIII el decreto *Inter densissimas*, de 11 de Septiembre de 1887, consagrando el mes de Octubre á la Virgen del Rosario, la carta de 20 de Septiem-

Plan de la meditación.—Procuraremos, por medio de esta meditación, acrecentar nuestra estima por una devoción tan apreciada en la Santa Iglesia, y comprender bien cómo debemos rezar el Rosario. A este fin veremos sucesivamente *el poder* del Santo Rosario, *los consuelos* que nos reserva su rezo y, finalmente, *el espíritu* que al rezarlo debe animarnos.

MEDITACIÓN

«*Per te ad nihilum redegit inimicos nostros*»
(Judith XIII, 22).

Por ti el Señor redujo á la nada á nuestros enemigos.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos brevemente las circunstancias que hicieron instituir la fiesta del Santísimo Rosario.

2.^O PRELUDIO. Imaginémonos á la Virgen tal cual se apareció en Lourdes, pasando las cuentas del rosario y pareciendo con ello invitarnos á rezarlo.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente á la Virgen que nos enseñe también á nosotros á manejar con fruto el arma del Santo Rosario.

I. Poder del Rosario.—I. Hay que recordar que todo cuanto podemos en lo sobrenatural se deriva, en el orden presente, de los méritos adquiridos por el Salvador durante su vida mortal y de la intercesión de la Virgen Santísima, que nos alcanza la aplicación de estos méritos. Consideremos ahora la devoción del Rosario, en la cual la meditación de los misterios de

bre de 1887 á los Obispos de Italia y la *C. Ubi primum*, 2 de Octubre, reorganizando las cofradías del Rosario.

Sabido es con cuánto celo los hijos de Santo Domingo se ocupan en fomentar y desarrollar esta grande y hermosa devoción.

nuestra salvación (1) va unida á la invocación incesante de la Madre de Dios. Solicitamos, pues, con ella formalmente la aplicación de los méritos de Jesucristo por medio de la Santísima Virgen. En cuanto está de nuestra parte hacemos influir toda la mediación de justicia con toda la mediación de gracia. Presentamos á los ojos de Dios este victorioso cuadro que El mismo propuso á nuestra esperanza ya desde un principio: el de la mujer por excelencia, aplastando con su Hijo y por medio de El, la cabeza del dragón infernal. Nada hay más capaz de disponernos para todos los divinos favores.

II. Esforcémonos, después de bien penetrados de esta verdad, por sacar de ella la consecuencia práctica de rezar bien el Rosario. Procuremos ofrecer á Dios los méritos de Jesucristo y la intercesión de la Santísima Virgen, y á este fin, fijemos nuestra atención, ya sobre el misterio, ya sobre las palabras dirigidas á María.

II. Consuelos que nos reserva el rezo del santo Rosario.—I. *Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Ruega por nosotros* tú, que siempre eres oída; que tienes más que nadie participación en los misterios de tu divino Hijo. Mientras que nosotros presentamos á Dios los méritos de este Hijo, Hermano nuestro por adopción, une á nuestras preces tu poderoso socorro.

Ahora: es decir, en todas las necesidades presentes.

(1) En el notable estudio citado más arriba, demuestra el dominico R. P. ESSER, que dos Cartujos de principios del siglo xv, DOMINGO de Prusia y ADOLFO de Essen, tuvieron el mérito de introducir en el Rosario la meditación de los misterios de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Y en la hora de nuestra muerte, en aquel momento que va á decidir la victoria.

He aquí lo que, al rezar el Rosario, repetimos cincuenta veces á la excelsa Madre de Dios.

¿Qué cosa puede haber más consoladora en la necesidad y la desdicha, que la conciencia de un auxilio triunfador? ¿Qué cosa más dulce en el momento supremo que la certidumbre de una asistencia siempre victoriosa? El Rosario cotidiano nos procura esta fuerza y asistencia.

II. Mas, para producir en nosotros esta certidumbre, preciso es rezarlo con piedad y convicción. ¡Ah! si la fe nos hiciese recordar el valor de esta oración, comprenderíamos por qué hacía las delicias de un San Francisco de Sales y un San Alfonso de Ligorio; seríamos del número de aquellos que por nada del mundo quisieran omitirla, y esta fidelidad nos llenaría de fortaleza en nuestros apuros y dificultades. A la hora de la muerte, si la enfermedad no ha extinguido en nosotros la vida intelectual y moral, el recuerdo de las partes de Rosario rezadas *con fervor*, vendrá espontáneamente á consolarnos (1). ¿Por qué no recordar durante nuestra vida una idea que debe comunicarnos tanta fortaleza? Nuestra confianza acá abajo es la medida de todas las misericordias de lo alto.

III. Espíritu con que debemos rezar el Rosario.

—1. Debemos rezar el Rosario con el espíritu de un

(1) Citemos, á propósito de la palabra que subrayamos, una leyenda sencilla muy en boga en la Edad Media y cuya enseñanza merece recordarse. Cierta mujer piadosa llamada Eulalia, rezaba cada día tantas *Avemarías* como salmos había oído decir que había en el Salterio. Mas para llegar exactamente á este número rezaba con precipitación. La Virgen la advirtió que rezase más despacio y la dócil sierva de María resolvió desde entonces no rezar sino 50 *Avemarías* diarias en vez de 150, pero con mayor atención. Véase THURSTON ó BOUDINHON, art. cit.

soldado valeroso que maneja un arma, instrumento de victoria. ¿No es el combate continuo? ¿Y la historia del Santo Rosario, no nos muestra en él un arma invencible?

2. Debemos también rezarlo como cristianos, que se interesan por la suerte del ejército de Cristo todo entero. Meditemos estas palabras de LEÓN XIII en el Oficio de la fiesta: «No dejemos de venerar á la Madre Santísima de Dios con un homenaje que le es tan agradable, á fin de que después de haber alcanzado tantas veces á sus fieles, por la invocación del Santísimo Rosario, la completa victoria y destrucción de sus terrenales enemigos, les conceda asimismo triunfar de los enemigos infernales.» Estas solemnes palabras nos revelan la persuasión del Papa; estamos ahora más directamente en lucha con las fuerzas del infierno, y el Rosario ha de ser el arma de salvación para la Iglesia. Ofrezcamos, pues, frecuentemente el Rosario por las necesidades de la Iglesia y por las intenciones del Sumo Pontífice.

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio, ofrezcámonos á Cristo por medio de su Madre, decididos á combatir valerosamente por su causa; pero pidámosle en cambio la gracia de saber aprovecharnos de las fuentes de gracia que El nos ha abierto y de rezar con devoción y con fruto unas preces tan recomendadas por la Iglesia.
Ave María.

Fiesta de la divina Maternidad de María

Segundo domingo de Octubre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta fiesta.—El infortunado JOSÉ MANUEL (1) obtuvo para su reino de Portugal la concesión de esta fiesta, que el decreto de institución emanado de la S. C. de Ritos, el 22 de Enero de 1751, fijaba en el primer domingo de Mayo. De entonces acá muchas otras regiones han logrado igual favor.

La maternidad de María, que hoy celebramos, es la divina; esa maternidad que el concilio de Efeso, entre los aplausos de todo un pueblo, propuso definitivamente á la piedad de los fieles como dogma de fe. Esperamos la hora fijada por la Providencia para que se dé culto solemne y definitivo á aquella otra maternidad que nos da por madre á la Madre de Dios.

Plan de la meditación.—La tercera parte de esta obra contiene más de una meditación sobre la incomparable dignidad de la Madre de Dios. Proponiéndonos ahora celebrar esta festividad según el espíritu de la Iglesia, tomaremos los puntos de este ejercicio de las antifonas propias que en el Oficio de este día se rezan en Laudes y Horas menores, las cuales llaman nuestra atención sobre *la excelencia de la dignidad; las cua-*

(1) Su reinado recuerda, con el ministerio de Pombal, un terremoto, represiones injustas, la expulsión de los Jesuitas, la guerra con España.

lidades requeridas en la elegida; la universalidad de los homenajes tributados á María.

MEDITACIÓN

«*Fecit mihi magna qui potens est*» (Luc. I, 49).

El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos todo el esplendor del cielo, y en este reino incomparable un trono más cercano que todos los demás al de Dios, y en este trono á María.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la grande gracia de crecer por medio de esta meditación en veneración para con la augusta Madre de Dios y de aumentar nuestra confianza en ella.

I. Excelencia de la dignidad.—*Bienaventurada eres, oh Virgen María, que llevaste en tu seno al Criador de todas las cosas.*

I. Después de hacer de lo más profundo de nuestro corazón un acto de fe en la maternidad divina de la Santísima Virgen, esforcémonos por penetrar algo mejor la inefable exaltación de María como Madre de Dios. Pero tales grandezas se escapan á nuestra consideración directa, y sobrepujan el humano entendimiento. Hay que recurrir, pues, á ciertas comparaciones. Trátemos de fundar nuestra estima en las relaciones de esta maternidad con el poder de Dios, al que en cierto sentido limita, y con la grandeza de Jesucristo de la cual participa.

1. Recordemos, en primer lugar, toda la extensión del poder divino. Es sin límites. ¡Cuán grandes son las obras del Criador en el orden físico, moral y sobrenatural! Todo eso nada le costó á Dios. Y realizar en este triple dominio maravillas cien veces más estupendas

sería como un juego de su voluntad. Agotad la mente en concébir cosas grandes, bellas, buenas; Dios ni siquiera de un gesto necesita para hacer obras mayores, más hermosas, mejores. Y sin embargo esté Dios cuyo poder es sin medida, no podría investir á una pura criatura de más alta dignidad que la de Madre de Dios. Oigamos al oráculo de las escuelas: «La bienaventurada Virgen, como Madre de Dios, participa del bien infinito, que es Dios, una dignidad en cierto modo infinita, y en este sentido, no puede hacerse nada mejor que ella, como nada hay mejor que Dios mismo» (1). Así pues, juntad en una la gloria de las vírgenes, de los confesores, de los mártires con la de los apóstoles y los espíritus celestiales; imaginad cuanto de bello, de fuerte, de sublime, encierra este conjunto, añadid á todos estos dones creados cuantos otros podáis imaginar: María, Madre de Jesucristo, sobrepuja todo esto, cuanto el mismo Cristo está por encima de su Iglesia; María, Madre de Dios, sobrepuja todo esto, cuanto Dios está por encima de su creación.

2. ¡Cuán grande es la gloria de Cristo! Sobre nadie se refleja tanto como sobre aquella que, por su consentimiento, atrajo al Verbo de Dios á su seno y le suministró la materia toda del cuerpo, de que se dignó vestirse. Seguid á Cristo en su vida oculta ó en su vida pública, en sus sufrimientos ó en su gloria, brillando en el cielo ú oculto en la Eucaristía; en todo estado y en todo lugar, siempre es y permanece Hijo de María. Siempre, inclinando la cabeza, podemos dirigirle este homenaje: «¡Honor á ti, cuerpo verdadero, nacido de María Virgen!» *Ave verum corpus natum ex María Virgine.*

(1) S. THOMÁS, 1.^a p., q. 25, art. 6. ad. 4.

II. 1. Entreguémonos ante todo á un vivo sentimiento de admiración. Multipliquemos nuestros homenajes y nuestras felicitaciones; digamos con la Iglesia: *Quibus te laudibus efferam nescio* (1). «No sé como alabarte.»

2. Veamos al mismo tiempo si nuestros respetos son de algún modo proporcionados á tal grandeza.

II. Cualidades requeridas en la elegida.—*Eternamente permaneces virgen... Miró el Señor á la humilde esclava* (2.^a y 3.^a antifonas).

I. Dos cualidades debían eminentemente resplandecer en María para ser elevada á tan inmensa dignidad: una pureza virginal y una insondable humildad. Ni mancha ni orgullo, aun en su menor grado, eran compatibles con el título de Madre de Dios. Nada debía haber en ella de que pudiese su Hijo ruborizarse, nada tampoco contrario á la menor voluntad de Dios.

II. Guardada la debida proporción, también en nosotros están las gracias é insignes favores de Dios sometidos á las mismas exigencias. La impureza y la soberbia son los dos grandes obstáculos de la elección de Dios. Procuremos borrar en nosotros aun sus menores vestigios y entendamos cuán caras nos cuestan nuestras concesiones al amor sensual ó al amor propio.

III. Prerrogativas de la Madre de Dios.—*Engendraste al que te crió y eternamente permaneces virgen... Ha obrado grandes cosas en mí el que es Todopoderoso* (2.^a y 4.^a antifonas).

I. 1. La divina maternidad pone el sello á la virginidad de María.

(1) Oficio de la Virgen. Respons. de la primera lección del primer Nocturno.

a) La hace inviolable. María, llegada á ser Madre de Dios conservando toda la pureza de su carne virginal, era un santuario que debía Dios defender de todo humano contacto. ¡Ah, cuán odiosa blasfemia suponer otros hijos á María! Protestemos contra esta moderna impiedad, que parece haber sacado del infierno mismo sus vergonzosas inspiraciones.

b) Gracias á esta maternidad, junta María en sí dos géneros de gloria, que parecen excluirse mutuamente. Aunque más pura que todas las vírgenes, eclipsa á todas las madres por la más sublime fecundidad.

2. Dios quiere que la virginidad cristiana abunde en frutos espirituales. Lejos de nosotros una pureza egoísta, orgullosa, perezosamente inactiva. La virginidad debe ser fecunda espiritualmente por la oración y acción abnegada. Las grandes y hermosas obras son los hijos de las vírgenes. «Si los monjes que habitan en las cumbres de las montañas y enteramente crucificados al mundo no se esfuerzan por ayudar, en cuanto puedan, á los que están al frente de las Iglesias; si no les consuelan con sus oraciones, su concordia y su caridad; si no socorren por todos los medios á los que, en medio de tantos peligros, aceptan por Dios la carga de los negocios; vano es su retiro, vano su desprendimiento, trabajo perdido toda su sabiduría» (1).

II. 1. Dios hizo en María grandes cosas, siendo la divina maternidad el principio de todas sus grandezas.

a) En vista de esta maternidad, fué María exenta del pecado original; *b)* Recibió una gracia santificante mucho mayor que la de cualquier otra criatura; *c)* Reunió en sí todos los dones sobrenaturales (2) repartidos por las demás criaturas, aun aquellos de que no usó;

(1) SAN JUAN CRISÓSTOMO, *sermón de San Filógeno*.

(2) Cfr. S. TH. 3 p., q. 27, art. 9.—SUÁREZ h. 1. d. 4, s. 2.

d) Por todos estos títulos es la reina gloriosa de los cielos.

2. Sin que nos sea posible acercarnos á la sublimidad de una Madre de Dios, podemos con todo, amando á Dios, asegurarnos el efecto de estas magníficas palabras: «El ojo no vió, ni la oreja oyó, ni puede el corazón del hombre concebir lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1).

IV. Universalidad de los homenajes tributados á María.—*La vieron las hijas de Sión y la llamaron bienaventurada y alabáronla las reinas* (antífona 5.^a).

María, honrada en el cielo por los ángeles y santos, glorificada en la tierra por todos los hijos verdaderos de la Iglesia, recibirá en el gran día de las celestes justicias los homenajes de toda la creación, mientras dobla ésta la rodilla ante su divino Hijo. Tal es la real universalidad de los homenajes destinados á la Madre de Dios.

Mas, fijémonos hoy en los honores que le rinden las hijas de Sión.

Lo más hermoso de esas honras es el gozo que todas sienten por su causa y con que todas le tributan vasallaje. Los ángeles contemplan en María á la más bella entre las puras criaturas; en las gracias de que se ven colmados, reconocen los santos los efectos de los ruegos de María; la humanidad se goza en aquella que le devolvió su honra, y los habitantes de la tierra hallan motivo para abandonarse á las dulzuras del gozo y de la esperanza.

(1) 1.^a Cor. II, 9.

COLOQUIO

Fomentemos en nosotros este último sentimiento, nosotros que somos los hijos de María. Testifiquémosla, en un ardiente coloquio, un filial á la vez que profundo respeto.

Fiesta de la pureza de María
Tercer domingo de Octubre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de la fiesta.—Mientras que por la fiesta del purísimo Corazón de María (1), honramos sobre todo la santidad de los afectos de la Virgen, tomando así la virginidad en su raíz, la fiesta de este día es la exaltación de esta virginidad en sí misma y en sus privilegios. Débese dicha fiesta á las mismas reales instancias que obtuvieron la de la maternidad divina, y fué concedida por el mismo decreto de 1751. La fecha de su celebración está bien escogida. La fiesta de la pureza de María sigue á la de su maternidad, juntando así con la incomparable dignidad, la belleza incomparable también que, según la expresión de los Santos Padres, atrajo con sus encantos al Hijo de Dios al seno de una

(1) Véase más arriba, p. 131.

humana criatura, y completando en cierto modo la figura de María: *María es la Virgen Madre* (1).

Plan de la meditación.—Deseosos de *admirar, alabar é invocar* á María, consideraremos la *perfección de su virginidad*, la *hermosura* y la *realeza* con que esta virginidad la exorna.

MEDITACIÓN

«*Quam pulchra es, amica mea!*» (Cant. IV, 1).
¡Qué hermosa eres, amada mía!

1.^{ER} PRELUDIO.—Imaginémonos la santa casa de Nazaret en el momento en que María profesa su virginidad ante el angel San Gabriel.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos instantemente la gracia de enamorarnos santamente de nuestra Madre y de su virginal hermosura.

I. Perfección de la virginidad de María.—I. 1. La virginidad se extiende al alma y al cuerpo. Supone ante todo un propósito, una resolución incommovible, ó prácticamente, un voto, que es como el alma de la virginidad y da á su victoria sobre los sentidos un carácter triunfal. Supone, además, la integridad corporal, objeto ó materia de este voto ó propósito. Virgen, verdaderamente, es la persona que ofrece á Dios el perpetuo sacrificio del supremo goce de los sentidos.

2. ¡Oh, cómo en todos estos sentidos llegó esta virginidad á su colmo en María!

a) El *voto* en primer lugar que, por su *duración*, abarcó la vida entera de la Santísima Virgen, databa ya de largo tiempo cuando el Angel San Gabriel reci-

(1) Véase más arriba, p. 142, la meditación para la fiesta del santo Nombre de María.

bió su confesión santa. Según piadosa tradición, María consagróse á Dios desde su más tierna infancia.

Por su *fuerza*, la resolución de María ni por un instante vaciló ante la perspectiva de renunciar á la divina maternidad.

¿Y quién dirá la *extensión* de este voto? Comprendía evidentemente la exclusión de todo afecto inferior, de todo placer carnal, de toda satisfacción sensual.

La *intención* de la Santísima Virgen, al hacer su voto, no nos ha sido directamente revelada; pero ¿sería engañarnos el asignarle el fin más levantado, el creerlo dictado por el más puro amor de Dios?

b) Luego *la integridad corporal*. Una acción milagrosa de Dios aseguró á esta integridad toda su plenitud. La Virgen Santísima fué exenta de esos involuntarios ardores de la concupiscencia, que son en los hijos de Adán consecuencia del pecado original; en María los sentidos, dócilmente sumisos al espíritu, no se atrevían ni á la menor rebelión. Y cuando llegó á ser madre, los goces de la maternidad consagraron los de la virginidad.

II. La castidad correspondiente á nuestro estado, cualquiera que sea, compónese también de un alma, es decir, de una firme y noble intención que la inspira, y de una materia que ella preserva de la corrupción y guarda para Dios.

1. ¿Es la *castidad perpetua*? Este vuelo de nuestra alma á Dios será tanto más sublime cuanto tienda á mayor altura, nos eleve más y sea más definitivo. Sin añadir temerariamente nada á la obligación esencial, propongámonos en ella un motivo muy alto y aceptemos todas las consecuencias lógicas del deber que hemos asumido. En la práctica de nuestro voto, entendido en toda su extensión, se contienen á la

vez la nobleza, la seguridad, el mérito, la felicidad.

¿Es la *castidad conyugal*? Hállase también realzada por la nobleza del motivo y la delicadeza de la fidelidad.

2. Es cierto que no poseemos una milagrosa virtud en el cuerpo; pero no es menos cierto, que aun sobre esta parte material de la virtud ejercen nuestra vigilancia y circunspección una dichosa influencia. El cuidado de la sobriedad y la modestia previenen ciertas tristísimas rebeliones.

No olvidemos tampoco que el asalto dado contra la virtud es una prueba de la cual sale ésta mejor y más fuerte. ¿Cómo debemos portarnos en semejantes ocasiones? Cuidemos entonces de no descorazonarnos ni abatirnos, á fin de asegurarnos una completa victoria.

II. Belleza de la Virgen María.—I. «Eres toda hermosa», exclama el divino esposo de los Cantares (1), como arrebatado por los inmaculados encantos de su espiritual esposa. María es por excelencia esta esposa. Nada falta á su ornato. El orden más perfecto reina en su interior: todas las aspiraciones de su espíritu son puras, santos los afectos todos de su corazón; manifiestas á todas las miradas sus más íntimas intenciones, lo mismo que sus menores acciones, nada tienen de vil, de bajo, de suspecto; nada en una palabra indigno de ella. Nada de que avergonzarse ante Dios, ni ante los ángeles, ni ante los hombres.

II. La perfecta belleza moral induce á evitar con los objetos todo contacto que pudiera mancharla. ¡Cuán lejos estamos tal vez nosotros de esta perfección! ¡Cómo nos ruborizaríamos si se revelasen nuestros secretos pensamientos! ¿Pero no están á la ver-

(1) Cant. IV, 7.

dad patentes á Dios y á sus ángeles mientras aguardan estarlo al mundo entero?

Declaremos, pues, resueltamente la guerra á esta vil doblez. Este combate es uno de los mejores ejercicios de la vida espiritual. Repudiemos enérgicamente cuanto pudiera haber de vergonzoso en nuestras intenciones y en nuestras reflexiones. Costarános tal vez algún esfuerzo; la lucha no será de un día solamente; mas ¡cuánto subrepujarán á los sacrificios, el honor y el regocijo de la victoria!

III. Realeza de la Virgen María.—1. Coloca el salmo 44 junto á un Rey de varonil y deslumbradora belleza una Reina magnífica en la variedad de sus múltiples ornamentos, y esta Reina va acompañada de vírgenes atraídas hacia el Rey con gozo y exultación. Desde los primitivos tiempos han formado las vírgenes cristianas el espléndido cortejo de la Madre de Dios. Ya las pinturas de las Catacumbas parecen murmurar aquella invocación de la letanía: *Reina de las vírgenes, ruega por nosotros.*

2. Dirijamos una mirada á ese cortejo ¡Cuán brillante es en el cielo! Acá, en la tierra, el ejército de las vírgenes comprende aquellas almas que, en el silencio y obscuridad del claustro, santamente se consumen por Dios: esos ángeles que, enamorados del sacrificio, se lanzan al socorro de todos los infortunios y de todas las necesidades; los sacerdotes dedicados al espiritual ministerio de los escogidos por Cristo. Estos campeones de la virginidad han sido, desde su origen, el orgullo de la Iglesia y siguen siendo su falange escogida. Mas no lo olvidemos: el mundo en que deben señalarse, repudia la pureza, desconoce su sublimidad, y ellos son débiles. Tanto

sería más lamentable su caída cuanto es más glorioso su triunfo. ¡Ay, que en lugar de ser el ornamento y el gozo de la Iglesia, se exponen á ser su tristeza, su vergüenza!

COLOQUIO

Conviértase aquí nuestra meditación en una ardiente súplica, en que, recorriendo lentamente los diferentes grupos de vírgenes, pidamos á su Reina las conduzca hasta la morada del Rey, asegurando la protección de su virginidad. Y dirigiéndonos á ese mismo Rey, conjurémosle, con el Salmista, á que ciña la guerrera espada, y dispare sus flechas, no para destruir á los enemigos, sino para tocar el corazón de los que han jurado no amar sino á El ó por El. *Ave María.*

La Presentación de la Virgen en el templo

21 de Noviembre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de esta fiesta.—Admitía la ley antigua que las niñas se consagrasen á Dios para servirle en su templo, en el cual moraban; y según una antigua tradición, también María fué muy pronto consagrada á Dios. Un Evangelio apócrifo (1) precisa

(1) Evang. de la Natividad de María, c. 9.

aun el tiempo, la edad de tres años, en que se hizo esta ofrenda.

La Presentación de María en el templo es objeto de una festividad, que los Griegos y los Armenios celebran, á la par de los Latinos, á 21 de Noviembre. En la Iglesia griega llámase esta solemnidad, la entrada de la Madre de Dios en el templo (1). SIMEÓN METAFRASTE la dice implantada en Constantinopla el año de 730. En 1143 el Emperador MANUEL COMNENO la coloca en el número de las fiestas conocidas en toda la Iglesia. Las diligencias del embajador del Rey de Chipre cerca de GREGORIO XI (residente en Aviñón) lograron fuese aceptada por la curia pontificia en 1372. Habiendo pasado de allí á diversos reinos ó Iglesias, la fiesta fué introducida en el breviario romano por SIXTO IV, quitada por S. Pío V, luego restituida por SIXTO V gracias principalmente á los esfuerzos del P. TORRES (*Turriano*) de la Compañía de Jesús. CLEMENTE VIII aprobó su oficio en su forma actual, en que la Presentación no se nombra más que en la oración, en una lección sacada de San Juan Damasceno y en el responsorio del nocturno octavo.

Plan de la meditación.—Piadosos y santos autores y aun gran número de teólogos (2), suponen que María recibió por privilegio el uso anticipado de la razón. Según esto la presente festividad nos recordaría la emisión de su voto de virginidad, comprendido en la ofrenda total de sí misma, ó la ratificación solemne de esta consagración. Muchas comunidades religio-

(1) Actualmente: τὰ ἐν τῷ ναῷ Εἰσόδια τῆς ὑπεραγίας Θεοποιῆτος ἡμῶν Θεοτόκου. Según antiquísimos manuscritos. Ἡ ἐν τῷ ναῷ εἰσοδος (NILLES, op. cit., t. 1, p. 332).

(2) SUÁREZ, In. 3 p. t. 2, d. 4, s. 7. Véase también TERRIEN, *La Mère de Dieu et des hommes*, t. 2, p. 10. ss.

sas se han movido por esta persuasión á pronunciar en este día los votos religiosos ó su renovación. Es, de todos modos, indudable que María, al primer asomo de la razón se entregó completamente á Dios. Tres puntos, pues, vienen naturalmente indicados para esta meditación; María hizo de sí misma una oblación *gozosamente pronta, completa y constante*.

MEDITACIÓN

«*Deus cordis mei et pars mea Deus in aeternum!*»
(Ps. LXXII, 26).

Dios de mi corazón, Dios herencia mía por toda la eternidad.

1.^{ER} PRELUDIO.—Imaginémonos á María, tierna doncellita, entrando en el templo para consagrarse al Señor.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos la gracia de tributar á la total entrega de María, una fructuosa admiración que, acrecentando en nosotros la estima por nuestra Madre, nos mueva también á mejor imitarla.

I. Alegre prontitud de la ofrenda de María.—

I. La ofrenda de María fué *pronta* y lo fué *alegremente*.

1. *Pronta*.—Apenas María conoció á Dios á través de la niebla de sus primeras ideas, cuando corrió á El con el santo ímpetu de un indecible fervor. Venida de Dios, lánzase á El, para luego terminar en El. ¿Y hacia quién que no fuese Dios podía tender y precipitarse? ¡Qué bello es este principio de la existencia de nuestra Madre y de cuánto consuelo le fué durante toda su vida, el haber sido de Dios desde su aurora!

2. *Gozosamente pronta*.—Dióse, y dióse de buena voluntad. Su corazón rebosaba de alegría, sentíase feliz y santamente orgullosa de verse aceptada por un Dios infinitamente bueno y generoso.

II. 1. ¿Hemos comprendido nosotros, en nuestras relaciones con Dios, aquel proverbio: «Quien da pronto da dos veces» (1), y aquella palabra santa: «Dios quiere al que da de buena gana»? (2) Tal vez durante un largo período de vida culpable nos hemos mantenido alejados de Dios. Y después, solicitados ya por la gracia ¡qué de resistencias y retardos! ¡qué de dudas y deseos contrarios! ¡Cuánto regatear con Dios y cuántas ansias secretas de que se digné contentarse con menos! ¿No hemos ido tal vez á El casi forzados y como á pesar nuestro?

2. Este tiempo perdido de nuestra vida, estas vergonzosas resistencias á Nuestro Señor y Bienhechor, mereciendo tanto como merecen ser lloradas, ¿no exigen por ventura el santo desquite de que cumplamos con perfecta prontitud cuanto sea en servicio de Dios? Tal vez nuestra vida es, ahora en su conjunto, de Dios; mas cuidemos de renovar frecuente y gozosamente esta oblación, y á fin de mostrarnos sinceros, suprimamos de nuestros actos, en concreto, toda perplejidad y lentitud.

II. **Total ofrenda de María**.—I. María fué de Dios prontamente; mas también lo fué *perfectamente*. Ni pecado venial, ni positiva imperfección desfloraron jamás la integridad de su ofrenda. Así como ninguna criatura la contuvo en su ímpetu hacia Dios, así nin-

(1) Bis dat qui cito dat.

(2) II Cor. IX, 7. Antes el Eclesiástico había dicho (XXXV, 11): «Dad vuestros dones con alegre rostro».

guna logró jamás encantarla, seducirla para apartarla un punto del Criador. Al contrario, no hacían todas otra cosa que impulsarla hacia aquel Señor tan amado ofreciéndola nuevos medios y nuevas razones para ello. La Virgen, pues, entregada enteramente á Dios, vió reinar en su vida una magnífica unidad que hacía de ella algo de completo y acabado.

II. ¡Cuántas rapiñas tal vez en nuestro holocausto! ¡Cuán continuas reparticiones dividen nuestra vida! Pesad bien los términos de las consagraciones que á los fieles se proponen. ¿Osaríamos repetir las con sinceridad? ¿Somos nosotros, sacerdotes ó religiosos, tan completamente de Dios, que suscribamos de buena fe estas fórmulas? Una ofrenda verdaderamente total implica renunciar á todos los bienes exteriores, y nos sorprendemos á nosotros mismos buscando nuestros caprichos raros y delicados; exige la ruptura de afectos demasiado naturales que impiden el vuelo hacia la perfección, y rehusamos las separaciones que exigiría el servicio de Dios; presupone la abnegación de sí mismo, de las satisfacciones interiores, y fomentamos el inquieto cuidado de una dicha, de una satisfacción sensible dejándonos abatir por la menor desolación.

Sin embargo, al dividir así nuestro corazón somos inconsecuentes con nosotros mismos y creamos en nosotros un manantial de turbaciones y fastidios. Un corazón dividido es frecuentemente un corazón desgarrado.

III. **Perpetuidad de la ofrenda.** — I. María fué *irrevocablemente* de Dios. Ni el tiempo, ni los accidentes de la vida pudieron siquiera por un momento conmover su constancia. Su ofrenda, pronta y completa, no solamente no fué jamás retractada, mas fué aún po-

sitivamente continuada con una voluntad pronta á repetir el sacrificio ya una vez ofrecido.

II. 1: ¡Cuán hermosa cualidad es la constancia en el bien! ¡Qué prueba de carácter y qué triunfo! El hombre que de esta suerte persevera, parece pertenecer ya á la eternidad: es superior al tiempo, como lo es á las fluctuaciones de la vida.

Si nosotros no hemos retractado nuestra ofrenda ó nuestra promesa ¿hemos fijado bastante la atención sobre lo que supone una entera constancia? No le basta la aceptación resignada de un estado definitivo, sino exige que estemos dispuestos á repetir, si preciso fuera, el acto irrevocable de nuestra entrega. ¿Acaso las dificultades y las pruebas no nos han hecho mirar atrás con reflexiones, cuya sola consecuencia práctica es enervar la voluntad y disminuir su mérito? Estos semi-disgustos son el gusano roedor de nuestras buenas obras.

2. Esforcémonos por llegar á una perfecta constancia, renovando frecuentemente una purísima intención y ejercitando en ello nuestra voluntad.

COLOQUIO

Al felicitar á nuestra Madre, supliquémosla nos obtenga la gracia de imitarla, y dando de nuevo á Dios cuanto le tenemos ofrecido, digámosle con SAN IGNA-CIO (1): «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa, y de todos los Santos y Santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinación delibe-

(1) *Ejercicios espirituales*, Reino de Cristo.

rada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado.»

Fiesta del Patrocinio de la Sma. Virgen

Un domingo de Noviembre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esta festividad.—Un decreto de ALEJANDRO VII, fechado en 28 de Julio de 1656, instituyó para España una fiesta del Patrocinio de la Virgen, en memoria de todas las victorias y triunfos alcanzados por los Reyes de España sobre los moros, los herejes y demás enemigos suyos desde el siglo VIII hasta el reinado de Felipe IV. Después otras partes de la cristiandad obtuvieron también autorización para celebrar un Patrocinio del cual se glorían así las naciones como los Institutos religiosos. Una festividad semejante estuvo en uso muchos siglos ha entre los griegos, y celébranla aún hoy los rusos, los rutenos y los servios el 1.º de Octubre (1).

Plan de la meditación.—El Patrocinio sugiere á la vez la idea de debilidad y peligro, y la de fuerza y ga-

(5) Véase PRÉCIS HISTORIQUES, 1858, p. 340 y ss., 15 de Julio.

rantía. La fiesta de un Patrocinio indica una protección tan eficaz y manifiesta, que atrae los ojos y el corazón: los ojos para admirarla, el corazón para celebrarla con el entusiasmo de la gratitud. Dispondremos, pues, la meditación conforme á estas ideas. La *necesidad é indigencia*, la *fuerza caritativa*, la *fiesta* serán el objeto de los tres puntos.

MEDITACIÓN

«*Beatus vir cujus est auxilium abs te*» (Ps. LXXXIII, 6).

Dichoso el que tiene tu auxilio.

1.^{ER} PRELUDIO.—Representémonos á la Madre de Dios en la gloria del cielo, junto al trono de su divino Hijo, resplandeciente de dicha y de bondad.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos la gracia de sentir para con María una confianza siempre creciente.

I. La indigencia.—I. Convenzámonos bien de nuestra indigencia. *Físicamente* por todas partes nos hallamos rodeados de peligros que de ningún modo podemos conjurar. ¿Conocemos siquiera los enemigos cuyos golpes nos amenazan? Pueden ser casos fortuitos, malévolas intenciones: ¿qué digo? aun una voluntad enteramente adicta causa á las veces inmensos daños; los bienhechores se engañan, y recíbese el golpe fatal de una mano que se nos tiende como protectora. El pobre pescador, entregado en su débil barquilla á todos los caprichos y furores del Océano, nos pinta á todos muy al vivo la realidad de nuestra situación. Y en el *orden moral* no sucede otra cosa. Dentro de nosotros ¡qué debilidades y tentaciones! Fuera de nosotros ¡qué ejemplos y seducciones! La carrera es breve; pero pa-

rece larga para nuestra perseverancia. Y si la dificultad ó el peligro nos espantasen, ese temor sería en sí mismo una grave derrota. ¡Con cuánta razón el gran AGUSTÍN reconocía deber dar gracias á Dios así del mal que había evitado como del bien que había hecho! (1) Perversión de una inteligencia que fácilmente se ciega; perversión de un corazón fácilmente seducido; audacia y abatimiento: todo debemos temerlo.

II. ¡Cuántas razones de humildad y santa desconfianza de nosotros mismos!

II. Patrocinio de María. — I. Tócanos resolver aquí dos cuestiones muy importantes: ¿María *puede* y *quiere* protegernos con un patrocinio especial? ¡Cuán fácil es hallar la respuesta!

1. *Puede.*—¿Hay, en efecto, debilidad alguna que ella no pueda fortalecer; pobreza que no pueda enriquecer; peligro que no pueda alejar, cuerpo que no pueda curar; alma que no pueda transformar? ¿Para quién no es cierta y evidente la respuesta? Esta sencilla razón basta para demostrar el poder sin límites de María: todo mal, todo peligro presente nos vienen históricamente del pecado; todo socorro, toda salvación deben tener su origen en la sangre de Cristo, en esa gracia que el Apóstol ensalza como sobrepujando infinitamente al pecado (2). Ahora bien, María dispone de toda la gracia de Jesucristo. A sus méritos, á su maternidad, concede Jesucristo un inagotable poder de intercesión.

2. *Quiere.*—Para persuadirnos de ello ¿no será bastante recordar que es nuestra madre? ¿Qué hijo puede dudar de una buena madre? Y no vamos á redu-

(1) *Confesiones*, I, 2, s. 7, n. 15.

(2) Rom. V, 15, 20.

cir este lenguaje al simple valor de una figura vulgar á fuerza de ser repetida. Dios mismo ha provisto á la completa indigencia del niño, derramando en el corazón de las madres inagotable ternura. He aquí cómo ha cuidado del bien físico y exterior del hombre. ¿Sería posible decir que ese mismo Dios permite en el orden moral una tan grande desdicha cual sería la de proporcionarnos en este orden una madre, pero negándola las cualidades del corazón?

II. ¡Ah! ¡Cuánto nos importa fortalecer en nosotros la persuasión del poder y de la bondad de nuestra Madre, á fin de que produzca en nuestro ánimo confianza y nos inspire el recurso á ella, el cual nos valdrá ser oídos!

No creamos, en efecto, que baste el poder y la bondad de María para que experimentemos la influencia de su socorro. Dios, en su sabiduría, no quiere salvarnos sin nosotros. Hay, es cierto, en el orden sobrenatural, causas de una energía verdaderamente admirable; pero á nosotros toca llenar las condiciones que nos coloquen bajo la acción de su virtud; y la condición de que depende la protección de María, es el recurso á ella, humilde y confiado.

III. La fiesta del Patrocinio.—La fiesta del Patrocinio de la Santísima Virgen es la de la admiración llena de gratitud provocada por las maravillas de la bondad de María. Y á la verdad:

1. Ved cuántos corren á refugiarse bajo su tutela. Aldeas, ciudades, reinos (sirva España de ejemplo) están dedicados á María. El nuevo Mundo no cede en manera alguna al antiguo en piedad para con la Madre de Dios. Los institutos religiosos se confiesan á porfía hijos suyos: ¡cuántos de entre ellos han introducido en

su mismo nombre el nombre de su celestial Patrona! ¡cuántas piadosas leyendas reflejan la especial confianza que en ella ponen los religiosos! ¿Qué fundador ha dejado de abrigar á sus hijos bajo el manto de la Reina del cielo y no ha inscrito esta devoción en su espiritual testamento? Grandes nombres de santos campean en la historia eclesiástica. ¿Hay alguno que no recuerde el culto de María? La piedad para con María es de todas las edades. «General ya en los primeros siglos (1), permanece como una nota constante de la Iglesia católica. La liturgia oriental, como la de occidente está llena de invocaciones á María y no duda en llamarla con los dulces nombres de *vida*, de *dulzura* y de *esperanza*. ¡Cuán brillantes testimonios no se hallan además en la Encíclicas, los escritos, las actas de tantos Papas!»

2. Añadid á esta unanimidad de plegarias, las acciones de gracias de que son testigos los edificios sagrados, las inscripciones que en ellos se leen, las ofrendas que allí se hacen; testigos tantas fiestas instituídas en memoria de los beneficios de la Virgen Santísima; testigos tantos de nuestros contemporáneos que deben á María la salud de su alma ó de su cuerpo.

Esos hombres de todo estado y condición, que se felicitan de haber recurrido á María, demuestran que la Iglesia ha obedecido á un sentimiento irresistible al festejar, no sólo á la Virgen, sino también su Patrocinio.

COLOQUIO

En este día nosotros, hijos de la Iglesia, confesemos nuestras múltiples necesidades y recurramos confiada-

(1) REVILLOUT, *Revue biblique*, art. cit., p. 349.

mente á María. Digamos, penetrándonos de la verdad de cada palabra:

Sub tuum praesidium. Bajo tu Patrocinio: pese-mos cuánto vale esta salvaguardia,

Confugimus. Nos acogemos, impulsados por nues-tra inmensa desdicha,

Sancta Dei Genitrix. Santa Madre de Dios: título que nos recuerda y explica vuestro poder.

Nostras deprecationes. Nuestras súplicas, confiadas, ardientes y perseverantes,

Ne despicias. No las desprecies: humildemente reconocemos nuestra indignidad,

In necessitatibus nostris. En nuestras necesida-des, que piadosa y particularmente te recordamos,

Sed a periculis cunctis. Mas de todos los peli-gros, tan graves y numerosos,

Libera nos semper. Líbranos siempre, por una continua asistencia,

Virgo gloriosa. Oh Virgen gloriosa: acuérdate de la fama de tus beneficios,

Et benedicta. Y bendita: los favores que de ti llevamos ya recibidos exigen nuestra gratitud.

Al pedirte nuevas gracias, no olvidamos, no, lo que te debemos.

Fiesta de la Inmaculada Concepción

8 de Diciembre

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

La Inmaculada Concepción es ciertamente, en nuestra época, la principal festividad de María. El quincuagésimo aniversario de su proclamación hizo nacer este libro. Debemos, pues, prestar á este gran misterio una particular atención. He aquí por qué:

1. Comenzaremos por hacer algunas reflexiones sobre la evolución del dogma de la infalibilidad pontificia, las cuales podrán iluminar y aun tranquilizar algunos espíritus perturbados tal vez, al ver que tan preciado privilegio de María no haya sido desde un principio formalmente definido y que haya encontrado, antes de la decisión de la Iglesia, ilustres y santos contradictores.

La evolución dogmática y la infalibilidad pontificia.

En la economía sobrenatural de la revelación, Dios ha combinado maravillosamente los progresos de la gracia con las conveniencias de nuestra naturaleza. La unidad y la estabilidad de la fe se concilian con un real desarrollo en el conocimiento; el don de Dios exige el ejercicio de nuestra actividad; la infalibilidad no suprime trabajo alguno; y constituye una de las más hermosas confirmaciones de la verdad católica, el ver cómo establece, entre la estabilidad y el progreso, la

posesión y la investigación: alianza ésta que no existe en ninguna otra religión ó secta disidente.

Terminó la revelación cristiana en tiempo de los Apóstoles. Entonces concluyó el Señor de revelar por sí mismo ó por el Espíritu Santo todas las verdades así especulativas como prácticas, á cuya luz debe vivir y perfeccionarse la humanidad hasta llegar al término de sus terrestres destinos. Nuestro acto de fe y el de San Pedro versan sobre el mismo conjunto sin una verdad más ni menos. Creemos lo que creían los fieles de las catacumbas, y nuestros más lejanos descendientes creerán lo que nosotros creemos. Una misma fórmula ha sido y será la suya y la nuestra: «Creo cuanto Dios ha revelado y la Iglesia me propone como de fe.» Y al decir estas palabras, los cristianos pasados, presentes y por venir nos referimos al mismo histórico momento; ni la Iglesia jamás nos pondrá como de fe sino las verdades contenidas en el depósito confiado á los Apóstoles de Jesucristo y, por medio de ellos, á la Sociedad cristiana.

Mas ¿qué verdades están allí contenidas? Al lado de las verdades fundamentales, inmediatamente necesarias, cuya evidente revelación salta á la vista, ó de que sólo un espíritu quisquilloso y excesivamente sutil podría dudar ¿no se comprende que pueda haber muchas otras en las cuales no se fija tan prontamente la atención ó que por algún tiempo quedan envueltas en la obscuridad? Abarca una sola mirada toda la belleza de un paisaje; pero luego su contemplación prolongada y reflexiva ¿no descubre por ventura en él aspectos nuevos que se escaparon á la primera vista? ¿Y no esclarecen las discusiones el texto de leyes tal vez de muchos años promulgadas? Así, pues, como sin cambio en el paisaje ó en la ley, el espectador ó el

jurista progresan en el conocimiento de un cuadro de la naturaleza ó de un monumento jurídico; así no repugna que los cristianos adquieran, en la serie de las edades, un más claro conocimiento de las verdades reveladas en la época apostólica.

Dios pudo ciertamente dar desde el principio la inteligencia distinta de cuanto revelaba; mas no lo hizo, porque quiso una Religión de vida y de progreso. La encina comienza por ser bellota; el cuerpo mismo del hombre atraviesa, idéntico á sí mismo, las fases sucesivas de su magnífico desarrollo (1); el entendimiento puede adelantar siempre en el conocimiento y la voluntad en la virtud. ¿No convenía que la fe tuviese, á su manera, su ciencia y ésta sus adelantos? Y he aquí que efectivamente la Iglesia adquiere, de siglo en siglo, el claro conocimiento de verdades que pudo poseer ya antes de un modo confuso y aun sin advertirlo.

Para que su fe sea inmutable, es necesario y suficiente que las mismas verdades hayan siempre sido creídas con fe á lo menos implícita, y que la adhesión expresa y formal á un punto de fe, jamás pueda ser retractada. Ahora bien, esta identidad de la fe vese, en la historia, magníficamente confirmada. Siempre ha unido la Iglesia, á las creencias explícitas, la implícita creencia de todo lo que contienen las Escrituras Sagradas y la tradición: dos canales que le transmiten la revelación divina, acabada al morir el último de los apóstoles, y nunca ha retractado una definición de fe.

(1) Comparación de que se servía ya en el siglo V SAN VICENTE DE LERINS: *Imitetur animarum religio rationem corporum quae, licet annorum processu numeros suos evolvant et explicant, eadem tamen quae erant permanent.* In *Commentario primo*, c. 23 (Migne, P. L., t. 50, col. 668).

De donde es fácil comprender que ciertas verdades puedan compararse á las estrellas que, ocultas primero bajo el horizonte, luego aparecen á medias, hasta brillar después en todo su esplendor en el firmamento al cual nunca dejaron de pertenecer. La primera época será de silencio; la segunda de discusión, discusión que no excluye ni la contradicción ni aun la leal controversia; los mismos debates finalmente, traerán, harán necesaria una decisión irreformable, no para comunicar al mundo una nueva revelación, sino para enseñarle que tal verdad estaba contenida en la antigua revelación (1).

Preguntará tal vez alguno, si no hay cambio de fe á lo menos en los excusables contradictores que aquella verdad halló en la segunda época. De ningún modo. Nunca la negación de estos formó parte del *Credo*. El razonamiento habíales conducido á una duda ó persuasión humana, que ellos tenían cuidado de subordinar siempre al juicio de la Iglesia; y desde que ésta hubo hablado, cambiaron ellos expresamente, no de fe, sino de opinión, en virtud de su mismo principio general: «Creo cuanto Dios ha revelado y la Iglesia me propone como de fe.» Más aún, antes de la definición de la Iglesia, cada vez que decían absolutamente: «Creo cuanto Dios ha revelado», retractaban virtualmente el

(1) Ni siquiera es del todo exacto decir que antes era uno libre de creer ó no creer. La fe divina débese á la palabra divina y no puede prestarse más que á esta palabra. Pero mientras un punto de doctrina no es propuesto expresamente por la Iglesia, puede uno ignorar su revelación y negarla sin ser hereje ante la sociedad cristiana. Ante Dios, sin embargo, los que saben ser revelado, están obligados á creerlo, y los que sospechan su revelación, pecarían contradiciéndolo de un modo absoluto. Por la definición de la Iglesia, conoce el mundo católico con certeza que la verdad definida es revelada por Dios, y cualquiera que se obstinase en negarla sería culpable de herejía formal.

error contrario en que habían involuntariamente caído.

Las consideraciones que acabamos de sentar manifiestan también todo el trabajo que Dios revelador deja á los esfuerzos humanos: es decir, el estudio de cada punto de doctrina «en sus múltiples conveniencias y analogías, en sus fundamentos tradicionales, en sus relaciones con otras verdades conocidas» (1).

En esta inmensa tarea, no abandona Cristo á su Iglesia y á su Pastor supremo. La Iglesia no puede errar en la fe, ni tampoco el Soberano Pontífice al definir lo que debemos creer. Mas entiéndase bien esta imposibilidad de errar ó infalibilidad del Vicario de Cristo, la cual no importa una manifestación milagrosa de lo alto; sino que es una garantía que acompaña á las prudentes decisiones de la suprema autoridad. El Papa infalible no es un iluminado, dotado de intuición sobrenatural para penetrar en la revelación con una mirada directa que sondee todas sus profundidades: habla como cabeza responsable, ante Dios, de la sociedad cristiana. Antes de definir pudo ignorar, dudar; ha de investigar, atender, orar, no omitir ningún medio humano de investigación. Después, en el momento favorable, promulga la definición última, que se presenta así, sellada á la vez que con el cuño de la más severa razón, con el de la promesa divina.

Esos son los principios generales de que usa la Iglesia constantemente: maduras deliberaciones han precedido siempre y acompañado á las definiciones dogmáticas que desde los tiempos más antiguos se han dado en los Concilios, ya para oponerlas á los herejes, ya para disipar dudas y confusiones. Fruto de tales definiciones ha sido esclarecer y precisar la doctrina de

(1) BAINVEL, ETUDES, Diciembre 1904, p. 619.

la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la maternidad divina de María, de la Sagrada Eucaristía, de la gracia, de los sacramentos, de la autoridad pontificia, y lo serán también los dogmas cuya proclamación verán los venideros. Porque, pese á la impiedad, la era de las definiciones no ha terminado.

La Inmaculada Concepción pertenece á esa clase de verdades cuyo conocimiento claro no fué siempre necesario á la Iglesia. Después de haber sido por algún tiempo formalmente ignorada, pudo, en una edad posterior, hallar oposición entre los sabios católicos y los santos, seducidos por la objeción especiosa que se sacaba de verdades ya antes conocidas, y especialmente de la necesidad de la redención y de la universalidad del pecado original. Esta fué entonces la misión y la obra de otros sabios y otros santos, soltar estas dificultades y establecer concordancia entre la inmunidad de María y los dogmas plenamente poseídos por la Iglesia; mientras que el sentido cristiano de los fieles, más seguro y más protegido por Dios que los razonamientos de privadas autoridades, se adhería de golpe y con entusiasmo al privilegio de María. El pueblo cristiano, en efecto, desde que le fué preciso pronunciarse sobre esta materia, no pudo resolverse á admitir mancha en aquella Madre de Dios á quien se le enseñaba á saludar llena de gracia, ni derrota alguna en la mujer que se le representaba como vencedora del demonio.

Vengamos ahora á resolver la cuestión de Harnack: «¿A quién y cuándo fué revelado este dogma?»

No es necesario señalar persona alguna determinada, ni momento preciso y único. Para explicar en pocas palabras nuestro pensamiento; la revelación de este dogma se compone principalmente, á nuestro entender, de tres momentos sucesivos. Empezada en el proto-evan-

gelio (1) en donde se anuncia la enemistad radical que hará á una mujer de la posteridad de Adán (2) triunfar de la serpiente y de su raza, y continuada en la inefable escena del Evangelio, en que un ángel saluda á María llena de gracia y le pide consienta en ser Madre de Dios, concluye finalmente esta revelación en el sentido y la interpretación de estos textos, que Dios legó á su Iglesia por medio de la Tradición. Desde el origen de la Iglesia, María fué reconocida como nueva Eva, triunfadora del demonio, como enteramente santa, como revestida de una dignidad inconciliable con la idea de mancha y de pecado. Este triple concepto, transmitido de edad en edad ¿excluía el contagio del pecado original? Cuando después de muchos siglos formulóse formalmente esta pregunta, la Iglesia, tras largas investigaciones, reconoció que su tradicional creencia en la santidad y grandezas de María y también en la oposición establecida entre la Madre de Dios y el demonio, repugnaba aun con la falta original.

Génesis y significación de la fiesta (3).

1. El *Oriente*, cuna del catolicismo, lo fué también de muchas fiestas cristianas. El pensamiento, pues, del

(1) Llámase así el versículo del Génesis (III, 15) en que Dios, al conminar con el castigo al infernal tentador, simbolizado en la serpiente, promete indirectamente el Redentor.

(2) Según el hebreo el triunfo se atribuye directamente á la raza de la mujer. Pero la enemistad es común á la mujer y á la raza, y por ende también la victoria.

(3) Consúltese sobre esto á THURSTON, S. J., *The Irish origins of our Lady's Conception feast*, MONTH, Mayo de 1904 (artículo resumido por BOUDINHON, REVUE DU CLERGÉ FRANÇAIS, t. 39, p. 255 ss.); *Eadmeri Tractatus de Conceptione S. Mariæ* editus a PP. THURSTON et SLATER, Fribourg, 1904 (véase la introducción), KELLNER, *Entstehung und Verbreitung des festes der unbest. Empfagnis Mariens*. PASTORALBLATT de Colonia n. 2-4, 1904.

que investiga los orígenes de la solemnidad que ahora celebramos con el nombre de *Fiesta de la Inmaculada Concepción*, vuélvese naturalmente hacia la Iglesia griega. Los monjes, acostumbrados á escudriñar las cosas de la piedad y á los cuales hemos visto celebrar desde el siglo v la memoria de la Virgen (1), fueron sin duda los primeros en no negar á la Madre de Dios un honor tributado á San Juan Bautista, cuya concepción milagrosa, narrada en el Evangelio, festejaban. De los monasterios pasó la idea y la práctica á las almas fervorosas, para ser luego adoptada por la autoridad eclesiástica y recomendada desde lo alto de los púlpitos. Un sermón de JUAN, Obispo de la isla Eubea ó Negroponto (2), prueba que en aquel tiempo, siglo VIII, existía ya la fiesta, aunque no era universal. En el siglo siguiente, un sermón debido á JORGE DE NICOMEDIA (3), nos la muestra ya generalizada. Una mención contemporánea descubrióse en Nápoles el año de 1742, grabada en mármol y formando parte de un calendario (4). Esta festividad hállase también inscrita en el calendario eclesiástico del emperador Basilio (976-1025) y la Const. sobre los días feriados promulgada en 1166 por el Emperador MANUEL COMNENO la nombra entre las fiestas oficialmente adoptadas por el Imperio.

Añadamos que dicha fiesta se celebra no el 8, sino el 9 de Diciembre (5), fecha propia de la Iglesia Oriental y que se halla frecuentemente mencionada con el nombre de *Concepción de Santa Ana, madre de la*

(1) Véase la introducción para la fiesta de la Asunción, p. 115 s.

(2) Migne, P. G., t. 96, col. 1499.

(3) M., P. G., t. 100, col. 1353.

(4) El sud de Italia quedó efectivamente sujeto á los Emperadores de Constantinopla; y la fecha de la fiesta, 9 de Diciembre, indica bien el origen griego de la mención napolitana.

(5) Esta fecha se mantiene aún hoy día. V. NILLES, *Calend.*, t. 1, p. 348.

Madre de Dios (1). Y en efecto, antiguamente en ambas Iglesias se consideraba más bien la concepción activa que la pasiva, y á la Concepción del Señor se la llamaba Concepción de la Virgen.

2. Hasta poco ha, los sabios referían la introducción de la fiesta en *Occidente* á su celebración en el Sud de Italia y, según esto, habiéndola recibido de Grecia esta parte de la península, habría dado á conocer su institución á los Normandos, con los cuales tenía desde principios del siglo XI frecuentes relaciones, y los Normandos la habrían traído á Normandía y á Inglaterra. Y, en efecto, hallamos que se celebraba á fines del siglo XI en algunos monasterios ingleses, y tanto en Francia como en Inglaterra llamóse por algún tiempo *La fiesta de la nación Normanda* (2).

Recientemente ha demostrado el P. THURSTON (3), que, sin negar la influencia litúrgica de la Iglesia Oriental, hay que admitir al menos otro conducto por donde llegó esta festividad á Inglaterra. Irlanda ya desde el siglo IX había inscrito en sus calendarios una fiesta de la Concepción de María, con el título de gran fiesta de Santa María (*Feil mar Maire uage*).

A Irlanda, pues, corresponde la gloria de haber inaugurado en la Iglesia occidental la fiesta de la concepción de María, como Inglaterra puede reivindicar para

(1) Así en el calendario de Basilio y en el actual de la Iglesia Griega: Ἡ Σύλληψις τῆς ἁγίας καὶ Θεοτοκίης Ἐλισάβετ τῆς Ἀννης; lo mismo también entre los Griegos-Eslavos y los Rumanos, etc. V. NILLES., l. c. El calendario napolitano del siglo IX decía: *Conceptio S. Annae, Mariae Virginis*. Esta expresión extraña se explica, á nuestro parecer, por el empleo simultáneo de un genitivo *subjetivo* y *objetivo*, y *significa*: Concepción que tuvo á Santa Ana por autora y á la Virgen María por término.

(2) KELLNER, art. cit., col. 71. V. también BISHOP, DOWNSIDE REVIEW, 1886.

(3) Art. cit. de MONTH, ó *Eadmeri Tractatus de Conceptione S. Mariae*, p. XXXII.

sí la de haber producido el tratado más antiguo escrito formalmente para defender el glorioso privilegio de la Virgen Inmaculada (1).

La fiesta irlandesa celebróse, en un principio, el 2 ó 3 de Mayo (2).

Después de sufrir algún eclipse, halla la festividad partidarios y propagadores en ambos ANSELMOS, el célebre Arzobispo de Cantorbery y su sobrino; y gana también mucho en popularidad, gracias á un relato que se esparce á partir del siglo XII, y que es conocido con el nombre de leyenda del RDO. HELSIN (3). Levantáronse, sin embargo, en esta época ilustres contradictores, entre los cuales se cuenta á S. BERNARDO (4), sin que lograsen contener el movimiento. En el siglo XIII, el Capítulo general de los Franciscanos reunido en Pisa, en 1263, adopta la fiesta para toda su Orden. Merced á esta decisión, se celebra de alguna manera

(1) Es el hermoso tratado de la Concepción de María por largo tiempo atribuido á San Anselmo, y tan felizmente restituído al monje ELDMAR por los PP. THURSTON y SLATER, en el opúsculo citado. Data de principios del siglo XII.

(2) La explicación de esta fecha se reduce á conjeturas. V. el art. de THURSTON ó de BOUDINHON.

(3) Enviado á Dinamarca por Guillermo el Conquistador, vióse el RDO. HELSIN ó EGELSIN acometido, á su regreso, por una furiosa tempestad. En lo más fuerte del peligro, mientras ruega á Dios, he aquí que se le aparece un anciano en hábito pontifical (¿San Nicolás?) y le dice: «Si quieres escapar de este peligro y llegar sano y salvo á tu patria prométeme ante Dios que observarás y harás celebrar solemnemente la fiesta de la Concepción de la Madre de Cristo.»— «¿Cómo y en qué día?»— «La celebrarás el 8 de Diciembre, y dondequiera que puedas recomienda su celebración.»— «¿Y qué oficio rezarás?»— «El de la Natividad, substituyendo la palabra Concepción en vez de Natividad.» El sacerdote salvado del naufragio cumplió su promesa.

Resumimos la versión más antigua, editada por los PP. THURSTON y SLATER, en el opúsculo citado, p. 39. Sobre esta leyenda v. también el art. de THURSTON, MONTH, Julio de 1904.

(4) Conócese su carta á la iglesia de Lyon, frecuentemente referida á 1140 y que M. VACANDARD cree escrita de 1128 á 1130. *Vida de San Bernardo*, t. 2, c. 24.

en todas partes, aun en Aviñón y en Roma á vista del Papa. Roma, sin aceptarla oficialmente, usa de una tolerancia que testifica SANTO TOMÁS (1). Muchas Iglesias particulares, alentadas por la declaración favorable del Concilio de Basilea (17 de Septiembre de 1439), aprovéchanse de ella para adoptarla, hasta que un Franciscano elevado al trono de San Pedro, SIXTO IV, la hace inscribir en el calendario de la diócesis de Roma y concede indulgencias á su celebración (Decreto de 27 de Febrero de 1477). CLEMENTE VIII la eleva á rito doble mayor; CLEMENTE IX añade la octava. CLEMENTE XI, por su decreto de 6 de Diciembre de 1708, la impone á la Iglesia universal. Habiendo sido en España fiesta de guardar desde la Const. de INOCENCIO IX de 10 de Noviembre de 1644, vino, en tiempo de Pío IX, á serlo para casi toda la Iglesia universal.

Entretanto habíanse suscitado controversias sobre el sentido que debía darse á esa fiesta. GREGORIO XV, aunque favorable á la doctrina de la Inmaculada Concepción (2), ordena en 1622 que en el Oficio y Misa no se mencione la *Inmaculada Concepción*, sino que se diga *Concepción de María Inmaculada* (3). Pero desde 1661, ALEJANDRO VII hacía dar un paso decisivo á la creencia formal, precisando el objeto de la festividad: declaraba celebrarse en ella la santificación de María en el primer instante de su existencia. GREGORIO XVI, á instancias de los obispos, concedió á muchas diócesis

(1) *Summa Theol.*, 3 p., q. 27, art. 2 ad 3.

(2) A 24 de Mayo de 1622 prohibía oponerse aun privadamente á la doctrina de la Inmaculada Concepción y nombrar esta fiesta con otro nombre que el de *Concepción*.

(3) Antes de SIXTO IV, la fiesta se llamaba *Conceptio B. M. V.* ó también *Conceptio S. Annae*; en tiempo de SIXTO IV, se la llama *Conceptio Virginis Immaculatae*, hasta que Pío IX le impone el nombre definitivo de *Immaculata Conceptio*.

de Francia que introdujesen, en el prefacio del día, las palabras *Inmaculada Concepción*.

Lo demás es conocido. El 8 de Diciembre de 1854, Pío IX, confirmado en su designio por 484 respuestas claramente conformes del episcopado entre 543 recibidas (sólo 18 rechazaban la definición), procede á la solemne proclamación del dogma. El 25 de Septiembre de 1863 promulga el Oficio y Misa que hoy se rezan, y da á la fiesta su nombre definitivo de *Fiesta de la Inmaculada Concepción*; el 24 de Diciembre del mismo año insértase en la letanía la invocación á María Inmaculada; el 30 de Noviembre de 1879 LEÓN XIII eleva esta festividad al supremo rango con vigilia. Pío X, finalmente, acaba de presidir gloriosamente el inolvidable quincuagésimo aniversario que hizo revivir para el universo católico el día bendito en que el privilegio de María Inmaculada fué proclamado á la faz de todo el mundo.

La significación y el alcance de la solemnidad del 8 de Diciembre, brillan hoy á los ojos de todos. En este día, los homenajes de la Iglesia Católica suben al cielo impregnados de la fe en la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios. Nada hay, sin embargo, que pruebe haber esta festividad tenido siempre la misma significación. Entre los Griegos, especialmente, la institución parece referirse á los relatos apócrifos de las circunstancias maravillosas en que San Joaquín y Santa Ana obtuvieron del cielo á su hija predilecta. Aun en Occidente se ha reconocido, en el grande Anselmo, un adversario del dogma, á la par que un propagador de la fiesta. No es esto decir, con todo, que no se pueda, al menos con probabilidad, deducir de la fiesta, y sobre todo de la acogida que le hicieron los pueblos, una tradición favorable á la Concepción privilegiada de la Madre de Dios. Mas esta interpretación doctrinal

cae fuera del cuadro de esta obra (1). Bástanos asegurar que la significación precisa de esta festividad fué fijada auténticamente desde 1661 por ALEJANDRO VII.

Novena en honor de la
 Inmaculada Concepción
 Practicada en unión de los coros
 de los espíritus celestiales

PRIMER DÍA.—Bajo la protección de los santos ángeles
 Motivos de honrar á María Inmaculada

Plan de la meditación.—En este primer ejercicio, ponderaremos algunos motivos de honrar á la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen y de prepararnos especialmente á esta fiesta, que la católica Irlanda había, desde el principio del siglo IX, designado con el nombre de *Gran fiesta de María* (2). Veremos sucesivamente cuán *agradables* son estos homenajes á Dios y á la *Virgen Santísima* y cuán *provechosos para nosotros mismos*.

MEDITACIÓN

«*Laetetur anima vestra in misericordia ejus et non confundemini in laude ipsius*» (Eccles. LI, 37).

(1) Véase sobre esto la misma Bula de la proclamación del dogma; KELLNER, art. cit. del PASTORALBLATT; LE BACHELET, S. J., *L'Immaculée Conception. Courte histoire d'un dogme*, París 1903.

(2) Véase *Eadmeri tractatus de Conceptione S. Mariae*, in. Praef. P. THURSTON, p. XXXIII (edic. Thurston et Slater, Friburgo 1904).

Alégrese vuestra alma en la misericordia del Señor: publicando sus alabanzas, no seréis confundidos.

1.^{ER} PRELUDIO.—Nos figuraremos á la Santísima Virgen arrebatadora en su belleza, como vestida del resplandor del sol, coronada su frente con diadema de doce estrellas, aplastando con victoriosa planta la cabeza de la serpiente, que se retuerce con vano furor.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos la gracia de hallar en los motivos de honrar á María Inmaculada, la inspiración de hacer una novena particularmente fervorosa.

I. El gusto de Dios.—I. 1. *Prueba de razón.*—Las obras de Dios deben ser objeto de nuestras alabanzas. Henos aquí delante de una maravilla de su gracia, de la obra más perfecta de la redención. Aquí se muestra enteramente el poder triunfante de Cristo sobre el pecado, que no solamente cura y repara, sino que previene el mal y preserva de toda mancha. Los demás hombres son náufragos que arranca Jesús del abismo; pero las olas no han podido tragar á María: Jesús les ha mandado retirarse ante ella. ¡Cuán agradable ha de ser á Dios que le demos gracias y le glorifiquemos por la hermosura de su Madre!

2. *Prueba de hecho*, sacada de la conducta misma de Dios. Dios llama nuestra atención sobre este efecto de su misericordia. Al principiar nuestra historia, fué este privilegio anunciado bajo el símbolo de la vengadora y triunfante enemistad entre la mujer y su fruto, por una parte, y la serpiente y su raza, por otra. ¡Admirable consejo de Dios, que no pudo dejar á la humanidad, ni aun una hora, sin esperanza! Emprende, triste y confuso, el camino doloroso y humillante de la expia-

ción; mas, desde sus primeros pasos, lleva consigo la consoladora perspectiva de un glorioso desquite.

Luego, muchas figuras del Antiguo Testamento, aunque no se puedan aplicar directamente á la Virgen sin mancha, evocan tan naturalmente su idea, que parecen un divino alimento preparado á nuestra piedad para con María Inmaculada. Después, por largo tiempo se han gozado los Santos en unir á Jesús y María en la explicación de los inspirados símbolos. Ved cómo el oficio parvo de la Inmaculada Concepción abunda en imágenes sacadas de los sagrados libros: el arca de la alianza, la miel que Sansón encuentra en la boca de un león, el vellocino de Gedeón, primero preservado él solo de la lluvia, y después cubierto él solo de rocío, la azucena que florece entre espinas, y tantos otros hechos y figuras que, al representarnos algún rasgo de Cristo, maravillosamente nos recuerdan á su Madre exenta de toda mancha. ¿No es María Inmaculada aquella arca que cerraba más que las tablas de la ley de temor, al autor mismo de la gracia y de la ley de amor? ¿No es ella la miel de perfecta bondad y dulzura, fruto excelente de la muerte de Jesucristo? ¿No es ella la sola preservada de las aguas amargas del pecado y fecundada con el rocío de la gracia original? Y la blancura de la azucena ¿no es símbolo de su candor?

Pero hay un hecho más significativo aún, y es la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. ¿No fué precisa una Providencia divina verdaderamente extraordinaria para atraer suavemente á la Iglesia á este acto solemne, que parecían impedir los involuntarios desprecios de muchos grandes y sabios doctores? ¡Oh, cuánta habilidad había desplegado el demonio para ocultar su derrota ó, á lo menos, para imposibilitar su auténtica notificación! Mas Dios,

celoso de la honra de su Madre, usando de esa fuerza llena de suavidad que caracteriza su acción, hizo resplandecer poco á poco, ante los ojos de todos, la magnífica victoria de María. Honrar este privilegio es hacer lo que hace Dios, es imitarle; ¿y no es esto complacerle?

II. Podemos considerar aquí con qué bondad se complace Dios en los honores tributados á las criaturas que le son fieles; y hallaremos materia de regocijarnos por María. Propongámonos, al practicar esta novena, testificar nuestro amor para con Dios mismo. Tal vez nunca habíamos parado mientes en cultivar la devoción á María por el más elevado de todos los motivos, la caridad.

II. La satisfacción de María.—I. Es también complacer en gran manera á María, honrar su Inmaculada Concepción, puesto que efectivamente este privilegio es el objeto de sus preferencias.

1. Antes que sacrificar su pureza, María hubiese renunciado á ser Madre de Dios. Así lo sienten los santos Padres. ¡Cuánto, pues, debió de estimar su pureza inicial!

Añadamos que la Inmaculada Concepción es verdaderamente el monte santo sobre el cual se levantó el edificio todo de su pureza. La *carencia del fómite* de pecado, la exención de toda falta venial, la perpétua virginidad, dimanán de ahí como de su fuente natural.

2. Los hechos vienen de nuevo á confirmar la razón. Recordemos las apariciones de Lourdes. Solicitada con instancia á que declarase quién era, la Virgen se definió así: «Soy la Inmaculada Concepción». Cuando Dios dijo á Moisés: «Yo soy el que soy», reveló su nombre por excelencia, que los judíos temen pronun-

ciar. María, al llamarse la Inmaculada, nos revela su título predilecto.

II. Reconozcamos cuán justa es esta preferencia de María, y nosotros, hijos suyos, guiados también de la gratitud por los beneficios recibidos de su mano maternal, saquemos del afecto con que María mira su privilegio, nuevos motivos de fervor durante esta novena, y digámoselo así con sencillez.

III. **Nuestra utilidad.**—I. Notemos, ante todo, en qué sentido hacemos intervenir esta consideración. ¿No se goza un padre amante y sinceramente amado con la confianza de su hijo para con él? Y esta confianza, sin embargo, no implica cálculo alguno estrecho, mezquino, egoísta. Lo mismo aquí; amamos á María, por ella somos felices: luego sabiendo que vamos á complacerla, le testificamos nuestra confianza y buscamos fomentarla en nosotros. Para alcanzar este precioso resultado, pedimos á la razón y á la experiencia, manifiesten á nuestros ojos los grandes bienes que nos acarrearán los honores tributados á la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

1. *Prueba de razón.*—María nos ha prevenido con beneficios, siendo imposible honrarla sin atraer sobre nosotros nuevos favores. ¡Cuánto sobre todo no abogará por nuestra causa, ante ella, la glorificación de su título preferido; de aquel título que proclama la perfección de su inocencia!

2. *Prueba de hecho.*—Abramos los ojos. ¡Qué de maravillas no se obran en nombre de la Inmaculada Concepción! Recordemos la purificadora influencia de la invocación: «Por vuestra virginidad santísima y por vuestra Concepción Inmaculada, oh la más pura de las vírgenes, purificad mi corazón y mis sentidos»; las gra-

cias de conversión debidas á la medalla milagrosa; Lourdes, finalmente, y sus incesantes prodigios.

II. Dilátense, pues, nuestros corazones bajo el imperio de una amorosa confianza. Determinemos, en esta ocasión, las gracias que deseamos alcanzar por esta novena y los actos de devoción que nos proponemos ofrecer.

COLOQUIO

Vamos á María, por medio del coro de los Angeles, á ofrecerle á la vez nuestros homenajes, nuestros propósitos, nuestros deseos. Digámosle aquí: *Tota pulchra*: Toda hermosa eres, oh María (1).

SEGUNDO DÍA.—Bajo la protección de los santos arcángeles.—El proto-evangelio

Plan de la meditación.—Con el nombre de proto-evangelio designase, desde hace mucho tiempo, el pasaje del tercer capítulo del Génesis, en que Dios, al sorprender á nuestros primeros padres después de su culpa, fulminó el castigo merecido contra su pérfido instigador que les hizo caer, ó sea, el demonio lleno de envidia, representado por la serpiente.

Importa, pues, hacer notar, que el sentido literal de estos versículos es objeto de discusiones aun entre los exégetas católicos. En la mujer, enemiga de la serpiente y en su raza, muchos reconocen á Eva misma y al género humano, vencedor del demonio en Cristo

(1) Estas invocaciones acaban de ser enriquecidas con indulgencias aplicables á las almas del purgatorio: 300 días una vez al día; plenaria (con las condiciones ordinarias) en las fiestas de la Inmaculada Concepción, Natividad, Purificación, Anunciación y Asunción de la Santísima Virgen. Debe decirse, después de las invocaciones, la oración de la Inmaculada Concepción (Aud. de 23 de Mayo de 1904).

y por Cristo. Opinan otros deberse entender estas palabras de Eva y de María juntamente; de Eva en sentido literal, de María en sentido figurado: el horror instintivo y la enemistad que Eva y sus descendientes experimentan por la serpiente serían el tipo de la enemistad perfecta y victoriosa por la cual la Santísima Virgen y su Hijo triunfan del demonio. Comentaristas muy apreciados (1) y la mayor parte de los teólogos (2), pretenden que la mujer y su descendencia bendecida, designan directa y exclusivamente á María y al fruto bendito de su vientre Jesús.

Nosotros no vamos á decidir esta controversia; pero después de notar la divergencia, nos ha de ser evidentemente permitido adaptar nuestra meditación á esta última opinión, que ha prevalecido en la Bula de la definición dogmática y acaba de defender como sola aceptable el R. P. FLUNK, S. J. (3). El proto-evangelio bosqueja, según esto, el plan divino de la redención del mundo.

Consideraremos, pues, *la intimación de la cólera divina, el establecimiento de la enemistad, la pre-dicción de la victoria.*

MEDITACIÓN

«*Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius*» (Gen. III, 15).

Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre su raza y la tuya.

1.^{ER} PRELUDIO.—Recordemos esta escena, la últi-

(1) Especialmente Lamy y Patrizi.

(2) Principalmente Hurter, Scheeben, Billot, Janssens y Palmieri.

(3) *Zeitschrift für Katholische Theologie, das Protoevangelium*, 1904, p. 641 ss.

ma del Paraíso terrenal, en que Dios, antes de fulminar sentencia de muerte contra el hombre prevaricador, y de sujetar al dolor y á la inferioridad á la mujer seductora; decreta contra el demonio instigador del pecado la suprema humillación, que contiene para nosotros el consuelo supremo. «Pondré enemistad (¡cuán grande!) (1) entre ti y la mujer, y entre tu raza y la suya; y ésta (su raza ó descendencia, según el hebreo), te quebrantará la cabeza» (1).

2.^o PRELUDIO.—Imaginémonos el Paraíso terrenal en el momento en que Adán y Eva se hallan consternados ante Dios, y á sus pies, la serpiente, instrumento del demonio.

3.^{er} PRELUDIO.—Pidamos la gracia de contemplar de tal manera las grandezas de María, que le consagremos aquella devoción especial que, como dicen los santos, es prenda de salvación, garantía de pureza y poderoso medio de perfección.

I. La sentencia de la cólera divina.—La sentencia de ira nos hace aborrecer el pecado y bendecir la divina misericordia.

I. 1. *Aborrecimiento del pecado.*—a) Formemos una idea viva de la consternación, del espanto que, en aquel momento decisivo, se apoderaron de Adán y Eva y les clavaron en el suelo, inmóviles, helados, estupefactos, bajo la mirada de ese Dios airado, de la cual en vano intentarán huir. En ella leen su condenación. ¡Cuántos bienes van á perder... qué desdicha va á abrumarles... en qué males han conglobado á toda su posteridad!

¿Cuál es la causa, la única causa de todo eso? El

(1) Traducción de FLUNK, l. c., p. 647.

pecado. Este pecado que se les presentó bajo las seductoras apariencias de una ciencia nueva y de una fruta deliciosa.

He aquí, pues, una verdad histórica: *Todo* sufrimiento viene del pecado. Por él ha entrado en el mundo la muerte (1); y la muerte es el tipo de toda desdicha temporal.

b) La consternación de Adán y Eva después de su falta nos ofrece una viva imagen del desencanto que suele seguirse al pecado, principalmente á aquel á que arrastra la sensualidad; imagen viva, sobre todo, de la desesperación irremediable que abrumba al pecador, al presentarse después de esta vida al tribunal de aquel Dios cuya presencia no ha temido.

2. Reconozcamos en el pecado al grande enemigo de nuestra dicha; procuremos que sea tan viva esta persuasión, que impida en adelante toda fascinación del mal. Y fijémonos bien: lo mismo se trata aquí del pecado mortal que de la más leve falta. El camino del pecado venial, de las voluntarias negligencias, de la tibieza es un camino opuesto á la felicidad.

II. 1. *La divina misericordia.*—Consideremos con cuánta razón se muestra Dios airado. ¡Cuántos beneficios desconocidos, cuántos dones menospreciados, qué ley tan fácil y tan santa transgredida por nuestros primeros padres! Y sin embargo, aun antes del castigo, deja entrever la gracia, anuncia el arco iris antes de acumular las nubes, promete la luz que ha de disipar las tinieblas.

2. Agradecemos y admiremos los designios de la misericordia de Dios sobre nosotros. ¡Ah! ¿Quién podrá sondear su profundidad, medir su altura, descubrir su

(1) Rom. V, 12.

extensión? Responda á esta misericordia, en nuestros corazones, una amorosa confianza, aun después de nuestras debilidades. Advirtamos que, aun después de la grave caída de Adán, antes de la venida de Cristo y sin ser rogado á ello, Dios se digna atar su soberana voluntad por una promesa de misericordia y de perdón.

II. Establecimiento de la enemistad.—Insistamos en la hostilidad entre la mujer y la serpiente, veamos lo que nos enseña acerca de María; aprovechémonos de las enseñanzas que para nosotros contiene.

I. 1. Dios, al poner de relieve la enemistad que El mismo tendrá cuidado de constituir entre la mujer y el demonio, nos revela que vendrá una mujer cuyo oficio y como nota característica será hacer la guerra á Satanás. Semejante guerra ¿no implica por ventura una separación radical, una oposición de tendencias completa y sin fin? Ahora bien, el demonio personifica el pecado y la tentación; la mujer futura distinguirse, pues, por estar libre de pecado é inmune de tentación. ¿Puede esta mujer comenzar su historia contrayendo el pecado original, del cual Dios promete en ella una gloriosa revancha? He aquí cómo esta enemistad importa, para María, su Concepción Inmaculada; he aquí cómo, desde un principio, la esperanza del mundo era ver el nacimiento de una mujer preservada del pecado original.

2. Notemos también cómo el gran consuelo del género humano fué prometido bajo la forma de una hostilidad, de una guerra.

II. 1. ¿Qué sacar de ahí para nosotros? Después de alegrarnos de poder así, desde la primera página de los libros sagrados, fijar nuestros ojos en María Inmaculada, nos diremos á nosotros mismos que nuestro

destino acá abajo no es gozar de una paz engañosa y llena de peligros, sino luchar enérgicamente contra el demonio y su espíritu, para gozar del consuelo más noble que proporcionan el generoso esfuerzo y la victoria.

2. Mas esta lucha debemos emprenderla sostenidos por una devoción ferviente hacia la virgen María. Todo acto de amor que le ofrezcamos será una declaración de guerra á nuestro capitál enemigo.

III. El anuncio de la victoria.—1. *El anuncio y los caracteres de la victoria.* La hostilidad anunciada por Dios es una hostilidad victoriosa: un completo triunfo debe coronarla. La cabeza de la infernal serpiente será quebrantada. Dos rasgos caracterizan esta victoria.

1. La mujer sale victoriosa en su bendita descendencia. Triunfa porque es Madre de un Hijo á quien le es dado quebrantar la cabeza de la serpiente. María, pues, lo deberá todo á Jesucristo y á sus méritos; mas este aspecto de la victoria, aunque glorioso para el Hijo, no menos cede en honra de la Madre; pues nos muestra que María no pertenece tanto á la descendencia de los primeros padres, víctimas del infierno y de sus lazos, cuanto es tronco y principio de un nuevo Adán, triunfador del demonio. Como hija del primer Adán, debía heredar su triste falta; pero como Madre del libertador y asociada á su obra no puede comenzar por ser esclava. La necesidad de contraer el contagio, debe ceder ante la superior necesidad de ser inmune. María, siendo una moralmente con Jesús, debe ser Inmaculada.

2. La victoria síguese á las luchas y se mezcla con parciales derrotas, que la descendencia de la mujer sufrirá, según la imagen de la Escritura, en el

talón (1). Derrota es del talón la humanidad de Cristo enclavada en la cruz, la traición de los herejes, la impiedad injuriosa á la Virgen, la triste pérdida de las almas arrastradas por la fatal rebelión de Satanás.

Pero la impotencia del enemigo viene representada por el punto mismo contra el cual se ve reducido á dirigir sus esfuerzos. No puede tomárselas con Dios mismo, ni con sus ángeles, ni con los santos. Dios no es vulnerable sino en sus criaturas humanas, y no permite sean éstas heridas más que en el talón, es decir, durante la breve prueba de la vida presente, y en el cuerpo y bienes exteriores; en cuanto el alma, no lo son sino cuando se dejan voluntariamente seducir. Y aun los éxitos del enemigo vense recompensados con vengadoras victorias. La cruz de Cristo quebranta la cabeza de la serpiente; las herejías dan ocasión de proclamar los dogmas; la injuria dirigida contra la Virgen, excita el celo de sus hijos y hace resplandecer una de sus prerrogativas; la pérdida de los malos, hace resaltar la virtud y felicidad de los buenos.

II. Estas consideraciones deben causar en nosotros un doble sentimiento.

1. Una noble seguridad, derivada de la conciencia de una superioridad invencible. Mientras estemos estrechamente unidos con Jesús y María podemos desafiar á nuestros enemigos, á que nos dañen. ¡*Confortador* pensamiento en medio de las pruebas de la Iglesia!

2. Mas las heridas en el talón nos tocan en los hombres hermanos nuestros. Nuestra propia seguridad no debe hacernos indiferentes á su desdicha. Aunque nuestro corazón no ha de vacilar, tampoco ha de

(1) El hebreo dice literalmente: «Ella te quebrantará en la cabeza, tú la quebrantarás en el talón.», FLUNK, I. C.

ser insensible y, en consecuencia, puede ser desgarrado, Se nos encomienda, pues, la guarda del talón. Seamos activos y valerosos en la defensa.

COLOQUIO

Pidamos con instancia á la Madre de Dios la gracia de pertenecer siempre á la raza bendita y triunfadora, con ella y con su Hijo Jesucristo.

TERCER DÍA.—Bajo la protección del coro de los tronos Conveniencias de la Inmaculada Concepción

Plan de la meditación.—Aunque la sabiduría de las obras divinas está demasiado por encima de nosotros para ser comprendida; el luminoso rayo que de ellas llega hasta nosotros basta para llenarnos de admiración. A la humilde convicción de nuestra impotencia, júntase por consiguiente, la perspectiva de un gran provecho, cuando nos aplicamos á buscar las razones del privilegio de María. Consideraremos tres conveniencias de la Inmaculada Concepción: *el coronamiento del plan divino; las relaciones entre María y la Santísima Trinidad; su preeminencia de Reina de los cielos.*

MEDITACIÓN

«*Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti*» (Sap. XIII, 21).

Todo lo dispusiste en medida, número y peso.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos ver, en la gloria del cielo, un trono magnífico colocado junto al de Jesús. Está destinado á la Madre del Salvador,

2.º PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia ya expresada en las dos meditaciones anteriores y que en adelante llamaremos la gracia de esta novena.

I. Coronamiento del plan divino. — I. La Inmaculada Concepción la exige el *coronamiento del plan divino*. «Por un admirable misterio, exclama BOSSUET, vemos nuestra reparación figurada por los mismos autores de nuestra ruina» (1). Dios se ha complacido en establecer un perfecto contraste entre el orden de nuestra rehabilitación y el desorden de nuestra caída. Caímos por la acción subordinada y sucesiva de tres malas influencias: el demonio, la primera mujer Eva, y nuestro primer padre Adán. En la obra divina de nuestra rehabilitación intervienen el buen ángel, María nueva Eva, y la cabeza espiritual del género humano renovado, ó sea, el segundo Adán, Jesucristo.

Eva, seducida por instigación del demonio, presenta á Adán el fruto de muerte. María, persuadida por el ángel, acepta concurrir á la Encarnación del Verbo y ofrece al Hijo de Dios los elementos de esa humanidad que será fruto de vida y salud universal.

El ángel malo impulsa al orgullo insistiendo en la prohibición de Dios; el buen ángel recuerda los beneficios divinos para obtener el consentimiento humilde de María.

Sólo el pecado de Adán, un pensamiento de soberbia que admitió (2), causa toda la desgracia del género humano; solos los méritos de Jesucristo humillado hacen la felicidad de los hombres, sin exceptuar á su Madre.

El pecado de Eva, sin embargo, precede histórica-

(1) Sermón cuarto de la Anunciación.

(2) «Seréis como Dioses» (Gen. III, 5).

mente y prepara la caída de Adán; la gracia de María es la aurora del día que el Señor va á hacer lucir sobre el mundo.

Eva presenta á Adán el fruto de muerte y le arrastra; María, dicen los Padres, por su belleza, por los encantos de su humildad, de su pureza y de su fe, atrae al hijo de Dios á su seno y lo da á los hombres.

Este plan divino, que de tal manera imprime al orden de nuestra rehabilitación una dirección paralela, aunque en sentido inverso, al desorden de nuestra caída, este plan ¿habría obtenido el coronamiento acostumbrado de las obras divinas, si María hubiese estado, siquiera por un instante, sujeta al imperio de Satanás? ¿No convenía que á una Eva que, nacida libre (1), sufrió un yugo de que la naturaleza la exceptuaba, hiciese contraste una mujer privilegiada que, esclava, si no miramos más que su naturaleza, escapa por la gracia de Dios á la humillante servidumbre?

II. 1. Admiraremos ese lustre, ese decoro con que la sabiduría de Dios supo embellecer nuestra reconciliación.

2. Dios gusta de vernos expiar nuestras faltas por el camino de las virtudes opuestas. La humildad debe responder al orgullo; la mansedumbre á la cólera; la caridad al egoísmo; la penitencia á la sensualidad. Reaccionemos valerosamente contra nuestras malas inclinaciones.

3. Aceptemos, conforme á esto, las tentaciones, como ocasión de desquite; así no podrán ya espantarnos ni abatirnos.

(1). Razonamiento expresado ya por uno de los Padres del concilio de Efcso. TEODOTO DE ANCIERI, *Homilía sobre la Virgen y Simeón* (Migne P. G., t. 22, col. 1395). El que crió la primera Eva sin nada de que avergonzarse, ha formado la segunda exenta de todo pecado.

II.—Relaciones con la Santísima Trinidad (1).—

I. *Las relaciones de María con la Santísima Trinidad* exigen la Inmaculada Concepción.

1. María fué escogida entre todas las mujeres para Madre de Dios Hijo. ¿Y este Hijo de Dios, vencedor de Satanás iría á escogerse una Madre entre las esclavas del demonio? ¿Podía permitir que aquel cuyo imperio venía á destruir, se gloriase de haber, ni un instante, subyugado á su Madre? El tabernáculo vivo á que iba á descender ¿podía haber sido manchado por la culpa?

2. María es la hija amadísima de Dios Padre hasta el punto de participar de su paternidad. Dios Padre es, en efecto, el principio de que procede el Verbo que se hizo carne. María, objeto de una tan incomparable elección, ¿podía ni aun por un momento haber sido objeto de aversión?

3. El inefable amor de Dios que resplandece en la Encarnación del Verbo, hace atribuir este misterio á la operación del Espíritu Santo. ¿Puede, pues, haber sido manchado el templo en que se consumó esta maravilla? ¿No habría el Espíritu de toda santidad velado con un cuidado celosísimo por la perfecta pureza de aquella que quería constituir en predilecta morada suya?

II. 1. Contemplemos encantados estas grandezas cuya conclusión es la Concepción Inmaculada de María, y concibamos una profunda estima de nuestra Madre.

2. Apliquémonos á nosotros mismos esta doctrina general: cuanto más nuestro estado nos acerca á Dios, más debemos nosotros, cristianos, religiosos, sacerdo-

(1) Con mayor exactitud presentaremos estas relaciones en las meditaciones de la tercera parte.

tes, apartarnos del pecado, y de cuanto mancha el cuerpo, la mente, el corazón. Nuestros sentimientos deben tener tal nobleza, tal elevación, que estén en consonancia con nuestra dignidad. ¿Son tales? O bien nos arrastramos todavía por la tierra á causa del egoísmo, de la vanidad, de la sensualidad, del abatimiento en que con demasiada facilidad caemos? Tengamos el temple de los caracteres puros y valientes.

III. — Preeminencia de María en el cielo.—

I. *El lugar que María ocupa en el cielo*, reclama también su Inmaculada Concepción. María recibió una gracia proporcionada á su dignidad de Madre de Dios, y esta gracia la elevó por encima de todos los santos y todos los espíritus celestiales. Mas, piadosos y doctos autores (1) creen que una gracia tan sublime no fué para María sino el principio de sus gracias.

Destinada así á reinar sobre los nuevos coros de aquellos ángeles que habían arrojado del cielo á los espíritus rebeldes ¿pudo jamás ser vencida por los vencidos? ¿No parece que, sin la gracia original, hubieran los ángeles experimentado una especie de confusión á la vista de su Reina?

II.—Y á nosotros, llamados á fraternizar con los ángeles y á reinar, no sobre ellos, sino con ellos, ¿no nos es preciso tomar por modelo á la Reina del cielo y Madre nuestra en la santidad de las costumbres y en la fuga de toda falta? La inocencia de nuestra vida, atenuaría el contraste entre el barro de nuestra carne y el esplendor de los puros espíritus.

(1). SUÁREZ, por ejemplo, in 3 p., d. 4., s. 1.

COLOQUIO

Formemos el propósito de llevar una vida angélica; hagamos sobre tal propósito una plegaria ardiente, y por medio del coro de los Tronos, apresurémonos á ofrecérselo á María Inmaculada. *Tota pulchra*.

CUARTO DÍA.—Bajo la protección del coro de las dominaciones.—Grandeza del privilegio de la Inmaculada Concepción

Plan de la meditación.—El privilegio de la Concepción Inmaculada es, á la vez, una *excepción*, una *exención* y una *preparación*. Estas eran, para el Corazón de María, tres razones de profesar á este privilegio una estima incomparable, de que nosotros, hijos suyos, debemos participar, regocijándonos por nuestra Madre.

MEDITACIÓN

«*Non morieris; non enim pro te sed pro omnibus haec lex constituta est*» (Esther, XV, 13).

No morirás; que no para ti, sino para todos se promulgó esta ley.

1^{ER}. PRELUDIO.—Representémonos á María resplandeciente de hermosura y de dicha, iluminada toda por el sol de justicia.

2.^o PRELUDIO.—Pidamos la gracia propia de esta novena.

I. La excepción.—I. Consideremos lo raro de esta excepción y las dificultades que parecen oponerse á ella.

1. *La rareza.* Cuanto más general es una ley de esclavitud, tanto más parece deberse aplicar, y tanto más gana en valor y precio la exención de ella.

He aquí, pues, una ley universal, que se extiende á toda la natural descendencia de Adán. Sólo Jesucristo, por no tener padre entre los hombres, era excluído de ella por el origen mismo de su humanidad. Imaginémos los millones y millones de hombres, que en las más varias circunstancias y los más distintos ministerios, se suceden y se irán sucediendo unos á otros sobre la tierra desde Adán hasta el último día del mundo. Bien podemos investigar lo pasado, observar lo presente, interrogar lo porvenir; cada nueva alma, en el momento mismo en que se une á la carne transmitida por Adán, se halla fatalmente inficionada por el triste contagio.

María, sin embargo, se libra de él y sólo ella se libra. La deshonra mancha nuestra naturaleza comunicada por la vía ordinaria; María posee esta naturaleza, y con todo no participa de su vergüenza.

Además de María pudieron otros ser vírgenes, humildes, preservados de faltas graves y aun leves, durante el curso todo de su existencia, y hasta santificados antes de nacer (1); pero immaculado, santo desde su origen, no hay entre los hijos de Adán más que María. *Multae filiae congregaverunt divitias; tu supergressa es universas* (2): «Muchas hijas acumularon riquezas; tú las has superado á todas. Cuando, á pesar de la general prohibición, presentóse Ester temblando delante de Asuero, ¡cuán tranquila y aun orgullosa debió quedar al oír de los labios de su real esposo estas palabras: «No morirás. Esta ley, promulgada para todos los demás, no te comprende á ti».

(1) Jeremías, San Juan Bautista.

(2) Prov. XXXI, 29.

¡Qué estremecimiento de gozo no podemos suponer en el alma de María, cuando amenazada de la aversión, recibió de parte del Rey de reyes el amoroso abrazo de la adopción!

2. Los *obstáculos*. El privilegio de la Inmaculada Concepción pedía:

a) La derogación eterna de decretos universales. Nada hay tan inmutable como los decretos de Dios, nada tan general como sus leyes. Para que María sea Inmaculada es menester que de toda la eternidad determine Dios, en favor suyo, la derogación de sus decretos.

b) Un milagro en nuestra naturaleza. Nuestra raza es pecadora y debe, sin embargo, producir una criatura sin mancha. De un árbol de raíz emponzoñada debe salir una rama enteramente sana, una flor enteramente fresca, un fruto incorruptible.

c) El establecimiento de un orden distinto. Después de la caída, el orden universal es que los hombres nazcan manchados y sean purificados por la gracia de Jesucristo. La Inmaculada Concepción supone una redención más excelente, un orden distinto de preservación. Y al ver que María constituye por sí sola este orden, puedo y debo concluir de ahí, que Dios ha hecho por María mucho más de lo que haría por un hombre en favor del cual crease el Universo.

II. 1. Alabemos á Dios de todo corazón por esta Providencia particular cuyos beneficios redundan en María.

2. Nosotros mismos, aun sólo como cristianos somos objeto de una especial elección; pertenecemos al pequeño rebaño, al cual plugo á Dios darle su reino (1). ¡Cuántos favores nos alcanza este título! Pues ¿qué diremos si una nueva elección de Dios nos ha lla-

(1) Luc. XII, 32.

mado al sacerdocio ó á la práctica de los consejos evangélicos? ¿Hay alguno entre mil á quien se comunique dicha semejante? ¿Y qué gracias no se requieren para introducirnos y mantenernos en unos caminos tan contrarios á las inclinaciones naturales? «No todos comprenden sus ventajas, sino tan sólo á quienes les ha sido dado» (1).

II. La inmunidad.—I. Triple preservación acompañada á la Concepción Inmaculada:

1. Preservación del pecado habitual. ¡Oh qué estado tan horrible el del pecado! Es, en primer lugar, un alejamiento de Dios, fuente de todo bien y de toda felicidad; decadencia y degradación del estado en que habíamos sido criados; miseria la más penosa, en cuanto sucede á la opulencia; y en fin, estado de ignominia, porque nos coloca bajo el poder del demonio.

2. Preservación de la concupiscencia: de esas tristes y lamentables rebeliones de la carne que aun los santos sufren gimiendo. Mas en María ¡qué orden, qué paz!

3. Preservación de pecado actual. Este pecado, más difícil de cometer por la armoniosa subordinación de las facultades, se hizo aun imposible para María, por una gracia especial que parece como un corolario de tan glorioso privilegio.

II. Al asociarnos á la felicidad de María, no olvidemos las prevenciones de que hemos sido objeto. Toda la vida cristiana ofrece mil medios para salir del estado de culpa. Tal vez una gracia inestimable ha conservado lozana en nosotros la flor de la inocencia bautismal. La vida religiosa junta, con una más completa preservación, el remedio de una reparación que borra

(1) Matth. XIX, 11.

aun las penas debidas por las faltas. Y la perseverancia en el fervor, trae consigo para algunos, á lo menos después de un tiempo de valerosa lucha, una tranquilidad, un descanso, una paz maravillosa, una sumisión de las pasiones, base de admirable concordia entre las inclinaciones naturales y las sobrenaturales tendencias de la voluntad.

Concibamos una alta estima de los favores de que nos vemos colmados, y de tantos medios como la divina liberalidad se digna poner á nuestra disposición. ¿Nos aprovechamos de ellos lo bastante para llevar una vida perfectamente pura?

III. La preparación.—I. La Concepción Inmaculada es una magnífica preparación á la más alta de las dignidades.

1. *Preparación magnífica*; en efecto, este privilegio confiere al alma de María una belleza nativa, cuyo esplendor sobrepaja al esplendor natural de cualquier otra criatura existente ó posible. Desde el primer instante le comunica un adorno de gracia que eclipsa los encantos del cuerpo y aun la hermosura propia de las almas y de los puros espíritus; lo cual hace posible la perpetua amistad con Dios. Ponderemos cuánto significan estas palabras: *¡Ser siempre amigo de Dios!* ¡Cuán grande será el premio de tal alianza!

2. *Preparación á la mayor de las dignidades*; porque prepara una Madre de Dios. No hay dignidad más sublime de que pueda ser revestida una pura criatura. Por ella está María unida á su Hijo de un modo insoluble. Ved cómo María y Jesús son inseparables en la Escritura y en las figuras del Antiguo Testamento, en los hechos del Nuevo, en la historia de la Iglesia, y por fin en el amor y odio de los hombres.

II. ¡Cuán útiles lecciones contiene para nosotros esta gloria de María!

1. Dios nos ofrece su gracia y amistad, no por algunos meses ó algunos años, sino para siempre. Más aún, quiere que crezcan sin cesar, mediante el cuidado que nosotros pongamos en conservarlos.

2. Un poco de celo nos permite también ayudar á la generación espiritual de hijos de Dios, proporcionándonos así la gracia alguna participación en la maternidad, que constituye el honor incomparable de la Santísima Virgen. Que no sin causa Jesucristo pudo decir, extendiendo la mano hacia sus discípulos: «Ved aquí á mi madre y mis hermanos (1)».

3. Toda profesión cristiana, y sobre todo la profesión religiosa, tiende á confundir nuestra causa y nuestro nombre con la causa y el nombre de Jesús.

COLOQUIO

¿Quiénes somos nosotros para ser objeto de tan magníficas ofertas? ¿Qué esfuerzos, qué generosidad, qué sacrificios, qué correspondencia á la gracia deberfan expresar nuestra gratitud y la noble ambición de no quedarnos demasiadamente por debajo del llamamiento de Dios y de nuestra dignidad? Hagamos un coloquio de generosa aceptación y ofrecimiento. *Tota pulchra*.

DÍA QUINTO.—Bajo la protección del coro de los principados. El Ave María de la Inmaculada

Plan de la meditación.—La escena de la anunciación, relacionada con el proto-evangelio, nos pone en

(1) Aunque no sea éste el sentido literal del v. 49, c. XII de San Mateo, los Santos Padres han hecho de él esta aplicación.

presencia de la bendita mujer que, desde la caída de Adán, fué propuesta á la expectación de los hombres. Los Santos Padres hacen esta aproximación, y sus comentarios sobre la salutación angélica nos conducen á entender las palabras de GABRIEL en un sentido absoluto, y á comprender la gracia original en toda la plenitud que forma el objeto de tales felicitaciones. El ángel insinúa, por otra parte, que María tiene toda la gracia que conviene á la futura Madre de Dios. Porque se apresura á añadir: «Concebirás y parirás un hijo al cual pondrás por nombre Jesús.» Podríamos, pues, como lo hemos hecho con el anuncio profético del Génesis, sacar de la salutación angélica una hermosa confirmación del dogma de la Concepción Inmaculada (1).

Mas preferimos colocarnos en un punto de vista que va más directamente al corazón; y así veremos la influencia del dogma de la Inmaculada Concepción sobre el *Ave María*. ¡Qué nuevo aspecto toman á los ojos de los fieles las expresiones de la antigua fórmula, desde que saben todos y firmemente creen que María es Inmaculada! ¿Qué dice el *Ave María* á nuestro corazón, que no lo dijese claramente á nuestros padres? Veremos cómo la Inmaculada Concepción importa para María otra *plenitud de gracia*, otra *asistencia de Dios*, otra *bendición especialísima*.

MEDITACIÓN

«*Ave, gratia plena, Dominus tecum, Benedicta tu in mulieribus*» (Luc. I, 28).

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos la casita de Naza-

(1) Cf. PALMIERI, *De peccato originali et de immaculato B. V. Dei-parac conceptu*, th. XXXIII.

ret. El Angel San Gabriel aparécese á María y se inclina ante ella, diciendo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.»

2.º PRELUDIO. Pidamos con instancia la gracia propia de la novena.

I. Llena de gracia.—I. *La salutación.* Al encontrarse ante la Virgen, quedó el arcángel como encantado, absorto por la abundancia de gracias de que la vió adornada. Al admirar la excelencia de una gracia santificante, de una unión con Dios más íntima que la del más ardiente serafín; al ver la perfección de las virtudes que ornán cada facultad de su alma y la abundancia de dones del Espíritu Santo derramados como profusamente en María: «¡Salve, exclama, toda llena de la gracia de Cristo!»

Sin embargo, sin la Inmaculada Concepción, algo hubiera faltado á esta plenitud. ¿Dónde estaría aquella gracia de la justicia original, que á los ángeles, y á Eva misma le había cabido en suerte? Los que dudaban de la Inmaculada Concepción, no podían, pues, saludar á María llena de gracia, sin alguna restricción. Mas las sombras han ya desaparecido, y la salutación angélica dirígese á María en toda la extensión que nuestro corazón desea. ¡Felicitémosla por la plenitud de la gracia que en ella se derramó! (1)

(1) No olvidemos que es distinta la plenitud en Jesús y en María. En Jesús está como en su fuente; pues, como Dios, Cristo es el autor principal de toda gracia, y como hombre es su causa meritoria. Al recibir nosotros la gracia, participamos de la de Cristo. La participación por excelencia de esta gracia de Cristo es la plenitud de gracia que se halla en María. Nuestra gracia no es merecida por María; sino obtenida por su omnipotente intercesión. María debe á Cristo la plenitud que posee; ruega por nosotros; Cristo da y merece.

II. Aprendamos á apreciar la gracia de Dios. Dios quiere prepararse una Hija amadísima, una Madre, una Esposa. Trata de colmar á la escogida de riqueza y de hermosura, y en todos sus tesoros no halla nada más precioso ni más magnífico que la gracia. Y al presentarse ante ella el embajador del cielo ¿por qué la alaba? Por esta misma gracia de Dios.

Todo nuestro valer se mide por la gracia, esa gracia que nos fué dada en el santo bautismo. ¿La conservamos todavía? ¿Qué hemos hecho de nuestro mejor tesoro? ¡A qué objetos tan viles no la hemos sacrificado! Nada estimemos en adelante más que á ella. Que el brillo, el esplendor, los naturales encantos, no dirijan ya en adelante nuestros juicios, nuestros gustos, nuestras repugnancias. Pero cuidemos también de que sean sinceros nuestros propósitos. Consagrar á la gracia exclusivamente nuestro aprecio, es hacer todo lo posible por conservarla, para aumentarla en nosotros; es prácticamente beber en las fuentes de donde mana hacia nosotros la oración, los sacramentos, la intercesión de María.

II. El Señor es contigo.—I. Las maravillas realizadas ya en María, manifiestan al ángel una presencia particular de Dios en ella y con ella. Donde quiera que exista un socorro que asegure el éxito, allí está Dios. Mas si María no fuera Inmaculada, su origen no hubiese sido señalado por la presencia especial de Dios. María hubiese principiado por la derrota. Gracias á Dios podemos rechazar muy lejos semejante idea, y dirigirnos llenos de gozo á la Virgen para decirle: «Oh Madre, el Señor está siempre contigo.»

II. ¡Dichoso el que, en todas sus empresas, tiene en su favor á este auxiliar todo bondad y todo poder,

Dios! Si Dios está con nosotros ¿quién podrá contrariarnos? Ahora bien, ¿está en nuestra mano gozar de tan inestimable favor? ¿Qué hay que hacer para lograrlo?

1. No conceder en adelante á la criatura una confianza exagerada, que deroga algo á la que debemos tener en Dios. Justo es, ciertamente, aceptar con gratitud las atenciones y buenos oficios que la caridad inspira; pero el auxilio de los hombres puede venir á faltarnos por tantas causas y de tantas maneras... No fundemos, pues, sobre él esperanzas demasiado absolutas, y sobre todo no sacrifiquemos nunca un bien divino con la esperanza de una humana y terrenal compensación. «*Qui confidunt in Domino tamquam mons Sion.* Los que confían en el Señor serán como el monte de Sión!» (1)

2. Obrar mirando á Dios. ¿Osaríamos emplear el auxilio que Dios, respondiendo á nuestro llamamiento, nos concede, para otra cosa distinta de El?

Aunque tengamos que confesar lealmente, que estamos muy lejos de tener en Dios esta exclusiva confianza, no por eso decaigamos de espíritu. Roguemos y pongamos bajo la protección de María los esfuerzos que hiciéremos para llegar á la perfecta sabiduría.

III. Bendita tú eres entre todas las mujeres.

—I. El arcángel San Gabriel completa su alabanza proclamando á María bendita entre todas las mujeres. ¡Bendita en vuestra divina maternidad; bendita en vuestra perpetua virginidad; bendita en vuestro parto sin dolor; bendita en la tierra y en el cielo; ¿y os faltaría sólo, oh Madre, la bendición original que á Eva le

(1) Ps. CXXIV, 1.

cupo en suerte? ¿Seríais vos menos bendita que ella en el primer instante? Imposible. El Verbo de Dios vela por Vos, y á tan acabadas bendiciones júntase la bendición inicial que os crea en gracia de Dios.

II. ¡Cuán fecundas son las bendiciones divinas, y cuán estériles las alabanzas humanas! ¡Y aun si no fuesen sino esteriles! Pero, por las distracciones y las complacencias que en nosotros excitan, disminuyen la abundancia de las bendiciones del Altísimo.

Aprendamos, pues, á no buscar ya, sino antes á huir las aprobaciones de los hombres. La mirada de Dios fijarése en la ofrenda del hombre humilde y recto.

COLOQUIO

En el coloquio, podremos dar gracias á Dios por habernos enseñado, por medio del Angel, la hermosa oración del *Ave-María*. Complazcámonos en rezarla acordándonos del privilegio de la Sma. Virgen.

DÍA SEXTO.—Bajo la protección del coro de las Potestades.—María Inmaculada y los Ángeles.

Plan de la meditación.—La materia de esta meditación nos la proporcionan las *relaciones de María Inmaculada con los ángeles; los ángeles buenos* que la veneraron en la tierra y la honran como á Reina suya en el cielo; *los ángeles malos*, que sufren temblando su imperio.

MEDITACIÓN

«*Spectaculum facti sumus angelis*» (1: Cor. IV, 9).
Somos hechos espectáculo de los ángeles.

1.^{ER} PRELUDIO. Nos representaremos también á María saludada por el Ángel en Nazaret, luego en el cielo coronada de gloria.

2.^O PRELUDIO. Insistamos siempre en pedir la gracia de la novena.

I. María Inmaculada y los ángeles buenos en la tierra.—I. Acabamos de verlo: los ángeles bajan del cielo para honrar á María, y la Inmaculada Concepción da á su homenaje la plenitud de su sentido y de su alcance. Encantado al ver la belleza sin mancha de María; sorprendido de hallar tanta gracia en una naturaleza inferior; confundido ante la inmensa dignidad á cuya preparación se destinaba tanta gracia y tanta pureza; pronuncia el arcángel, como celestial mensajero, las palabras de su salutación. Esforcémonos por penetrar el respeto, la admiración, el gozo santo con que pronunció cada palabra, y gocémonos en la honra tributada á nuestra Madre.

II.—1. Admiramos también la hermosura del plan divino de nuestra reparación. En lugar del seductor disfrazado, que predica con sus palabras el orgullo, el ángel bueno alaba simplemente la obra de Dios en María, dando él mismo, con la sinceridad de sus alabanzas, un santo ejemplo de humildad. Al ángel envidioso de nuestra dicha, sucede un ángel que coopera á nuestra salvación. ¿No es, por ventura, entrando por el camino de la verdadera humildad, como complacemos más al Criador? ¿Por qué otro camino podríamos reparar mejor nuestras faltas?

2. Si el ángel, al dirigirse á María, manifiesta estos sentimientos ¿cuáles deben ser los míos, siendo además María para mí la mejor de las Madres? ¿Cuán de corazón y con qué fervor no debería yo ofrecer á esta Ma-

dre tan grande y tan buena el cotidiano obsequio del rosario!

Al meditar el primer misterio, gozoso unámonos al arcángel San Gabriel.

3. Notemos estas relaciones de caridad que unen á los ángeles con los hombres. De la manera que miraban á María, así siguen á los justos en sus combates y sus obras. *Spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus*. Somos un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Así, sobre todo nuestro ángel custodio, registra todos nuestros pasos. ¡Con qué atención nos sigue! ¡Un poco de espíritu de fe nos haría tan fácil el triunfar de los respetos humanos!

II. María Inmaculada y los ángeles del cielo.

—I. María Inmaculada es, en el cielo, la digna Reina de los ángeles. ¡Lástima que no podamos representarnos las magnificencias de la entrada de esta Reina en sus dominios, el concurso y los cánticos de todos aquellos bienaventurados espíritus! ¡Cuánta alegría en todos ellos, qué felicitaciones, qué honores! «¿Quién es ésta, exclaman, que avanza semejante á la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército en orden de batalla? (1)» El privilegio de María completa sus felicitaciones, aleja de su dicha toda sombra. Y á estos homenajes responde María con un eterno *Magnificat*.

¡Oh escena inimaginable! San Estanislao deseó y obtuvo la muerte para ir á contemplarla. Arranque á lo menos á nuestro corazón algunos acentos de gozo y

(1) Cant. VI, 9.

reconocimiento para con Dios que tanto ha honrado á nuestra Madre.

II. ¡Cuán útil lección nos dan los ángeles! Aunque superiores por naturaleza, no están de ningún modo celosos de los honores prodigados á nuestra Madre. ¡Ah! es que aman demasiado á Dios y tienen conciencia de haber recibido ellos mismos excesivos beneficios.

Fomentemos en nosotros estos sentimientos de amor de Dios y de humildad. Impongamos silencio de una vez á esas secretas envidias que turban y envenenan nuestra vida. Hagámoslas callar, cualquiera que sea su pretexto ó su objeto: cualidades sobresalientes del espíritu ó del cuerpo, de la naturaleza ó de la gracia, venidas de los hombres ó de Dios.

III. María Inmaculada y los ángeles rebeldes.

—I. La Inmaculada Concepción provoca en los ángeles malditos el triple sentimiento de la *confusión*, del *temor* y del *odio*. De *confusión* porque, en lugar de vencer á María, sufrió por ella Satanás su primera derrota completa, y vióse reducido á la total impotencia de dañarla. De *temor* porque es para él, el preludio de su quebranto mediante una táctica contraria á aquella de que fué pérfido investigador. De *odio*, pues el orgullo confundido no puede perdonar.

II.—1. Opongamos nosotros á la *confusión* del demonio, la alegre participación de la gloria de María; al *temor*, nuestra confianza y resolución de recurrir constantemente á María, sobre todo en las tentaciones; al *odio* del vencido nuestro amor, una especial devoción que es prenda de las más preciosas bendiciones. Excitémonos, en esta ocasión, á acabar la novena con fervor.

2. Comprendamos igualmente más y más el carácter triunfal que realza á la pureza. El pecado es siem-

pre una derrota de la voluntad, de las fuerzas superiores: la perfecta pureza es una insigne victoria.

COLOQUIO

Unámonos, en el coloquio, al coro de las Potestades, para alabar á María é implorar su protección. ¡Reina del cielo alegraos!

DÍA SÉPTIMO.—Bajo la protección del coro de las Virtudes.—María Inmaculada y el género humano.

Plan de la meditación.—Las tres últimas meditaciones de la novena las reservamos para las relaciones de María Inmaculada con los hombres, sus hijos. Abriremos esta serie considerando las tres hermosas alabanzas que, en la embriaguez del triunfo temporal, dirigieron los Israelitas á la intrépida Judit. La Iglesia en el *Tota pulchra* (1) las aplica á la Virgen Santísima. *Tu gloria Jerusalem; Tu laetitia Israel; Tu honorificentia populi nostri* (2). María Inmaculada es la *gloria de la Iglesia militante*; la *alegría de la Iglesia triunfante*; la *honra de todo el pueblo cristiano*.

MEDITACIÓN

«Eo quod castitatem amaveris... ideo manus Domini confortavit te et ideo eris benedicta in aeternum» (Judith, XV, 11).

Porque has amado la castidad... por esto la

(1) V. en la 1.^a Meditación de la Novena, las indulgencias recientemente concedidas á esta alabanza de María.

(2) Judith XV, 10.

mano del Señor te confortó, por esto serás bendita para siempre.

1.^{ER} PRELUDIO Figurémonos al pueblo cristiano de rodillas, con los ojos levantados confiadamente al cielo, como para descubrir allí á su protectora. Después de contemplar un instante este espectáculo, imaginémonos á María, sentada en un magnífico trono, recibiendo también los homenajes de toda la corte celestial.

PRELUDIO 2.^O Pidamos la gracia de la novena.

I. La gloria de la Iglesia militante.—Tu gloria Jerusalem.—I. 1. Recordemos brevemente la historia que se nos cuenta en el libro de Judit. Después de haber saqueado las ciudades y arruinado las campiñas, el generalísimo del rey de Asiria vino á sitiarse á Betulia, decidido á destruirla sin dejar á sus habitantes más opción que ó la muerte ó la esclavitud. Ya la villa, aterrizada, había resuelto rendirse á discreción, cuando una viuda casta é intrépida, fortalecida con el socorro de lo alto, sale valientemente de la plaza sitiada, logra penetrar hasta Holofernes y desorientarle sobre los designios que meditaba. Aprovechándose de su imprudente confianza, toma Judit la propia espada del bárbaro y le corta la cabeza. Traído por ella á la ciudad este glorioso trofeo, infunde valor en los sitiados, que en una vigorosa salida, ponen en completa dispersión al enemigo, y alcanzan una victoria que les proporciona largos años de tranquilidad. Judit, en quien recaía el honor de este triunfo, es aclamada con júbilo. «Tú serás eternamente bendita», clama el sumo sacerdote. Ella entona un cántico al Señor y el aniversario de esta victoria es contado entre los días santos.

2. Comparemos la victoria de María, con la de Judit.

a) El demonio ¡cuánto peor enemigo es que Holo-fornes, y con cuántas más victorias que él ha alimentado su orgullo! Sus designios no eran otros que una guerra sin cuartel, cuyo remate había de ser la esclavitud ó la muerte. Mas una doncellita de nuestro linaje le venció y está destinada á vencerle siempre. La primera victoria de esta heroína fué su Inmaculada Concepción.

Nosotros, hijos de esta Jerusalén establecida en la paz por María y por su Hijo ¿no debemos por este respecto, mejor que los habitantes de Betulia lo hicieran con Judit, saludar en María á la gloria de Jerusalén?

b) Judit no triunfa sola. Los más valerosos entre los hebreos se lanzaron en persecución de los enemigos y regresaron cargados de botín.

También los fieles, siguiendo á María, alcanzan victorias. Los más esforzados emprenden resueltamente la ofensiva, que les alcanza en el cielo el lugar que los rebeldes ángeles perdieron, y les enriquece con los opimos despojos de otras almas libertadas del ominoso yugo de Satanás.

II. 1. ¿Por qué no hemos de ser nosotros de estos bravos? ¿Por qué no emprendemos una lucha ofensiva contra nuestros defectos y nuestras inclinaciones menos buenas? ¿Por qué no tener también nosotros la noble ambición de libertar otras almas? De esta suerte participaríamos de la gloria de María.

2. Mas, en la victoria, no nos olvidemos de aquella que nos enseñó á combatir y á triunfar. Celebremos con santa alegría la solemnidad que todos los años nos recuerda su gloriosa victoria.

II. El gozo de la Iglesia triunfante.—Tu laetitia Israel.—I. Israel, el verdadero Israel, es el conjunto de todos los que ven á Dios. Los dichosos habitantes

del cielo vivirán una vida de íntima caridad. Esta caridad aumentará, con la dicha de todos los demás, la dicha personal de cada uno. Sin embargo, sentirán los santos particular gozo al contemplar la inmaculada belleza que hace á su Soberana más digna del trono real, y señala el principio de la obra á la cual deben todos su felicidad. ¡Oh María Inmaculada, Vos sois verdaderamente la alegría de Israel!

II. Tomemos nosotros parte en esta alegría; y aun en la tierra, imitemos esta caridad. Si un mismo camino nos aproxima; sobre todo, si un mismo llamamiento divino nos ha reunido en una comunidad, sepamos gozarnos con las dichas y éxitos de los que viven con nosotros. Ningún gozo deja un recuerdo más delicioso ni más puro, ni más digno de un hijo de Dios.

III. La honra del pueblo cristiano.—Tu honorificentia populi nostri.—I. María Inmaculada salva el honor del pueblo cristiano delante de los ángeles y delante de Dios.

1. *Delante de los ángeles.* ¿Qué somos nosotros, con nuestras debilidades y nuestras manchas, para colocarnos un día entre las filas inmaculadas de los puros espíritus? ¿Qué manantial éste de confusión! Pero bien podemos levantar la cabeza. Por encima de todos contemplamos á una Reina Inmaculada perteneciente á nuestro linaje.

2. *Delante de Dios.* ¡Cuán pobres, cuán indignos son nuestros obsequios, nuestras acciones de gracias, nuestras oraciones, nuestros servicios, nuestro amor! ¿No es triste dar tan poco habiendo recibido tanto?

Mas Dios suple á nuestra indigencia dándonos á Jesús, y un sacrificio de infinito valor, la Misa. Y para acabar de enriquecernos, destina á María Inmaculada

con la cual, como Madre nuestra, podemos unirnos en oración, en adoraciones, y en el ejercicio de las virtudes.

II. 1. ¡Qué de socorros no nos aseguramos, yendo por María á Jesús y á Dios!

¿Por qué no expresamos á nuestra Madre, en una conversación llena de confianza, cuán poco dignos nos sentimos de vivir en compañía de los ángeles? Sin dudar de las divinas promesas, aunque sobrecogido de una justa sorpresa, le preguntaré si es éste por ventura mi destino. Confirmado luego por María en las enseñanzas de la fe, añadiré: ¡Oh y cómo ardo, entonces, en deseos; cuánta necesidad experimento de purificarme, aunque sea por medio del sufrimiento, de mis faltas pasadas, y de evitar con cuidado toda mancha! ¡Mas, ay, que mis pies se deslizan fácilmente en el fango! Madre, dejadme poner mi mano en vuestra mano para afirmar mis pasos. Y cuando del fondo de mi nada ofrezca yo á Dios mis pobres homenajes, presentadlos, enriquecidos con los vuestros, á nuestro común Salvador y nuestro Dios.

COLOQUIO

En el coloquio, acordándonos del tiempo de Judit, nos imaginaremos que estamos mezclados con el pueblo que aclama á María; y con el coro de las Virtudes le diremos: Vos sois la gloria de Jerusalén; Vos la alegría de Israel; Vos la honra de nuestro pueblo.

DÍA OCTAVO.—Bajo la protección del coro de los Querubines.—María Inmaculada y el género humano

Continuación

Plan de la meditación.—María Inmaculada, honra de la Iglesia militante, da también á los cristianos de la tierra motivos de regocijo. Consideremos tres de ellos en esta meditación: *La comunidad de causa entre nosotros y María; el anuncio de Jesucristo; el anuncio de nuestra propia felicidad.*

MEDITACIÓN

«*Benedicentur in semine tuo omnes gentes terrae*» (Gen. XXII, 18).

Serán bendecidas en tu generación todas las gentes de la tierra.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Virgen Inmaculada recibiendo, en el cielo, los homenajes de los ángeles y de los hombres. (Véase la meditación precedente).

2.^O PRELUDIO. Supliquemos á María nos obtenga de su divino Hijo la gracia de esta novena.

I. La comunidad de causa.—I. Veamos ante todo hasta qué punto la Inmaculada Concepción fué, para María misma, materia de inexplicable alegría. Por su glorioso privilegio triunfa plenamente del demonio; posee el honor inestimable de haber gozado siempre de la amistad de Dios, y preludia la preeminencia que ha de obtener en el cielo. Gozo de la realeza, gozo de la amistad divina, gozo de la victoria, gozo de cuanto constituye la felicidad del cielo: todos estos gozos es-

tán, como en su causa, contenidos en la Concepción Inmaculada.

Añadid á esto todavía el extremado amor que María profesaba á Dios y el delicado culto que consagraba á la perfecta pureza, y concebiréis una débil idea de la dicha que sentía al verse Inmaculada.

II. Nosotros debemos participar de este gozo, porque nuestra causa es común con la de María. María tiene nuestra misma naturaleza, María es nuestra bienhechora, María es nuestra Madre. Para el demonio y para el mundo la causa de los católicos es la causa de María. Esta causa es también la de nuestra época: en nuestros días fué María proclamada, á la faz del universo, exenta de la culpa original. Si somos religiosos, hallaremos tal vez, en los anales del Instituto á que pertenecemos, luchas, persecuciones, martirios sufridos por la gloria de María Inmaculada. Y en un porvenir próximo, en el cielo, nuestra causa confundiráse más que nunca con la de María.

Este gozo desinteresado, cuyo motivo sacamos de la gloria de Dios ó del honor de los santos, consuela grandemente al alma, y constituye, además, una práctica de caridad muy levantada y meritoria. Procuremos ejercitarla frecuentemente durante nuestra vida.

II. Anuncio de Jesucristo.—I. 1. Jesucristo es nuestro verdadero gozo. ¿De dónde, en efecto, viene toda la alegría que puede gustar nuestro corazón? De la esperanza del bien ó de su posesión. Jesús nos proporciona uno y otro. *a)* El aleja nuestros temores y funda sólo nuestras eternas esperanzas. *b)* Aun desde acá abajo, su posesión es la del Príncipe de la paz, la del amigo todopoderoso y fiel. Quien posee á Jesús no necesita otro tesoro.

2. Hagamos de todo corazón esta profesión de confianza y de abandono en el Salvador de nuestra alma. Pero, en la práctica ¿hemos hasta ahora comprendido suficientemente esta verdad? Sí. El es todo nuestro bien; ¿á qué este empeño en buscar en otra parte un consuelo siempre escaso y pasajero?

II. 1. No sólo el bien mismo, sino el presagio, la segura esperanza de este bien nos es manantial de alegría. La predicción de los Profetas hacía estremecer de gozo al pueblo fiel; su llegada al limbo consolaba á las almas de los justos. ¡Cuánto más María Inmaculada debe, por este título, llenar de santa alegría el mundo! a) La aurora anuncia la certísima y pronta llegada del sol. Así la Virgen Inmaculada precede muy de cerca á su divino Hijo. b) Las tintas de la aurora provienen del sol y son semejantes á él. Así la belleza de María da idea de la hermosura de Jesús, que es su causa.

2. En el mundo pequeño de todo humano corazón, ¿con cuánta frecuencia es María la aurora del pleno día, esto es, de Jesús conocido y amado? Supliquémosla lo sea para nosotros, si nuestra alma se halla por desgracia entumecida por el frío de la muerte espiritual. Si ya poseemos á Jesús, María puede darnos ese pleno goce de El, que admiramos en los santos. ¡Ojalá que una especial devoción para con María haga crecer en nosotros á Jesús!

III. Anuncio de nuestra propia dicha. — I. Esta Virgen de nuestro linaje, que es al mismo tiempo nuestra Madre, experimenta plenamente, la primera entre todos, los efectos de los méritos de Jesucristo. A la manera que el Apóstol nos muestra en Jesús resucitado el modelo de nuestra resurrección (1) ¿no podemos nos-

(1) Véase, por ejemplo, la epístola 1.^a ad. Cor., cap. XV.

otros contemplar gozosos en María Inmaculada lo que seremos un día por los méritos de Jesucristo?

Ahora bien ¿qué seremos según esta magnífica imagen?

Seremos libres de toda esclavitud del demonio y de las pasiones, puros de toda mancha ante Dios; poseeremos en Dios la perfecta felicidad del alma: felicidad que deliciosamente se derramará en el cuerpo y en todos los sentidos.

María Inmaculada simboliza, pues, la triple dicha de la libertad y del triunfo, de la pureza y del honor, de la posesión de Dios, que es la felicidad infinita.

II. Mientras nos abandonamos al santo gozo de una tal perspectiva, procuremos desde ahora poseer su goce anticipado por el triunfo sobre nuestras pasiones y sobre el demonio, y por una vida de inocencia y de unión con Dios.

COLOQUIO

Ayudados de los Querubines nos entregaremos á una santa alegría y explicaremos á la Virgen purísima nuestros designios y nuestras esperanzas.

**DÍA NOVENO.—Bajo la protección de los Serafines.
María Inmaculada y el género humano.**

(Continuación)

Plan de la meditación.—Una de las meditaciones de la tercera parte hará resaltar más plenamente la eficacia particular de la intercesión de María. Mas al recorrer las relaciones entre María Inmaculada y los hombres ¿cómo olvidar las que nacen de nuestras

necesidades y su socorro? ¿Cómo desatender esta ocasión de fomentar un sentimiento tan indispensable como la confianza? En los dos primeros puntos pondremos dos grandes razones que nos estimulan á recurrir á ella; *los beneficios concedidos por Dios á la Virgen sin mancha, la devoción que nosotros le profesamos*, y el tercer punto nos enseñará *qué género de confianza debemos mostrar con María Inmaculada.*

MEDITACIÓN

«Longe est Dominus ab impiis, et orationes justorum exaudiet» (Prov. XV, 29).

Lejos está el Señor de los impíos, y oirá las oraciones de los justos.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Santísima Virgen radiante y llena de bondad cual se apareció en Lourdes á una humilde aldeana.

2.^O PRELUDIO. Insistamos en pedir la gracia de la novena.

I. Motivo de confianza sacado de los beneficios de Dios.—I. 1. Consideremos, en primer lugar, el papel que desempeña la intercesión de los santos, y las leyes que la rigen.

Dios es infinitamente generoso; pero distribuye sus dones con sabiduría igualmente infinita. El mundo visible y el de la gracia proclaman á porfía las maravillas de su bondad, las cuales, empero, ocultas á nuestros sentidos ó contenidas en el ordinario curso de las cosas, no se manifiestan sino al hombre que cree y presta á ellas vigilante atención. Esta necesidad de una fe diligente para entender y gustar las obras de su amor, nos prueba que Dios pretende someternos acá abajo á

una prueba seria; da pruebas claras de querer que la corona que, en su providencia, nos tiene destinada, se deba no sólo á su munificencia, sino también á su justicia.

Dios, magnífico en sus pasados dones, consiente en serlo también en sus gracias futuras; pero aparte de que es dueño absoluto de dispensar como le plazca sus favores más preciosos; de ordinario quiere que nosotros, correspondiendo á sus primeros impulsos, nos mostremos dispuestos á recibir y emplear bien sus larguezas.

Y así como oculta la vista de sus bondades á quien carece de vigilancia y de fe, así también hallan obstáculo sus gracias en la falta de confianza y de pureza. De modo que el pecado nos aleja doblemente de Dios: ya porque es una ofensa suya, una mancha opuesta á la divina santidad, ya porque nos induce á desconfianza.

En este supuesto, no pocas veces dejaríamos de ser enriquecidos con los dones de la gracia, por la excesiva distancia que de Dios nos hallamos, si no hubiese proveído, en su bondad, que los santos pudiesen interponerse entre El y nosotros con su confianza, inocencia y expiaciones. Admirable combinación: gloriosa para Dios, cuya misericordia prueba y cuya justicia satisface; honrosa para los santos, cuyo crédito ensalza; ventajosa para nosotros mismos, que recogemos su fruto; y confirmación magnífica de la armoniosa unidad que Dios quiere ver reinar entre las criaturas inteligentes y libres. Todas son excitadas á distinguirse en su servicio: las que primero llegan, tienden la mano á las más débiles y expuestas á retrasarse; y las que merecen menos están interesadas en el éxito de las más valerosas.

El poder de intercesión no es idéntico en todos los santos, ni se extiende igualmente á todas las personas

y á todos los casos. En cuanto nos es dado juzgar, depende del grado de gloria de cada uno; del carácter de su santidad, es decir, de la virtud que sobresale más en su vida; finalmente, de los lazos mismos que les unen con sus devotos: lazos de origen, de vocación, de culto. Podemos, en resumen, decir, que los santos pueden tanto más en favor nuestro, cuanto están más cerca de Dios y de nosotros mismos.

2. Dirijamos ahora nuestras miradas á María. Creóla Dios Inmaculada, escogióla por Madre suya é hízola nuestra Madre. Ningún obstáculo media entre tan pura criatura y su Criador: Madre de Dios y Madre de los hombres, ninguna criatura está más cerca de El y de nosotros; ninguna puede hablar con tanta confianza, ninguna tiene tanto derecho á abogar por todas nuestras causas, como que son suyas propias.

II. 1. Demos gracias á Dios por todos los dones de que ha colmado á la Virgen Inmaculada. Si El se digna, por su caridad, aceptar como hecho á sí el bien que deseamos al menor de los suyos ¿no debemos, á nuestra vez, mirar como hecho á nosotros mismos el bien con que regala á nuestra Madre, y del cual luego nosotros nos aprovechamos?

2. Al ver á Dios proveer tan paternalmente á nuestra indigencia y multiplicar los medios para que nada nos falte, aprendamos finalmente que «Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de fortaleza y de amor» (1).

II. Motivo de confianza sacado de nuestros homenajes.—Reconozcamos, ante todo, que no valuamos nuestros homenajes según su valor intrínseco, sino se-

(1). 2.^a Timoth. I, 7.

gún el valor que pueden adquirir por la mirada y el corazón indulgentes de una madre. Por otra parte, no vamos á considerar aquí tanto nuestra acción personal y aislada, cuanto la parte que nos toca en la acción colectiva de la sociedad en que vivimos y á la cual nos adherimos de todo corazón.

1. Somos hijos de la Iglesia, y la Iglesia ha hecho mucho por María Inmaculada. Ella ha conservado preciosamente el rico estuche de la Tradición en que se hallaba encerrada la inestimable joya de la Concepción sin mancha. Ella ha producido los santos y gloriosos defensores de este privilegio. Ella ha permitido el culto de María Inmaculada, hasta el momento en que, á la faz del universo, despreciando las injurias y las burlas de los herejes y de los incrédulos, proclamó solemnemente el dogma de la Concepción sin mancha de la Madre de Dios.

2. Si somos miembros de un Instituto religioso, ó ciudadanos de una región que ha tomado á pechos honrar el privilegio de María, podemos igualmente apropiarnos la parte que á nuestro Instituto ó Patria le cabe en causa tan gloriosa para nuestra Madre.

3. La edad misma en que vivimos, aunque tiene aspectos bien tristes, ha glorificado sin embargo á María Inmaculada. ¡Cuántos libros se han escrito, cuántos templos se han levantado, cuántas y cuán solemnes manifestaciones de fe y de piedad en honor de la Virgen exenta de pecado! Regocijémonos de pertenecer á una época que será tan señalada en la historia de la devoción á la Santísima Virgen.

4. Añadamos á todo esto lo *poco* que hayamos hecho y lo *mucho* que desearíamos ofrecer. Nuestros proyectos sencillos y sinceros serán aceptados como homenajes; pidamos el auxilio de María para llevarlos á cabo:

«*Dignare me laudare te, Virgo sacrata*: Dignaos, Virgen sagrada, concederme que publique vuestras alabanzas.»

Ofrezcamos á María Inmaculada el propósito especial de una viva fe en su privilegio, de una inmensa confianza práctica y de una perfecta pureza, que nos alcance asemejarnos más y más á ella.

III. De qué género deba ser esta confianza.

—I. Nuestra confianza debe ser:

1. La del hijo que recurre á su madre, sencilla y constantemente.

2. La del pecador que une á un profundo conocimiento de su miseria, una valerosa resolución de elevarse siempre y mejorar su conducta.

II. ¿Ha tenido hasta ahora nuestra confianza este doble carácter, ó bien ha estado sujeta fácilmente á la inconstancia; *a)* del que, aficionado demasadamente á una gracia especial, parece no permitir á Dios que le atienda de una manera mejor; *b)* del que se presenta con cierta complacencia en su propia justicia?

COLOQUIO

En un coloquio confiado y lleno de amor, expon-gamos nuestras necesidades. Supliquemos á los Sera-fines que vengan en nuestro auxilio. Repitamos el *Tota pulchra*:

Meditaciones para la fiesta de la Inmaculada Concepción

Primer ejercicio

Plan de la meditación.—Esta fiesta es de las que podemos figurarnos comunes al cielo y á la tierra; mientras que en los infiernos causa una eterna confusión. Esta sola idea divide la meditación en tres puntos: *la fiesta en el cielo; la fiesta en la Iglesia militante y la confusión de los infiernos.*

MEDITACIÓN

«*Laudem ejus enuntiabit ecclesia.*» (Eccli. XXXIX, 14).

La asamblea santa celebrará sus alabanzas.

1.^{ER} PRELUDIO. Contemplemos á María, en la gloria del cielo, resplandeciente con el brillo del sol, teniendo á la luna bajo sus pies, coronada con diadema de doce estrellas.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de sacar de esta hermosa fiesta y de los honores tributados á María, esa especial devoción que santamente deseamos adquirir, como prenda de salud y medio de pureza y perfección.

I. La fiesta en el cielo.—I. Esforcémonos por asistir, en espíritu, al triunfo de María en el cielo.

1. Dios Padre (1), dirige una mirada de inefable amor á la Virgen Inmaculada, como á hija suya predilecta. Dirígale Dios Hijo los conmovedores nombres del Cantar de los Cantares: hermana mía, esposa mía, mi única amada, y complácese en ver en ella á su digna Madre, asociada á su historia y á su obra redentora, predicha desde el principio y celebrada por el ángel en la primera página del Nuevo Testamento. El Espíritu Santo admira las riquezas de que su gracia ha llenado el templo vivo que El mismo escogió para establecer su morada predilecta.

Cómo estos honores recibidos por una humana criatura no nos arrancan esta exclamación: «¡Gran Dios, y qué es el hombre para que tanto le engrandezcáis!» (2)

2. Los ángeles, los arcángeles, los nueve coros de espíritus celestiales vienen á presentarle sus homenajes como á gloriosa Reina suya, y bendicen á Dios por no haber permitido en ella la menor mancha. Podemos imaginar que San Gabriel y los arcángeles le repiten: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.*

3. He aquí que los santos, á su vez, se juntan con los ángeles. Un gozo especial descúbrese en aquellos que durante su vida honraron y defendieron la Concepción Inmaculada de la Virgen.

Pero ¡qué nuevo gozo en aquellos que acaban en este mismo instante de hacer su entrada solemne en el cielo! ¿Seríamos demasiado atrevidos por ventura al creer que es este día, para muchas almas del purgatorio, día de libertad?

(1) No hacemos, evidentemente, más que apropiarse á cada una de las tres Personas divinas, la complacencia que necesariamente es común á toda la Trinidad.

(2) Traducción libre del Salmo VIII, 5 y ss.

II. 1. Detengámonos en esta escena para gustar de ella, y olvidarnos de la tierra. Bendigamos á Dios por esta gloria de María, y á fin de poder un día tomar parte en esta fiesta y regocijo, hagamos hoy el propósito de ser devotos celadores de la Inmaculada Concepción.

2. En este día de *fiesta*, multipliquemos nuestros respetos y nuestras alabanzas. Que sea un día de fe, de alegría, de amor, fomentados por piadosas aspiraciones y cánticos sagrados: *Te Deum*, *Magnificat*.

II. La fiesta de la Iglesia militante.—I. *La fiesta.*—El Pastor supremo invoca de rodillas á María Inmaculada; los templos se llenan de fieles; revístense los Sacerdotes con los ornamentos de las grandes solemnidades; los oradores sagrados celebran el privilegio de María, y una particular confianza resplandece en las miradas que los hombres suplicantes dirigen al cielo.

María sonríe á la tierra con benevolencia. ¡Ah! estos modestos honores le vienen de sus hijos, y sobre ellos descienden, por su mano, las gracias del cielo.

II. *Nuestra participación en ella.*—Demos gracias á María por su bondad y mezclémonos con los suplicantes, que éste debe ser día de confianza, y la confianza se manifiesta por la oración. Roguemos porque: *a)* Somos hijos de María; pero hijos desterrados; miembros de una Iglesia expuesta á las persecuciones; *b)* Nuestros deberes son muy grandes; *c)* Inminentes peligros nos rodean; *d)* Nos tocan de cerca muchas necesidades: necesidades personales, necesidades de nuestros prójimos, necesidades públicas.

Fomentemos este sentimiento rezando el *Memorare* y el *Sub tuum praesidium*.

III. La confusión del infierno.—I. 1. Si el contraste de los enemigos humillados puede completar un triunfo, pensemos en la extrema confusión de Satanás y sus ángeles malos. Ellos habían perdido al mundo por el orgullo y la sensualidad. Una humilde Virgen triunfa de ellos, y en pos de María innumerables hijos de Adán y Eva no cesan de triunfar. ¡Qué día tan funesto para el demonio!

2. Día de triste desesperación para las almas condenadas, víctimas de sus pasiones, de las que, bajo la égida de María, tan fácilmente hubieran podido alcanzar la victoria.

II. En cuanto á nosotros, vayamos al combate con María; esgrimamos en pos de ella las dos poderosas armas de la humildad y la abnegación, y entonemos también con ella un cántico de triunfo: *Regina caeli laetere.*

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio, *a)* Recordemos nuestros proyectos de la novena y pidamos perdón de la infidelidad á nuestras resoluciones; *b)* Ofrezcámonos á ser los defensores de María Inmaculada y á honrarla cada día; *c)* Pidamos aún las gracias deseadas durante estos días.

Pidamos á los nueve coros de los ángeles y á los diversos órdenes de los Santos que nos permitan solemnizar con ellos el privilegio de María.

Con gozo y reconocimiento, aunque confesando nuestra indignidad, entonemos el *Tota pulchra*. Toda hermosa eres, María, y en ti no hay mancha original. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo. Oh María, oh María,

Virgen prudentísima, Madre clementísima, ruega por nosotros, intercede por nosotros con Jesucristo Nuestro Señor.

Segundo ejercicio

Plan de la meditación (1).—Resumiendo, por decirlo así, la figura de María Inmaculada tal cual se presenta hoy á la vista de sus hijos en la tierra, veremos sucesivamente que esta fiesta debe ser para nosotros un día de *obsequios y felicitaciones* porque María Inmaculada es grande; un día de *gozo y de amor*, porque es buena; un día de *fervorosa oración*, porque nuestra miseria es múltiple y profunda.

MEDITACIÓN

«Memores erunt nominis tui, in omni generatione et generationem» (Ps. XLIV, 18).

Tu nombre será transmitido de generación en generación.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Virgen Inmaculada bajo los rasgos de una mujer esplendente de belleza, vestida del sol, teniendo bajo sus pies la luna, coronada de estrellas, aplastando con su pie á la serpiente y recibiendo los homenajes del cielo y de la tierra.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de obsequiar santamente á nuestra Madre Inmaculada.

I. Día de felicitaciones y homenajes.—I. Consideremos la grandeza de María Inmaculada.

(1) Esta meditación presenta un resumen de la precedente novena, para los que no han podido seguir sus ejercicios.

1. ¡Cuán singular es su inmensidad! ¡Entrecuantos hombres es escogida ella sola, para librarse de la ley del funesto contagio! Imaginémonos vivamente estas muchedumbres innumerables que se suceden unas á otras sobre la tierra. Veámoslas producir valientes, genios, santos; pero ninguno exento de pecado original. La ley comprende á todos, menos á María.

2. ¿Y cuáles son los *efectos*, las gloriosas consecuencias de tal privilegio?

Por él, María se prepara á ser Madre del Hijo de Dios, es hija siempre amadísima del Padre y templo por excelencia del Espíritu Santo.

Por él, es verdaderamente llena de gracia, tiene consigo al Señor, y es bendita entre todas las mujeres.

Por él, se libró del pecado, y el fuego de la concupiscencia no logró hacer sentir en ella sus ardores.

Por él, victoriosa siempre del demonio, vino á ser su enemigo más formidable, de suerte que basta su nombre para ponerlo en fuga.

Por él, mereció, aun acá abajo, el respeto de los ángeles, y recibe eternamente allá arriba los homenajes debidos á la Reina del cielo.

3. Este privilegio está confenido en la primera promesa del Redentor, y se halla al principio de nuestra historia. En el curso de ésta, María es figurada y anunciada, de época en época, á todas las edades de la humanidad. Entre su Hijo y ella es la unión tan perfecta como indiscutible, teniendo el Hijo y la Madre, en la Iglesia, destinos paralelos.

II. ¿No tenemos, pues, razón de felicitar á María, y dar gracias á Dios que la hizo tan grande? Fomentemos este sentimiento y expresémoslo con frecuencia durante todo el día.

II. Día de gozoso amor.—I. ¡Cuántos motivos de santa alegría nos proporciona esta hermosa fiesta!

1. Si amamos á María, su privilegio debe penetrarnos el corazón. La fe de este privilegio excita la alegría del amor.

2. Este privilegio ha sido reconocido á costa de trabajos y de luchas, llevadas á cabo en la Iglesia á la cual pertenecemos. Una parte de este honor ilustra el siglo en que nos hizo Dios nacer, y tal vez á la nación ó la Orden religiosa que nos cuenta entre sus hijos.

3. María tiene para con nosotros el corazón de la mejor de las madres, y no deja, usando de su privilegio, de derramar por doquier sus beneficios.

II. Debe, pues, este día llenarnos de un santo gozo; la confianza debe dilatar nuestro corazón. Vayan hoy lejos de nosotros los vanos temores, las angustias, las tristezas; excitemos en nosotros no una alegría sensual y grosera, sino la alegría que, olvidada de sí misma, se goza espiritualmente en la dicha santa de la Madre de Dios. Expresemos con frecuencia este gozo, y repitamos el cántico de María: *Magnificat*.

III. Día de ferviente oración.—I. ¿Qué somos nosotros que así alabamos y amamos?

a) Hijos de María; pero desterrados aún y alejados de nuestra Madre. *b)* Expuestos todavía á perderla para siempre; hechos blanco de los ataques de su enemigo, del cual triunfó ella tan gloriosamente. *c)* Encargados de sublimes deberes, debiendo responder á grandes designios de Dios. *d)* Hijos de una Iglesia perseguida. *e)* Reconociendo alrededor de nosotros tantas miserias y tantas necesidades de todo género.

¡Y María Inmaculada, grande y buena, puede y quiere socorrernos!

II. Este día, pues, debe ser día de plegarias ardientes, confiadas, frecuentes, y tal que por toda la vida inicie en nosotros una devoción especial para con la Inmaculada Madre de Dios.

COLOQUIO

A nuestras felicitaciones á María, añadamos la ofrenda de nuestros servicios. Ofrezcámonos para ser, á la vez, los imitadores y campeones de María Inmaculada. Supliquemos á esta buena Madre que nos admita por estos títulos.

Enumeremos luego las gracias que deseamos obtener.

Y reconociéndonos indignos de alabarla, invitemos á los santos, á aquellos sobre todo que se distinguieron por su devoción á María Inmaculada; invitemos á los coros de los celestiales espíritus á reforzar con sus cánticos nuestros pobres homenajes; entonemos con ellos el *Te Deum* en acción de gracias, y el *Tota pulchra*.

Fiesta de la traslación de la Santa casa de Loreto

10 de Diciembre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significación de esa fiesta.— El título oficial de *traslación de la casa de Loreto* nos indica el objeto de la solemnidad del 10 de Diciembre. La Iglesia conmemora, en el oficio de este día, el famoso santuario de Loreto, el cual debe su celebridad á la extraordinaria consagración que el más augusto de los misterios dió á la humilde morada de Marfa (1). ¡Cuántos santos han orado en la basílica de la *Santa Casa!* (2) ¡Cuántos sacrificios heroicos, cuántas inmolaciones, aun de la misma vida, fueron allí decididas y ofrecidas á Dios por las manos de la Virgen! ¿Y quién contará las gracias que la confianza de los fieles ha alcanzado allí? (3)

La primera concesión de la fiesta, restringida al *Picenum*, data de 1632; la adición á la lección VI y la mención en el Martirologio, es de 1699 bajo Inocen-

(1) «*Virginis natalis domus divinis mysteriis consecrata*». (Oficio de la fiesta, lección 6.^a)

(2) Sobre la autenticidad de la *Santa Casa*, véase la obra del canónigo Ulises Chevalier: *Notre-Dame de Lorette. Etude historique sur l'authenticité de la SANTA CASA.*— París, 1906.

(3) Benedicto XIV, atestigua que los favores son innumerables y cotidianos. *De Festis* l. 2, c. 16, n. 2.

cio XII; la extensión á las otras diócesis fué concedida á petición de las mismas desde 1719.

Plan de la meditación.—A la mayor parte de nuestros lectores falta sin duda la ocasión de visitar el santuario de Loreto; pero el recuerdo de su piedad se fija en algún otro santuario piadoso. He ahí porqué, en lugar de tratar de la materia particular que esta festividad ofrece directamente á nuestra meditación, hemos preferido esta vez fijar nuestra atención en otra más universal, ya que nos da ocasión de considerar delante de Dios, las peregrinaciones á santuarios de la Virgen Santísima. Cuál es su carácter y su *utilidad*; qué *sentimientos* debemos fomentar para con este género de devoción; con qué *disposiciones* debemos tomar parte en él: estas tres cuestiones dividen nuestra meditación.

MEDITACIÓN

«*Praeoccupemus faciem ejus in confessione*»
(Ps. XCIV, 2).

Apresurémonos á presentarnos ante el Señor para glorificarle.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos una hermosa iglesia á la cual hemos venido en peregrinación. Unos á otros se suceden numerosos peregrinos, que oran en ella con grande fervor.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de profesar á María una ferviente piedad, sencilla y sabiamente discreta.

I. Naturaleza y utilidad de los santuarios.—I.

1. La casa de la Virgen es acabado modelo de los templos y santuarios que son objeto de peregrinaciones. Aunque la Madre de Dios no esté corporalmente

presente en estos lugares benditos, á lo menos puede decirse que está allí en espíritu, que los visita, que mora en ellos por las gracias que allí dispensa á sus fieles.

2. Mas ¿por qué se complace María en ciertas moradas especiales? Nuestra propia utilidad explica esta elección. Las peregrinaciones dan margen á meritorios sacrificios: incomodidades del camino, de la estancia, etcétera; provocan públicas manifestaciones que fomentan y desarrollan la fe; las privaciones aceptadas, á ejemplo de los demás, y el recuerdo de favores concedidos, ponen en los labios oraciones más confiadas y mejores. A las veces también las súplicas y las virtudes de algún Santo y la devoción de los habitantes, han atraído sobre una localidad particulares bendiciones.

II. Demos gracias á Dios de haber multiplicado en nuestro país, alrededor de nosotros, los santuarios de la Virgen Santísima. Gocémos de los honores que allí ella recibe y roguémosla prosiga en sus bondades.

II. Nuestros sentimientos tocantes á las romerías.—I. La frecuentación de los santuarios es una forma de devoción á que debemos conceder una sabia y prudente estima. No apreciarla sería contradecir á la Iglesia que la admite y la fomenta, y apartarse de esa cristiana sencillez que no se abandona sin algo de orgullo. Pero debe este aprecio ir acompañado de sabiduría y de prudencia, á fin de que nuestra piedad no se fije supersticiosamente en un lugar, en un objeto material, ni vayamos á suponer en la Santísima Virgen un poder y una voluntad de socorrernos, circunscritos á cierto linaje de invocaciones determinadas.

II. 1. Tomemos, pues, moderadamente parte en las peregrinaciones, persuadidos de que así atraeremos

sobre nosotros más abundantes gracias; mas no corramos á los santuarios á expensas de lo que exige nuestro estado ó nuestra profesión. No nos quejemos de que la pobreza ó la obediencia, ó los deberes nos tengan alejados de ciertos santuarios: María está pronta á oirnos en todo lugar, y más agradables le seremos cumpliendo fielmente nuestros deberes, que tratando de eludirlos para visitar sus santuarios.

2. Examinemos, á este propósito, las cualidades de nuestra devoción. ¿Es sencilla y digna, se funda sobre principios elevados?

III. Las buenas disposiciones del peregrino.—

I. *Disposiciones negativas.*—1. Hay que apartar resueltamente la curiosidad y la disipación. ¡A cuántos pretendidos peregrinos podría aplicarse la palabra del Evangelio: «Vinieron muchos á Betania, no por Jesús solamente, sino por ver á Lázaro resucitado por Jesús» (1). La grandeza del objeto propuesto en una verdadera peregrinación debe hacernos prescindir de cualquier otra mira. Si deseamos ser oídos, demostramos ante todo el valor que nosotros mismos damos á la gracia pedida.

2. Es también preciso librarnos resueltamente de toda práctica extraña, singular, mezquina ó supersticiosa. Respetemos la fe sencilla de esas buenas gentes, á quienes excusa su simplicidad; pero respetemos también la Religión, cuyo honor se compecece mal con prácticas ridículas.

3. Si ejercemos alguna autoridad sobre algún santuario, vigilemos para prevenir ó eliminar con prudente energía toda demostración menos correcta, ó

(1) Joan, XII. 9

capaz de ser tomada en broma; prohibamos resueltamente todo tráfico, aun en los subalternos, y todo procedimiento que pueda hacer suponer en nosotros miras interesadas. Acordémonos de las graves palabras del Soberano Pontífice: «En vano se esperan abundantes bendiciones del cielo, cuando nuestro homenaje al Altísimo, en lugar de subir en olor de suavidad, pone por el contrario nuevamente en manos del Señor el látigo con que antiguamente echó el divino Redentor del templo á los indignos profanadores» (1).

II. *Disposiciones positivas.*—1. La peregrinación, por su naturaleza, asocia la piedad y la mortificación. Dispongamos, pues, nuestra alma con perfecta pureza; ofrezcamos oraciones recogidas y fervorosas; impongámonos algunos verdaderos sacrificios.

2. Al pedir gracias, observemos el orden indicado por el Señor: primero los bienes espirituales, después los intereses temporales.

3. Fomentemos sentimientos de confianza.

4. Aprovechémonos de nuestra autoridad para asegurar, en todas las ceremonias del culto, la decencia y la observancia de las reglas prescritas. Que todo edifique, que nada escandalice.

Las peregrinaciones, entendidas de este modo, serán para nosotros un fructuoso medio de fomentar el fervor.

COLOQUIO

Roguemos á San Juan Berchmans, tan devoto de la Virgen de Monteagudo, á San Benito Labre ó á algún otro santo peregrino, nos enseñen las disposiciones con que ellos llevaban á cabo sus piadosas peregrinaciones;

(1) *Motu proprio* sobre la música sagrada, 22 de Nov. de 1903

y ofrezcamos á la Virgen nuestro deseo de honrarla constantemente en todo lugar. *Ave María.*

Fiesta de la Expectación de la Virgen Santísima

18 de Diciembre

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de la fiesta.—Antiguamente ninguna fiesta se celebraba en tiempo de cuaresma. Como por esta causa se hallaba muchas veces impedida la celebración de la fiesta de la Anunciación á 25 de Marzo, el 10.º Concilio de Toledo (656) fijó su solemnidad á 18 de Diciembre. Al volver más tarde España á la costumbre romana de celebrar la Anunciación el 25 de Marzo, quedó, sin embargo, el 18 de Diciembre como día consagrado al culto de María. El oficio del tiempo en que la Iglesia multiplica la expresión de sus ansias por la venida del Salvador, excitó naturalmente la idea del ardiente deseo en que María se abrasaba de ver nacido á Jesús y de la perfecta preparación de su corazón. Así es cómo el 18 de Diciembre pasó á ser la fiesta de la Expectación de la Santísima Virgen. Esta solemnidad, grande ya por los recuerdos que evocaba, recibió nuevo lustre después de la conquista de Granada, que tuvo lugar á 2 de

Enero de 1492 y fué acompañada del bautismo de innumerables sectarios de Mahoma.

Aprobada esta fiesta en 1575 para España por *Gregorio XIII*, introducida en 1725 en los Estados del Papa, extendióse á otras regiones, sobre todo desde fines del siglo XVIII, haciéndose así una fiesta universal.

Plan de la meditación.—Procuraremos seguir en la meditación las indicaciones de la Santa Iglesia, que une el homenaje á María con la expectación del Redentor. Tres puntos: *María posee á Jesús; María aguarda el nacimiento de Jesús; debemos vivir esperando al Salvador.*

MEDITACIÓN

«*Defecit in salutare tuum anima mea*» (Ps. CXVIII, 81).

Languideció mi alma en espera de tu salvación.

1.^{ER} PRELUDIO.—Imaginémonos la humilde casa de Nazaret.

2.^O PRELUDIO.—Pidamos la gracia de imitar á nuestra Madre por el fervor de nuestras ansias y deseos del Salvador,

1. María posee á Jesús.—I. La mirada parece fijarse con particular emoción en María, en estos últimos días de preparación en que es inminente la venida del Salvador. Acerquémonos á ella poseídos de santo respeto. Ella es verdaderamente, en estos días, el arca de la alianza, que contiene al consumidor del Antiguo testamento y autor del Nuevo; ella es tabernáculo vivo del *Sancta-Sanctorum* en que habita el Hombre

Dios; Ella, como Madre de Dios, trae consigo por doquiera á su Hijo cuya existencia se confunde con la suya.

II. Ofrezcámonos á servirla durante este período, y mientras la prestamos todos nuestros servicios, admiremos su sencilla humildad, que nada deja entrever por defuera; que observa una magnífica discreción cuyo mérito comparte San José; admiremos aquel recogimiento que la abisma más y más en su Señor; aquella pureza perfecta siempre á la cual, con todo, la presencia de Jesús da ahora una especial razón de ser; aquel amor, cuyos ardores se desbordan en frecuentes y abrasados actos; el sumo cuidado con que guarda á Jesús y evita cuanto pudiera dañar al fruto bendito de su vientre.

Insistamos en tan útil contemplación, repitiendo de cuando en cuando: «*Mater admirabilis, ora pro nobis*; Madre admirable, ruega por nosotros.»

II. La expectación del Redentor.—I. María deseaba ardientemente el nacimiento de Jesús

1. Toda madre ansía el momento en que verá con sus ojos el hijo que Dios le ha dado. Esta vista la compensará de largas penalidades, y podrá dedicarse por completo al bien de esa criatura, á cuidarle y amarlo. Este mismo es, pero ¡mucho más intenso! el deseo que consume el alma de María. ¡Ver á su Hijo! ¡Ver la carne de su Dios; prodigarle sus cuidados! Toda su vida se emplea en este deseo.

2. María no desea menos la venida de Jesús como Salvador. Entristecida por los males de su pueblo y por todas las miserias que sospecha en el resto del mundo, no ignora ninguna de las magníficas esperanzas que en las profecías de Isaías se contienen sobre el

reino mesiánico. ¡Oh, suspira ella, comience pronto este reinado pacífico y bienhechor! ¡Que no tarde á extenderse sobre el mundo entero!

II. Nosotros vivimos en este reino; mas ¡cuán lejos está de haber alcanzado todo su esplendor! ¡Qué de tinieblas, de pecados, de desdichas, cerca ó lejos de nosotros! ¡Cuán de corazón debemos pedir aquí la extensión del reino de Cristo y cooperar á ello con nuestras oraciones, nuestras limosnas, nuestro trabajo! ¿No habrá tal vez Dios depositado en mi alma, si soy joven, el germen de una vocación de misionero?

Repitamos también con la Iglesia el Salmo LXXXI: *Memento Domine, David*. Acordaos, Señor, de las magníficas promesas hechas á David y su heredero; del trono que le destinasteis; de la confusión que debe cubrir á sus enemigos! ¡Y sin embargo se despliega á nuestros ojos un lamentable espectáculo de pecados y de errores! ¿Dónde están, Señor, aquellas magníficas promesas? ¿Cuándo, pues, ese Hijo reinará de un mar á otro mar y hasta los confines de la tierra?

III. Nuestra expectación del Salvador.—I. Como cristianos, todos nosotros poseemos á Jesús, tenemosle por la fe, y sobre todo por la gracia; mas esta posesión puede hacerse más fuerte, más completa. Jesús crece en nosotros á medida que sus virtudes ornan más nuestro corazón y nuestra vida, y que su presencia produce mejor en el alma sus ordinarios efectos de pacificación deliciosa.

En este sentido podemos aplicarnos á nosotros mismos la súplica de la Iglesia: «*Rorate coeli desuper et nubes pluant justum!* Descienda, cielos, vuestro rocío y las nubes lluévannos al justo.» Y debemos reproducir estos días en nosotros el recogimiento, la

pureza, el deseo, el amor, todas las virtudes que constituyeron la magnífica preparación de María á la venida del Redentor.

II. Propongamos aquí prácticamente cómo debemos portarnos para pasar estos ocho días disponiéndonos á la hermosa fiesta de Navidad.

COLOQUIO

Acabemos la meditación ofreciendo nuestros propósitos á María y pidiéndola los bendiga y nos preste su corazón para recibir y guardar á Jesús. *Ave María.*

APÉNDICE

Novena para adquirir la devoción á la Santísima Virgen

DÍA PRIMERO.— Fin y medios

Plan de la meditación.— Veremos sucesivamente la *alteza del fin* que nos proponemos; el *medio general* para alcanzarlo; la *práctica que debemos adoptar* mirando á este fin.

MEDITACIÓN

«*Qui mane vigilant ad me, invenient me*» (Prov. VIII, 17.)

Los que madrugan por buscarme, me hallarán.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos á la Santísima Virgen con el aspecto de la mujer incomparablemente grande y bella que describe San Juan en el Apocalipsis: ves-

tida del sol, coronada de estrellas y con la luna á sus pies.

2.º PRELUDIO. Pidamos la gracia de concebir una fervorosa devoción hacia la Santísima Virgen.

I. Alteza del fin.—¡Cuán inestimable resultado, y cuán lleno de las más bellas consecuencias para nosotros y para el prójimo, sería que la Virgen Santísima pudiese, al concluir esta novena, reconocernos como devotos siervos suyos; que nuestra devoción á ella fuese verdaderamente grande y sólida: grande por su intensidad, sólida por sus fundamentos y su duración. En efecto:

1. Todos queremos *salvar* nuestra alma. Esto es para nosotros indiscutible; mas, por desgracia, no sacamos siempre la consecuencia lógica de ello. Porque ¿cómo es posible que no demos suprema importancia á cuanto puede apartarnos del peligro de perdernos ó aumentar la seguridad de nuestra salvación? Ved cómo, en las cosas presentes, los cuidados y las precauciones crecen en el hombre según la importancia del interés comprometido. ¡Cuánta inquietud causa el colocar ó guardar una grande suma! ¡Con qué ansiedad se espera el resultado de un importante negocio! Si la salud, ó la vida dependiesen de un solo acto ¡cuánto caso se haría de todo lo que pudiese contribuir á evitar un suceso desdichado! ¿Consentiríamos en que se hiciese, si supiésemos haberse omitido una sola precaución? ¿Y no convendría proceder con la misma prudencia al tratarse de la vida eterna?

2. Todos, más ó menos, queremos santificarnos. Sin embargo, hay que presentar categóricamente la cuestión de si esta voluntad es *seria*, ó si, contentos con algunos deseos ineficaces, usamos de una semi-disimu-

lación que nos adormece y engaña. Llamados como estamos á la santidad, todo nuestro interés estriba en quererla de veras. Esta voluntad enérgica, aunque no logre verse coronada con un éxito completo, nos elevará más que el resignarnos á una medianía.

3. Ahora bien, la verdadera y sólida devoción á la Santísima Virgen es más que una probabilidad cualquiera de eterna salvación: es una prenda cierta. Y esta misma devoción es medio seguro para hacer rápidos progresos en la vida espiritual. Esta es la persuasión de los santos, y ha pasado casi á proverbio: que un hijo de María jamás se condenará. Interrogado *San Juan Berchmans*, la víspera de su muerte, sobre cuál era el más poderoso medio de que se había él servido para tender á la perfección, indicó sin vacilar, el amor y la devoción hacia María (1). Contentémonos hoy con esta razón, porque merecen ser tenidas en mucho las persuasiones que guían á los santos. Hablan por experiencia; Dios les ilumina *prácticamente*, y viven en un orden sobrenatural, en que las luces de lo alto suplen de por mucho á las demostraciones.

II. Medios generales que conviene emplear.—

1. Ante todo persuadámonos bien de que la devoción á la Virgen se halla á nuestro alcance. Responde demasiado á las miras de Dios y á los títulos que damos á María, para que titubeemos en creer que dependa de nosotros el profesarle una ardiente devoción. ¿Por ventura la Madre de Dios no es nuestra Madre? Lo que se dice de la Sabiduría, bien podemos, con la Iglesia, aplicarlo á la Madre de la Sabiduría encarnada:

(1) CEPARI, *Vida de San Juan Berchmans*, p. 2, § 20.

«Los que me buscan con cuidado, me hallarán... Mis delicias son morar con los hijos de los hombres» (1).

2. Los medios generales son: *a)* La oración humilde y confiada; *b)* La aplicación á estudiar esta devoción, su naturaleza, sus ventajas; *c)* El fervor en practicar los ejercicios de esta novena. ¿Es por ventura demasiado el esfuerzo de nueve días para alcanzar un resultado eterno?

III. Lo que hay que practicar.—1. Ofrezcamos á María alguna especial oración que rezaremos cuidadosamente cada día.

2. Seamos, en honor suyo, muy fieles en cumplir el principal deber de nuestro estado. Si ninguna tarea espiritual se impone manifiestamente como principal, escojamos alguna para entregarnos particularmente á ella durante la novena.

3. Observemos una perfecta caridad para con el prójimo. Nada será tan agradable á María, como ver que sus hijos se aman entre sí. Vigilemos sobre nuestros sentimientos y palabras, y practiquemos frecuentes actos de caridad.

COLOQUIO

Ayudados de San Juan Berchmans ó de algún otro siervo de María, supliquemos á la Virgen se digne aceptar los esfuerzos que nos proponemos hacer para más amarla y servirla. *Ave María.*

(1) Prov. VI, 17, 31.

DÍA SEGUNDO.—La devoción á la Santísima Virgen
y la salvación

Plan de la meditación.—Esta meditación está destinada á hacernos comprender mejor el lazo que une la devoción á la Virgen Santísima con nuestra salvación. Veremos sucesivamente la *seguridad de la salvación* contenida en la devoción á la Virgen; la *devoción requerida* á este efecto; y la *razón* por la cual este efecto de la salvación está especialmente vinculado á la piedad para con María.

MEDITACIÓN

«*Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a Domino*» (Prov. VIII, 35).

El que me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación.

1.^{ER} PRELUDIO. Postrémonos, como en la anterior meditación, fija nuestra mirada en el esplendente trono que ocupa la dulce y gloriosa Reina del Paraíso.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de una filial devoción á la Madre de Dios.

I. Garantía de salvación.—I. 1. La predestinación de los devotos de María ha venido á ser una de las verdades prácticas, que se demuestran por la persuasión misma de los fieles y cotidiana predicación de los oradores sagrados. Dios no permite un error universal en el pueblo católico sobre un punto de dogma ó de cristiana perfección. Ahora bien, hace ya muchos siglos que, de lo alto de la sagrada cátedra, en las ciudades y en las aldeas, se inculca al pueblo la convic-

ción de que un hijo de María no puede perderse. Y la jerarquía católica, no sólo permite sino que fomenta esta doctrina yaun la formula en documentos emanados de la autoridad suprema. Así es cómo se ha engendrado una confianza general, que no puede salir fallida.

2. Innumerables hechos tienden á confirmar esta persuasión. Ciertamente no todos estarán bien comprobados, muchos son controvertidos y lo serán en adelante; pero, en conjunto, son de tal naturaleza que no permiten negar prudentemente la protección extraordinaria con que se complace María en cubrir á cuantos se refugian bajo su manto. Recordemos lo que se narra de las promesas hechas á los fundadores de las Ordenes Religiosas; las maravillas del escapulario y de la medalla milagrosa; las asombrosas conversiones debidas á alguna práctica piedad para con María, último resto de un espiritual naufragio, que todo lo había tragado.

3. La razón misma nos conduce á esta conclusión. Dios ha dotado á María del poder de Madre de Dios y del corazón de Madre de los hombres. Aunque la ley providencial que exige nuestra cooperación, no la permite salvarnos en tanto que no recurrimos á ella ¿quién no ve claramente, por otra parte, que su influencia no aguarda sino nuestra oración, nuestro llamamiento de hijos, para usar en favor nuestro del crédito ilimitado de que goza para con el Señor?

II. Concibamos un gozo lleno de gratitud para con Dios, al ver los medios de salvación que pone en las manos de cuantos tienen buena voluntad.

II. Qué devoción se requiere.—I. La seguridad de la salvación se concede á los hijos de María. Basta, pues, que una verdadera devoción les permita llevar

este nombre. Pero la devoción, para ser verdadera, debe ser, además, sincera y cristiana.

1. La devoción debe ser *sincera*. Es preciso que el corazón quiera verdaderamente honrar á María y testificarle su confianza. Por lo demás, ninguna práctica en particular se requiere nominalmente; pero la que se adopte debe ser significativa. Debe manifestar nuestra inclinación á recurrir de un modo filial á esta buena Madre.

2. La devoción debe ser *cristiana*, y por consiguiente animada de ese espíritu sobrenatural que lo refiere todo á la santificación del alma, á la vida eterna. El estado de gracia no es indispensable: aun mientras uno es pecador puede, por María, obtener los medios de recobrar la gracia de Dios y llegar al término de la predestinación (1). Pero se ha de tener al menos cierto deseo de volver á la gracia de Dios, determinada voluntad de obrar mejor, y á este progreso deben dirigirse las prácticas de devoción á María. Por lo demás, á esto tienden por sí mismas; denotan un principio de buena voluntad que termina en una completa conversión á Dios. Basta, pues, y es en gran manera necesario, excluir toda presunción; no buscar en una práctica de devoción á la Virgen el medio de continuar pecando impunemente, porque María conduce á Jesús y no puede secundar el odioso cálculo de honrar á la Madre, para permanecer alejado del Hijo.

Aunque la condición esencial es fácil de cumplir, no puede dudarse, sin embargo, de que la devoción á María producirá tanto más segura y magníficamente sus saludables efectos, cuanto la entrega de sí mismo sea mayor y más sincera y nazca de un corazón más exento de faltas y más lleno de amor de Dios.

(1) BOURDALOUE, *Sermón sobre la devoción á la Virgen*. 2.^a p.

II. Examinemos si hasta el presente hemos colocado nuestra seguridad en el sacrificio del corazón más que en alguna práctica exterior; compulsemos con cuidado si hemos apartado de nosotros toda disposición presuntuosa.

Y, en adelante, vayamos más allá de lo preciso; perfeccionemos nuestra devoción á María para recoger sus frutos con mayor abundancia.

III. Naturaleza de esta garantía.—I. 1. La devoción á María no cambia ninguna de las condiciones de la eterna salvación. Esta es don exclusivo de la gracia de Dios, que obtenemos por los méritos de Jesucristo, al paso que exige nuestra cooperación; pero esperamos de María un socorro, una plegaria que haga descender sobre nosotros aquellos especiales favores, por cuyo medio sabe Dios que moriremos en su amistad. Y por esto es la devoción á María señal y prenda de predestinación, porque nos rodea de esa especial intercesión.

2. Siendo esto así ¿por qué celebrar esta seguridad de la salvación como dote de la devoción á la Santísima Virgen? ¿Perecerá por ventura el que verdaderamente se entregue á Jesús y á su divino Corazón? Es evidente que no; porque ¿cómo dudar del poder ó de la bondad del Salvador amadísimo de nuestras almas, del que crió á María, del que siempre acogió tan tiernamente á los pecadores capaces de humillarse?

Hallaremos la contestación á esta dificultad si pensamos que, para lograr cualquier fin, no basta tener un medio; es preciso además ponerlo en práctica. Jesucristo es juez al mismo tiempo que Salvador; es el mismo ofendido: claro es, pues, que no le será fácil al pecador concebir para con El una devoción llena de

confianza. Después de la falta ¿no es el grito natural del alma, aquel que la sola vista de un milagro arrancaba á San Pedro: «Señor, apartaos de mí, que soy hombre pecador?» (1) Mas el obstáculo de la desconfianza desaparece si podemos presentarnos á El apoyados por una Virgen purísima, en quien no hay más que misericordia. He aquí cómo María completa accidentalmente el plan divino de nuestra Redención y cómo, sin quitar nada á la gloria del Hijo, salva ella á todos sus hijos.

II. Bendigamos á Dios, cuya suave Providencia se complace en allanarnos los caminos de la salvación. No contento con ser misericordia infinita, ha querido una Madre de misericordia que le traiga á sus hijos arrepentidos y confusos.

COLOQUIO

En el coloquio, después de confirmar nuestros propósitos de alimentar hacia María una perfecta devoción, suplicaremos á esa buena Madre abogue por nosotros con su divino Hijo y saque, una vez más, verdadera aquella palabra: «Un hijo de María jamás se perderá.» *«Assidue precare Jesum Filium tuum et Dominum nostrum.* No dejes de rogar por nosotros á Jesús, Hijo tuyo y Señor nuestro» (2).

DÍA TERCERO.—La devoción á la Santísima Virgen y la perfección

Plan de la meditación.—En dos puntos sucesivos veremos que, *sin la devoción á la Santísima Virgen no*

(1) Luc. V, 8.

(2) Oficio de las fiestas de la Virgen, lección 6.^a tomada de SAN JUAN CRISÓSTOMO.

hay perfección, y que esta devoción nos proporciona poderosos medios para adelantar espiritualmente. En el tercer punto trataremos de confirmar esta doctrina por el testamento de Jesucristo en la cruz.

MEDITACIÓN

«In viis justitiae ambulo... ut ditem diligentes me et thesauros eorum repleam» (Prov. VIII, 20, 21).

Ando por los caminos de la justicia... para enriquecer á los que me aman y llenar sus tesoros.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos que estamos en el Calvario y oímos á Jesús que dice á San Juan, señalando á María: *Ecce Mater tua*. He aquí á tu Madre (1).

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de una devoción fervorosa á María.

I. Sin devoción á la Virgen Santísima no hay perfección.—I. 1. Así en los actos más solemnes como en sus prácticas cotidianas, la Iglesia nos inculca la devoción á María. «Mil veces se nos ha repetido que por ella dispensa Dios sus dones, y que los hace pasar por las manos de esa Virgen al comunicárnoslos» (2). No somos del número de aquellos, que ignoran de buena fe el misterio de la Madre de Dios y su intervención en la economía sobrenatural; y siendo esto así ¿no sería una especie de infidelidad, no practicar lo que la Iglesia practica? ¿No sería presunción querer prescindir de lo que los santos declaran indispensable ó muy útil? Infidelidad y presunción incompatibles con

(1) Joan. XIX, 27.

(2) BOURDALOUE, *Sermón sobre la Devoción á la Santísima Virgen*, 2.^a p.

las disposiciones de un alma que desea adelantar en los caminos de Dios.

2. La perfección supone gracias especialísimas. ¿No nos es preciso reconocer que las hemos positivamente desmerecido? Por consiguiente, la adquisición de la perfección reclama de nuestra parte el empleo de todos los medios y, entre estos medios, se halla la devoción á la Santísima Virgen.

II. Examinemos si, al trabajar por nuestra santificación, hemos faltado directa ó indirectamente á la humildad ó á la prudencia.

II. La devoción á la Virgen Santísima medio positivo de adelantar espiritualmente.—I. 1. Por esta devoción añadimos á los méritos santificantes de nuestro Redentor una intercesión todopoderosa para obtener que nos sean aplicados á nosotros, aprovechándonos así de todos los auxilios que nos están reservados en el plan divino.

2. Por ella fomentamos en nosotros la humildad; y, tengámoslo bien presente, sería ilusorio nuestro deseo de perfección, si no estuviésemos firmemente decididos á la humildad con todas sus consecuencias.

3. Esta devoción alienta nuestra confianza. La confianza es necesaria para aspirar á la santidad y sacrificarnos generosamente á Dios desde un principio; es necesaria en todo lo largo del camino, ya para sostener nuestro ánimo cuando el trayecto parece largo, fatigoso, monótono, ya para no desalentarnos con los retrasos, las debilidades y las caídas.

Ahora bien, la experiencia nos muestra que la devoción á María alienta la confianza: de tal modo el recuerdo de esta Madre está lleno de ternura y de bondad.

II. Según estos datos, consideremos si tomamos

con empeño el cumplimiento de nuestras santas resoluciones de progreso espiritual. Lamentemos nuestros errores y reanudemos alegremente y más ilustrados el camino emprendido hacia un término tan digno de todos nuestros esfuerzos.

III. El testamento de Jesucristo en la cruz (1).

1. De lo alto de la Cruz, Jesús confía su Madre á San Juan, al cual recomienda un amor y una abnegación verdaderamente filiales. ¿Podemos dudar de que María consagró un afecto maternal á este discípulo, que procuraba reemplazar para con ella, los afectos y cuidados de Jesús?

2. Pues bien, Juan representa de un modo especial las almas delicada y valerosamente fieles al Señor. Raros son los amigos de Jesucristo que arriman el hombro á la cruz; raros los que se entregan á la perfección y aceptan una vida crucificada. Al pensar que el Evangelio está escrito para nuestra instrucción y provecho; que las enseñanzas de Jesús tienen siempre sugestiva actualidad ¿podemos dejar de inferir, de la sublime escena contada por San Juan, que Jesús dice á todos los que desean señalarse en su servicio: «Tomad, adoptad á mi Madre»? Y todas las palabras de Jesús van dirigidas á nuestro bien. He aquí por qué el testamento de Jesús nos recomienda la devoción á su Madre Santísima, como medio de perfección.

(1) Notaráse que nuestro raciocinio es independiente de la interpretación literal que se da á este pasaje del Evangelio. Subsiste enteramente, aun cuando Jesús no hiciese más que recomendar su Madre al discípulo amado.

COLOQUIO

En el coloquio, imaginándonos junto al Calvario, aceptaremos el precioso legado que se nos hace. María será siempre nuestra, por el tierno y constante afecto que no dejaremos de profesarle. Confiemos también á esta buena Madre nuestros proyectos de adelanto espiritual para que ella los confirme y bendiga: «*Monstra te esse Matrem*. Muestra que eres Madre».

DIA CUARTO.—La devoción á la Santísima Virgen
en el sentimiento

Plan de la meditación.—Emprendemos ahora una importante cuestión que tenemos particular empeño en resolver. ¿En qué consiste la devoción á la Santísima Virgen? Investiguemos ante todo la parte que en esta devoción toca á la voluntad y al sentimiento, dejando para las dos siguientes meditaciones la que toca á la palabra y á las prácticas exteriores ó sea las obras.

Veremos en primer lugar, que la devoción reside *esencialmente* en la voluntad, indicaremos luego los *sentimientos* que ella le inspira, para preguntarnos finalmente *cómo adquiriremos estos sentimientos*.

MEDITACIÓN

«*Dilige eam et conservabit te*» (Prov. I, 8).

Ámala y te conservará.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos, como en las precedentes meditaciones, á la Virgen en el trono de su gloria, majestuosa y buena.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de una ardiente y constante devoción á la Madre de Dios.

I. La devoción y la voluntad.—I. La devoción es una disposición de la voluntad á la cual hace pronta para el servicio de Dios (1). Ahora bien, nosotros servimos á Dios glorificándole en sus obras y en sus santos.

La veneración, la admiración, la confianza que manifestamos á sus escogidos, es agradable á Dios. Estos homenajes hacen resaltar su bondad y el valor de los méritos de su divino Hijo. Nuestra devoción á los santos tiene, pues, como término definitivo, á Dios (2); y consiste también en la prontitud en honrarles y complacerles.

La elección incomparable con que María fué favorecida y los designios misericordiosos de Dios sobre nosotros, colocan su culto por encima de toda devoción á los demás santos.

Pues bien, el asiento de esta devoción es la voluntad, y se mide por el afecto que á María profesamos: María pide nuestro corazón.

II. ¡Cuán fecunda puede ser esta simple idea! ¿En nuestro deseo de complacer á la Virgen Santísima, nos hemos aplicado lo bastante á fortalecer las disposiciones esenciales, es decir, la persuasión de la inteligencia y el afecto de la voluntad? De la voluntad, entendámoslo bien, no de nuestra sensibilidad, cuyas impresiones no están en nuestra mano. ¿No nos hemos arrojado tal vez con ímpetu á los actos exteriores y prácticos?

Corregir este error será preparar los caminos á una devoción sólida y durable.

II. Sentimientos que inspira la devoción.—I. 1. Toda devoción verdadera está compuesta de *aprecio*

(1) D. Thom. 2, 2, q. 82, a. 1.

(2) Idem a. 2, ad 3.

y de *amor*. ¿Qué otro móvil, fuera del interés, podría hacernos prontos al obsequio y al servicio? Las necesidades de nuestra condición presente añaden un tercer sentimiento: la *confianza*.

Comprende, pues, la devoción á la Virgen Santísima: a) Un profundo *respeto*, fundado en una altísima estima de las grandezas y prerrogativas de María. Este respeto induce á dignos homenajes y va dirigido á *la Madre de Dios*. b) Una completísima *confianza* en la bondad de María. Ningún honor es tan apreciado por una madre, como el crédito que se la reconoce para con su hijo, y el caso que se hace de su amor. Esta confianza corresponde al papel que María desempeña en la obra de la Redención; provoca un recurso perpetuo á ella y va dirigida á *la Madre del Salvador*. c) Un *amor* que identifica la causa de María con la nuestra, haciéndonos felices con su gloria, celosos de su honra, prontos á buscarle servidores, y, moviéndonos á todo servicio suyo, nos impele hacia María como hacia nuestra madre.

A medida, pues, que el conocimiento más claro de las grandezas, de la bondad, del oficio de la Virgen Santísima, aumenta en nosotros el respeto, la confianza, el amor; la devoción misma va acrecentándose, y si consideramos el valor de esos títulos ¿quién podrá señalar un límite á estos santos y dichosos aumentos?

2. El amor que identifica los intereses de María con los nuestros, nos inclinará como naturalmente á admitir las prerrogativas de la Virgen, aun las que no nos impone la fe: no ciertamente para creerlas con igual certeza, sino para aceptarlas con la inteligencia entre tantas otras persuasiones en que nuestro espíritu descansa sin exigir una rigurosa demostración. Ved, en efecto, cuán crédulo es el hombre en admitir

sus propios elogios, en reconocer las cualidades que en él ó en los suyos supone una gran benevolencia. ¿Cree por ventura, obrando así, faltar á la discreción, dejar de ser razonable? Y tratándose de la Santísima Virgen, ¿su divina maternidad no basta para presumir con razón que Dios, que la escogió, no le ha negado ninguna de las cualidades propias para realzar á la Madre de su único Hijo?

3. ¡Por desgracia son muchas las blasfemias que se profieren y escriben contra la Madre de Dios y de los hombres! ¿Cómo amar á esta Madre y no sentir, al oirlas ó leerlas, una punzante *tristeza*, que sólo halla consuelo al pensar en los honores de que María es objeto en el Paraíso?

II. Examinemos nuestras disposiciones interiores para con María, y lamentémonos de no haber sido hasta el presente del número de sus siervos fervorosos, penetrados de respeto, de confianza y de amor para con ella.

III. **Cómo adquiriremos los sentimientos de la verdadera devoción.**—1. *Medios.* a) *Rogar* á María y á los santos que le fueron especialmente devotos. Esta oración ilumina el entendimiento y mueve la voluntad.

b) *El estudio y la meditación.* Procuremos adquirir sobre María, sus grandezas y su misión, nociones exactas y proporcionadas á nuestros medios y á nuestra instrucción general. Para amar hay que conocer. Desarrollemos estas nociones mediante la reflexión y la meditación, hasta adquirir esas ideas precisas y profundas, que se gravan en el espíritu como un principio constante de dirección práctica.

2. ¿No era por falta de alimento que nuestra devoción á la Madre de Dios se hallaba como vacía y lánguida? Deploremos nuestra negligencia y enmendémonos para delante.

COLOQUIO

Pidamos en el coloquio consagrar en adelante á María un respeto lleno de la más confiada ternura, y tal que vaya creciendo durante toda nuestra vida. Los santos hallaron un escondido tesoro de poder y de consuelo en los sentimientos que para con su celestial Madre habían concebido. Si nos hallamos aún muy lejos de participar de ellos, razón de más para ofrecer á María y por ella á Jesús, el propósito firmísimo de tender á ellos sin descanso, contando con la gracia de Dios, para lograr finalmente la dicha de gustarlos. *Ave María.*

DIA QUINTO.—La devoción á la Virgen Santísima y el lenguaje

Plan de la meditación.—Los santos, por sus inauditas alabanzas á María, nos enseñarán, en el primer punto, la *influencia singular de la devoción sobre el lenguaje*. En el segundo punto estudiaremos las *palabras que hace proferir la devoción*. Y en el tercero las *palabras que hace evitar*. Entendemos aquí la palabra en sentido lato, la que se dice en público ó en particular y también la que se escribe.

MEDITACIÓN

«*In multitudine electorum habebit laudem*» (Ecles. XXIV, 4).

La muchedumbre de los escogidos la alabará.

1.^{ER} PRELUDIO. Sigamos representándonos á la Virgen Santísima bajo el aspecto de una Reina majestuosa, amable y bendita.

2.^O PRELUDIO. Insistamos en pedir la gracia de una más perfecta devoción á la Santísima Virgen, por medio de una más clara inteligencia de los deberes de hijo de María.

I. El ejemplo de los santos.—I. Esforcémonos, en este primer punto, á sentirnos santamente arrebatados por el magnífico concierto que los elegidos por Dios sobre la tierra, han entonado en honor de la gloriosísima Virgen María. *a)* En primer lugar ¡qué fecundidad de inventivas! A impulsos del corazón, multiplícanse las comparaciones, las semejanzas, las figuras; síguense los títulos é invocaciones llamando los unos á los otros, manando de una fuente en verdad inagotable. *San Sofronio*, Patriarca de Jerusalén (638), y los oradores griegos del siglo VII, nos ofrecen de ello ejemplos admirables en sus paráfrasis del *Ave María*. ¿Y no es por ventura conmovedor hallar esta misma inspiración de los obispos y doctores famosos del Oriente en un humilde santo de Occidente, *Juan Berchmans*? Sabido es cómo, á pesar de su natural modestia, desafiaba á sus compañeros á sobrepujarle en la enumeración de las glorias de María. *b)* No menos que la abundancia de los elogios, asombra el vigor de las expresiones. Mucho antes que *San Bernardo*, la liturgia oriental proclama á María esperanza y refugio de los cristianos. Declaran estos grandes santos que, privados de María, se hallarían como desesperados; tan convencidos están que deben á la intercesión de esta Virgen la *posesión de Jesús*. Véanse, por ejemplo, las innumerables citas

recogidas por *San Ligorio* en sus *glorias de María*. Son tales esos acentos, del corazón, que han podido maravillar y aun escandalizar á ciertas almas, á quienes la educación protestante ha dejado en la ignorancia de la vida y calor del verdadero cristianismo. e) Y estos panegiristas levantan su voz por todas partes. El Occidente los ha producido lo mismo que el Oriente; los países abrasados por el sol, lo mismo que las regiones templadas y aquellas en que reinan las escarchas. Ocupan las sedes episcopales y las cátedras de teología; están instruídos en las ciencias y cultivan las letras, ó no saben sino amar sencillamente y sin arte; hablan, predicán, escriben, argumentan. Imposible es calcular su número. ¡Cuántos anales de órdenes religiosas no los cuentan por centenares!

II. 1. Gocémonos ante todo al ver estas alabanzas brillantes y universales, constituir en todas partes y en todos los tiempos el cortejo de María, y bendigamos á Dios por haber preparado á su Madre semejantes servidores.

2. Aprendamos después cuánto podemos crecer en la verdadera devoción á la Santísima Virgen. Muy lejos están nuestras alabanzas de parecerse á las de los santos, de las cuales tal vez ni aun conocemos todo el vigor y la extensión. El camino para remontarnos á donde ellos llegaron se extiende ante nosotros hasta perderse de vista; mas esta consideración no debe desconcertarnos, pues cada paso que damos halla su recompensa propia en la dicha mayor y más cierta que nos asegura.

II. Las palabras que inspira la devoción.—I.

1. No son ciertamente las palabras seguro indicio de devoción. ¿No podemos mentir ó engañarnos á nos-

otros mismos? Añádase, con razón, que la devoción no consiste en palabras, en cuanto que no puede limitarse á solas ellas. Mas todo sentimiento tiende á manifestarse exteriormente: imposible sería que dos personas se amasen mucho tiempo sin decírselo. «La boca, concluye un proverbio (1), habla de la abundancia del corazón.» Sería, pues, sospechoso nuestro sentimiento de devoción si no tendiese á tener su propia expresión y su lenguaje.

2. ¿Y cuál es este lenguaje? a) Es, ante todo, el que se dirige á María misma para felicitarla, alabarla, bendecirla, no ciertamente con el fin de decirla nada nuevo, sino con el deseo y necesidad de un desahogo filial.

b) Es, en el ministerio sagrado, el panegírico, la exhortación, la explicación doctrinal. *San Ligorio* dió por regla á sus hijos que predicasen, en todas sus misiones, un sermón sobre la devoción á la Virgen Santísima.

c) Es la apología escrita, ó el canto poético sobre las grandezas de María. Recordemos las páginas que los grandes teólogos de los pasados siglos, y aun de nuestra edad se han complacido en dedicar á María. Los legos mismos han consagrado su talento y sus conocimientos al servicio de la Madre de Dios. *Corneille* celebraba á la Inmaculada Concepción; *Augusto Nicolás*, redactaba tratados doctrinales.

d) En la familia, el nombre de María impónese á la primera hija, y desde la más tierna infancia hácese que lo repitan los labios de todos los hijos.

e) Es la lección del profesor que se ingenia por obtener trabajos en honor de María y aprovecha las

(1) Es palabra de Jesucristo en el Evangelio. Matth. XII, 34; Luc. VI, 45 (N. del T).

ocasiones oportunas para hacer penetrar esta devoción en el espíritu de sus discípulos.

f) En la conversación privada, en que hay que procurar, con todo, la naturalidad; es el consejo dado á propósito, de recurrir á la Virgen en tal ó cual necesidad; el relato de un rasgo edificante, ó de una gracia concedida. Tengamos cuidado, sin embargo, de ser siempre verídicos, que las falsedades destruyen el crédito á los favores auténticos; y ¿qué causa puede prescindir mejor de armas que no sean las de la verdad, que la causa de Dios y de los santos?

II. Aprovechemos cuidadosamente las circunstancias que nuestras necesidades, nuestro estado, nuestras relaciones, nos ofrezcan para hablar con María y de María.

III. **Palabras que suprime la devoción.**—No sólo las palabras, pero aun el silencio mismo puede atestiguar la devoción á la Santísima Virgen. Tal es el silencio que condesciende de buena gana en oír hablar de la Virgen, aun con alguna torpeza ó falta de tacto ó circunspección; el silencio que suprime los reproches demasiado vivos ó amargos que merecería á las veces una ignorante simplicidad. Una cosa es caer uno mismo en equivocación, ó corregirlo prudentemente en otros, y otra cosa es condenarla con celoso despecho, indicio manifiesto de frialdad ó antipatía. Tal es también el silencio que induce á evitar, no la broma inocente, sino la burlona chanza ante prácticas, raras tal vez, pero adoptadas de buena fe. Sólo la hipocresía merece indignación.

COLOQUIO

La Iglesia nos enseña á decir: «*Dignare me laudare te, Virgo sacrata*. Virgen sacratísima dignaos enseñarme á publicar vuestras alabanzas» (1); y proclama además su propia impotencia: «Virginidad sin mancha de María, no sé cómo alabarte dignamente» (2). Repitamos, pues, con insistencia en el coloquio la misma confesión y la misma súplica. Reconozcamos que sólo podemos balbucir un elogio dificultoso aun para los mismos celestiales espíritus; roguemos á María que venga en nuestro auxilio, y ofrezcámosla los propósitos prácticos que el examen de los puntos de meditación nos haya sugerido. *Ave María*.

DIA SEXTO.—Las prácticas de piedad en la devoción á la Santísima Virgen

Plan de la meditación.—El sentimiento de la devoción se descubre en el lenguaje y toma cuerpo en los actos ó prácticas. ¿Cómo recurre á su Madre el verdadero siervo de María?

Su devoción pide: un *recurso casi continuo* á la Santísima Virgen; la prenda de una *práctica especial cotidiana*; *actos de devoción hechos con suficiente cuidado y según una prudente medida*: ésta es la materia de los tres puntos de esta meditación.

MEDITACIÓN

«*Qui edunt me adhuc esurient, et qui bibunt me adhuc sitient*» (Eccl. XXIV, 29).

(1) Verso y responsorio después del *Ave Regina caelorum*.

(2) Oficio común en las fiestas de la Virgen, responsorio de la 1.^a lección del 1.^{er} Nocturno.

Los que me comen tendrán aún hambre y los que me beban todavía tendrán sed.

1.^{ER} PRELUDIO. Pongámonos en actitud suplicante ante el trono magnífico de la grande y bondadosa Reina del Cielo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de ofrecer á María los obsequios que le son agradables, porque nacen de un corazón completamente consagrado á ella.

I. Continuidad del recurso.—La Iglesia nos da ejemplo de continua invocación á María. María viene sin cesar á los labios del sacerdote que oficia ó reza la oración pública. Cada vez, por decirlo así, que honran los católicos á Dios ó á Jesucristo, suplican á la Virgen que venga en su auxilio. Desde la infancia se les inculca esta costumbre, y todo verdadero siervo de María tiene buen cuidado en no apartarse de ella. Además de que, siendo continuas nuestras necesidades ¿por qué había de ser menos frecuente el acudir á su remedio?

2. No pretendemos hablar aquí de alguna invocación larga ó amoldada á tal ó cual fórmula aprendida de antemano. Lo que sobre todo conviene es la tendencia del hijo á recorrer siempre y confiadamente á su madre; es el clamor espontáneo del corazón; es la sugestión enteramente impensada, que naturalmente nace de la confianza en medio de las necesidades: invocaciones que pueden compararse á la respiración del hombre sano, que no exigen tiempo ni esfuerzo. «Si me hallo desolado, dice SAN JUAN BERCHMANS, oro, me ocupo, me resigno, me refugio en el regazo de María: *sinus et gremium Beatæ Virginis* (1). ¡Qué

(1) CEPARI, *Vida de San Juan Berchmans*, p. 2, § 20.

bien mostraba con estas palabras en qué consiste ese recurso general y constante!

II. Examinemos con cuidado si tenemos nosotros esta señal de la verdadera devoción á María. ¿Nos es como connatural acudir siempre á María? Tomemos esta costumbre dulce y saludable á la vez.

II. El tributo de una práctica especial.—I. El siervo de María se sujeta á pagar á su Reina el tributo cotidiano de alguna alabanza expresamente determinada, y el amor exige celo en la ofrenda. Hoy día este obsequio está como naturalmente indicado. Casi siempre será el rosario: todo buen sacerdote, todo buen religioso, todo cristiano lo reza cada día.

Ni el cansancio después de los trabajos apostólicos, ni el cuidado de negocios importantes, ni aun la indisposición física, impedían á los grandes siervos de María rezar cuidadosamente el santo rosario. Es cierto que esta fidelidad exigía de ellos algunos sacrificios; pero ¡qué consuelo no se procuraban con haber suplicado cada día fielmente y gran número de veces á la Madre de Dios y Madre suya, que rogase por ellos. «*Ahora y en la hora de la muerte*»: *ahora*, es decir en las necesidades del presente día; *en la hora de la muerte*, en que el recuerdo de esta perseverancia es fuente de paz y dulcísimo consuelo.

II. ¿Hemos introducido este ejercicio en nuestra vida con la necesaria diligencia? Vale la pena de examinarse sobre este punto y decidir seriamente una importante reforma.

III. Variedad y justa medida.—I. 1. Además del ejercicio principal y cotidiano, el siervo de María practica ciertos actos de piedad que tiene cuidado de

variar para impedir la rutina y el fastidio. La proximidad de las fiestas de la Virgen sugiere especiales actos, que podemos apropiar al espíritu de la fiesta, especialmente esforzándonos en imitar á María en una de las virtudes que nos recuerda tal solemnidad.

2. Conviene además reglamentar estas prácticas con prudente discernimiento, según las ocupaciones, las necesidades y la inclinación. Lo *excesivamente escaso*, dictado por la absorción de los negocios ó por la negligencia y el olvido, deseca el corazón: pero lo *excesivo* fatiga, fastidia, hace olvidarse del fin y acaba por provocar el asco y la indigestión; tanto es así, que podría aún hacernos descuidar los deberes de nuestro estado.

Lo que más importa tener presente en este punto, es que María quedará satisfecha, si la limitación no procede de falta de afecto; si, hallándonos en otras circunstancias, nos tendríamos por dichosos en ofrecer más; si sólo la prudencia cristiana nos contiene.

II. Hagamos, pues, un serio examen; determinemos nuestro plan prudentemente y teniendo en cuenta nuestros ocios, nuestras necesidades, la utilidad de recurrir á María, nuestras disposiciones; solicitemos la aprobación de nuestro director espiritual, y atengámonos luego á lo que hayamos decidido, con humilde y sencilla firmeza, mientras una grave y clara razón no aconseje un cambio.

Al hacer esta elección, no nos olvidemos tampoco de tener en cuenta las personas que dependen de nosotros. ¿Les damos las apetecidas facultades para ingresar en las Congregaciones Marianas y comulgar? ¿Les atraemos con ejemplos y palabras al culto de María? Estas son atenciones apostólicas.

COLOQUIO

Ofrezcamos con sencillez á María las resoluciones prácticas que la meditación nos haya sugerido. Supliquémosla que acepte y bendiga el ofrecimiento que de ellas le hacemos de todo corazón. *Ave María.*

DIA SÉPTIMO.—Causas de la ruina ó enfriamiento
de la devoción

Plan de la meditación.—Esta es una de las principales meditaciones de la novena. El éxito y el fruto dependen de la perseverancia. Veremos, pues, las causas de la ruina con los medios de superarlas. Redúcese estas causas á cuatro principales cabezas, que constituirán la materia de nuestros cuatro puntos: *el tiempo y la rutina; las ocupaciones; los ejemplos menos buenos; la desolación.*

MEDITACIÓN

«*Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*» (Matth. X, 22; XXIV, 13).

El que perseverare hasta el fin, aquel será salvo.

1.^{ER} PRELUDIO. María está delante de nosotros siempre gloriosa, en la cumbre de la felicidad, y siempre tierna Madre.

2.^O PRELUDIO. Deseosos de permanecer siempre fieles á María, y justamente preocupados por nuestro porvenir, suplicaremos ardientemente al Señor nos conceda la gracia, preciosa entre todas, de una santa perseverancia en el servicio de esta su Madre, á la que ha constituido también Madre nuestra.

I. El tiempo y la rutina.—I. Pondérase la fuerza del tiempo ¡cuán glorioso, pues, será dominarla! El tiempo roe nuestras resoluciones, las mina, las consume, las hace desaparecer.

La *rutina* roba el cuidado de los ejercicios y nos impide sentir aun su influencia. Se hacen como por cumplimiento y sin pensar, y desde este punto no alimentan ya nuestro fervor y sentimiento.

II. ¿Cómo combatir estas dos grandes causas de debilitación y de ruina?

a) El remedio humano contra el tiempo es el examen de nuestra situación hecho con regularidad y la renovación de los propósitos. Hagamos cada semana ó á lo menos cada mes, una meditación de examen práctico y de comprobación. Recorramos todos los elementos de la verdadera devoción, los sentimientos que supone (respeto, confianza, amor), el lenguaje que dicta, los actos y prácticas que requiere. Veamos luego cómo se hallan en nosotros esos elementos y tomemos los medios para fortificar las partes debilitadas. ¡Qué buena táctica espiritual la de un siervo de María que cada mes se preguntaba si había progresado en la devoción á la Madre de Dios! Si entendemos prudentemente este progreso; si comprendemos que no se trata de ir añadiendo sin cesar prácticas nuevas, sino más bien de perfeccionar el principio que nos las dicta, fácilmente veremos que nuestra devoción es susceptible de indefinidos perfeccionamientos.

b) A la *rutina* hay que oponer la variedad. Distingamos en el curso del año, las festividades de María, el mes de María, el día de María, para adaptar nuestra mente, nuestro corazón, nuestras acciones á lo que exigen ó aconsejan estas circunstancias; para ofrecer á nuestra Madre algún particular testimonio de afecto

ó de respeto, alguna obra buena, algún adelanto en la virtud, algún sacrificio. Esta atención importa, ciertamente, alguna molestia; pero el que no se sacrifica, no se haga la ilusión de que ama.

II. Las ocupaciones.—I. Los negocios arrastran al hombre, le absorben, le distraen: son las espinas que ahogan la semilla de la divina palabra y la impiden llevar fruto (1).

2. Es, pues, muy importante, y difícil al mismo tiempo, no dejarse esclavizar por los negocios y ocupaciones, y para ello:

a) Demostremos con hechos nuestra independencia, rechazando, en las horas de descanso, las preocupaciones del trabajo. No son perdidas ciertamente, aun en este concepto, las horas que el hombre de mundo sacrifica á su familia, á los dulces y tranquilos goces del hogar; y este reposo que los cristianos hallan en la intimidad de su casa, deben los sacerdotes y religiosos procurar hallarlo en Dios. ¡Cuán propósito sería reservar para Dios todo el intervalo que media entre las ocupaciones de la tarde y la hora en que, por la mañana, después de la comunión ó de la misa, emprendemos de nuevo el trabajo de cada día!

b) Sirvámonos de la meditación para recordar el *por qué* de nuestro trabajo; tengamos, antes de emprenderlo, ante los ojos una intención recta; y durante él, fomentemos el espíritu de fe, que no concede al trabajo más valor que el que tenga á los ojos de Dios. Así nuestro corazón quedará libre, hurtaremos el cuerpo á una agitación, funesta por otra parte aun para la salud, y no nos olvidaremos nunca de ofrecer á Dios y á la

(1) Marc. V, 7, 18, 19.

Virgen los actos de piedad convenientes á nuestro estado. En una palabra, consideremos nuestro trabajo como sobrenaturalizado por Dios, por quien lo tomamos.

III. Los ejemplos.—I. El ambiente de que se halla uno rodeado puede ser tal, que favorezca cada vez menos á la piedad. Los hombres profundamente piadosos son muy raros, y muchos ocultan su religión bajo las apariencias de una indiferente frialdad. De todos modos, los buenos deseos hállanse frecuentemente contrariados acá abajo, por la oposición de la palabra y del ejemplo.

II. Es, pues, indispensable andar precavidos respecto á este escollo contra el cual podría estrellarse nuestra piedad, y ponernos á salvo de todo respeto humano, no queriendo imitar sino á aquellos que pueden aplicarse la palabra del Apóstol: «Imitadme, como yo imito á Cristo» (1).

IV La desolación.—I. No es raro que deliciosos principios vayan seguidos de un período de fastidio; lo cual sucede cuando, después de haberse uno entregado con todo ahinco á la oración, sin embargo no parece obtener la gracia apetecida. De ahí que se experimente cierta decepción que conduce al abatimiento y al abandono de los ejercicios de piedad. En resumen, aun sin darse uno cuenta, se halla apegado á los gustos sensibles; quería su veleidad una especie de confirmación experimental de la religión, y le ha faltado este apoyo.

II. Es, pues, de la mayor importancia el fundar,

(1) 1.^a Cor. IV, 16; XI, 1.

desde un principio, nuestra vida espiritual en la fe, de la cual es propio creer lo que no ve y lo que no gusta. En la sequedad y aparente abandono, conservemos la confianza; aquella confianza de que tanto el antiguo como el nuevo Testamento nos ofrecen ejemplos tan ilustres. *Abraham* siguió confiando mientras recibía la orden de inmolar al heredero de las divinas promesas; *Santa Mónica* rogó durante 17 años por la conversión de su hijo San Agustín.

COLOQUIO

Expresemos á María y luego á Jesús el más vivo arrepentimiento por tanta inconstancia é infidelidad á nuestros propósitos; ofrezcamos santas y generosas resoluciones de perseverancia, y supliquemos á la Virgen benditísima se digne recibirnos como perpetuos siervos suyos. *Ave María*.

DÍA OCTAVO.—Frutos de la devoción á la Santísima Virgen

Plan de la meditación.—No vamos á recordar aquí los frutos esenciales de salvación que la devoción verdadera grangea al alma; sino á hacer resaltar la especial facilidad que añade, en este orden, la devoción que tiene por objeto á la Madre de Dios; las disposiciones felices en que coloca á nuestra alma, ó mejor tal vez ciertos aspectos consoladores y que alientan la piedad filial para con María.

La paz y la confianza; la pureza, y finalmente el *espiritual poder*, son los frutos sobre los que fijaremos, en los tres puntos siguientes, nuestra atención.

MEDITACIÓN

«*Fructus ejus dulcis gutturi meo!*» (Cant. II, 3).
Su fruto es dulce á mi paladar.

1.^{ER} PRELUDIO. Veamos, en el cielo, el trono glorioso de María, rodeado de siervos suyos, dichosos por haberla amado y honrado, especialmente durante su vida.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de entregarnos más y más á la verdadera devoción para con la Madre de Dios, que es al mismo tiempo nuestra Madre.

I. La paz y la confianza.—I. La verdadera paz no se funda en la disipación y el descuido. Es algo positivo, mira á la realidad. No tiene paz quien no sabe ver sin pena pasar las cosas y el tiempo; quien no se mantiene firme contra los peligros que nos amenazan; quien no se atreve á sondear hasta el fondo mismo de su alma.

a) Todo huye, todo se nos escapa; mas para un hijo de María todo conduce á un porvenir más hermoso, sobre el cual vela su Madre.

b) ¡Qué de peligros conocidos y cuántos no sospechados siquiera! Pero el hijo de María tiene su protectora que todo lo sabe y le cubre con su manto.

c) Bien puede el hijo de María registrar su alma sin temor alguno, que el amor que tiene y demuestra á María es prenda de seguridad y paz con Dios.

II. ¡Cuán grande bien es, bajo este triple aspecto, la verdadera devoción á María! Consideremos cuán deseable es esta paz verdadera y su continuo aumento. Tratemos de pacificarnos por medio de la devoción á María.

II. La pureza.—I. María ha sido siempre propuesta á los cristianos como modelo de pureza y especial protectora de las vírgenes. Los frescos de las más antiguas catacumbas, al lado de la virgen que se consagra á Dios nos representan á María como presidiendo esta consagración y alentándola con su presencia. ¡Con qué vigor los santos, especialmente SAN LIGORIO, recomiendan el recurso á la Santísima Virgen en las tentaciones impuras! Los mártires de la castidad son hijos de María.

La devoción á la Virgen es, pues, una preciosa garantía de pureza.

II. 1. ¿Contamos lo bastante con el auxilio de María en los asaltos, furiosos tal vez, con que nos combate el enemigo? ¿Temer demasiado no es por ventura ser medio vencido? Cuanta más razón tenemos para desconfiar de nuestra debilidad, tanto fuera una sinrazón mayor olvidarnos del socorro de la Reina de las vírgenes. Perfeccione, pues, la confianza, nuestra misma humildad; pero acudamos á María aun antes de la tentación.

2. Padres cristianos, maestros, confesores, inculquemos la devoción á María á cuantos deseamos ver libres del contagio del presente siglo.

3. Por otra parte, debería sernos sospechosa la devoción á María que no produjese en nosotros un santo deseo de suma pureza ó no nos impulsara á hacer en esta materia todos los sacrificios necesarios.

III. El poder.—I. La devoción á María desarrolla la confianza, y ésta alcanza cuanto pide para sí ó para otros; y aun los mismos santos del cielo créese que se dirigen á María para hacer descender sobre sus propios devotos las gracias que éstos solicitan.

II. ¿Puede darse más envidiable poder que semejante crédito para con Dios? ¡Cuántas necesidades socorreríamos de buena gana! ¡Cuánto nos gustaría alcanzar especiales bendiciones en nuestras empresas para el bien del prójimo! ¡Y cuántas necesidades personales nos inspiran votos incesantes! ¿Por qué, pues, dudar tanto en ponernos de todo corazón al servicio de María? Pensemos bien en los considerables motivos que á ello nos impelen.

COLOQUIO

Según nuestras últimas disposiciones, tratemos con nuestra Madre de la perturbación que nos inquieta, de las tentaciones que nos combaten, de las necesidades que nos acosan. Pidámosla vengá en nuestro socorro; mas no pidamos nada con tanto empeño á ella misma y, por ella, á su bendito Hijo, como una profunda y creciente devoción para con ella y una perfecta entrega á su servicio. «*Sub tuum praesidium*. Bajo vuestra protección, etc.» (1)

DÍA NOVENO.—Un modelo de devoción á la Virgen

Plan de la meditación.—Nos proponemos en esta meditación confirmar con un ejemplo las razones alegadas para entregarnos de buena voluntad al servicio de María. Veamos sucesivamente los *principios*, los *progresos constantes* y el *coronamiento* de esta devoción en el joven *San Juan Berchmans*.

MEDITACIÓN

«*Noli me reprobare a pueris tuis*» (Sap. IX, 4).

(1) Véase el coloquio de la p. 185.

No me apartéis del número de vuestros hijos.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á S. Juan Berchmans, firmando con su sangre su fe en María Inmaculada, ó besando con efusión una imagen de María, como acostumbraba hacer al principiar la oración.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de imitar á este santo joven, creciendo cada día en devoción á la Madre de Dios y de los hombres.

I. Los comienzos de la devoción.—I. Al principiar su carrera de siervo de María escribió J. Berchmans, esta máxima: «*No descansaré hasta haber obtenido un tierno afecto para con mi dulcísima Madre María*» (1). Notemos el principio tan claramente indicado: no se contenta el Santo con una devoción cualquiera, sino que aspira á un afecto tierno; y observemos el carácter de su resolución. No dice: «procuraré ó desearé», sino resueltamente: «no descansaré, no me daré punto de reposo».

II. ¿Cuál es la causa de nuestra lentitud? Carecemos de objeto preciso, no estamos decididos á todo para alcanzarlo. No queremos sino floja y medianamente, siendo así que nuestros adelantos son proporcionales á nuestra voluntad. Es cierto que Dios es quien debe hacerlo todo en el orden sobrenatural; pero quiere el concurso de nuestra buena voluntad y de nuestros firmes deseos.

¿Nos hallamos, por lo menos ahora, prontos á decir con SAN JUAN: «No voy á descansar hasta hacerme un verdadero siervo de María»? Para fortalecer este desig-
nio, recordemos las ventajas de esta devoción y gustemos de penetrarnos de ellas en nuestro trato con Dios.

(1) CEPARI, S. J., *Vida de S. Juan Berchmans*, p. 2, § 26.

II. Los constantes progresos en esta devoción.

—1. «*Si amo á María estoy cierto de mi salvación y de mi perseverancia en la vida religiosa y de obtener de Dios cuanto desee*» (1). Esta segunda máxima del santo joven nos descubre el secreto de su constancia. El esfuerzo necesita ser sostenido por una convicción profunda y llena de aliento, toda vez que las ideas vagas y fluctuantes y los prejuicios pesimistas destruyen toda energía.

II. ¿Cómo lograremos esta firme y dichosa persuasión? *a)* Insistiendo en la oración; *b)* Por medio de la meditación: porque la meditación no tiene por único objeto unirnos con Dios, sino que debe servir además para inspirarnos ideas claras y precisas y disipar la obscuridad de las objeciones que cubren, á las veces, de tinieblas los caminos que conducen á Dios, á María, á la perfección. Roguemos, pues, frecuentemente para ser iluminados y esforzados; meditemos sobre las grandezas y bondades de María; leamos tratados de sana y sólida doctrina escritos en honor de la Madre de Dios.

III. Fruto de esta devoción.—1. 1. «*La que yo procuré amar durante mi vida, me amaré en mi muerte*» (2). Estas palabras de SAN JUAN BERCHMANS pronunciadas poco antes de entregar su bienaventurada alma á Dios, nos demuestran cuánta confianza le prestaba, en aquel momento supremo, su devoción para con María.

La devoción á María le había valido su vocación y su santidad, y le valió subir al cielo poco antes de la Asunción.

Celebran unánimemente sus historiadores, la tran-

(1) CEPARI, *Vida de S. Juan Berchmans*.

(2) CEPARI, *ibid.* 3.^a p., § 6.

quila y santa alegría de que gozó durante su vida en medio de los continuos sacrificios que se imponía por Dios y por su Madre.

2. Añádase á este fruto principal, la gracia de un fecundo apostolado. *a)* Apostolado doméstico de todos los días. ¡A cuántos de sus hermanos no atrajo JUAN, con sus palabras y ejemplos, á los caminos de la vida perfecta! *b)* Acuden los sacerdotes á él en su lecho de muerte, pidiéndole consejos, y, á sus instancias, se deciden á profesar especial culto á la Inmaculada Concepción. El P. JUAN DE LUGO, le recomienda, defiende en el cielo los intereses de María Inmaculada, y he aquí que, después de la muerte del santo joven, las dificultades que se oponían al progreso de esta grande causa se allanan, y antes de un año publícase el tan deseado decreto de 24 de Mayo de 1622, prohibiendo oponerse, ni aun en particular, á la creencia en la Inmaculada Concepción de María! (1). *c)* Y aun en nuestros días ¡a cuántos jóvenes del siglo ó de la religión, la lectura de su vida ó la celebración de su fiesta, ha infundido un sentimiento de tierna piedad para con María!

II. Demos gracias á Dios por haber dado á su Madre un hijo como SAN JUAN BERCHMANS. Propongámonos imitarle ¿Qué frutos mejores podemos esperar que la paz, la santidad, el apostolado?

COLOQUIO

Felicitemos á SAN JUAN BERCHMANS y pidámosle la inteligencia y la práctica de una tierna devoción á la Madre de Dios. Presentémosle nuestras especiales re-

(1) Véase sobre esta materia el libro de Mgr. MONCHAMP: *San Juan Berchmans y la Inmaculada Concepción*, Liège, 1904.

soluciones de la novena, para que vele él mismo por su fiel ejecución.

Ofrezcamos luego estos mismos propósitos á María, y roguemos al Señor que acepte estos homenajes como tributados á El mismo. Dadnos, oh Hijo verdadero de María, los sentimientos que inspirasteis Vos mismo á vuestro discípulo amado, cuando de lo alto de la cruz le encomendasteis á vuestra Madre, diciéndole: «He aquí á tu Madre». *Ave María.*

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Meditaciones para el mes de María

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

En las meditaciones de esta segunda parte procuraremos hacer resaltar la figura de la Santísima Virgen, tal cual se desprende del Evangelio. Es cierto que el Código de la Ley nueva no nos presenta la biografía completa de María; pero hallaremos en él la parte de su historia que Dios ha querido consignar en los Libros santos, y que El mismo inspiró para formarnos espiritualmente en la perfección y en toda suerte de buenas obras (1). Es además la parte más cierta de su vida, íntimamente unida á la misión redentora de Jesucristo. Meditar sobre la Virgen Santísima en el Evangelio es meditar sobre Jesucristo mismo; es juntar al Hijo con la Madre. ¿No podemos decir también á este propósito: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre»? (2) María, mucho mejor que el Apóstol, resume todas las enseñanzas de su vida en estas palabras: «Imitadme, como yo imito á Cristo» (3).

De propósito hemos omitido en estos ejercicios toda disquisición, toda pretensión científica, creyendo

(1) 2.^a Timoth. III, 16.

(2) Matt. XIX, 6.

(3) 1.^a Cor. IV, 16; XI, 1.

que los hijos de María preferirían sencillas reflexiones, sugeridas por los episodios de la vida de su Madre. Nada vendrá á distraer su atención del objeto principal; su corazón se sentirá enteramente atraído por aquella, á quien tanto desean amar é imitar.

Víspera del mes de María

Ejercicio preparatorio

Plan de la meditación.—Esta meditación será una simple deliberación sobre el mejor modo de agradecer á nuestra buena Madre del cielo durante el mes que le está consagrado. Dividiremos la materia en estos tres puntos: *razones de celebrar con fervor el mes de María; modo cómo conviene practicarlo, y elección que resultará de estas consideraciones.*

MEDITACIÓN

«*Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit, vox turturis audita est in terra nostra*» (Cant. II, 12).

Han aparecido las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; hase oído en nuestros valles la voz de la tórtola.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Virgen Santísima en los esplendores del cielo, recibiendo los homenajes de los ángeles y los santos é inclinándose,

sin embargo, con benevolencia para aceptar los humildes obsequios que la dedican sus hijos de la tierra.

2.º PRELUDIO. Pidamos la gracia de celebrar perfectamente el mes de María.

I. Por qué debo yo celebrar el mes de María.—1. Como hijo de la Iglesia, conviene me conforme con su espíritu y que practique las observancias que ella autoriza y recomienda. En la ciudad en que vivo, á mi alrededor, sonarán las campanas convidando á los fieles á la apertura del mes de María. Ya los templos están adornados para este objeto. Levántase en ellos un altar en que se ostenta la imagen de María rodeada de flores. Para realzar la solemnidad, los fieles concurrirán con sus ofrendas, y muy pronto sus piadosos cánticos en honor de la Virgen, alternarán con los panegíricos de los sagrados oradores. Al contemplar este espectáculo debo decirme á mí mismo: Sí, la Iglesia viviente y activa me impele á celebrar con fervor el mes de María.

2. Tengo conciencia de que todo lo debo, después de Jesucristo, á esta Madre incomparable. Débole los beneficios comunes á todos los cristianos, y además le soy deudor de tal ó cual gracia particular. Quiero, pues, mostrarle mi gratitud celebrando con fervor el mes que le está consagrado.

3. ¡Cuántas necesidades me rodean por todas partes! Tengo mis necesidades personales, tócanme de cerca las de mis parientes, las de mis amigos, las de aquellos cuya alma me ha sido confiada, y á los cuales quisiera hacer algún bien. Conmuéveme también la Iglesia ¡atravesada tiempos tan difíciles! Me es necesario el socorro de María. Quiero asegurármelo dicho socorro celebrando con fervor este mes.

4. Tengo sed de aprovechamiento espiritual, de purificación, de santificación. ¡Qué auxilio tan poderoso para progresar y perfeccionarme el de la devoción á la Virgen! Sí, para hacerme santo, quiero, como los santos, celebrar el mes de María.

II. Cómo hay que hacerlo.—La fervorosa celebración del mes de María supone:

1. El obsequio de alguna *práctica especial*. El mes de María debe ser evidentemente un mes de honores tributados á nuestra Madre. ¿Dónde estarían estos honores si alguna especial ofrenda no atestiguase y probase la sinceridad de nuestra devoción? La fidelidad en esta ofrenda es una atención agradable á María, porque implica alguna pequeña molestia voluntariamente aceptada, que por sí sola demuestra ya el afecto. No digamos: bastaría obrar bien. ¿No sería esto caer de algún modo en el error de los herejes, que pretendían reemplazar toda oración formal por el simple homenaje de las buenas obras? Este especioso pretexto de substitución encubre, en realidad, el deseo de dispensarse de algo enojoso. Adoptemos, pues, algún ejercicio de piedad, teniendo en cuenta nuestras ocupaciones y evitando el sobrecargarnos. Poco, pero bien y fielmente.

2. Un *sacrificio*. El amor, acá abajo, se prueba siempre haciendo algo que nos es costoso. Nuestro amor á María debe, pues, mostrarse también verdadero por este medio.

3. Una *súplica*. Confesando nuestras necesidades ejercitamos la humildad, y recurriendo á María mostramos nuestra confianza. ¿Y no es por ventura una humilde confianza lo que más le agrada? Mas no vayamos á buscar principalmente alguna ventaja tem-

poral: María tiene mejores bienes que concedernos y nosotros que recibir. La preocupación dominante de los intereses temporales inicia todas nuestras peticiones y nos hace menos dignos de ser oídos.

4. La *enmienda de algún defecto ó la adquisición de alguna virtud* ofrecidas á María con el fin de ser más semejantes á ella. Dirigiéndonos á ella con este fin, proclamamos su excelencia, y una madre complácese siempre en tener hijos que se le parezcan: además de que el deseo de adelantar espiritualmente denota en nosotros una piedad sólida.

Todo esto debe ser decidido, ofrecido, emprendido sencilla y afectuosamente, sin servilismo á la par que sin negligencia, con la libertad y presteza propias de un corazón filial.

III. ¿Qué escogeré?—Después de fervorosa plegaria al Espíritu Santo, vamos según estos principios á fijar nuestra elección, teniendo en cuenta las observaciones siguientes:

a) No es necesario que los cuatro puntos sean concernientes á cosas distintas. ¿No puede, en efecto, suceder que la mejor gracia que podamos pedir sea precisamente el adelantar en aquella misma virtud que en honor de María nos proponemos practicar? Y el esfuerzo requerido por este ejercicio será tal vez la más útil de las mortificaciones.

b) Si no se le ocurre á uno virtud alguna especial cuyo homenaje parezca imponerse, ofrezca al fin de cada meditación algunos actos de la virtud á la cual se ha sentido atraído durante la oración. Estos actos constituyen un excelente obsequio cotidiano y tienen, además, la ventaja de recordarnos la meditación y confirmar su fruto.

c) Será muy útil poner por escrito el plan de nuestro mes de María.

d) Las meditaciones bien hechas podrán constituir por sí mismas el acto cotidiano de especial devoción. Sin embargo, si solemos hacer meditación cada día, será bueno añadir alguna breve práctica de supererogación.

En la vida espiritual, lo que es de supererogación, si no es excesivo, asegura lo principal.

COLOQUIO

En el coloquio, ofrezcamos piadosas y afectuosamente nuestras resoluciones á la Virgen, poniéndolas bajo el patrocinio de algún santo conocido por su devoción á la Madre de Dios, y pidamos á María bendiga nuestros esfuerzos como que proceden de una voluntad sincera aunque débil.

SECCIÓN PRIMERA

María y el arcángel San Gabriel

DÍA PRIMERO.—La salutación angélica

Plan de la meditación.—La historia evangélica de la santísima Virgen comienza por su entrevista con el arcángel San Gabriel. Preséntase el arcángel á María

y la saluda. La magnífica alabanza contenida en esta salutación y la impresión que por ella experimenta la Virgen nos conduce naturalmente á meditar ante todo los elogios que nos sucede haber de dar ó recibir, para conformar nuestra conducta con la del arcángel y la de María. La meditación tendrá tres puntos: I. *Los cumplimientos humanos*; II. *El cumplimiento angélico*; III. *La turbación de la Virgen Santísima.*

MEDITACIÓN :

«*Et ingressus angelus ad eam dixit: Ave gratia plena*» (Luc. I, 28).

Y entrando el ángel donde ella estaba, dijo: Dios te salve llena de gracia.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos cómo, venida la plenitud de los tiempos, envió Dios á María un arcángel, glorioso entre todos, para notificarle los designios de la divina Bondad y proponerle si quería ser Madre del Verbo que iba á encarnarse. Llegado á ella el arcángel, empieza por saludarla.

2.^º PRELUDIO. Imaginémonos la pobre aldea de Nazaret y la humilde habitación en que pasó la entrevista de María con el arcángel.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de instruirnos y edificarnos contemplando las virtudes de nuestra Madre.

I. Los cumplimientos humanos.—Veremos consecutivamente, la *razón de ser* de los humanos cumplimientos; su *vanidad*; y la *conclusión* que de estas dos cosas debemos sacar.

I. *Razón de ser.* Muy lejos están de sernos inútiles la aprobación y los elogios de nuestros seme-

jantes. Alientan los esfuerzos, compensan los sacrificios, manifiestan una cordial simpatía que une entre sí á los hombres; pero para que ofrezcan estas ventajas, los cumplimientos han de ser sinceros y merecidos.

II. *Vanidad*. Los cumplimientos, aunque útiles como los otros bienes de este mundo, participan de la vanidad de las cosas humanas y, por consiguiente, no deben convertirse en causa de servidumbre y dependencia. Procuremos conocer de cerca esta vanidad.

1. ¡Cuántas veces los cumplimientos están viciados ya en su intención, ya en su objeto! Junto al elogio verdadero, colócase el elogio hipócrita y mentiroso, que se convierte, á espaldas del alabado, en amarga irrisión; el elogio fingido, que el interés dicta al adulador; el elogio tonto, nacido de la incompetencia del lisonjero.

De ahí, sin duda, la confusión que frecuentemente producen los elogios en los santos y en los verdaderamente sabios. Los primeros, penetrados de la divina Majestad, ven demasiado lo que les falta; los segundos tienen demasiada conciencia de lo que ignoran.

Luego ¡cuántas veces los elogios están destituídos de fundamento! Engañosas apariencias ocupan, á menudo, el lugar del mérito real; el crimen mismo y las pasiones reprobables reciben los honores de la apoteosis. Basta mirar algo de cerca á ciertos héroes á los cuales se les levantan estatuas, para no tener en mucho las distinciones de que participan personajes tan viles y despreciables.

El elogio humano mira al éxito, y éste depende con frecuencia de una dichosa casualidad.

El hombre alaba una cualidad particular y no hace caso de los defectos que la afean. Y esta cualidad, por lo común exterior, no toca sino á la menor parte de la persona.

2. Aun cuando no estén manchados con ninguno de estos defectos, los humanos elogios siguen siendo vanidad. ¡Tan frágiles son y tan efímera es su duración! El hombre que los tributa cambia fácilmente de parecer; olvida; pasa.

III. *Conclusión.*—¿Qué conducta debo observar? Ya que en los designios de la Providencia, la aprobación y el sufragio de los hombres lo mismo sirven al bien particular, que al bien universal, no seamos huraños despreciadores de ellos; empero sepamos darlos y recibirlos con discernimiento.

1. Al elogiar seamos rectos, sinceros y justos.

Rectos, es decir, guiados por una intención leal y que no tiene de qué ocultarse; en tanto que nuestros labios inciensan, velemos para que nuestro corazón no nos eche en cara bajeza alguna.

Sinceros. Si un elogio común, una sencilla palabra de felicitación puede no ser más que un cumplido inocente, que sólo engaña á la vanidosa simplicidad, el elogio acentuado y sobre el cual se insiste, debe en cambio responder á una convicción y á estima interior.

Justos, es decir, que evitemos tanto las atenuaciones del envidioso, como las exageraciones del adulator: tributemos nuestros sufragios según el mérito real y sin prodigarlos.

2. *a)* No mendiguemos los elogios. Desdeñemos los miserables artificios que la vanidad inventa para obtener indebidas atenciones y conquistar algún sufragio de aprobación.

b) Recibamos los elogios con sencillez, haciéndoles la buena acogida que merece toda muestra de simpatía; pero tengamos cuidado de no detenernos en ellos demasiado. Procuremos más bien aprovechar-

nos de la influencia y del crédito que nos proporcionan, para servir á los verdaderos intereses del prójimo; no podríamos dar mejor las gracias ni emplear con más tino un tan codiciado presente.

c) Sepamos, finalmente, ver sin queja pasar las humanas alabanzas por nuestro lado ó por encima de nuestra cabeza.

II. El cumplimiento angélico.—1. ¡Cuánto mejor que los cumplimientos humanos es la alabanza angélica! ¿De quién procede? De la sabiduría y prudencia infinita de la cual es el ángel mensajero. ¿Qué elogio? La más alta y más preciosa dignidad de la criatura, aquella de que la reviste la gracia sobrenatural y de lo alto: *Ave gratia plena*. ¿Cuánto dura? Toda la eternidad. Aun ahora celebran los ángeles, en el cielo, esta plenitud de gracia ante la cual se inclinó Gabriel, en la humilde morada de Nazaret.

2. Recordemos que la Iglesia militante ofrece un espectáculo, que cautiva á los ángeles del cielo: «*Spectaculum facti sumus angelis*» (1); recordemos que un ángel tutelar es benévolo testigo de todas nuestras buenas obras. Siendo capaces de recibir las felicitaciones de la corte celestial, ¿debemos afligirnos si los hombres nos ignoran ó desconocen?

Mas para merecer las angélicas alabanzas, fomentemos, desarrollemos en nosotros la gracia recibida en el santo bautismo; tal vez locamente perdida; pero recobrada á lo menos por la penitencia. Lamentemos ese fatal desprecio que, separándonos de la gracia, nos enajenó los sufragios del cielo, y tengamos en adelante un celoso cuidado de conservarla en nuestros corazones.

(1) 1.^a Cor. IV, 9.

III. La turbación de María.—«María se turbó», dice el Evangelio; pero luego añade «á causa de las palabras del ángel». No fué, pues, la vista del celestial mensajero la que causó en María cierta inquietud de espíritu; sino que la turbación nacía de su humildad, y la ocasión de ella eran las palabras que acababa de oír. Y aun esta opinión de los comentaristas es preciso entenderla bien. ¿Atribuiremos á la Madre de Dios las angustias de una virtud principiante que, á la menor palabra de aprobación, teme los ataques de la vanidad? ¿Por qué la humildad le fué causa de turbación? Por que «retirada, pequeña á sus propios ojos, ni siquiera se le había ocurrido que un ángel pudiese saludarla y sobre todo con tan sublimes palabras» (1). Preguntábase lo que estas palabras significaban (2), á dónde iban á parar, y qué actitud deseaba Dios de ella en aquella circunstancia. El mensajero inspirábala confianza; pero ¿podía dirigirse á ella tal mensaje?

Esta incertidumbre, esta duda de un alma deseosa de agradar en todo á su Señor: he aquí, á nuestro parecer, lo que produce en María la turbación que hace constar el Evangelista.

Procuremos también nosotros no tener más inquietud, ni otro cuidado, que complacer á Dios.

COLOQUIO

Pidamos este insigne favor en un fervoroso coloquio con nuestra divina Madre.

(1) BOSSUET, *Élévations sur les mystères*. XII^e semaine. Première élévation.

(2) Luc. I, 20.

DÍA SEGUNDO.—El diálogo entre María y el Arcángel—

Plan de la meditación.—Las preguntas de María y las explicaciones del arcángel nos ilustran sobre el proceder del buen espíritu y nos enseñan un excelente modo de practicar el consejo de la Sagrada Escritura: «*Probate spiritus si sunt a Deo*», *probad los espíritus para ver si son de Dios* (1).

Los tres puntos de esta meditación nos los proporcionarán: *la primera explicación del arcángel, la subsiguiente pregunta de la Santísima Virgen, y la contestación de San Gabriel.*

MEDITACIÓN

«*Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum*» (Luc. I, 30).

No temas, María, porque has hallado gracia para con Dios.

1.^{ER} PRELUDIO. Viendo la turbación de la Virgen, apresúrase el arcángel San Gabriel á tranquilizarla y le anuncia los grandes designios de Dios sobre ella. «¿Cómo han de poder cumplirse?» Así insiste María para obtener más completa explicación. Dásela el arcángel: la Omnipotencia de Dios que acaba de bendecir tan maravillosamente la unión de Zacarías é Isabel podrá realizar los designios de una infinita sabiduría.

2.^º PRELUDIO. Representémonos también el humilde teatro de esta entrevista que decide de nuestros destinos.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia

(1) 1.^a Joan. IV, 3.

de conocer mejor á la Santísima Virgen y de imitar su sobrenatural prudencia.

I. La primera explicación del arcángel.—I. 1. Viendo á María tan santamente turbada, debía el ángel tranquilizarla y declararle el sentido de su primer elogio. «*No temas María*». Esta exhortación á la paz, venida de Dios, es una palabra eficaz que causa interiormente la calma, la suave tranquilidad, y al mismo tiempo es la señal más cierta de buen espíritu.

2. Añade el arcángel nuevas felicitaciones á su anterior discurso. Mas ¿por qué la felicita? Por la gracia que ha hallado ante Dios y por la grandeza del Hijo que esta gracia le hará concebir.

II. Hallar gracia delante de Dios y ver luego cumplirse en nosotros sus designios: ésta es la única verdadera grandeza. No deseemos otra.

II. La pregunta hecha por María.—I. La espontánea explicación del arcángel, que tiende toda ella, no á la exaltación de una criatura, sino á la gloria de Dios, pudo ya tranquilizar á María. ¿Cómo, sin embargo, van á cumplirse tales maravillas? María tiene derecho á saberlo. Si la indicación precisa de este medio y su naturaleza dicen bien con los otros designios de Dios sobre ella, especialmente con el inspirado voto de perpetua virginidad, serán muy á propósito para confirmar las precedentes declaraciones.

María pide este complemento de la explicación, dándonos en ello un hermoso ejemplo de humildad.

María, lejos de aceptar sin reflexión un plan de inconcebible grandeza, lo examina, lo comprueba, como si no se tratase de ella. ¡Prudencia rarísima entre los hombres! La mayor parte se precipitan hacia lo que

favorece su elevación, con temeraria prontitud, pagada luego, con demasiada frecuencia, con punzantes cuidados, y aun á las veces, con lágrimas amargas y tardío arrepentimiento. El esplendor del rango, así como el placer, dista mucho de ser sinónimo de felicidad.

II. Siguiendo el ejemplo de María, seamos bastante esforzados, bastante grandes para no aceptar honor alguno exterior sin un examen serio é imparcial que nos ilustre sobre los designios de la Providencia.

III. **La contestación del arcángel.**—Estudiemos, en la contestación de San Gabriel, los caracteres de la acción de lo alto.

1. *«El espíritu Santo vendrá sobre ti; la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.»* Muy lejos de desflorar la virginal pureza que María consagrara á Dios, la acción del Espíritu Santificador la hará brillar con más vivos é inalterables resplandores. Esta constancia en la prosecución de un fin loable es una señal del espíritu de Dios.

2. No contento con satisfacer á la humilde y prudente pregunta de la Virgen, confirma el ángel sus dichos revelándole una maravilla efectuada ya y de fácil comprobación: *«Y he aquí que Isabel, tu parienta, ella misma ha concebido un hijo en su vejez.»* Juan Bautista es el precursor de Jesús, su nacimiento preludivará al del Salvador; una fecundidad ya milagrosa es presagio de otra aún más prodigiosa fecundidad, y el conocimiento de esta doble maravilla provoca en el ángel esta magnífica conclusión: *«Nada hay imposible á Dios.»*

3. a) Ha cumplido ya el ángel su embajada: en lo que ha dicho, en lo que ha propuesto desde el principio al fin, todo es grande, todo santo, todo inspira

confianza, todo tiende á la gloria de Dios. Estas son las señales de la divina inspiración: no bastan especiosas apariencias iniciales; es preciso, además, que los medios sugeridos para las resoluciones sean todos correctos y que la empresa sea dirigida enteramente á un bien mayor.

b) Vese, además, por este diálogo, que Dios no niega su luz á quien la pide con sencillo corazón.

c) Las comunicaciones divinas no son estériles. Si el ángel se aparece á Isabel y á María, no es para una inútil consolación, sino para contribuir á la grande obra de la redención de los hombres.

d) A estas diversas lecciones, podemos añadir aún la preciosa enseñanza de una incommovible confianza en Dios, que nos ama y que todo lo puede.

COLOQUIO

Este sentimiento debe alentarnos en el coloquio final. Bendigamos á Dios por la constante acción con que nos favorece, y pidámosle poderla conocer y dócilmente secundar. *Ave María.*

DÍA TERCERO.—El consentimiento de María

Plan de la meditación.—Un rasgo del modo como obra Dios y un ejemplo de María serán el objeto de esta meditación, que dividiremos en los tres puntos siguientes: *el consentimiento requerido, el consentimiento prestado; los efectos de este consentimiento.*

MEDITACIÓN

«*Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*» (Luc. I, 38).

María contestó: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

1.^{ER} PRELUDIO. Habiendo ya comprobado la misión divina del arcángel San Gabriel, María, por su consentimiento, atrajo al Verbo de Dios á su seno virginal.

2.^O PRELUDIO. Fijemos nuestra imaginación en la pobre morada donde se cumplen tan grandes acontecimientos.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de conocer más y más á nuestra Madre, de amarla más y de imitarla con un celo prudente y encendido, por la salvación de los hombres.

I. El consentimiento requerido.—I. ¡Inefable disposición de la omnipotente Providencia que, pudiendo obrar por sí sola, requiere sin embargo la cooperación del hombre para toda obra de salud! ¡Honor inmenso ofrecido á la libre actividad del hombre; pero al mismo tiempo profundo y terrible misterio! Si resulta ya temible tener en nuestras manos la responsabilidad de nuestra propia salvación ¿qué será tener que asumir todavía la de la salvación de los demás? No solamente la salvación personal de los adultos reclama, sin excepción alguna, su cooperación á la gracia de lo alto; pero aun la salvación ajena depende de los hombres á quienes hizo Dios instrumentos de su gracia; instrumentos voluntarios á los cuales jamás hace Dios violencia. ¡Con qué energía señala San Pablo esta ley! «Se cree por haber oído la palabra de Dios...; ¿cómo se puede creer si no se oye? ¿Cómo oír si no se predica?» (1) La fe supone haber oído; haber oído supone alguno que predique, y el que predica es libre.

(1) • Rom, X, 14, 17.

Ved, por otra parte, cuál es, en hecho de verdad, el poder tremendo de los padres, de los maestros, de los iguales, para perder ó salvar las almas.

II. De ahí se sigue una doble conclusión.

1. *Ayúdate y serás ayudado*: proverbio que se aplica á nuestra propia vida espiritual. La curación moral, la santidad no se alcanza sin nuestra voluntad. Esta buena voluntad es ciertamente una gracia; pero es también la libre correspondencia á una gracia anterior.

2. Hay que trabajar en la salvación de nuestros hermanos. ¿Fué nuestro trabajo siempre afortunado, santificante, conducente á lo bueno y aun á lo mejor? ¿Ha sido tan intenso como debía ser? El momento es propicio: tomemos aquí la resolución de entregarnos sin medida á procurar la salvación de las almas. Meditemos estas hermosas palabras de San Pablo: «Muy de buena gana daría cuanto poseo, daríame á mí mismo por vuestras almas; y, sin embargo, vosotros no me amáis como yo os amo» (1).

II. **El consentimiento prestado.**—¿Cómo da María su consentimiento?

1. 1. *Sencillamente*, sin falsa humildad ni timidez; acepta llena de confianza en Dios la misión más alta, los más grandes deberes que se puedan imaginar.

2. Pero ¿ acepta estos deberes como *esclava del Señor*? «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» Bien puede la dignidad de Madre de Dios llegar á lo infinito; á los ojos de María no es más que una forma del servicio de Dios. Considerémosla bien esta prodigiosa humildad, principal carác-

(1) 2.^a Cor. XII, 15.

ter de la ciudad celestial, que en ella se funda: «Amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo» (1).

II. ¡Oh si supiéramos también nosotros trocar en diversas maneras de servir á Dios, nuestros gozos y nuestras penas, nuestros éxitos y nuestros fracasos, nuestra elevación y nuestro abatimiento: en una palabra, toda nuestra actividad ¡cuáles serían entonces nuestro mérito y nuestra dicha!

III. Los efectos del consentimiento.—I. María dijo *fiat*. No fué menester más que esta sencilla palabra. Inmediata mente Dios, que se complace en obrar grandes cosas sin preparativos exteriores, realiza la obra de su brazo omnipotente. Inclinábase, poco há el arcángel delante de una Virgen; ha de adorar ahora á un Hombre Dios. «*Et Verbum caro factum est*; y el Verbo se hizo carne.»

II. 1. ¡Bendigamos á Dios! Pero demos también gracias á María que, por su consentimiento, viene á ser Reina de los apóstoles y la mayor bienhechora de la humanidad.

Nada de eso es, sin embargo, sino por la gracia de Dios á quien debe atribuirse toda la gloria.

2. Contemplemos, con ardientes deseos de hacer bien, las múltiples ocasiones que para ello se nos ofrecen. Ningún objeto hay más digno de nuestra aplicación; ningún resultado más sublime que alcanzar, ningún fruto más dulce que recoger, que el bien de los hombres. Mas persuadámonos de que sólo la gracia de Dios puede permitirnos hacer el bien y ser realmente bienhechores de los hombres.

(1) SAN AGUSTÍN. *De la ciudad de Dios*, l. 14, c. 28 (M., P. L., t. 41, col. 436).—La ciudad terrena, según el mismo Santo, está constituida por el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios.

COLOQUIO

Pidamos á María, en el coloquio, no ser del número de aquellos que sólo merecen el olvido, por haber pasado inútilmente por la tierra; sino del número de los caritativos y misericordiosos, cuyas obras de piedad subsisten para siempre (1). *Ave María*.

SECCIÓN SEGUNDA

Desde la Visitación á la Natividad

DIA CUARTO.—El entusiasmo de María.

Plan de la meditación.—Poco notada es la animación que llena el relato de la Visitación, y deseáramos que las personas piadosas se fijaran en ella. Con demasiada frecuencia se atribuye á los santos una vida monótona y acompasada, excluyendo todo ímpetu y toda espontaneidad. Consideraremos, pues, sucesivamente *el entusiasmo de María (2), sus efectos, y su sublime expresión en el Magnificat*.

(1) Véase Eccli. XLIV, 9, 10.

(2) En el breviario de los Maronitas, impreso en Roma en 1624, la fiesta de la Visitación se llama *Festum exultationis Dominae nostrae Genitricis Dei Mariae, et protectionis ad Elisabeth*, Fiesta de la exultación de Nuestra Señora y Madre de Dios, María, y su ida á Santa Isabel.

MEDITACIÓN

«*Exurgens autem Maria in diebus illis, abiit in montana cum festinatione*» (Luc. I, 39).

Levantándose María por aquellos días, fuése deprisa á la montaña.

1.^{ER} PRELUDIO. Habiéndose ya partido el ángel, sintióse María divinamente impulsada á visitar á aquella su santa parienta, cuya bendición había sido como el presagio y la confirmación de la suya propia. Apenas oyó Isabel á María que la saludaba, sintió al niño saltar de gozo en sus entrañas, y, como fuera de sí y llena del Espíritu Santo, felicita á la Madre de Dios que le responde con el cántico de gratitud, *Magnificat*.

2.^O PRELUDIO. Miremos el camino accidentado que conduce de Nazaret á Hebrón (1); fijémonos en la pequeña ciudad de Hebrón y en la casa de Zacarías.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de comprender los ardores de nuestra Madre y participar de ellos.

I. El entusiasmo.—I. «*María se levanta y marcha á toda prisa por las montañas.*» Esta prisa que nos muestra el Evangelio, ¿no nos revela por ventura el santo ardor del alma de nuestra Madre?

El primer efecto de la comunicación del ángel fué como derribar á María, abismarla en su nada como criatura; el segundo arrebatarla ante las maravillas de la bondad y misericordia del Criador. Fija María su consideración sobre lo que Dios se ha dignado obrar

(1) Parece lo más probable que Zacarías habitaba en Youttah, en las cercanías de Hebrón. Otros fijan su morada en Kârem, hoy Ain-Karim. V. FOUARD, *Vie de N. S.*, ó DE LA BROISE, *La Ste. Vierge*, p. 89, nota.

en ella; su corazón se siente penetrado de ello, y aquel pobre corazón, ahogado bajo una inexplicable impresión de gozo, de gratitud y de amor, comunica á todo el cuerpo un invencible impulso que la transporta á través de los montes hacia otra mujer privilegiada, con la cual podrá cambiar santas confidencias y vivas acciones de gracias.

• ¿No es bien hermoso este espectáculo que nos ofrece nuestra Madre? Las emociones sensibles que nosotros experimentamos, las vemos reproducidas en ella; pero santificadas por el objeto y la intención. La santidad perfecta no suprime en el hombre ni la vida, ni la iniciativa, ni el gozo, ni el amor; sino que levanta todo esto y lo ennoblece; que la santidad perfecta es la santidad de cuerpo y alma, no es la muerte de nada, sino la vida de todo.

II. 1. ¿Y no tenemos también nosotros mismos motivo de concebir un santo entusiasmo? «Ninguna criatura, dice el Kempis, hay debajo del cielo tan amada como el alma devota en que entra Dios» (1). ¿Hemos atendido lo bastante á la voz de la Naturaleza, á las grandes cosas y también á las pequeñas que nos excitan al amor de Dios? Las verdades de la fe, ¿hanos parecido otra cosa que un riguroso deber? ¿Hemos descubierto en ellas la previsión y el amor de nuestro Padre celestial? ¿Nuestra historia privada, íntima, nos ha revelado bastantemente los rasgos de la inefable Providencia que hacían clamar al Salmista: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*; cantaré eternamente las misericordias del Señor?» (2)

2. ¡Cuánto amor hay, y amor muy puro, en este santo entusiasmo! ¡Qué auxilio hallaríamos en él para

(1) L. IV, c. 13.

(2) Ps. LXXXVIII.

fortalecer nuestra confianza y mantener fija nuestra mirada en la codicia santa de un ideal que nos eleva por encima de lo rastrero de las humanas ocupaciones y de lo prosaico de los sucesos cotidianos! ¡Ah, si el sacerdote oyese á la Iglesia! ¡Cuántas veces pone ella en sus labios ardientes alabanzas á Dios! Pensad en el *Gloria* de la misa, en el *Te Deum*, *Benedictus*, *Magnificat* del oficio divino, en todas las *Laudes*, en el *Confitemini* del domingo.

II. Efectos en San Juan y Santa Isabel.—I. María, llena de gracia en su persona, lo está también en sus acciones y palabras. Llegada á casa de Isabel, la saluda, y esta salutación comunica á su prima las santas alegrías de Dios. Juan Bautista, su hijo, se extremece de gozo. Isabel queda llena del Espíritu Santo. El beneficio de la visita de María, añádese al de su propia maternidad, para comunicar á Isabel el entusiasmo de María. «¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mí?»

Participemos del gozo verdaderamente celestial de estas dos Madres que contienen en sí tantas esperanzas de salvación; tanto más cuanto este gozo no es para ellas solas, sino «para todo el pueblo» (1).

II. Si gustamos de reflexionar sobre nosotros mismos, preguntémosnos si nuestra conversación es animosa; si excita á grandes pensamientos, ó si, por el contrario, deprime y abate el ánimo. Alentar, inspirar confianza, es obrar como apóstol; entristecer y convertir al hombre en huraño, es obrar poco cristianamente, y allá en el fondo es satisfacer una secreta vanidad de mostrarnos exentos de ilusiones.

(1) Luc. II, 10.

III. La expresión del entusiasmo en el Magnificat.—I. El cántico de la Virgen será objeto de especiales meditaciones. Limitémonos por ahora á hacer notar cuánto abunda en sentimiento y cómo tiende únicamente á la gloria de Dios, este cántico de la humildad glorificada. María no ve más que dos cosas: su propia pequeñez, y la generosa misericordia del Señor. Ningún lugar se da aquí á la vanidad. Y es tan puro, tan verdadero el sentimiento, que en dos mil años no ha encontrado la inspiración cristiana más bellos acentos para alabar á Dios.

II. Gustemos de repetir el *Magnificat* en unión de la Santísima Virgen, y como lo dijo ella, procurando que el humilde reconocimiento aparte de nosotros la presunción á la vez que la pusilanidad.

COLOQUIO

Insistamos piadosamente con María para que una humilde esperanza nos permita realizar constantemente, en nuestra vida, la profética promesa: «Los que esperan en el Señor hallarán fuerzas siempre nuevas; tomarán alas para volar como el águila; correrán sin fatigarse, andarán sin cansarse jamás» (1). *Ave María*.

DÍA QUINTO.—Las felicitaciones de Isabel

Plan de la meditación.—Las felicitaciones que Santa Isabel dirige á la Virgen nos dan ocasión de meditar en tres puntos sucesivos: *la dicha de creer; los daños causados por la ausencia de una fe viva, y la palabra de Dios, objeto de esta fe.*

(1) Isaías, XL, 31.

MEDITACIÓN

«*Beata quae credidisti, quoniam perficientur ea quae dicta sunt tibi a Domino*» (Luc. I, 45).

Dichosa tú que creíste en el cumplimiento de las palabras del Señor (1).

1.^{ER} PRELUDIO. El arcángel San Gabriel, al saludar á María, había prestado homenaje á las gracias que ya la llenaban, y que iba á elevar á su cumbre la dignidad cuyo anuncio magnífico la traía. A la salutación del ángel síguese la de Isabel, que felicita á María por la grandeza de su fe.

2.^O PRELUDIO. Representémosnos la casa de Zacarías é Isabel. Imaginémosnos el local en que ésta recibió á la Virgen.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos con instancia gustar constantemente en nuestra vida, á semejanza de nuestra Madre, los consuelos de la fe.

I.—**La dicha de creer.**—I. 1. «*¡Dichosa tú que creíste!*» A la luz del Espíritu Santo descubre Isabel el privilegio incomparable y dignidad, en cierto modo infinita, de la humilde doncella, cuya salutación acaba de recibir. Encantada con su vista, después de preguntarse «¿de dónde me viene esta gracia de recibir á la Madre de mi Señor?», propónese á sí misma esta nueva pregunta: «¿Y de dónde le vino á María el honor de semejante elección?» El Espíritu Santo le declara la causa, que es la fe de la Santísima Virgen. «Dichosa tú, que creíste»; á no ser por tu fe, de cuánto bien te hubieses privado; gracias á tu fe ¡cuán grande bien posees!

Esta misma felicitación se hallará en los labios del

(1) Véase la nota de la página. 325.

Hijo de María, mas dirigida de antemano á todos los creyentes: «Bienaventurados los que sin haber visto creyeron: *Beati qui non viderunt et crediderunt*» (1).

Los que creen, ¿por qué merecen que se les llame bienaventurados? Lo primero, ciertamente, porque la aceptación generosa de las obscuridades de la fe, les prepara claridades de una eterna visión; pero ya desde ahora puede llamárseles bienaventurados, porque la fe da á su espíritu la paz y les ofrece un objeto digno de su actividad.

En esta vida experimenta el hombre por igual la necesidad del reposo y la de la acción. Sus manos han de trabajar, y su mirada ha de ser tranquila y confiada. La turbación y el fastidio son las dos grandes miserias interiores, como á su vez los dos más grandes bienes son la paz y la conciencia de ser útil. Mirad al niño cómo abandona hasta sus juegos para encargarse del papel de persona mayor.

Ahora bien, la fe presta al espíritu este asiento firme; la fe asigna á nuestra actividad un fin digno de nuestros laboriosos esfuerzos. Sólo la fe procura tales bienes; cuando la fe falta no reemplaza ninguna disposición positiva, sino la duda y la incertidumbre. ¿Creéis? Sabéis lo que sois y á donde vais. ¿Dejáis de creer? Os desconocéis á vos mismo y juntamente desconocéis también vuestra razón de ser ó de obrar.

Como un navío abandonado en manos de un piloto que no conoce el rumbo ni el puerto, el incrédulo puede aturdirse, disiparse; mas no podrá ser dichoso.

II. ¡Qué dicha la de creer! ¡Y cuánto importa grabar en el fondo del alma esta persuasión! Aunque, en sí, no sea un argumento á favor de la religión, dis-

(1) Joan. XX, 29.

pone al hombre á apreciarla y guardarla cuidadosamente, é inclina el espíritu á admitir sus pruebas: que no se prodiga un tesoro; y fácilmente se acepta lo que se sabe deber conducirnos á la felicidad.

¿Y esa misma dicha de creer, no es por ventura como una confirmación de nuestra fe? ¿No establece, á lo menos, una justa presunción contra la incredulidad? ¿La armonía del mundo no busca la alianza de la verdad, del bien y de la dicha? ¡Qué desorden en nuestra naturaleza, y aun podemos decir qué monstruosidad si no pudiésemos vivir sino profesando el error!

II. Desdicha de carecer de fe viva.—I. Para gustar plenamente la dicha de creer, no basta poseer la fe esencial para la salvación. Mientras la esposa de Zacarías felicitaba á la Santísima Virgen, no podía menos de comparar sin duda la felicidad de su prima con la pena de su marido por la dolorosa prueba, efecto de su incredulidad. Una grande bendición fué otorgada á la casa de Zacarías; pero él, privado de la palabra, no puede celebrarla ni gozar plenamente de ella.

II. ¡Cuán frecuentemente la falta de fe viva reduce al hombre á penoso silencio! Como cristianos, en primer lugar, y más todavía si somos sacerdotes ó religiosos, nos rodean verdaderamente los divinos beneficios, así como las olas de un inmenso lago en que estuviéramos sumergidos. La vista de tales bendiciones llenaba á los santos de consuelo, de alegría y de confianza. ¡Mas ay! ¡cuántos sacerdotes y religiosos hay tristes, huraños y desalentados! La misa que celebran, el mal que impiden, el bien mismo que realizan, no impresionan ya su corazón, ni parecen decirles nada. Bien cerca están de tener en sus labios la queja y la

murmuración, en lugar del cántico de acción de gracias. Y ¿no es la falta de fe viva la causa de esta melancólica indiferencia y caimiento moral? Procuremos renovar frecuentemente el recuerdo de los beneficios recibidos para fundar una más viva fe sobre un más profundo sentimiento de gratitud.

III.—Objeto de la fe viva—Las promesas de lo alto.—I. «Dichosa tú que creíste en el cumplimiento de las palabras, que te han sido dichas en el nombre del Señor» (1). Isabel felicita á la Virgen Santísima, no por su fe en general, sino por la particular confianza, con que creyó se cumplirían en ella las maravillas que le estaban anunciadas.

II. Nada hay tan importante como esta fe en las divinas promesas, sobre la cual se fundan todas nuestras esperanzas.

1. Oye el pecador, en el fondo de su corazón, una voz que le promete misericordia en el momento en que quiera arrepentirse. Si la cree y la sigue, recibe muy pronto del más amante de los Padres aquella conmovedora acogida hecha al hijo pródigo á su vuelta á la casa paterna.

2. El hombre tiranizado por la pasión, y esclavo de hábitos, cuya vergüenza y daños experimenta, oye una palabra interior que le recuerda el poder de la oración y la fuerza del divino auxilio. Si la cree, si la escucha, prorrumpirá de un modo nuevo en estas palabras: *puedo, quiero*, y se romperán sus cadenas y será salvo.

3. ¡Cuántos jóvenes oyen resonar en su corazón

(1) Parece preferible dar á la frase este sentido que permite el texto griego, mejor que hacer anunciar á Santa Isabel el cumplimiento de maravillas ya realizadas y entender: «Dichosa tú que creíste, porque en tí se cumplirán, etc.» Véase KNABENBAUER sobre este lugar (*Comment. in Lucam*).

aquella palabra íntima: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y sígueme!» (1) Si la creen, si la escuchan, asignan á su vida el más noble fin; tienen la dicha de entregarse á Dios; llegan á ser sacerdotes del Señor, soldados decididos de toda buena causa.

4. ¿Y en los sacerdotes y religiosos no es por ventura constante el llamamiento al progreso espiritual, á la perfección, á la más elevada virtud? Si prestan á él oído dócil, llegarán á hacerse santos.

Grabemos en nuestra mente esta sublime regla: La palabra divina se cumple en quien la cree, y la magnificencia de los efectos corresponde á lo magnífico de las mismas promesas.

COLOQUIO

En el coloquio felicitemos á María por su fe, y pidámosla que logremos reproducir algo de ella en nosotros. *Ave María.*

DÍA SEXTO.—El Magnificat. (primera parte) (2)

Plan de la meditación.—Este inimitable cántico de gratitud de la Madre de Dios, se presta á ser dividido en dos grandes partes. En la primera celebra María los designios de Dios sobre ella; en la segunda glorifica, con esta ocasión, la conducta general de la Providencia. Consagraremos esta meditación á la primera parte.

La meditación constará de tres puntos: *el sentimiento de la Virgen; el manantial de que se*

(1) Matth. XIX, 21.

(2) Esta parte comprende los versículos 46-50 del c. 1.^o del Evangelio de San Juan.

nutre; las perfecciones divinas á las cuales rinde María homenaje.

MEDITACIÓN

«*Magnificat anima mea Dominum*» (Luc. I, 46).
Glorifica mi alma al Señor.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos los primeros versículos del *Magnificat*. «Glorifica mi alma al Señor y alegróse mi espíritu en Dios mi salvador. Porque miró á la pequeñez de su esclava; he aquí que por esto me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Hizo en mí grandes cosas el que es Todopoderoso y cuyo nombre es santo; su misericordia se extenderá de generación en generación sobre los que le temen.»

2.^O PRELUDIO. Imaginémonos el lugar de la casa de Zacarías, en que resonaron los acentos de María.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de vivir, como nuestra Madre, penetrados enteramente de las bondades de Dios para con nosotros.

I. El sentimiento de la Virgen.—I. 1. «*Glorifica mi alma al Señor, y alegróse mi espíritu en Dios mi Salvador.*» ¡Qué sentimiento tan ardoroso revelan estas palabras! No hay que maravillarse de ello. Apenas se manifestó plenamente la elección de Dios, una impresión profunda de gratitud inundó el alma de María, avivando aún más las llamas del divino amor en que ya se consumía, y que ya había acrecentado la meditación. María, sin embargo, se había contenido delante del ángel, y, fiel guardadora de las secretas comunicaciones divinas, habíase también contenido ante sus familiares de la humilde casita de Nazaret. Su modestia virginal hábale impuesto

un perfecto dominio de sí misma durante su viaje á Hebrón. Mas cuando, al presentarse ante su prima, halla á ésta divinamente instruída acerca de los misterios que en ella se han cumplido ¿qué razón había para rengolfar por más tiempo, en el fondo de su corazón, un sentimiento que exigía explayarse? Y he aquí que brotan de sus labios los acentos de una gratitud entusiasta, semejantes á las represadas olas de un río, que por todas partes se desborda.

Cantó Ana cuando Dios le dió á Samuel, y siendo Jesús tanto mayor que Samuel ¿cómo no ha de cantar María? Cantó Moisés cuando los hijos de Israel, libres de las tropas de Faraón, hubieron pasado el Mar Rojo. ¿Podía la Virgen dejar de celebrar la liberación del mundo entero de las garras del demonio y convidado á conquistar voluntariamente el cielo? Supera su gozo al de Moisés, al de Ana, al de Débora, al de Judit. «Mi espíritu, exclama santamente arrebatada, glorifica al Señor, mucho más de lo que me es dado expresar: todo cuanto hay en mí de vida, de fuerza, de poder, todo lo destino á alabar á Dios.»

II. Esforcémonos en participar de este gozo de la Virgen Santísima; alabemos á Dios con ella y por ella.

Alabar á Dios es el noble privilegio del hombre sobre el resto de la creación visible; alabar á Dios es la misión gloriosa de la criatura inteligente; alabar á Dios es un deber sagrado que nos recuerdan y exigen incesantes beneficios. ¿Alabamos bastante á Dios? *Grati estote*, sed agradecidos: ésta es la urgente recomendación de San Pablo á los Colosenses (1). La acción de gracias es uno de los motivos de la institución

(1) Coloss., III, 15.

de las fiestas. ¿No nos pasan, tal vez, demasiado desapercibidas estas fechas sagradas? ¿Damos, en nuestras oraciones, una parte suficiente á la gratitud? La Iglesia, notémoslo bien, en todas sus oraciones, antes de pedir algún favor, empieza por recordar algún beneficio divino y dar gracias á Dios. «Señor, dice, que os dignasteis dejarnos, en un admirable sacramento, la memoria de vuestra pasión; que habéis instruído los corazones de los fieles con las luces del Espíritu Santo.....»

II. Manantial donde se nutre este sentimiento.

—I. ¿De dónde le vienen á nuestra Madre tan santos deseos, ímpetus tan vivos y tan espontáneos? Es que su mirada permanece fija, al paso que en el beneficio de Dios, en su propia pequeñez. «*Dios se ha dignado poner los ojos en la pequeñez de su esclava*»: he aquí la vista de su nada. «*Y he aquí que me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas grandes el que es todopoderoso*»: he aquí cómo pondera los beneficios de Dios.

II. ¿Queremos fomentar en nosotros un vivo sentimiento de gratitud? Dedicuémonos á penetrar lo poco que somos, y juntamente los grandes designios que Dios quiere ejecutar en nosotros.

Si adquirimos de una vez la íntima convicción de que no somos ni valemos nada de nosotros mismos, nada tampoco de lo que obre Dios en nosotros nos parecerá debido ó merecido; daremos gracias por todo, y si ponderamos con algún cuidado los favores de que Dios nos colma, crecerá nuestra gratitud á cada nuevo rasgo que vayamos descubriendo.

¡Qué error, cuán falsa humildad la que afecta olvidar las gracias recibidas de Dios! No temamos reconocer que Dios ha hecho en nosotros grandes

cosas, y que nos las destina mayores todavía. Sólo que no debemos perder de vista la nada sobre la cual se digna El edificar.

III. Las perfecciones divinas á que María rinde homenaje.—I. La gratitud de María se eleva hacia Dios. En la infinita Bondad, reconoce ella la razón última de las gracias que le han sido concedidas. «*Bondad todopoderosa, exclama, bondad santísima, que todo lo atrae á sí. El es fuerte, el autor de las maravillas realizadas; su nombre es Salvador; su misericordia se extiende de generación en generación*» (1).

II. 1. Las gracias que Dios nos concede son siempre un efecto de su *poder*. ¡Qué poder es necesario para elevar al hombre hasta su Autor! Pues á tan sublime término convergen todas las gracias de Dios.

2. Todas las gracias, después del pecado de Adán que las desmereció, son también efecto de la divina *misericordia*.

3. Y en toda obra de Dios debe resplandecer su *santidad*.

4. Glorifiquemos estos divinos atributos. El *poder* y la *misericordia* deben llenarnos de confianza; la *santidad* nos enseña cómo hemos de usar de los dones de lo alto, ó sea, refiriéndolos á Dios.

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio, pidamos al Señor, por medio de María, el favor inmenso, fuente de inefables bendiciones, de comprender y cumplir para con Dios nuestros deberes de gratitud. *Ave María*.

(1) Traducimos libremente los versículos 49 y 50 del *Magnificat*.

DÍA SÉPTIMO.—El Magnificat (segunda parte)

Plan de la meditación.—En la segunda parte de su cántico ensalza la Santísima Virgen tres rasgos de la divina Providencia, que van á dividir nuestra meditación. *Dios se complace en confundir el orgullo; exalta á los humildes y pequeños; cumple sus misericordiosas promesas.* Estas verdades serán recibidas con mayor consuelo y mayor fruto si las recogemos de los labios mismos de nuestra buena Madre.

MEDITACIÓN

«*Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles*»
(Luc. I, 52).

Depuso á los poderosos del trono, y ensalzó á los humildes.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos lo que sigue del *Magnificat*: «Dios ha desplegado el poder de su brazo; ha convertido en vanos los consejos que los soberbios alimentaban en su corazón. Arrojó de su trono á los que confiaban en su poder y exaltó á los humildes y pequeñuelos. Ha llenado de bienes á los hambrientos; á los ricos los ha dejado con las manos vacías. Ha tomado por la mano á Israel su siervo, acordándose de la misericordia que prometió á nuestros padres, á Abraham y su generación que jamás se extinguirá.»

2.^O PRELUDIO. Veamos á la Virgen en casa de Zacarías, en presencia de Isabel.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de revestirnos de la humildad, que nos hará gozar de una especial Providencia de Dios.

I. Dios confunde el orgullo.—I. 1. «*Dios convierte en vanos los orgullosos pensamientos, en que*

se complacían los soberbios; derrocó de su trono á los que fiaban en su propio poder; á los ricos envió con las manos vacías.» Al anunciar este oráculo, recordaba María seguramente los grandes hechos de la historia sagrada: Faraón de Egipto humillado por Moisés; la caída ignominiosa de Nabucodonosor; el triste fin de Baltasar y Antíoco.

2. ¿Es esto decir que el poder y la riqueza desagraden por sí mismos á Dios? ¿No son criaturas suyas? ¿El poderoso no es imagen del Criador?

Sí, pero los hombres, fascinados por el prestigio exterior, juntan con demasiada frecuencia el orgullo con el poder y las riquezas, y esto es lo que les pierde. Semejante exaltación no glorifica á Dios: resta que Dios sea glorificado por la confusión con que castiga á los soberbios. La confusión es á veces diferida, pero la prosperidad del malo no es sólida más que en apariencia, y cuanto más dura, más espantosa es la ruina que le amenaza: como las torres fundadas en arena, que no se elevan más alto, sino para caer con más estrépito.

3. El orgullo presenta dos formas: puede uno resistir á Dios apoyándose en sí mismo, y puede, sin contradecir á la divina Providencia, recibir sus beneficios, como debidos á sus propios méritos y correspondientes á sus derechos. La primera forma es la peor, pero la más evidentemente errónea; la otra es la más peligrosa para nosotros: nuestras impaciencias, nuestras quejas, nuestros abatimientos, descubren á lo menos cierta tendencia á este género de orgullo.

II. Tengamos bien presente esta lección. Dios mismo no tolera en sus escogidos ningún género de hinchazón; debemos ser tanto más humildes cuanto más parece favorecernos el éxito.

II. Dios exalta á los pequeñuelos.—I. «*Dios levanta á los pequeños; hinche de bienes á los hambrientos.*» Es lo mismo que decía el Salvador: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos; bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» Al pronunciar María estas palabras, presentábanse á su espíritu las imágenes del humilde David, de la humilde Ester, del humilde Daniel; pero sobre todo recordaba la gracia que ella misma acababa de recibir.

Les es tan fácil á los pobres, á los pequeños, tener la humildad de los santos deseos. Y, por consiguiente, la bondad comunicativa de Dios ya no halla obstáculo; deslízase como por una natural pendiente para llenar toda la capacidad de su corazón.

II. 1. Imitemos, según nuestras débiles fuerzas, esta bondad de Dios. Gustemos de derramar por todos los medios el bien á nuestro alrededor.

2. Pero tengamos, sobre todo, humildemente hambre y sed de las gracias divinas, para mejor obtenerlas.

III. Dios cumple sus misericordiosas promesas.—I. «*Tomó por la mano á Israel, su siervo, acordándose de la misericordia que había prometido á nuestros Padres.*»

Esta grande é inefable misericordia, prometida desde tantos siglos, es la bendición que trae María en su seno; es el Mesías, cuyo reino va á empezar.

II. Nosotros, que vivimos en medio de este reino, tanto tiempo deseado, y realizado ahora á pesar de la indignidad de los hombres, nosotros digo, gozamos de los efectos magníficos de la divina palabra.

¡Cuánta razón tenemos de confiar en esta fidelidad

de Dios á sus promesas! Y sin embargo ¡nuestro corazón titubea con tanta frecuencia al orar! ¡Una gracia diferida parécenos tan fácilmente una gracia negada! Ni siquiera osamos mirar con positiva confianza ni aun nuestro eterno porvenir.

Esta desconfianza nos empobrece y nos hace desgraciados. Apartémosla de nosotros para cantar con María el *Magnificat* ahora en la tierra, y luego en el cielo por toda la eternidad.

COLOQUIO

Pidamos, en un fervoroso coloquio, la gracia preciosa de una humilde seguridad de nuestra salvación. Confiemos, como hijos, á María nuestros temores y ansiedades, y pidámosla que nos muestre el camino de una santa tranquilidad. *Ave María*.

DÍA OCTAVO.—La prueba doméstica de la Sagrada Familia

Plan de la meditación.—¡Cuán misteriosa es la conducta de la divina Providencia! María fué á visitar á su prima Santa Isabel cuando ninguna señal exterior revelaba su maternidad, y la oyó celebrar la obra maravillosa del Espíritu Santo. Vuelta á Nazaret á los tres meses, cuando el futuro nacimiento de un hijo comienza á manifestarse, nota que su casto esposo permanece en la ignorancia. Síguese de ahí una punzante duda para José, y para entrambos un íntimo dolor, una prueba en que, entre otras lecciones, podemos aprender la de la prudencia. Veremos, pues, sucesivamente la *prudencia de María*, y la *prudencia de José* y la *recompensa de esta virtud en los dos santos esposos*.

MEDITACIÓN

«*Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam*» (Matth. I, 20).

José, hijo de David, no temas tomar á María por esposa.

1.^{ER} PRELUDIO. Traigamos á la memoria las circunstancias que acabamos de narrar. S. José, no logrando explicarse la futura maternidad de su esposa, hállase entregado á una cruel incertidumbre sobre la conducta que debe seguir. Mientras delibera si separarse de María secretamente y optar así por un partido que, evitando todo estrépito, salvase á la vez su cuidado en observar la ley y la reputación de una virgen cuya virtud admiraba; un ángel le da á conocer los designios de Dios sobre María y le inviste para con el Salvador que iba á nacer, de todos los derechos de la paternidad.

2.^O PRELUDIO. Representémonos la humilde casita de Nazaret, teatro de esta escena de desolación, que termina en una santa alegría.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos un conocimiento íntimo y práctico de las virtudes de María y de José y en particular de su admirable prudencia.

I. Humilde prudencia de María.—I. María, objeto de especialísimos designios de Dios, teme mezclar nada humano á la acción divina. La iniciativa salió siempre de Dios. El ángel vino de parte del Altísimo; el Espíritu Santo es autor de cuanto se ha obrado en ella; Dios es quien instruyó á Isabel. María, pues, no se cree con derecho de añadir una palabra para informar á San José. ¡Cuán admirable silencio! Silencio doble-

mente doloroso para ella: ya por lo que la hacía temer por sí, ya por lo que hacía sufrir á José.

II. 1. María ha encontrado repetidas veces, entre sus más fervorosos siervos, imitadores heroicos de tan sorprendente discreción. Varones de eminente virtud, bajo el peso de imputaciones injuriosas han preferido callarse aun cuando una palabra hubiese bastado para disipar las sospechas. Tales resoluciones son fruto más de especiales mociones del Espíritu Santo que de los ordinarios consejos de la razón aun iluminada por la fe. Parécenos, en general, que debemos aplicar á nuestra reputación aquel razonable cuidado que no negamos al bien menor de la salud, ya que una y otra son medios de acción y de influencia. Mas Dios inspira á ciertas almas generosas semejantes sacrificios, para hacer brillar ante todos el valor de la humildad, y contener en sus justos límites el cuidado de la propia honra. La imitación de María consistirá, pues, para nosotros, en sufrir alegremente la disminución de nuestra estima que de cualquier modo pudiera venirnos, en afrontarla aun voluntariamente cuando se interese en ello alguna causa superior, y en emplear una justa moderación en la defensa de nuestra conducta. Desterraremos de nuestro corazón los inquietos cuidados que lo roen; por nada del mundo emplearemos mentirosos artificios para salir del paso, y después de las suficientes diligencias nos abandonaremos en las manos de Dios.

2. María, con su discreción sublime, pretendía tratar con digna delicadeza una cosa tan santa como la Encarnación del Verbo. Conviene que también nosotros profesemos un santo respeto á las cosas santas, no tratándolas sin autorización y temerariamente. Santa es la palabra de Dios ¡con cuánto cuidado, con cuánta preparación, los sacerdotes y los que educan á la ju-

ventud deben enseñarla desde el púlpito y en los catequismos!—Santo es el cargo de confesar, ninguno hay en que tanto intervenga la acción más íntima de Dios. ¡Con qué madurez debe pesar los consejos que da en el tribunal en que representa á Jesucristo!—Santa es la Iglesia. ¿Es prudente que los legos aventuren opiniones y juicios, ó formulen censuras sobre sus doctrinas ó sus actos?—Santa es toda autoridad legítima: debemos pues abstenernos de denigrarla, de quitarle el prestigio que pide el mismo bien común.

II. Providencia de San José.—I. La admirable prudencia de San José se manifiesta en que las más graves apariencias no le bastan para admitir la culpabilidad de María (1) y formular contra ella una acusación judicial; pues aunque haya indicios contrarios ¡cuán elocuentemente abogan por ella los hechos todos de su vida! Y porque no olvida esta consideración, suspende San José el juicio y trata de conciliar, en su conducta, la letra de la ley con su justa opinión de la inocencia de María.

II. ¡Qué lección para nuestra cotidiana conducta con nuestros superiores, iguales é inferiores!

1. En cuanto á los *superiores*, en lugar de condenarlos, deberíamos aún abstenernos de juzgarlos. ¿Qué autoridad tenemos para ello? ¿De dónde sacaríamos los elementos para una ilustrada información? Reflexionémoslo. El superior viene á ser un acusado á quien se condena sin oírle y á quien un riguroso deber impediría las más de las veces descubrir las razones en que estriba su defensa.

2. En cuanto á los *iguales*, ¡cuántas sospechas

(1). V. KNABENBAUER, sobre este lugar de S. Mat. p. 54, 56, 57.

injustas dividen á los hombres y arruinan las mutuas relaciones! ¡Cuántos hay que no han llegado á ser malos sino después de ser juzgados por tales, y cuando las calumnias de la opinión hubieron agriado su alma! ¡Y cuántos otros, por el contrario, deben al velo que encubrió su falta, el valor indispensable para una completa enmienda! No condenemos, pues, fácilmente al prójimo por algunas apariencias. De todos modos, vale más equivocarse en bien que en mal. Practiquemos el consejo de Jesucristo: «No juzguéis para condenar, y os libraréis vos mismo de un juicio riguroso» (1).

3. Como superiores debemos, es verdad, juzgar á nuestros *inferiores*; pero ¡con qué circunspección! Antes de pronunciar sentencia, debemos buscar todas las luces y no dejar aparte las presunciones favorables que puede proporcionarnos la anterior conducta. Además de que no se gana los corazones quien no sabe manifestar alguna confianza. Los reproches formulados cuando uno debería limitarse á simples preguntas, y más todavía las sentencias dadas, con pruebas dudosas, causan irreparables estragos y los más fatales errores.

III. Recompensa de esta prudencia.—1. ¡Qué gozo, cuán completa alegría sucedió á aquella hora de ansiedad! No solamente la inocencia y la pureza de María son reveladas á José, y su alma es aliviada de aquel triste peso, sino que además: *a*) Conoce él mismo la dichosa nueva de la venida del Redentor; *b*) Va á ser padre legal de ese mismo Salvador, con todos los derechos de padre que le son divinamente atribuidos; él es quien impondrá al Niño el dulcísimo nombre de Jesús, como el ángel se lo dijo expresamente: «Le

(1) Luc. VI, 37.

darás por nombre Jesús» (1). El destino de San José será dedicar á María un amor más alto y más puro que el de los otros esposos: á su unión con ella se concede una fecundidad más gloriosa y más sublime que la de las más bendecidas uniones.

Felicitemos á los santos esposos y tomemos parte en su alegría.

2. De un modo semejante, una conducta llena de caritativa prudencia conduce á dichosas soluciones, en que se obtiene el resultado apetecido sin agriar ni ofender á nadie y sin dividir los ánimos. ¡Cuán ventajosos resultan estos efectos al bien particular de las personas y de las familias, lo mismo que al bien general de la sociedad!

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio de felicitaciones y súplicas, hagamos propósitos de prudencia y caritativa reserva, y pidamos la intercesión de San José y la de María para ser fieles á tan prudente resolución. *Ave María.*

SECCIÓN TERCERA

La Natividad

DÍA NOVENO.—**María Madre de un primogénito**

Plan de la meditación.—El inefable misterio del nacimiento del Salvador va á ofrecernos, en una serie

(1) Matth. I, 21.

de meditaciones, diferentes aspectos instructivos y conmovedores del corazón de María, cuyos sentimientos servirán de modelo á los nuestros. En este primer ejercicio, consideraremos sucesivamente las verdades que evoca cada una de las palabras de este texto, tan sublime en su sencillez: *Dió á luz á su Hijo primogénito.*

MEDITACIÓN

«*Peperit filium suum primogenitum*» (Luc. II, 7).
Dió á luz á su Hijo primogénito.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos vivamente el establo de Belén; sus dimensiones, su pobreza.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con instancia la gracia de aprovecharnos, á ejemplo de María, del nacimiento del Salvador, á fin de participar más plenamente de los efectos de la redención que ha venido á traer á los hombres de buena voluntad.

I. María da á luz.—I. La tradición nos enseña que el Hijo de Dios quiso conservar en su Madre, perfectamente intacto el sello de la virginidad. Así después como antes de pasar el Rey Salvador, quedó el seno de María como aquella puerta cerrada situada al Oriente del misterioso templo que, durante la cautividad, contempló Ezequiel encima del monte. «He aquí que venía el Dios de Israel rodeado de gloria por el camino oriental. Y el señor me dijo: esta puerta permanecerá cerrada, no dará paso á hombre alguno, porque el Señor Dios de Israel pasó por ella» (1). María,

(1) Ezech. XLIV, 2. V. KNABENBAUER sobre este lugar.

dicen á este propósito los santos Padres (1), es esta puerta cerrada por la que sólo penetra la acción sobrenatural del Espíritu Santo; puerta cerrada antes, durante y después del nacimiento del Salvador.

¡Cuán poco prodiga Dios los milagros! Ninguno hace para prevenir los temores de San José, ninguno para embellecer la morada natal de su Hijo, ninguno para detener el brazo de los asesinos encargados por Herodes de la matanza cruel de los Inocentes. Pero obra uno para conservar la virginidad de su Madre.

II. Conozcamos en esto la estima en que debemos tener la pureza, y más aún el privilegio raro de la virginidad. Si Dios quiere derogar las leyes de la naturaleza para conservar en su Madre aun el lustre exterior de esta virtud, ¡cuáles deben ser nuestros cuidados y prudencia para preservar la nuestra de toda corrupción verdadera!

II. Su Hijo.—I. ¿Cómo describir ó cómo imaginarnos la alegría santa de María cuando vió y estrechó contra su corazón á aquel que había traído en sus entrañas, á aquel Hijo suyo que al mismo tiempo era Dios? ¿Qué le diría? ¿Qué le oiría decir? Aunque incapaces completamente de levantarnos al nivel de estos sentimientos, procuremos adivinar y gustar algo de ellos.

¡Cómo participa San José de este gozo! ¿Por ventura no ama muchísimo á María, y la dicha de María no es su propia dicha? Y además ¡qué hermoso oficio el suyo! El es verdaderamente esposo de la Madre; él tiene derechos de padre sobre el Niño Dios.

(1) Esta graciosa aplicación se halla en San Jerónimo (M., P. L., t. 25, col. 430) y en un antiguo sermón, de autor desconocido, atribuido á S. Agustín (*De annuntiatione Dominica*, n. 5; M., P. L., t. 39, col. 2107).

II. Tanto mayor era el gozo de María y de José, cuanto dimanaba de más pura fuente. Si todo nacimiento regocija á los padres ¡cuánto más éste, no precedido de ningún temor ni turbación, ni acompañado de ningún dolor! Si hubiese tenido parte en él la concupiscencia, no le hubieran faltado sus manchas y sus dolores.

Aprendamos la nobleza de los goces de la parte superior, y recordemos que se pierden al seguir los deseos de la carne.

III. Primogénito.—1. Jesucristo fué el primogénito de María, en primer lugar, en el sentido enteramente *literal* de que ningún hijo le precedió, y que vino á formar parte de la Sagrada Familia siendo en ella acogido y amado como lo es el primogénito, y también para cumplir generosamente las leyes impuestas al nacimiento del primer hijo.

2. También es primogénito *moralmente* entre muchos hermanos, pues la gracia nos comunica su filiación y todos somos, después de El, hijos de Dios. «Dios, dice el Apóstol hablando de los elegidos, los ha predestinado para reproducir en sí la imagen de su Hijo, á fin de que Este sea el primogénito entre muchos hermanos» (1).

3. El es asimismo, como verbo de Dios, la sabiduría eterna por quien todo ha sido hecho, nacido antes que toda criatura del cielo y de la tierra (2).

4. El es, finalmente, con relación á nosotros, el primogénito de María. Somos hermanos de Jesús, y ya por este solo título, hijos espirituales y tiernamente amados de esta excelente Madre.

(1) Rom. VIII, 29.

(2) Coloss. I, 15.

COLOQUIO

En el coloquio alegrémonos del nacimiento del Salvador; prestemos homenaje á María y á José y felicitémonos también de ser hermanos adoptivos de Jesús é hijos de María. Apoyados en esta cualidad, hablemos con entera confianza á esta buena Madre.

DÍA DÉCIMO.—Las alegrías de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—El nacimiento del Salvador fué para María fuente de un triple gozo, que procuraremos comprender en los tres puntos de esta meditación: el *gozo de ser salva*, el *de ser Madre*, y el de *comunicar á Jesús*.

MEDITACIÓN

«*Ipse salvum faciet populum suum*» (Matth. I, 21).
El salvará á su pueblo.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémos el humilde establo en que nació el Salvador, y el pobre pesebre en que fué colocado.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de participar de la santa alegría de la Virgen, para sentir también sus felices efectos.

I. Gozo de ser salva.—I. El nacimiento del Salvador fué anunciado por el ángel como un manantial de gozo para todo el pueblo. Este gozo, aunque común en su causa á todos, lo experimentaron los hombres desigualmente, según sus distintas disposiciones. Algunos se turbaron é irritaron. Ved, en cambio, el expan-

sivo gozo de los pastores, la dicha profunda de Simeón, la comunicativa alegría de Ana; comparadlos con la inquietud de Herodes y más tarde con la punzante envidia de los fariseos. Pero ¿quién mejor que María comprendió las razones de gozarse? ¿Quién mejor que ella apreció el beneficio de la especial redención, que la había exceptuado á ella de las faltas cuyo perdón obtenían los demás? ¡Cuán inestimable valor reconocía en esta gracia de Dios, que había mantenido alejado de ella al grande enemigo de nuestras almas! Esforcémonos por comprender algo la extensión de su dicha.

II. Aun ahora excita el nacimiento del Salvador la cólera de los impíos, y deja en la indiferencia á los extraviados y á los católicos tibios. ¿Qué impresión produce en nosotros la venida del divino Emanuel, de un Dios que habita en nosotros? ¿Nos preocupamos con frecuencia de dar gracias á Dios por habernos rescatado? Perfeccionemos nuestras disposiciones para mejor gozar de esta dicha. Comparemos nuestra suerte con lo que sería sin la venida de Cristo á este mundo.

II. El gozo de ser madre.—I. El Señor por sí mismo nos lo testifica: la mujer olvida sus sufrimientos por el consuelo de verse madre. ¿Quién dirá, pues, la inmensa dicha de la que, sin sufrimientos, dió á luz al Salvador? ¡Es Dios y es hijo suyo! ¡Le ve, le toca, le viste, recibe sus caricias y se las prodiga á su vez! ¡Qué respeto, qué adoraciones en medio de estos familiares desahogos, y cuán santo amor! Seamos, en cuanto nos sea posible, testigos de esta inexplicable escena.

II. Podemos, por nuestra fidelidad á la gracia, engendrar á Jesucristo en nosotros. ¿A qué tiende en efec-

to la gracia, sino á transformarnos en su autor? El cristiano es, por su vocación, como otro Cristo. Es ya propio de un gran corazón el aspirar á la santidad; pero ¿cuánto más espléndida y más saludable es la realización de tan sublimes designios? ¡Mas ay, cuántos piadosos deseos quedan simplemente concebidos, sin salir nunca á luz! Hagamos de nuestro corazón la tierra fértil en que la semilla brota y produce el ciento por uno.

III. Gozo de comunicar á Jesús.—I. No ignoraba María que iba á dar al mundo un Salvador. ¡Cuán inexplicable consuelo debía ser para ella meditar en esta misión de su Hijo, pensar en las lágrimas que iba á enjugar, las cadenas que iba á quebrantar, la libertad santa de que venía á dotar al mundo entero! ¡Cómo bendecía á Dios porque no poseería á su Hijo para sí sola, sino para salvación de todo el pueblo!

II. Un alma que se santifica, nunca va sola al cielo. Esta palabra de SANTA TERESA añade un poderoso estímulo á tantos otros motivos como tenemos de procurar de veras nuestra santificación, y bien comprendida, quitaría al respeto humano y á sus especiosos pretextos, su humillante influencia. ¡Obrar mal ó menos bien para no displacer á los hombres, es pagar bien caro el resultado enteramente negativo de ahorrarnos una ligera confusión; mientras que practicar francamente la virtud es adquirir á muy poca costa, sobre el prójimo, una influencia eminentemente útil y hermosa, que nos valdrá el agradecido aprecio de los que hayamos salvado ó edificado.

COLOQUIO

Este coloquio, dedicado ante todo á felicitar de nuevo á la Madre de Dios, y á presentarnos con ella á

Jesús para adorarle, terminará con santos deseos de perfección y apostolado. *Ave María*.

DÍA UNDÉCIMO.—Los pobres pañales de Jesús

Plan de la meditación.—Fijaremos nuestra atención sucesivamente sobre los *pañales que envuelven á nuestro Salvador*; la *pobreza que en El indican*, y la *riqueza contenida para nosotros en esta pobreza*.

MEDITACIÓN

«*Et pannis eum involvit...*» (Luc. II, 7).

Y envolviólo en pañales.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos una vez más el modesto establo en que nació el Salvador.

2.^O PRELUDIO. Pidamos al Señor, por su Madre dulcísima, nos instruya y enriquezca con su pobreza.

I. Los pañales.—I. 1. Imaginemos los tiernos cuidados con que la Santísima Virgen envuelve en su primera vestidura los delicados miembros del Hijo de Dios. Consideremos su profundo respeto, su delicadeza, y el amor que manifiesta su solicitud. De ella ha nacido esta carne que se estremece con el frío de la noche; su propia mano es la que va á cubrirle con pañales.

2. Todos los actos de nuestro culto exterior son como pañales con que, acá en la tierra, vestimos á nuestro amado Señor. Pongamos en vestirlo así un cuidado que denote nuestro amor.

II. 1. Los pañales son vestido humilde y pobre; indican una indigencia que proteger, una vergüenza que

cubrir. El que es inocentísimo y fortísimo los acepta por nosotros, mostrando que viene á participar de nuestras miserias.

2. Démosle expresivas gracias, y mientras esperamos el día de la gloriosa revancha, que en un cuerpo espiritual reemplazará la ruinosa habitación que aprisiona nuestra alma, aceptemos con sencillez la humillante prudencia que nos impone el pecado.

II. El indicio de la pobreza.—I. Los pañales son comunes á los hijos de los príncipes y á los de los mendigos. Sin embargo, las diferencias sociales se descubren aun desde la cuna. ¿Qué pañales escoge el Señor? Los de los pobres. ¿Por qué? Para significar con ello lo universal de su redención y de su amor, de que no se ven excluidos los pobres; al contrario, aprenderá más tarde el mundo que ellos son los privilegiados. ¿Y por qué más? Para mostrar así lo poco que aprecia el fausto humano y el aparato exterior.

II. Sepamos también nosotros, aun observando lo conveniente á nuestra posición, despreciar las vanidades del lujo, y no midamos nuestro aprecio por los exteriores atavíos.

III. Riqueza para nosotros contenida en esta pobreza.—I. «El que era rico se hizo indigente para enriquecernos con su indigencia» (1). Estas palabras de San Pablo nos enseñan el sublime cambio que el cielo propone á la tierra, Dios todopoderoso á su criatura. «Trocad vuestros pobres dones con mis bienes sobrenaturales; Yo me hago semejante á vosotros para permitir os ser semejantes á mí.» ¡Proposición magnífica entre todas!

(1) 2.^a Cor. VIII, 9.

II. 1. Manifestemos á Dios nuestra gratitud, y, sobre todo, no dudemos en aceptar sus ofertas. No regateemos lo poco que podemos dar á Dios; declárenos prestos á todo; y á la vista de los pañales con que se cubre, prestémonos especialmente á imitarle en el desapego interior y aun, si El así lo quiere, en la pobreza efectiva, ya nos la imponga la necesidad, ya sea fruto de nuestra libre elección.

2. La Virgen es, entre todas las criaturas, la que mejor supo enriquecerse con la desnudez del que es su Dios y nuestro Dios. Nadie ha imitado como ella al Salvador. Felicitémosla por su prudencia.

COLOQUIO

Roguemos á María, en un filial coloquio, nos obtenga de su divino Hijo la gracia de una gran pobreza espiritual. *Ave María.*

DÍA DUODÉCIMO.—El pesebre del Salvador

Plan de la meditación.—El pesebre del Salvador ha de evocar juntamente las ideas de *sufrimiento*, de *elección* y de *símbolo*. Estos serán los puntos de esta meditación.

MEDITACIÓN

«*Et reclinavit eum in praeseptio*» (Luc. 1, 7).

Y lo reclinó en un pesebre.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginar como antes el pobre establo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de crecer en el conocimiento y amor del Verbo hecho hombre.

I. El sufrimiento del pesebre.—I. En este primer punto podemos considerar la pena que sintió la Virgen Santísima de no tener para su divino Hijo otra cama que un pesebre, y el cuidado que puso en suavizar todo lo posible su dureza. Veamos esos cuidados y adivinemos los actos interiores de amor que los acompañaban. Ofrezcámonos con sencillez para ayudar á la Virgen á colocar suavemente á Jesús en su camita.

II. ¡En cuántas iglesias pobres puede el tabernáculo compararse con el pesebre! ¿Tenemos nosotros medios de adornarlo con algún trabajo ó alguna limosna? ¿Procuramos tratar convenientemente al divino huésped, teniendo el altar y su menaje sumamente limpio, y cuidando escrupulosamente de que arda su lámpara? ¿Aseguramos á Jesucristo el sitio de honor en la Iglesia? Si nada podemos hacer para el adorno exterior del templo, tengamos á lo menos cuidado de adorar frecuentemente y con fervor á Jesús Sacramentado y, al mostrar así nuestra buena voluntad, no dejemos de protestar interiormente de que nuestro deseo sería hacer más; confesemos nuestra insuficiencia y tratemos de suplirla mezclando un gran amor á nuestras pobres ofrendas.

II. La elección del pesebre.—I. 1. Jesús, al acostarse en un pesebre, no cedía á la fatal necesidad; sino que, teniendo en su mano todas las cosas, prefirió al lujo y á la comodidad, un pesebre pobre é incómodo.

2. Después de bien convencidos de que esta elección fué completamente voluntaria, penetremos su sentido. Es una declaración de guerra que el Señor hace al instinto de buscar la comodidad en las cosas pequeñas. Meditemos los inconvenientes de esta sensualidad.

a) Para el *cuerpo*, al que hace delicado y exigente, y de ahí las singularidades extrañas que perjudican á nuestra influencia y autoridad. b) Para el *alma* y la *voluntad*, á la cual enerva y debilita. c) Para *las almas de los demás* cuya conversión y adelantamiento impide. La generosidad es incompatible con semejantes cuidados, los cuales son además un obstáculo para los trabajos verdaderamente apostólicos, y causan mayor daño al predicador y al misionero, que la cobardía delante de intensos sufrimientos ó de peligros considerables. Además de que estas grandes pruebas son mucho más raras: ¡Cuántos hay que no las hallan en toda su vida!

III. El pesebre símbolo.— ¿No veis cómo este símbolo del pesebre pone á la disposición de todos al Niño que en él yace? Vedle allí pronto á dar buena acogida á todo homenaje. Si hemos de dar crédito á una sencilla piedad (1), ni siquiera desdeña el caliente anhélito de unos pobres animales. Pero, sobre todo, está en el pesebre para darse en comida. El nombre de Belén, que en hebreo significa *casa de pan*, y la vista de este comedero, hacen á los Santos Padres (2) acordarse de la palabra que este mismo Niño pronunciara: «Yo soy pan vivo» (3). Jesús, en el pesebre, simboliza á Jesús en la Eucaristía, despreciado de unos, visitado ó recibido con transportes

(1) La tradición que pone junto al pesebre un asno y un buey, se remonta á los primeros siglos. FOUARD, *La vie de N. S. J. C. La Nativité*.

(2) S. AGUSTÍN, sermón 190, 3 (M., P. L. t. 38, col. 1008): «In praesepe jacet, fidelium cibaria jumentorum». Yace en el pesebre como alimento de los fieles. TEODOTO DE ANCYRA, *Homilia de la Natividad*, n. 8 (M., P. G., t. 77, col. 1362).

(3) Joann. XLI, 51.

de gozo por otros, y en suma, alimento de todos, de amigos y enemigos; de los enemigos cuya rabia sacia, de los amigos cuyas delicias hace. Seamos de aquellos para quienes es alimento saludable.

COLOQUIO

Roguemos á María que recostó á Jesús en el pesebre, que nos ayude á recibirle bien en nuestro corazón, ofrezcamos á nuestro amado Dueño propósitos de abnegación y de Amor. *Ave María.*

DÍA TRECE.—El abatimiento de Jesús

Plan de la meditación.—Después de indicar simplemente el establo y el pesebre, añade el evangelista este rasgo final, que completa el cuadro de los primeros sufrimientos del Salvador: «no había para él lugar en la posada». Meditemos, pues, sucesivamente *cuánto se ocultó Jesús; la razón providencial de la negativa que recibe, y la ceguera de los habitantes de Belén.*

MEDITACIÓN

«*Non erat eis locus in diversorio*» (Luc. II, 7).

No había lugar para ellos en la posada.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos también el establo y el pesebre en que yace el Niño Dios.

2.^O PRELUDIO. Roguemos con instancia al Salvador que nos conceda, por medio de su Madre Santísima, participar abundantemente de su espíritu.

I.—La humillación, el abatimiento de Jesús.—

I. La Santísima Virgen y San José no pudieron en-

trar en la pobre posada de la ciudad (1). Cuando se presentaron, fueron acogidos con esta contestación: «No hay lugar para vosotros.» Esta negativa, á nuestro parecer, no mostraba ningún mal prejuicio ni voluntad positivamente mala. Realmente estaba lleno, y los santos esposos, confundidos con el vulgo, no presentaban ninguno de esos títulos exteriores que traen consigo las excepciones y los favores. ¡Cuán humillante era esta misma obscuridad y cuánto debió conmovér el corazón de la Santísima Virgen, no ciertamente por ella sino por su Hijo, Hijo de Dios y de David, menospreciado en la ciudad de sus reales antepasados como un pobre vulgar! ¡Oh! ¡Cómo debió sentir ella la pena especial que causa la conciencia de una eminente dignidad ignorada ó desconocida!

II. Cuéstale más á veces al amor propio verse obscurecido, que verse positivamente humillado y despreciado. Mas, por otra parte ¡con qué elocuencia de palabras y de ejemplos nos enseña el Señor, en toda su vida, á aceptar y aun buscar la oscuridad y el olvido! ¡Y qué de motivos tenemos nosotros para consentir en pasar nuestros días en el silencio!

Hasta el presente, sin embargo ¡cuáles no han sido nuestras pretensiones y nuestra sensibilidad! Por los menores méritos, por los éxitos más insignificantes, hemos pretendido ser puestos de relieve, distinguidos, tratados con favor! ¡Y nos gloriamos de ser discípulos de Jesús!

II. Razón providencial de la negativa.—I. 1.

(1) Representada, según FOUARD, por el khan de las ciudades orientales: «vasto cuadrado, rodeado de pórticos, bajo el techo de groseras galerías. con el piso levantado uno ó dos pies, sobre cuyo suelo extendían los viajeros sus esteras. mientras debajo de ellos las bestias de carga obstruían el patio». *Vie de N. S. J. C. La Nativité.*

Permitámonos aquí una aplicación alegórica. ¿Estaría en su lugar Cristo en el trasiego de una posada? ¡Cuánto más recogida, aunque más pobre, no era la gruta de Belén! Este tráfago de la posada representa admirablemente la disipación, el estrépito exterior, las ocupaciones mezquinas... y, en medio de todo esto, no hay lugar para Jesús.

2. La escena de la posada, con su tumulto y su confusión, figura lo que pasa en muchos corazones, llenos de agitaciones, de cuidados, de proyectos, de contentos, de tristezas, que se suceden sin cesar. En este desorden el hombre no se reconoce; queda, como suele decirse, extraño á sí mismo é incapaz de devoción. Dios no halla lugar en semejante vida.

II. Evitemos la disipación, la preocupación exterior, si queremos gustar interiormente de la posesión de Dios.

III. Ceguera de los habitantes de Belén.—

1. Absorbidos completamente por la agitación del momento, las gentes que llenaban la posada son incapaces de discernir á la Sagrada Familia y de comprender sus mayores intereses, por lo cual dejan pasar la hora de la visita del Señor.

2. ¡Cuántos hombres hay esclavos de sus negocios! ¡Cuántos no tienen tiempo para hacer unos ejercicios, tratar de la salvación de su alma, asegurar su eternidad! Al ser invitados al reino de Dios, al banquete de los favores divinos, alegan varias excusas que indignan al jefe de la familia y le determinan á excluirlos de sus favores (1).

He aquí lo que en el mundo pasa en grande, y en

(1) Luc. XIV, 16 - 24.

pequeño se halla también entre sacerdotes y religiosos. Aun los mismos que se han consagrado á Dios parecen, á las veces, no hallar tiempo para pensar en su Divino Maestro.

Roguemos por estos desdichados y no les imitemos.

COLOQUIO

Ofrezcamos á Jesús y María, en un fervoroso coloquio, propósitos de humildad y de recogimiento.
Ave María.

DÍA CATORCE.—La Adoración de los Pastores

Plan de la meditación.—Esta escena del llamamiento y adoración de los pastores, exhala un delicioso perfume de simplicidad y de candor muy aptos para consolar el alma y afianzarla en sus resoluciones de proceder con rectitud y humildad. Para lograr este fruto espiritual consideraremos sucesivamente: *la docilidad de los pastores á la voz de los ángeles; el anadamiento voluntario de S. José; y la conversación de los pastores con María.*

MEDITACIÓN

«*Transeamus usque Bethleem*» (Luc. II, 15).

Vamos hasta Belén.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos cómo un ángel deputado por Dios anunció á unos pobres pastores la grande nueva de haber venido el Salvador. En seguida una multitud de espíritus celestiales, haciendo eco á la voz del primer mensajero, empiezan á celebrar las

glorias del Altísimo, allá en los cielos entreabiertos. Dóciles los pastores al divino llamamiento, acuden al establo y hallan allí á María, á José y al Niño que yacía en el pesebre y cuentan fuera de sí cuanto han visto y oído. María no pierde ni una palabra, convirtiéndolas todas en objeto de sus santas meditaciones.

2.^o PRELUDIO. Después de dar una mirada á las colinas en donde sucedió la aparición de los ángeles, volvámonos al palacio natal del Salvador, es decir al pobre establo de Belén.

3.^{er} PRELUDIO. Pidamos con instacia más y más íntimo conocimiento y amor de Jesús y de su Madre.

I. Los pastores y los ángeles.—1. Bueno será desde luego, asistir al conmovedor espectáculo de un ángel apareciéndose á los sencillos pastores y maravillándolos con su inesperada narración; después los cielos que se entreabren, y el celestial concierto que sólo oyeron, al parecer, aquellos pobres pastores. He aquí cómo Dios aprecia á los más pequeñuelos entre los hombres, y no hace ningún caso de la condición social. ¡Qué de sorpresas nos preparan, en nuestra vida, los designios divinos!

2. Estos pastores, los escogidos de Israel, representan perfectamente á los corazones rectos, desposeídos de todo artificio. Su misma simplicidad y su rectitud les ponen al abrigo de los engaños del demonio. Permitirá Dios que se extravíe y se engañe la vanidad de los que creen tener algún derecho á las divinas comunicaciones; pero guiará como por la mano á los que, libres de amor propio, sólo piensan en obedecer á su llamamiento. Tales son estos pastores. Dios los invita y ellos, sin más razones, se ponen en camino. Su confianza no se verá frustrada.

3. ¿Qué encuentran? Al Niño con su Madre: «*Puerum cum Matre*». En el regazo de María es donde Jesús se manifiesta á los hombres por primera vez.

Quien busca sinceramente á Jesús lo halla con su Madre. Lejos de ser opuestas la devoción á la Santísima Virgen y la devoción al Señor, están íntimamente unidas.

II. Los pastores y S. José.—1. El Evangelio menciona aquí expresamente la presencia de San José (1), presencia que no se hace notar cuando la adoración de los Magos (2). Tanto cuidado tenía el Santo Patriarca en ocultarse á los ojos de los grandes de la tierra. Su ministerio consistía en salvar el buen nombre de María y velar por el sustento y la seguridad del Niño y de la Madre. Como siervo fiel cumplirá su oficio de custodio y protector; pero conociendo la inmensa superioridad de Jesús y de María, aparece lo bastante para apartar toda sospecha y se eclipsa en las ocasiones en que podría ser parangonado con ellos.

2. Esta humildad le hace muy amado de Jesús y de María. Por haberse manifestado menos delante de algunos grandes del mundo, aparecerá más glorioso á la faz del universo entero; por haber renunciado á algunos vanos y pasajeros cumplimientos, recibe honores inmortales y magníficos.

3. No lo olvidemos. También á nosotros se nos propone semejante trueque. Buscar acá abajo la alabanza, aspirando así á una recompensa terrestre, es disminuir la que Dios tiene reservada al bien que por

(1) «Encontraron á María, á José y al Niño que yacía en el pesebre» (Luc. II, 16).

(2) «Encontraron al Niño con María su Madre» (Matth. II, 11).

El se hace. ¡Engañoso cálculo! Y entretanto, ¡qué manantial de inquietudes y decepciones!

III. Los pastores y María.—1. Esforcémonos en hacer revivir la escena que el Evangelista nos permite adivinar. Notemos ante todo la discreta llegada de los pastores, su timidez al entrar, su alegre sorpresa, y su silencio ante el divino Niño. Después, alentados por la mirada y la sonrisa bondadosa de María, se acercan, caen de rodillas, y al levantarse comienzan á contar con todos sus pelos y señales cuanto les ha pasado. ¡Cuán consolados, cuán dichosos se sienten! ¡Cómo se proponen hallar nuevos adoradores de un Salvador tan bueno!

2. María experimenta igualmente un gran gozo interior. Las palabras del arcángel San Gabriel reciben nueva confirmación: su fe es recompensada con una nueva claridad.

¡Cuánta prudencia, sin embargo, aun en medio del consuelo! Atiende al relato de los pastores; pero ella nada dice de cuanto le ha pasado. Oye, para meditar luego en su corazón. ¡Oh, cuán fructuosa prudencia y docilidad!

COLOQUIO

Un coloquio sencillo y lleno de confianza nos permitirá, con la gracia de Dios, imitar á nuestra Santísima Madre. *Ave María.*

SECCIÓN CUARTA

Presentación en el templo y vida oculta

DÍA QUINCE.—La presentación del Niño Jesús al Señor

Plan de la meditación.—En esta primera meditación consagrada al gran misterio de la vida oculta del Salvador, meditaremos la *entrada de Jesús en el templo*; su *presentación al Señor*; y el *sacrificio hecho por María*.

MEDITACIÓN

«*Tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino*» (Luc. II, 22).

Lo llevaron á Jerusalén para presentarlo al Señor.

1.^{er} PRELUDIO. Según la ley de Moisés, la madre de un hijo primogénito debía, pasados cuarenta días después del parto, presentar el hijo al Señor, y ofrecer por sí misma, junto con un corderillo de un año destinado al holocausto, un palomino ó una tortolilla, que quedaba en manos del sacerdote. Los pobres podían reemplazar el corderillo por otra tórtola. La ofrenda del primogénito simbolizaba el dominio de Dios sobre las personas y los bienes. En la ceremonia se le rescataba por algunas monedas de plata, y la tribu de Leví se consagraba en lugar suyo al servicio del Altísimo.

2.^o PRELUDIO. Representémonos el camino, de

unas dos horas, que separaba á Belén de Jerusalén, y luego el templo del Señor.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de imitar al Señor y á su Santísima Madre en su entera generosidad para con Dios.

I. Jesús conducido al templo.—I. Veamos á los dos santos esposos modestamente vestidos, encaminarse de la casa de pan á la ciudad de la paz (1). María lleva en brazos á Jesús; San José les acompaña: en su mirada se lee á la vez la tranquilidad de un alma pura y la atenta solicitud de un esposo y de un padre. Van andando recogidos. ¡Con qué amor maternal estrecha la Santísima Virgen contra su seno al Niño Dios! Su salida de Belén y su entrada en Jerusalén no excitan de ningún modo la curiosidad: salen y llegan sin ser notados. Y sin embargo ¡cuán grandes cosas van á cumplir!

Esta es la primera entrada de Cristo en Jerusalén y en el templo. Este edificio, menos gloriosamente resucitado de sus ruinas, que había sido edificado por Salomón, va á recibir un inestimable honor, pronosticado por un profeta (2), que debe ensalzarle muy por encima del templo primitivo. ¡Cómo nos confunde Dios por la misma sencillez con que realiza sus más grandes designios! Y esta ceremonia en que exteriormente todo va á suceder como de ordinario ¡cuánto valor no tiene á los ojos de Dios, y qué influencia va á ejercer sobre la suerte de todo el género humano!

II. 1. ¿Apreciamos bastante el honor que nos dispensa el Divino Huésped cuando, sin ninguna solemnidad

(1) Bethleem, ya lo hemos dicho, significa *casa de pan*, del mismo modo que Jerusalén se traduce *ciudad de la paz*.

(2) Ag. II, 8-10; Malach. III, 1.

dad, hace su entrada en el templo de nuestro corazón? Avivemos nuestra fe.

2. Las mismas acciones exteriores tienen valores muy desiguales según nuestra intención y las disposiciones con que las ejecutamos.

II. Jesús presentado al Señor.—I. 1. El que se ofrece es un primogénito; pero no un primogénito cualquiera sino el primogénito de toda criatura, la cabeza del género humano. Tomando aquí las ideas y aun las palabras de Bourdaloue, diremos que, su oblación es como un tributo universal por todos los pueblos y naciones. El nos representa á todos, y haciendo para con nosotros oficio de hermano mayor responde á Dios por sí y por nosotros, á no ser que tengamos la audacia de desconocerle y seamos tan ciegos que nos apartemos de El. En El todos los seres reunidos ofrecen á Dios la sumisión que le deben, y por su obediencia pone El, bajo el imperio de Dios, todo lo que de El había sustraído el pecado (1).

2. ¡Cuán perfecta es su oblación! San Pablo nos muestra las disposiciones de su corazón. «Los holocaustos de la antigua ley no os agradaron. Entonces dije: heme ahí que vengo, Dios mío, para cumplir vuestra voluntad (2).» ¿Y á qué tendía esta voluntad? A la salvación del género humano por su muerte de cruz.

II. 1. Apresurémonos á ratificar completamente la ofrenda hecha en nombre de todos nosotros por nuestro hermano mayor.

2. Aprendamos también que las ofrendas íntimas del corazón no carecen de mérito ante Dios. Ciertamente cuando se nos ofrece ocasión de practicar una

(1) Sermón segundo de la Purificación de la Santísima Virgen.

(2) Hebr. X, 8, 9.

buena obra, no podría ésta ser suplida por un solo deseo interior. Estos deseos platónicos no servirían sino para engañarnos disfrazando nuestra falta de efectiva generosidad. Pero las oblaciones interiores, dictadas por un sentimiento sincero, preceden y preparan los sacrificios reales. «Tomad, Señor, y recibid, diremos con SAN IGNACIO, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer: Vos me lo disteis, á Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta (1).»

III. Jesús presentado por María. I. 1. Alguien se une á esta oblación del Salvador, y no se une á ella sólo como criatura humana, colocada bajo la cabeza común de toda la humanidad, sino también como teniendo, en esta misma cabeza, un sacrificio especial que ofrecer. Es María su Madre, ella ofrece su Hijo único á Dios; le ofrece para que Dios disponga de El según su beneplácito y para nuestro mayor bien.

Ensalzó San Pedro el sacerdocio real de todos los fieles llamados á ofrecer á Dios espirituales hostias de sus homenajes y de sus obras (1), ¡cuál será, pues, la realeza del sacerdocio de María, ofreciendo en sus brazos al Hijo de Dios, que se inmola en espíritu por la salvación del mundo!

2. Admiramos la vocación de la Virgen Santísima y aprendamos de ella á ejercer nuestro sacerdocio, sacrificando á Dios cuanto tenemos de más amado. Nada dignifica tanto al hombre como el sacrificio. Platón mismo ponía en esta inmolación la consumación de la justicia.

(1) *Ejercicios esp.* Contemplación para alcanzar amor.

(2). 1.^a Petr. II, 5, 9.

II. A pesar de la realidad de su oblación, quiere Jesús que se observe con El la ceremonia legal de rescatarlo, y Aquel que debía rescatarnos á todos es devuelto á su Madre por el precio de unos pocos siclos; y al ser devuelto á su Madre lo es á nosotros mismos, porque aun siendo todo de Dios, había de ser también todo nuestro.

Nuestro quiere ser, en efecto, y lo será siempre si nosotros queremos á nuestra vez tomar de sus sacrificios la pequeña parte necesaria para que sus méritos se nos apliquen; nuestro será en la medida en que nosotros cumplamos lo que Dios nos pide para ser justos y santos.

COLOQUIO

Unámonos, en fervoroso coloquio, al sacrificio de Jesús y María; ofrezcamos á Dios toda nuestra buena voluntad. *Ave María.*

DÍA DIEZ Y SEIS.—La purificación de la Santísima Virgen

Plan de la meditación.—Al presentarse María con el Niño Jesús en el templo, cumplía á la vez con dos leyes: una que miraba á ella misma, la otra concerniente á su Hijo. Hemos ya meditado esta última; nos resta considerar la primera. Estudiaremos esa sumisión de María á una prescripción humillante, para ver en ella un *sacrificio penoso, dictado por motivos los más santos y cumplido con la más alta virtud.*

MEDITACIÓN

«*Secundum quod dictum est in lege Domini*» (Luc. II, 24).

Según se dice en la ley del Señor.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos la ley judía que obligaba á toda mujer parida á presentarse, cuarenta ú ochenta días (1) después del parto, en el templo para purificarse ofreciendo un sacrificio. Vino, pues, María el día fijado á cumplir esta prescripción.

2.^O PRELUDIO. Representémonos el templo de Jerusalén. La ceremonia se efectuaba en uno de los departamentos que precedían al santuario.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de penetrarnos del espíritu que anima á la Santísima Virgen, para hacer de él, á ejemplo suyo, el principio de nuestras acciones.

I.—El sacrificio de María.—I. 1. Es, á primera vista, asombrosa esta sumisión de la Virgen Santísima. La ley de que se trataba decía relación con la prevaricación de nuestro primer padre. Después de ella, la madre de un hijo concebido en pecado contrae una especie de mancha, simbolizada por los dolores sufridos. Pero Jesús viene á destruir la culpa original; en vez del dolor, llena á su Madre un gozo inexplicable, y lejos de hallarse impura, ve María puesto el sello á su virginal pureza. De ningún modo estaba comprendida en la ley.

2. Sujétase sin embargo; pero ¿á qué precio? Al precio de su misma fama de virginidad. ¡Oh, qué trastorno de los consejos de la humana prudencia! Ella objeta su voto de virginidad cuando todos lo hubiesen retractado, al proponerle el ángel si aceptaba el ser Madre de Dios. Y ahora oculta su virginidad, cuando todas la hubieran manifestado, alegándola como razón

(1) Según se tratase de un niño ó de una niña.

para eximirse de la ley. Y sin embargo ¡qué humillación! Nada costó tanto á María como aparecer que había perdido su virginal integridad.

II. De este ejemplo de María saquemos, ante todo, un santo valor para aceptar las humillaciones; luego, para no mostrar nuestros privilegios. La verdadera virtud brilla como á pesar de sí misma.

II. Motivos de este sacrificio.—I. 1. Esta conducta fué inspirada á María, primeramente por el deseo de imitar á Jesucristo. Jesús acepta la ley ordinaria de los niños hasta el punto de sufrir la circuncisión; María quiere, siguiéndole á El, sujetarse á la ley ordinaria de las madres.

2. Corroboraba este primer motivo, otro de edificación y discreción. María no podía sustraerse á la ley sin escandalizar ó sin explicar la maravilla que de ella la dispensaba.

Su caridad no la permitía escandalizar, y tampoco se atrevía á tomar sobre sí la declaración de los misterios de Dios. Al mismo Dios, dueño de sus dones, tocaba darlos á conocer, si lo juzgaba á propósito. María que se calló con José ¿cómo iría ahora á hablar delante de los extraños?

II. Estas mismas razones de humildad y edificación, este mismo deseo de imitar al Salvador, mueven al hombre espiritual á huir de toda singularidad. Lleva adelante la empresa de su perfección con entera independencia interior; mas en su modo de obrar no duda hacer toda suerte de sacrificios para acomodarse á las costumbres recibidas y no chocar con nadie, ni admite sino con gran consideración las dispensas necesarias.

III. La virtud necesaria para el sacrificio.—I:

Para practicar esta sencilla obediencia necesitó Marfa.

a) Una gran libertad de espíritu que la librase de todo respeto humano. *b)* Una fe muy viva en la mirada con que Dios y los ángeles siguen todas nuestras acciones é intenciones. *c)* Una perfecta confianza en la dirección providencial de los sucesos: ó mejor, si se quiere, la persuasión de que cuando uno obra conforme á virtud, tiene todos los motivos para abandonarse plenamente á Dios.

II. Nunca apreciaremos bastante, en nuestra vida espiritual, esta independendencia de toda humana servidumbre. El depender de los hombres es un manantial de pecados y flaquezas.

Una fe viva ha de acercarnos á Dios.

Hallaremos sobre todo la paz, á la vez que la santidad, en este tan fundado principio: que haciendo lo mejor no podemos ir á parar á un engaño.

COLOQUIO

Roguemos á la Santísima Virgen que, por lo mucho que á ella le costó, nos alcance de su Hijo esta sobrenatural prudencia. *Ave María.*

DÍA DIEZ Y SIETE.—El anciano Simeón y su profecía

Plan de la meditación.—Hemos meditado sobre la doble ley de la ofrenda y de la purificación, á que Jesús y María quisieron someterse. Consideremos ahora dos santos personajes que pone en escena el sagrado Evangelio: el anciano Simeón y Ana la profetisa. La *acción de gracias* y la *profecía* del santo anciano formarán los dos puntos de esta meditación.

MEDITACIÓN

«*Ipsse accepit eum in ulnas suas et benedixit Deum*» (Luc. II, 28).

Tomólo él en sus brazos y bendijo á Dios.

1.^{ER} PRELUDIO. Había entonces en Jerusalén un varón justo y timorato, que vivía en la esperanza del consuelo de Israel. El Espíritu Santo, de que estaba lleno, le había asegurado que no moriría sin ver á Jesucristo. Cediendo á un impulso divino, fué el santo anciano al templo cuando Jesús hacía su entrada en él. Reconoce al Salvador, le toma en sus brazos y, entregándose á la alabanza de Dios, junta á su acción de gracias una célebre profecía sobre el ministerio del Redentor, la suerte que le cabría entre los hombres y las futuras pruebas de María. Este es, poco más ó menos, el relato evangélico.

2.^O PRELUDIO. Representémonos el atrio del templo en donde se desarrolló esta escena.

3.^{ER} PRELUDIO. Roguemos instantemente al Señor, por medio de su Madre, nos haga conocerle y amarle, para que hallemos en El, no una ocasión de ruina, sino el origen de nuestra salvación y santificación.

I. La acción de gracias.—I. 1. Recordemos la descripción del Evangelio é imaginémosnos la escena que nos representa. Hacía ya mucho tiempo que el noble anciano no vivía más que de esperanzas. «Vivía, dice San Lucas, esperando el consuelo de Israel.» Y el Espíritu Santo, atendiendo á sus piadosas instancias, le había asegurado que, antes que muriese, vería al Ungido del Señor. Un instinto profético le revela que el dicho instante ha llegado. Corre al templo, ve al Niño,

reconoce en El al deseado de los patriarcas y profetas, y un santo transporte le obliga á tender hacia El los brazos. ¡Oh dicha! ¡La Virgen deposita en ellos el divino Niño! ¡Oh atención conmovedora de María! ¿Quién podrá explicar la emoción de gratitud que se apoderó de aquel justo de la Antigua Ley? Con esto le basta y puede morir en paz. No sólo han visto sus ojos, sino que sus brazos han sostenido y estrechado al Salvador de todas las naciones, al que es luz de los infieles y gloria de Israel.

2. Estas palabras y estos transportes abisman á María y á José en arrebatadora sorpresa. Así que, mientras María observa las leyes de una estricta discreción, multiplica Dios á su paso los más brillantes testimonios. ¡Oh cómo se siente cada vez más dichosa por haber creído las promesas del Todopoderoso!

El sentido exacto de la profecía no hace sino aumentar el sobrenatural consuelo de que goza su alma. La misión del Niño descúbrese toda entera con una claridad cada vez mayor. A San José y á los pastores se les anuncia como salvación de su pueblo; mas, en boca de Simeón, este pueblo no es solamente el de Israel, sino que lo forman todas las naciones del universo. ¡Cómo se conmueve de gozo nuestra buena Madre al pensar en la dicha del mundo entero!

II. Bendigamos á Dios, á nuestra vez, nosotros los salvados de entre los gentiles, y aprovechémonos para nosotros mismos y para los demás de tan abundante redención.

II. La profecía.—I. 1. Después de la primera efusión de gratitud, Cristo y sus futuros destinos absorben la atención del santo anciano. Había ya descrito su ministerio ideal: ministerio de salvación y de gloria

que podía trocarse en realidad, á no ser por la libertad del hombre y sus acostumbrados extravíos. El ver á los padres del Salvador, pobres, confundidos con la muchedumbre, evoca en su mente la realidad de lo futuro. Y luego, después de haberles bendecido y felicitado: «Este, exclama, está puesto para ruina y levantamiento de muchos.» El, que podría y que querría no ser sino Salvador, será por excelencia el hombre contradicho y rechazado (1). Aun antes del juicio supremo, en que los ángeles separarán definitivamente á los hombres en dos opuestas clases, de las cuales es Cristo el juez soberano; El pasará por entre los hombres amado y honrado por los unos, odiado y perseguido de los otros; separando á los buenos de los malos y revelando las íntimas disposiciones de cada uno. Dondequiera que aparece, no tolera que permanezcan los hombres sumergidos en una fría y lánguida neutralidad. Siendo Él vida substancial, sacude la indolencia; su doctrina, sus ejemplos arrastran á unos en pos de El y excitan en otros odios implacables. Él dijo de sí mismo en este sentido: «No vine á traer la paz, sino el cuchillo» (2).

2. Desde hace diez y nueve siglos, la profecía no deja de cumplirse. Las regiones infieles estaban dormidas en un profundo sueño letárgico. Viene Cristo y el despertar es general: despertar de resurrección para unos, despertar de ruina para otros. Lo mismo pasó con la sinagoga; lo mismo pasa en Europa y en todos los países cristianos. Cristo es el fondo de todas las controversias. «Quién no está conmigo, puede repetir,

(1) Sobre esta traducción, V. FOUARD, *opcit.*, *La présentation au temple.*

(2) Matth. X, 34.

está contra mí» (1). Él mismo se pone de este modo, como señal de contradicción.

II. Admiramos este destino de Cristo, y su conocimiento inflame nuestro ardor. Estamos ciertamente al lado de Cristo; pero ¿combatimos por El con bastante valor? ¿nos preparamos debidamente al combate? ¿Si no en la materia de los preceptos, á lo menos en las cosas de perfección, qué acogida damos á su doctrina? ¿La acogida que nos resucita y santifica ó la que nos pierde y debilita espiritualmente?

COLOQUIO

Supliquemos al Señor que, cada vez más, sea nuestro Salvador, y ofrezcámosle el propósito de combatir enérgicamente por su causa, dentro y fuera de nosotros mismos. Pidamos á su Madre Santísima nos alcance la perseverancia en estas disposiciones, que tanto gusta ella de ver en nosotros. *Ave María.*

DÍA DIEZ Y OCHO.—**La profecía de Simeón** (*prosigue*)

Plan de la meditación.—A solo María enderezó Simeón la segunda parte de su discurso. Preguntémosnos ¿por qué sólo María debía ser interpelada? Y luego meditaremos los dolores que le fueron predichos, y el papel que la hacen desempeñar para con nosotros.

«*Tuam ipsius animam pertransibit gladius*» (Luc. II, 35).

Una espada atravesará tu misma alma.

(1) Luc. XI, 23.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos los anuncios proféticos que Simeón dirigió á María: Cristo causa de ruina y de resurrección...; contradicho más que nadie en este mundo...; «una espada atravesará tu alma. Por todo esto (1) se descubrirán las íntimas disposiciones de muchos corazones».

2.^O PRELUDIO. Figurémonos el atrio del templo de Jerusalén.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de amar más á la Santísima Virgen, de profesarle un amor más tierno y confiado.

I. Motivos de hablar sólo á María.—I. Resulta bastante raro, á primera vista, que Simeón, después de haber felicitado á los dos santos esposos, no dirija á entrambos el final de su discurso. El Evangelio es, sin embargo, terminante: «Y dijo á María». ¿No podemos ver en ello un instinto profético, que sugiere una nueva aplicación de una regla constante? San José no está allí sino para conservar la honra de María y proteger al Niño Jesús; no puede, por consiguiente, eclipsar á Dios ni á la Madre de Dios. He aquí por qué los Magos no encuentran más que al Niño y á su Madre; y por qué también Simeón se dirige sólo á ella. Por lo demás sólo ella ha de sobrevivir á la vida oculta del Salvador y verá cumplirse la dolorosa predicción.

Admiremos esta sabia economía del Evangelio, que prepara suavemente á los hombres al conocimiento de la verdadera filiación de Cristo. Comprendamos también mejor la incomparable grandeza de María, á la cual vemos siempre mencionada juntamente con su divino Hijo.

(1) La consecuencia no se refiere á solas las últimas palabras, sino á todo el conjunto de la profecía.

San José nos da también un ejemplo magnífico de meritoria modestia, ocultándose de buena gana por Jesús y por María.

II. Preguntémonos, á este propósito, si en las buenas obras nos buscamos á nosotros mismos. ¿Miramos puramente á Jesús? Si así fuese, no habría en nuestra alma ni envidia ni turbación; nos interesaríamos en que se hiciese el bien, pero sin mirar si ha sido hecho cabalmente por nosotros mismos; ni buscaríamos los puestos más honorosos, sino los más útiles.

II. El dolor anunciado á María.—I. *Una espada traspasará tu alma.* ¡Qué imagen tan expresiva para significar un incomparable dolor! Fuéronse verificando estas palabras durante toda la vida del Señor, constantemente desconocido y negado; mas alcanzaron su cumplimiento supremo en el Calvario. Imaginémos toda la capacidad compasiva de una madre; consideremos luego la suma amabilidad de Jesús y la multiplicidad de sus tormentos; pongamos, frente á este varón de dolores, á su Madre María. ¡Ah! ¡Y cuán profundamente penetra la aguda punta de esta espada!

II. ¿Llegaremos á entender siquiera la inmensidad de semejante pena? ¡Y deberíamos participar de ella! Entreguémonos á lo menos ahora, por algún tiempo, á la compasión. Lloremos los culpables extravíos por los cuales hemos hecho traición á Jesús, renegado de su causa, violado sus preceptos, pisoteado sus consejos. Prometamos una entera y constante fidelidad, y roguemos á María nos la obtenga en nombre de sus mismos dolores.

III. La misión destinada á María.—I. María sufre con Jesús y por causa de El. Esta mancomunidad de

dolores tiene más elevada significación. Apóyase en un sentimiento ya formalmente expuesto por SAN EFRÉN (1). ¿Será por ventura acaso el unir el Evangelio mismo los sufrimientos de entrambos, y que Simeón hiciese extensivo á la pena de María, como á la contradicción sufrida por Jesús, el sorprendente efecto de discernir á los hombres y manifestar el fondo de los corazones? ¿No es éste el mismo cuadro de la mujer con su hijo, que mostraba Dios á nuestros primeros padres después de su triste pecado? Si los solos méritos de Jesús nos rescatan, los dolores de María, santificados por estos méritos, nos alcanzan su aplicación y acaban la obra de nuestra redención facilitándonos una más completa confianza. Los sufrimientos de los santos, unidos á los del Redentor, han contribuido á la salvación de muchas almas. María, imitando á su Hijo, ofreció por todo el género humano sus dolores, los cuales contribuyen á la salvación de los escogidos. Los dolores de María la constituyen Mediadora de la gracia y Corredentora del género humano (2).

II. Aceptemos generosamente á nuestra vez, por nosotros y por los demás, la parte de pruebas y dolores que Dios quiere que suframos.

Recurramos muchas veces á la mediación de María para con su amado Hijo.

(1) Este gran Doctor del siglo iv, en sus oraciones á la Virgen reconoce á María como medianera del mundo. V. *Opera Graeco-latina*, Romae, 1746, t. 3.

(2) Este pensamiento será repetido y desarrollado hacia el fin del mes, en una meditación sobre María Corredentora, y en los ejercicios para los sábados.

COLOQUIO

Así terminará la meditación con afectuosos sentimientos de compasión y amorosa confianza. *Ave María*.

DÍA DIEZ Y NUEVE.—*Ana profetisa*

Plan de la meditación.—No dejemos este misterio de la presentación, sin haber ántes fijado algunos momentos la atención en la escena, llena de conmovedora sencillez, cuya heroína es una piadosa viuda. Consideraremos sucesivamente *el mérito de la persona, la revelación que se le hizo, y la condescendencia de María para con ella*.

MEDITACIÓN

«*Confitebatur Domino et loquebatur de illo*»
(Luc. II, 38).

Confesaba al Señor y hablaba de El.

1.^{ER} PRELUDIO. Al mismo tiempo que Simeón, vino al templo una viuda llamada Ana, llena de días y de méritos, cuya vida pura, austera y dedicada al servicio de Dios alaba el Evangelio. Reconoce al Niño, habla de El á todos los que esperaban la redención de Israel (1).

2.^º PRELUDIO. La escena sigue pasando en el atrio del templo. Imaginémonos, pues, la entrada del sagrado edificio.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de conocer la amabilidad de Jesús y María, á fin de imitar el fervor de esta santa profetisa.

(1) El texto original dice *de Jerusalén*.

I. Mérito de Santa Ana.—I. Traza el evangelista, á grandes rasgos, el perfecto retrato de una santa viuda. Después de siete años escasos de matrimonio, Ana, en la flor todavía de su juventud, perdió á su marido. Esta dolorosa prueba la hizo entender claramente la vanidad de las cosas humanas. Desde entonces se había convertido enteramente á las cosas celestiales: *a)* Por la práctica de una perfecta castidad; *b)* Por una vida consagrada al ayuno y á la penitencia; *c)* Por una continua oración en el templo, santo lugar que nunca abandonaba.

Dios, á su vez, la había dotado del espíritu de profecía, fuente de edificación y de consuelo, por el cual se revelan las cosas futuras y las ocultas.

II. 1. ¡Qué modelo esta santa viuda! Modelo de fervorosa vida, que llevaba por la gracia de Jesús, pero antes de haber visto sus divinos ejemplos. Diríase que San Pablo copió de ella los rasgos con que describe la viuda cristiana. «La mujer verdaderamente viuda debe esperar en Dios é insistir día y noche en súplicas y oraciones» (1). La primitiva Iglesia atribuía un ministerio oficial á semejante viudez, sirviéndose de ella para catequizar y bautizar (por inmersión) las personas de su sexo.

¡Y cuánto bien no realizan en nuestros días esas personas libres de profanos lazos, que no viven sino por Dios y por el prójimo! Las parroquias y aun las ciudades enteras encuentran en ellas ángeles protectores.

Cualquiera que sea nuestro estado, podemos sacar de la vida de Ana profetisa lecciones de fervor y fortaleza. Grandes bienes están al alcance de toda voluntad fuerte y generosa.

(1) 1.^a Timoth. V, 5.

2. Notemos al mismo tiempo que esta viuda oraba preferentemente en el templo. Sabía que la oración hecha en el lugar santo sube á Dios embalsamada con el incienso de los públicos sacrificios y homenajes. Si la santidad enteramente simbólica del templo de Jerusalén justamente atraía á aquella profetisa ¡cuánto mayor atractivo deberían ejercer sobre nosotros las iglesias ó capillas, que el Señor santifica con el sacrificio de la misa y su presencia continua! Gustemos de rezar, en cuanto nos sea posible, en los lugares consagrados al culto de Dios.

II. La revelación del Salvador.—I. Ana, guiada por su instinto profético, reconoce al Salvador. Su consuelo es inefable; mas, no contenta con sentirlo ella, se apresura, según su posibilidad, en hacerlo gustar á las demás personas piadosas, «á los que esperaban la redención de Jerusalén».

II. 1. Después de fijarnos en la dulce y expansiva alegría de la buena viuda, notemos cómo dispensa el Señor sus dones y distribuye los oficios, según la condición de sus escogidos. A Simeón, como varón capaz de autoridad, se le encarga una misión activa: profetizar los destinos del Salvador y de su Madre Santísima. Ana es simplemente consolada, y su influencia se ejerce en privadas conversaciones. María, como mujer, no enseña; pero como á Madre de Dios le cupo en suerte el más hermoso ministerio: el de participar del sacrificio y de la obra de la redención.

2. Reflexionando sobre estos tres destinos, hallaremos que todos son santos y envidiables: los consuelos son un socorro que sería presunción rehusar cuando Dios nos lo concede; pero el más sublime destino es salvar almas á costa de sacrificios unidos al de Jesucristo.

¿Cómo nos portamos en este camino más áspero? ¿Nuestra piedad no depende tal vez demasiado de las consuelos sensibles?

¿Sabemos sacrificarnos por las almas, por aquellas, sobre todo, que Dios nos ha confiado para que velemos por su bien espiritual, y aun tal vez para que los convirtamos?

III. Suave condescendencia de María. — I. ¡Cuán grandes y profundas preocupaciones debieron de embargar el ánimo de la Santísima Virgen después de la profecía de Simeón! Suspiraba sin duda por regresar pronto á su retiro, para meditar allí en silencio aquellas palabras tan llenas de sorprendentes misterios. Bajo este concepto, la intervención de Ana y su alegría algo ruidosa, pudieron serle importunas; pero María nada manifiesta al exterior; guarda para sí misma su misión y el anuncio de la espada; préstase á los sencillos deseos de la buena anciana y condesciende con sus demostraciones.

II. Esto deben hacer también las personas verdaderamente espirituales: consolar á los demás, interesar se por todos, olvidarse de sí mismos por amor al prójimo y no hallarse sino en la presencia de Dios.

¿Tenemos nosotros algo de esta noble generosidad? En nuestras conversaciones ordinarias bien podemos ejercitarla. ¿Admitimos de buena gana y aun nos alegramos, de que la conversación verse sobre asuntos que interesan á los demás más bien que á nosotros mismos?

COLOQUIO

Pidamos, en el coloquio, un grande y generoso fervor y el desinterés, que es el sello de la verdadera piedad. *Ave María.*

DÍA VEINTE.—La adoración de los Magos

Plan de la Meditación.—La llegada de esos Reyes extranjeros, que, del seno del gentilismo (1), vienen á postrarse á los pies de un pobre Niño y de su madre, llama á la sabiduría humana á humillarse y confundirse ante Dios, y excita en nuestros corazones cristianos santos deseos de apostolado. Tal es el asunto de esta meditación, que dividiremos en tres pntos: *llegada de los Magos: impresión que experimentó María; entrevista de los Magos con María.*

MEDITACIÓN

«*Intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus*» (Matth. II, 11).

Entrando en la casa, hallaron al Niño con María su Madre.

1.^{ER} PRELUDIO. Unos Reyes Orientales á quienes preocupa la vaga esperanza de un Rey libertador, descubren en el cielo una estrella que indica su nacimiento; dirígense hacia Judea, llegan á Jerusalén, aprenden allí de labios de los sacerdotes reunidos por Herodes, el lugar natal del Salvador, y guiados por la misteriosa estrella, que en Oriente les había aparecido, descubren la mansión de la sagrada Familia. Entran en ella, hallan al Niño con su Madre y añaden á sus adoraciones la ofrenda de ricos presentes. Durante el

(1) De Media ó de Persia, según la opinión más probable. La estrella de los Magos fué un meteoro milagrosamente formado, y semejante á una estrella. V. por ejemplo DE LA BROISE, *La Ste. Vierge*, p. 117, nota.

sueño, reciben orden de regresar á su patria por distinto camino.

2.^o PRELUDIO. Fijemos la imaginación en la casita á que María y José se retiraron después del nacimiento del Salvador.

3.^{er} PRELUDIO. Supliquemos con instancia al Señor, por medio de su Madre, que nos inspire la sencillez de un corazón humilde y el celo de un corazón apostólico.

I. Llegada de los Magos á Belén.—I. He aquí á los Reyes. Vieron la señal del Redentor, han venido, y hallan á Jesús con su Madre. He aquí, pues, al mundo entero: los magos y los pastores; los infieles y los judíos; los ricos y los pobres; todos invitados á buscar y hallar á Cristo y su Madre.

II. ¡Cuán acertadamente obra la Iglesia al juntar, en sus instrucciones y en sus predicaciones apostólicas, la devoción á María con la devoción á Jesús! Imitémosla é imitemos á los santos, no dejando nunca de hacer expresa mención de María.

Y en cuanto á nosotros mismos, no creamos tampoco que la ciencia ó la riqueza nos dispensen de buscar á Jesús y á María. Si el saber, la fortuna ó el rango constituyen alguna diversidad entre los hombres, estas distinciones desaparecen delante de Dios así como las distancias que, en nuestro planeta parecen las mayores, se reducen á un punto ante la inmensidad que nos separa de las lejanas estrellas del firmamento. Delante de Dios todos somos igualmente ignorantes y pequeños, y tenemos la misma necesidad de prepararnos acogida favorable por medio de una humilde sencillez. Ved si no el ejemplo de los hombres más emi-

nentes de la Iglesia católica: San Efrén, San Agustín, Santo Tomás, Suárez, Bossuet, Bourdaloue.

II. Impresión que esta venida causó en el corazón de María.—I. Esos pocos hombres, llamados de tan lejos, confirman para la Virgen la profecía de Simeón: Jesús es la luz de los gentiles del mismo modo que es la gloria de su pueblo. ¡Mas, cuán pocos son! ¿Y los demás? ¿Y aquella inmensa muchedumbre sentada en las tinieblas y las sombras de la muerte? ¿Sería temerario suponer en María una viva compasión por la ceguera del género humano? Y esta compasión ¿no debía inspirarle deseos y ruegos apostólicos?

II. Muéstranse ante nuestros ojos vastas regiones cuya existencia no sospechaban siquiera los antiguos; y aun en el viejo mundo ¡qué de pueblos hay, en donde los verdaderos adoradores de Jesús no son mucho más numerosos que los magos! A nuestro lado mismo, cuántos abandonan la luz por las tinieblas! ¿Hay por consiguiente, en nuestros días, algún cristiano que no haya de ser apóstol? ¿Acaso lo somos nosotros lo bastante? ¿Cuáles son nuestras obras y nuestras oraciones? ¿Inculcamos suficientemente á los jóvenes, á los obreros y aun á las personas devotas esta posibilidad, esta vocación al apostolado, que les ofrece un ideal capaz de unirlos más á la Iglesia y á las obligaciones de su fe?

III. La entrevista de los Magos con María.—

I. Los dones que liberalmente ofrecen los Magos á Jesús evidentemente son entregados á su Madre. Por ella llegan sus presentes al Salvador. Podemos bien figurarnos la generosa diligencia de aquellos Reyes en sacar de sus cofres dones con que honrar al Sal-

vador, y el respeto y amor con que ofrecen semejantes larguezas.

Los magos son el modelo de los grandes que agradan á Dios. A todos nos enseñan que los obsequios ofrecidos á María van á parar á Jesús; que ningún pretexto ni excusa pueden dispensarnos de honrar á María juntamente con Jesús, ó de ir á Jesús por María.

II. En su viaje y sus diligencias obraron los Magos con gran sencillez llena de rectitud; ni permite Dios se les siga ningún perjuicio, ni que sean víctimas de las astucias de Herodes, puesto que un ángel les avisa en sueños qué camino deben tomar para regresar con seguridad á su patria. Nuestra leal y pura sencillez nos valdrá asimismo la protección especial de la Providencia.

COLOQUIO

En el coloquio de esta meditación no dejemos de representar á Dios cuántos pueblos hay aun por convertir. Ofrezcámonos, según nuestro estado, á trabajar en esta conversión á lo menos con oraciones y sacrificios. Roguemos á María nos obtenga gracia para ello.
Ave María.

DÍA VEINTIUNO.—La huida á Egipto

Plan de la meditación.—En esta meditación, consagrada al tan instructivo misterio de la huida á Egipto (1), consideraremos la prueba, que constituye su

(1) La sagrada Familia podía llegar á Egipto en tres ó cuatro días y agregarse á alguna de las comunidades judías establecidas al otro lado de la frontera.

fondo, como *causada por Herodes, permitida por Dios, soportada por María.*

MEDITACIÓN

«*Surge et accipe puerum et matrem ejus et fuge in Aegyptum*» (Matth. II, 13).

Levántate y toma al Niño y á su madre y huye á Egipto.

1.^{ER} PRELUDIO. Apenas notó Herodes que los magos no habían vuelto á él, cuando fuera de sí de despecho, y celoso de cuanto podía hacerle sombra, no duda el déspota cruel en sacrificar á sus intereses la vida de tantas inocentes víctimas. Mientras que él envía sus sicarios á dar muerte á los pequeñuelos de Belén y sus contornos, un ángel despierta á José en medio de la noche y le manda huir á Egipto: orden que es inmediatamente obedecida.

2.^O PRELUDIO. Imaginémonos la morada de la sagrada familia y la dulce tranquilidad que en ella reina al presentarse allí el ángel de parte de Dios.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos como gracia preciosísima, mayor inteligencia de las pruebas, tan abundantes en la vida cristiana.

I. El perseguidor.—I. ¡Cuán pronto empiezan á realizarse las contradicciones predichas por Simeón! Desencadénase la persecución contra Jesús ya en su más tierna infancia, y desde entonces la cruel espada hunde su acerada punta en el corazón de María.

Veamos las causas de esta tormenta. Fué efecto del orgullo de un Rey ambicioso de dominio y que todo lo ponía debajo de su interés. Sus armas son la astucia y una audacia cruel.

II. El orgullo y la celosa ambición hacen aún hoy declarar la guerra á Cristo y á su Iglesia. La mentira, en primer lugar, y luego, cuando se prometen el éxito, la violencia brutal, caracterizan la táctica de los enemigos. Veámosles trabajar á nuestra misma vista. Ostentan una máscara de libertad, de neutralidad, de filantropía; y luego, cuando les es posible, echan mano de la violencia, de la opresión, llegando á veces hasta el asesinato y el cadalso. Testigo la revolución y la Commune francesas, nuestro año 35 y la semana trágica de Barcelona, las crueldades de ciertas huelgas y revueltas contemporáneas, etc.

Esta comprobación, lejos de abatirnos, tiene su aspecto consolador. Las armas dirigidas contra la fe nos confirman en su verdad, constituyen una apología indirecta de la religión. El error se muestra en los mismos procedimientos por los cuales busca su triunfo.

II. La prueba.—I. Notemos, ante todo, cómo respeta Dios la acción de las causas segundas: no multiplica los milagros ni se substituye á su criatura. La cólera de Herodes obtendrá sus terribles efectos; hará correr la sangre, y su odiosa combinación estará muy cerca de lograrse. Dios, sin embargo, vela por la sagrada familia y le prepara, en el último apuro, la salvación.

II. 1. ¡Cuántas lecciones encierra esta conducta providencial! No nos es permitido dejar pasivamente que se desarrollen los acontecimientos esperando del cielo un socorro que aparte los infortunios. Hay que juntar el esfuerzo con la oración, porque el resultado puede depender de nuestra activa intervención. Mas si cumplimos nuestro deber, todo nuestro deber, entonces apoyémonos tranquilos en Dios, que vela por nosotros, atento á que todo ceda en bien nuestro.

2. La sagrada Familia representa la Iglesia, muchas veces á punto de perecer y, sin embargo, siempre salva. Tengamos confianza, aun en medio de las públicas desdichas, que está asegurado el triunfo final de nuestra causa.

III. La virtud de María.—I. Podemos admirar la perfecta sumisión de María á los designios de Dios, manifestándose siempre como esclava del Señor, practicando una sumisión que las circunstancias hacen aún más admirable. De improviso, á media noche, se manifiesta la divina voluntad, sin que María la conozca sino por medio de San José.

II. Si Dios escogiese el momento que á nosotros nos place para manifestarnos su beneplácito; si nos dirigiese su palabra directamente: es cierto, nos costaría poco atemperarnos á sus designios sin tardanza y sin queja; pero también aquí está el mérito en *creer* sin haber visto, en reconocer la mano de Dios en los acontecimientos y disposiciones de los superiores legítimos, y en no oponer ninguna resistencia á los decretos así comunicados.

COLOQUIO

Procuremos imitar á la Virgen en su perfecta sumisión, y pidamos esta gracia en un fervoroso coloquio.
Ave María.

DÍA VEINTIDOS.—La permanencia en Egipto

Plan de la meditación.—Ofrécenos la sagrada Familia, en su permanencia en Egipto, el cuadro ideal de la vida cristiana en este mundo. Para el verdadero

cristiano, la tierra es lo que Egipto para la sagrada Familia: un *lugar de destierro*, un *lugar de espera*, un *lugar consolado por Jesús*. Estos serán los tres puntos.

MEDITACIÓN

«*Esto ibi usque dum dicam tibi*» (Matth. II, 13).
Permanece allí hasta que te diga otra cosa.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos, en una aldea de Egipto, la casa en donde reside la sagrada Familia.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de vivir acá abajo como conviene á un verdadero discípulo de Cristo.

I. Egipto, lugar de destierro.—I. 1. Egipto era ciertamente para la sagrada Familia, y muy en particular para María, un lugar de destierro. Sin duda encontró ella allí otras familias judías entregadas al culto del Dios verdadero; pero la masa de la nación hablaba otra lengua, adoraba falsos dioses, difería en gustos y costumbres.

2. Los fervorosos cristianos, las familias piadosas, vense asimismo rodeados de algunas familias que comparten con ellos su fe y sus esperanzas; pero la atmósfera exterior del mundo nada es menos que profundamente cristiana. La preocupación de los bienes presentes absorben y embriagan á la mayor parte de los hombres, los cuales no dudan en sacrificar á ellos su conciencia. La verdadera piedad encuentra aquí sus detractores y enemigos, y el alma siente la penosa impresión de no ser comprendida y de hallarse con muchísimos hombres extraviados por los *prejuicios* del entendimiento y las *pasiones* del corazón. Sucede, aun entre los escogidos, entre los sacerdotes y los re-

ligiosos, que el fervor de la vida espiritual no es comprendido y practicado más que por unos pocos.

¿Sentimos nosotros esta impresión de destierro; comprendemos bien lo que hay de santamente plañidero en esta invocación de la *Salve Regina*: «A ti clamamos los desterrados hijos de Eva»?

II. 1. Esta impresión, con todo, por dolorosa que fuese, no abatió el ánimo de la Santísima Virgen, antes con noble valor continuó sirviendo á Dios y sacrificándose por el prójimo.

2. La contrariedad con el mundo y la opinión, no debe inspirar á nadie un retiro profundo, una cobarde abstención. El cristiano debe permanecer en su lugar para ser sal de la tierra corrompida y luz de un mundo extraviado, tendiendo con todos sus esfuerzos á levantar lo más posible las mentes y los corazones.

II. Egipto lugar de espera.—I. En todas partes sentíase María dominada por la palabra que dijo el ángel á San José: «Permanece en Egipto hasta que te diga otra cosa.»

1. Esta preocupación le infundía un perfecto desasimio de las cosas exteriores. La casa, los quehaceres, las relaciones, nada era definitivo; había que estar siempre dispuesto á la partida, á la separación.

2. La incertidumbre del momento le proporcionaba ocasión de abandonarse completamente á la voluntad divina. ¿Cuándo vendrá el llamamiento? ¿Pronto? ¿Más tarde? Cuando Dios quiera. Cumplamos entretanto perfectamente el cotidiano deber. Esta era la resolución de nuestra Madre Santísima.

II. También deberíamos nosotros tener análogas disposiciones. «Estate aquí hasta que te diga lo contrario.» ¿No es esta misma orden divina la que rige

nuestra permanencia sobre la tierra? *a)* ¿Prométenos Dios un solo día de vida? «Traedme, dice SAN AGUSTÍN, el texto en que leáis semejante promesa» (1). Y SAN PABLO (2) recomendaba á los cristianos el usar de este mundo como si no usasen de él. ¡Ah, cuán prudente sería seguir estos consejos y llegar finalmente á un perfecto desasimiento! *b)* Debemos además estar tan perfectamente sujetos á Dios, que ignoremos á un mismo tiempo la impaciencia y el afán de acabar pronto.

III. Egipto, retiro consolado por Jesús.—I. Bástale á una madre su hijo para ocuparla y consolarla. ¡Cuánto más, aun en medio de las privaciones, la posesión de Jesús haría exclamar á María: «Abundo en gozo en medio de mis tribulaciones (3)»!

Dos eran las causas de esta alegría: María sentíase ciertamente dichosa en poseer á Jesús; mas no era menor su satisfacción en servirle y prodigarle sus cuidados.

II. Semejantes consuelos son también herencia del verdadero cristiano: posee al Salvador en su corazón por la gracia y la eucaristía; hállale en la Iglesia á donde va á visitarle; su vida, de que aún goza, es servir á Jesús; el empleo más útil del tiempo que pasa, es destinarlo á Aquel que para siempre permanece (4). ¿Qué nos importa el renombre ó el olvido? El es quien debe crecer, nosotros disminuir y desaparecer (5).

(1) Serm. 20, Migne P. L., t. 38, col. 141.

(2) 1.^a Cor. VII, 31.

(3) 2.^a Cor. VII, 4.

(4) Hebr. I, 11.

(5) Joann. III, 30.

COLOQUIO

Tomemos, en este sentido, santas resoluciones que ofrecer á Jesús y María. *Ave María.*

DÍA VEINTITRÉS.—La vuelta de Egipto

Plan de la meditación.—Como hemos podido ya notar, este misterio de persecución y destierro nos pinta admirablemente los rasgos característicos de una vida profundamente cristiana, y ahora la historia de la vuelta á la patria viene á concluir este cuadro. Veremos en tres puntos *el llamamiento, el regreso* de la Sagrada Familia y *la conducta de María* en las circunstancias de este llamamiento y regreso.

MEDITACIÓN

«*Accipe puerum et matrem ejus et vade in terram Israël*» (Matth. II, 20).

Toma al Niño y á su Madre y vuelve á la tierra de Israel.

1.^{ER} PRELUDIO. También á media noche avisa el ángel á José la muerte de Herodes, añadiendo la orden expresa de regresar inmediatamente á la tierra de Israel. Apréstase en seguida la sagrada Familia á obedecer; pero temiendo la animosidad del hijo de Herodes, Arquelao, delibera José sobre la conducta que debe observar y lo consulta con Dios. Divinamente iluminado durante el sueño, toma el camino de Galilea y se establece de nuevo en Nazaret, cumpliéndose así lo dicho por los profetas, que el Mesías se llamaría Nazareno.

2.^o PRELUDIO. Imaginémonos el interior modesto de la casa á que la sagrada Familia se había retirado, y después el camino que conduce al país de Israel.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de una perfecta docilidad á las miras de Dios sobre nosotros.

I. El llamamiento.—I. 1. ¿No es bien extraño, en primer lugar, que el nuevo mensaje sea transmitido durante el sueño, siendo así que nada urgía y que había pasado ya algún tiempo desde que murió el perseguidor? Parece que el ángel no se había apresurado (1) á anunciar el acontecimiento que permitía el regreso. ¿Por qué, pues, no volver á la patria con toda comodidad? Y sin embargo ningún plazo se concede á la sagrada Familia. «Levántate, toma al Niño y á su Madre», absolutamente como cuando se trató de escapar de la muerte. José obedeció puntualmente y sin quejarse.

2. Admiraremos esta pronta docilidad, y penetremos su razón de ser: Dios, como dueño de sus dones, los dispensa según le parece. El Espíritu Santo sopla donde quiere y como quiere. Nuestro papel se reduce á seguir sus inspiraciones y tener por la más urgente razón de obrar la suprema voluntad del que manda. Diferir la obediencia es exponerse á perder la ocasión, divinamente preparada, de obtener algún grande bien ó de evitar un gran mal.

II. Si San José obedece con tanta facilidad es porque nada le detiene en Egipto. ¿Queremos ser libres? Pasemos por la condición requerida, que es también el desasimiento. Examinemos si nos hallamos sujetos por

(1) V. KNABENBAUER, sobre este lugar.

alguna cadena á cosas ó á personas, á los buenos ó malos sucesos; si hay algo que nos impida ejecutar la voluntad de Dios cualquiera que sea.

II. El regreso (1).—I. José ejecuta prontamente la orden recibida; pero sin temeraria precipitación. A pesar de la voz sobrenatural que había oído, usa de su razón, consulta, delibera. Esta prudencia, muy lejos de desagradar á Dios, proporciona al padre legal de Jesús una nueva ilustración, que sirve á su vez para que se cumplan los proféticos oráculos en que estaba predicho que Cristo sería llamado Nazareno (2).

Comprendamos bien esta sabia disposición de la Providencia. Dios, autor de la naturaleza, como lo es también de la gracia, no nos conduce por caminos que hagan inútil el uso de nuestras facultades. El error contrario á esta verdad ha sido causa de toda suerte de extravagancias. No deja de ser dócil la razón, aunque ejercite sus actos acerca de los divinos consejos. Dispensarse del empleo, laborioso á las veces, de nuestra inteligencia, no es mostrarnos más fieles á Dios, es rehuir el esfuerzo, privar á la gracia de nuestra cooperación activa, tomar el cómodo partido de la pereza.

III. Conducta de María.—I. María no parece tomar la menor parte en todo este misterio, y es porque se contenta con seguir y obedecer á su santo esposo. Y realmente José, no María, es quien recibe la embajada de lo alto. Notemos, pues, que los favores que no nos hacen más agradables á Dios, no se distri-

(1) El tiempo del destierro duró poco; tal vez menos de un año.

(2) Matth. II, 23.

buyen tanto según el mérito de cada uno, cuanto según el ministerio que ha de cumplir.

II. Por consiguiente no hay que medir por el mérito de los superiores legítimos la confianza en su dirección y la docilidad en someternos á ellos. Mientras que tengan derecho á mandar no podríamos asegurar mejor el cumplimiento de la voluntad de Dios en nosotros, que ejecutando leal y fielmente las órdenes que nos comunican. Sin que sea esto decir que Dios les asiste hasta el punto de preservarles milagrosamente de toda equivocación: una falsa maniobra puede ser causa de perderse la batalla; pero mucho más dañosa sería la rebelión de los soldados. Y en el orden espiritual, el error práctico del superior no quita á la obediencia el mérito que conduce á la definitiva conquista de la eterna felicidad.

COLOQUIO

Pidamos, en el coloquio, el espíritu de fe necesario para esta dócil y perfecta obediencia. Pidamos ora á José, ora á María, ora á Jesús que nos obtengan ó nos concedan una vida inspirada en los mismos principios, de los cuales el misterio de la huída á Egipto nos ofrece tan conmovedora aplicación. *Ave María.*

DÍA VEINTICUATRO.—La vida oculta del Salvador

Plan de la meditación.—Vamos á abarcar con una sola mirada los treinta primeros años de la vida mortal del Salvador, es decir, la mayor parte de su existencia. Pásase esta época en tal silencio y obscuridad, que una mirada superficial bien pronto la recorre; pero las palabras con que el Evangelio lo resu-

me constituyen una materia inagotable de meditación para el fiel discípulo de Cristo: en ellas se contienen las grandes enseñanzas de toda la mortal carrera del Salvador, y una base de conducta para la humanidad regenerada. El carácter distintivo de Jesucristo aparece allí en magnífico relieve: *amoroso y humilde de corazón*. Visto ya nuestro designio, debemos ahora fijar la atención en la Virgen Santísima. He aquí, pues, la división en puntos. Durante la vida oculta *María manda á Jesús, María contempla á Jesús; María es amada y servida de Jesús*.

MEDITACIÓN

«*Et erat subditus illis*» (Luc. II, 51).

Y les estaba sujeto.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos vivamente la modesta casita en que el Dios humanado nos proporciona el inefable espectáculo de su sumisión á José y á María: «*Les estaba sujeto*».

2.^O PRELUDIO. Pidamos con instancia la participación íntima de las disposiciones del Corazón de Jesús y del de María.

I. María manda á Jesús.—I. Dos grandes maravillas reclaman aquí nuestra atención: la obediencia del Señor; el imperio de María.

1. *La obediencia del Señor.* a) La sabiduría y poder infinitos no se desdeñan de profesar universal obediencia y sumisión á una criatura. Jesús acepta, con todas sus consecuencias, el pasar por todas las edades y por los diferentes estados. El niño debe obediencia á sus padres. Él es niño y quiere obedecer.

b) Ejemplo elocuentísimo para mostrarnos que la

obediencia á los superiores legítimos nada tiene de bajeza; ejemplo bien persuasivo para hacernos triunfar de nuestro amor propio y vanidad. A la vista de Cristo, suscribamos noble y sencillamente esta ley de sumisión.

2. *El imperio de María.* a) ¿Puede concebirse cargo más delicado que gobernar á la misma persona, á quien se debe el homenaje de la más profunda adoración? A cada orden que daba María, debía el sentimiento de su propia bajeza llenarla de indecible confusión. Para ella, mandar era ejercitarse excelentemente en la humildad.

¿Cómo alcanzó á cumplir perfectamente tan difícil cargo? Por el claro conocimiento que tenía del poder que Dios le había comunicado y de la obligación de ejercer este poder; por una grande sencillez en el obrar y aun en el mandar, y por una perfecta rectitud de intención, evitando enteramente el complacerse en sí misma y el buscarse á sí misma.

b) Estas deben ser las disposiciones de los superiores según el corazón de Dios; porque nadie tiene de sí mismo el derecho de mandar á otro, sino que la autoridad viene de Dios y se concede al hombre; no mirando sus méritos, sino el bien de sus inferiores y la utilidad universal. El hombre, revestido de esta autoridad como de un hábito exterior prestado por algún tiempo, debe usar de ella con sencillez, sin altanería y al mismo tiempo sin timidez; sin complacerse en sí mismo y con la única mira de agradar á Dios de quien la autoridad se deriva. Un buen superior halla, además, frecuentes ocasiones de confundirse interiormente, creyendo mandar á quien es más digno que él.

Esta es la obligación del poder público y de la autoridad privada. Así entendido el poder, perfecciona la humildad.

II.—María contempla á Jesús.—I. ¡Cuán grande privilegio fué para María vivir en estrecha familiaridad con el Salvador del mundo! Es verdad que el Evangelio nada nos dice de lo que ella sentía en su alma; sin embargo, no podemos dudar del consuelo que sentía al lado de Jesús, ni de la santa avidez con que se aprovechaba de sus divinos ejemplos. ¡Con cuánto cuidado, la que tan cuidadosa andaba por conservar todas las palabras dichas acerca de Jesús, debía guardar las que le decía Jesús por sí mismo! ¡Cómo se imprimían en su corazón aun las menores acciones de este modelo perfectísimo, para ser allí objeto de la más fiel imitación! ¡Cuán edificada, cuán dichosa, cuán bendecida andaba María en estos años! Felicitémosla por ello de todo corazón.

II. A nosotros no nos ha cabido, propiamente, dicha semejante; sin embargo: *a)* La meditación asidua y atenta de Jesús es fuente de luz y de santificación. Diríase que Jesús se manifiesta á quien quiere estudiarle seriamente para conformarse con El. ¿Lo estudiamos así nosotros en nuestras meditaciones? Nuestra tibieza en la oración proviene tal vez de que no tenemos hambre y sed de Jesús, de esa justicia que nos hartaría. *b)* Los santos y varones virtuosos nos recuerdan á Jesús en alguna de sus virtudes. ¿Nos aprovechamos de su compañía para nuestra edificación? Tan lejos está del espíritu de Cristo una celosa envidia, cuanto una santa emulación responde á sus más vivos deseos.

III. María amada y servida por Jesús.—I. ¿Habrá alguno que dude en creer y proclamar que el Autor del cuarto mandamiento fué un Hijo incomparable? ¡Cuán delicados afectos de amor y gratitud no tuvo

para con sus padres, él que manifestaba tanta ternura á sus discípulos y aun á los pecadores! Es cierto que no permitía que este afecto estorbase su misión pública; pero salva ésta, era el mejor de los hijos.

II. Guardémonos, pues, de cierta espiritualidad huraña, que en sus exageradas expresiones parece desconocer los deberes de la piedad filial y como imponer ó aconsejar la dispensa de ellos. Esto, lejos de ser perfección, no es ni virtud siquiera. La buena fe excusa sin duda algunos excesos, y una intención elevada los ennoblece; pero las apariencias de religión pueden á las veces encubrir cálculos egoístas, que el Señor desapueba y condena. Se evitan las ocupaciones so pretexto de recogimiento; parece huir de la carne y sangre el que tal vez se avergüenza de su origen demasiado humilde. Aunque conviene ciertamente anteponer al consuelo de los prójimos el servicio de Dios, puede y debe vivir en el fondo del corazón un sentimiento de piedad filial, pronto á mostrarse y manifestarse en toda ocasión legítima. Esta verdadera piedad no crea, por lo demás, obstáculo alguno á los sacrificios generosos, á las dolorosas separaciones que exige á las veces la gloria de Dios. El afecto manchado de debilidad no está tampoco exento de amor propio; es que uno no sabe sobreponerse á su propia pena. El amor puro, desinteresado, inspirado por la caridad, no conoce estos escollos ni peligros. Procuremos rogar por nuestros parientes, serles agradables y servirles en lo que podamos.

COLOQUIO

Fijémos, en el coloquio, nuestras miradas en el encantador espectáculo de Nazaret, de aquella casita

en donde Jesús está sujeto á María y á José. Pidamos la gracia de pasar nuestros días en un espíritu de suave sencillez. *Ave María.*

DÍA VEINTICINCO.—Jesús perdido y después hallado

Plan de la meditación.— Las disposiciones del corazón de María, cuando perdió á Jesús sin culpa suya, deben servir de ejemplo á los que, más desdichados que ella, han desterrado voluntariamente á Jesús de su alma. María nos las manifiesta en las palabras que dirige á Jesús al recobrarlo, y el fruto está patente en el consuelo que experimenta en este bendito momento. *Dolentes quaerebamus Te:* cada una de estas tres palabras constituirá un punto de meditación, y el gozo por haber recobrado á Jesús será la materia del cuarto punto.

MEDITACIÓN

«*Dolentes quaerebamus Te*» (Luc. II, 48).

Con dolor te buscábamos.

1.^{ER} PRELUDIO. María y José acababan de hacer al templo de Jerusalén su visita anual del tiempo de Pascua. Jesús, llegado á la edad legal de doce años, les había acompañado, sin duda por primera vez. A la vuelta, he aquí que, en la noche de la primera jornada, notan que Jesús no estaba ni entre sus parientes, ni con sus conocidos. Inmediatamente, con el corazón lleno de angustia, comienzan á buscarlo, desandan el camino de Jerusalén, en donde por fin, al tercer día, le hallan felizmente en el templo, sentado entre los doctores. «Hijo mío, pregunta la Santísima Virgen ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos llenos de pena.»

2.^o PRELUDIO. Tratemos de figurarnos este largo camino que María y José tuvieron que andar por segunda vez, oprimidos bajo el peso de tan dolorosa emoción; luego el templo y la asamblea de los doctores, en que fué hallado Jesús.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos la gracia de entender el precio inestimable de la posesión de Jesús, para no tener jamás la desdicha de perderlo por culpa nuestra. Y si le hubiésemos perdido, pidamos la de buscarlo asiduamente hasta hallarlo.

I. «Dolentes» Con dolor.—I. 1. ¿Quién es capaz de concebir la pena que los santos padres de Jesús experimentaron cuando á la noche de la primera jornada de Jerusalén á Nazaret, averiguan la ausencia del Señor y sus primeras pesquisas resultan infructuosas? Nada tienen que echarse en cara, su unión mutua no sufre el menor menoscabo; pero ¡les *falta* Jesús! Nada hay capaz de reemplazarle para con ellos, ni aun de distraer su atención del vacío que les causa su ausencia. ¡Cómo sangra su corazón! Su dolor es tan intenso como su amor.

2. ¡Cuánto más deplorable es el error práctico de aquellos que, arrastrados por la codicia, por la sensualidad ó por el orgullo, han arrojado á Jesús de su corazón!

Muy triste es también la tibieza voluntaria que ha hecho siguieran, á los santos impulsos de un activo fervor, días de muelle languidez.

Uno y otro error se explican por lo mísera que es nuestra humana naturaleza.

Mas, lo que es sobre toda ponderación deplorable, es el poco dolor que sigue á estos extravíos, la fría indiferencia, que prueba no estar aún curada la ceguera y, lo que es mucho peor, anuncia nuevas caídas. Sólo

cuando uno se ha humillado por el arrepentimiento y la penitencia, se levanta limpio y apto para abandonarse á las regocijadas esperanzas de la vida eterna (1).

II. Después de una falta grave ó de una notable negligencia, multipliquemos las muestras de nuestro dolor; aceptemos el fecundo trabajo de la penitencia. El dolor de haber pecado, si se siente poco, no basta para la conversión; si se siente vivamente, hace los santos.

II. «**Quaerebamus**» **Buscábamos**.—I. El dolor de María y de José no fué estéril ni perezoso. Toman sin tardanza su resolución; harán todo lo posible por hallar al amado Niño: preguntas, diligencias, fatigas, privaciones, nada les parece penoso para lograr tal resultado.

II. ¡Cuántas quejas inútiles proferimos nosotros, cuya eficacia no se extiende á practicar ninguna acción generosa y perseverante! Ningún fin hay tan digno de ser procurado por todos los medios, como nuestra suprema felicidad; y, sin embargo, por ninguna otra cosa se muestran los hombres tan escasos de caminos y de medios. Pecadores hay que se lamentan de estar encenagados en una triste costumbre de pecar, y no podrán indicaros ni una medida tomada, ni un medio aceptado para huir de la ocasión, para apartar las causas del pecado, para humillarse santamente y multiplicar las instancias acerca del Autor de toda gracia.

Hay sacerdotes, hay religiosos, que se quejan de languidecer en la tibieza. ¿Qué hacen para salir de ella? ¿Se mueven algo?

(1) SAN AGUSTÍN, In psalm. CLXXXVIII, n. 4 (Migne, P. L., t. 37, col. 1786).

¡Ah, si quisiéramos de veras, y no sólo en apariencia, cuán pronto seríamos purificados! «No es tan necesario el tiempo como el valor para hacer un santo». Recordémoslas estas palabras del P. OLIVAIN (1).

III. «Te» A ti.—I. Todas esas diligencias tienden á Jesús, al mismo Jesús en persona. Ni María, ni José, se preocupan de su propia satisfacción, ni siquiera tratan de disculparse.

II. Las quejas que se siguen á las faltas no siempre tienen á Dios por único objeto, sino muchas veces á nosotros mismos. Siéntese la vergüenza de una nueva caída; nos entristece la vista humillante de la propia inconstancia; nos disgusta sufrir las consecuencias en la salud ó en la reputación; tememos el interior fastidio que hay que soportar, la pena de volver á empezar: egoísmos son éstos y cobardías, que explican á la vez el abatimiento y la derrota.

Vigilemos, pues, para que en adelante nada de amor propio venga á disminuir el valor de nuestro arrepentimiento. Después de la desdicha de haber perdido á Jesús ¿no sería el colmo, por decirlo así, del error y de la ingratitud no buscarlo por El mismo? El abatimiento sería una señal evidente de tan funesta equivocación.

IV. Jesús hallado; fruto de haberle buscado.—I. ¡Qué gozo tan puro sintió la Virgen Santísima al hallar de nuevo á Jesús! Tomemos parte en esta alegría; pero acordémonos de que fué tanto mayor, cuanto más se había fatigado María en buscar á su hijo.

(1) *Diario de sus ejercicios*. Ejercicios de 1800. Mortificación (París 1873).

II. Lo mismo sucede en nuestra reconciliación con el Señor. Este hallar de nuevo y espiritualmente á Jesús, que apenas conmueve á los tibios, contiene inefables dulzuras para los que lo han buscado con diligencia y trabajo.

COLOQUIO

En el coloquio detestemos nuestra indiferencia, y prometamos á Jesús fidelidad y fervor. Pidamos para ello gracia á nuestra bondadosa Madre. *Ave María.*

DIA VEINTISÉIS.—Las enseñanzas de Jesús

Plan de la meditación.—Ofrécese ahora á nuestra contemplación una escena de majestuosa y severa grandeza. Jesús, Hijo de María, se muestra Hijo de Dios, y sus palabras encierran una gran lección, que no duda El en darnos á pesar de la pena que de ello resulta para su Madre. Démosle gracias por tanta generosidad, y correspondamos á su previsión, aprovechándonos de lección tan importante. Consideramos sucesivamente la *pregunta hecha por María, la respuesta de Jesús, y cómo acogió María esta respuesta.*

MEDITACIÓN

«*In his quae Patris mei sunt oportet me esse*»
(Luc. II, 49).

Yo he de ocuparme en las cosas de mi Padre.

1.^{ER} PRELUDIO. En medio del gozo que experimenta la Madre de Jesús al ver de nuevo á su Hijo, recuerda, en una tierna pregunta, las angustias que caba de pasar. «Hijo mío, dice, ¿por qué has obrado

así con nosotros? Tu padre y yo, llenos de dolor, te buscábamos.» Y Jesús le contestó: «¿Y por qué me buscabais? ¿No sabéis que yo he de ocuparme en las cosas de mi padre?» Añade el Evangelista que María y José no comprendieron estas palabras. Ninguna sin embargo se perdió, pues María las guardaba todas en su corazón. Y Jesús, restituído á la Sagrada Familia, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres.

2.^o PRELUDIO. Figurémonos el templo y la asamblea de los doctores en que pasó este diálogo.

3.^{er} PRELUDIO. Roguemos al Señor nos dé la inteligencia de estas sublimes palabras, con la gracia de conformar perfectamente con ellas nuestra conducta.

I. La pregunta de María.—1. 1. «*Hijo mío, ¿por qué has obrado así con nosotros?*» Podrían interpretarse estas palabras como un reproche, si Jesús no fuese la misma perfección, y María ignorase la dignidad de su Hijo y su misión divina. Lejos de nosotros, por consiguiente, esta falsa interpretación, que el texto no impone, y que excluyen las circunstancias. Estas palabras son una simple pregunta, y este lenguaje es natural en aquel que ama: en medio de la presente felicidad, recuerda el amor sus tristezas y sus lágrimas.

2. Prueban, pues, estas palabras la ternura del corazón de una madre: son un rasgo de la admirable familiaridad establecida entre ella y su hijo. Rasgos parecidos se hallan igualmente en las vidas de los santos. Admite Dios sus preguntas y sus quejas, porque en el fondo de sus corazones no hay ninguna soberbia amargura. ¡Qué diferencia entre la extremada delicadeza con que saben ellos como reprochar suavemente á su Padre celestial la tardanza en oír sus piadosos

deseos, y el tono de irritado desaliento con que algunos cristianos tibios se quejan de que nunca son oídos!

II. Obremos sencillamente con Dios; pero sin faltar nunca al deber de una perfecta humildad.

II. Contestación de Jesús.—I. La contestación de Jesús permite dos explicaciones, una mirando á su Madre, otra mirando á nosotros.

1. *En cuanto á su madre*, la respuesta se explica no por indiferencia ó frialdad, sino por la preferencia absoluta que el amor de Dios merece sobre todo amor. María es para Jesús más que cualquier otra madre para su hijo; pero desaparece ante el Padre que está en los cielos. El pensamiento de El absorbe todo otro pensamiento, y su amor eclipsa todo otro amor.

2. *En cuanto á nosotros*, intenta Jesús inculcar-nos los derechos infinitos que tiene Dios sobre todo cuanto parece pertenecernos; enséñanos que ninguna consideración puede, no ya prevalecer sobre la divina voluntad, pero ni aun contrabalancearla ó compararse con ella. Enséñanos también á conciliar un grande afecto con una gran firmeza y perfecta independenciam en el servicio de Dios. *¡Pater caelestis*, el Padre celestial! Comparado con El nadie puede llamarse padre, ni tener derechos de paternidad.

II. ¡Grande y necesaria lección que los santos han practicado á las veces admirablemente; grande y necesaria lección, en que necesitan ser aún instruídos tantos hijos y tantos padres! ¿La hemos comprendido y seguido? No olvidemos que si debemos desoir por Dios la voz de la ternura más justificada, con mayor razón debemos desechar los consejos mucho más sospechosos de otros afectos humanos muy discutibles, ó de ciertos intereses personales fomentados por el amor propio.

III. Cómo acogió María esta contestación.—

I. No se ofende María por estas palabras, puesto que vienen de Aquel que tiene derecho á instruir-la. Al contrario, las guarda en el precioso joyero de su corazón, y el fruto que con ello alcanza es Jesús, que dócilmente se pone bajo su dirección y la de San José; es la posesión tranquila de Jesús; es el gozarse por sus progresos en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y delante de los hombres.

II. Seamos fieles en oír y guardar la palabra de Dios. ¡Cuán excelentes frutos lograríamos con ello! Procuraríamos á nuestros parientes y amigos, en vez de una satisfacción pasajera, el bien y el consuelo superior de una virtud más perfecta, más generosa, que se saca del sacrificio, y nosotros mismos progresaríamos rápidamente á los ojos de Dios y para bien espiritual del prójimo. Jesús mismo crecería en nosotros y en los demás, porque todo cristiano es Jesús, y cuando se perfecciona, Jesús es quien se desarrolla en él. «Hijitos míos, decía el Apóstol, á quienes de nuevo engendro, hasta que Cristo sea formado en vosotros (1).»

COLOQUIO

Pidamos á Jesús y María, en un fervoroso coloquio, el grande arte de mostrarnos á la vez buenos y firmes, de crecer nosotros mismos espiritualmente y de ser para otros ocasión de verdadero progreso. Si algún afecto humano contraría nuestros santos deseos, pidamos á Jesús derribe este obstáculo en nosotros y en aquellos á quienes amamos. *Ave María.*

(1) Galat. IV, 19.

SECCIÓN QUINTA

La vida pública

DÍA VEINTISIETE.—Las bodas de Caná

Plan de la meditación.—En cierto sentido, es más difícil al hombre pasar por la dicha, que sufrir el infortunio. El pasaje del Evangelio que nos cuenta las bodas de Caná, nos proporciona tema para utilísimas reflexiones sobre el modo de portarnos en los goces honestos de este mundo; mostrándose además, en este primer milagro de la vida pública del Salvador, el valimiento de la Virgen Santísima. Estos motivos, pues, nos invitan á considerar atentamente la escena que nos refiere San Juan. Meditaremos sucesivamente *la asistencia á las bodas, la atención de María y el milagro debido á su oración.*

MEDITACIÓN

«*Dixit mater Jesu ad eum: vinum non habent*»
(Joan. II, 3).

Dijo á Jesús su Madre: no tienen vino.

1.^{ER} PRELUDIO. Había sido invitado Jesús con sus discípulos á unas bodas, á que asistía también María. Durante la comida faltó el vino. María se lo advierte á Jesús. «Mujer, le contesta el Salvador, ¿por qué te diriges á mí? No ha llegado aún mi hora.» Y dice María á los sirvientes: «Haced cuanto El os diga.» Ordena Jesús que llenen de agua seis tinajas, manda

escanciarla y gustan los convidados un vino mejor que el que hasta entonces se les había servido. Este fué el primer milagro de Jesús, que sirvió para confirmar á sus discípulos en la fe.

2.^o PRELUDIO. Veamos la sala del convite, en que Jesús se sienta á la mesa con su Madre y sus discípulos.

3.^{er} PRELUDIO. Pidamos con fervor la gracia de recibir santamente, así los gozos, como las penas de esta vida.

I. La asistencia á las bodas.—I. 1. El Señor y la Virgen Santísima asisten á las bodas de Caná. El matrimonio legítimo trae consigo regocijo siempre y en todas partes. En la íntima conexión de dos existencias, reconoce la humanidad el tierno símbolo de la unión que debe haber entre sus miembros, y la esperanza de una dichosa fecundidad, presagia la continuación de nosotros mismos más allá de los estrechos límites de nuestra vida personal de acá abajo. El matrimonio representa así la satisfacción de dos necesidades de los hombres: necesidad de perdurar, necesidad de unirse. Por el matrimonio el hombre se perpetúa y sale del aislamiento, convirtiéndose en centro de unión.

2. Démonos cuenta de nuestra instintiva aspiración á lo que nunca se acaba. ¿Queremos obtener, en cuanto es posible acá en la tierra, nuestra parte de felicidad? Huyamos de desear las cosas efímeras, y favorezcamos en todas partes la unión: «¡Bienaventurados los pacíficos!» (1)

II. 1. Es probable que las relaciones con la familia de los esposos hiciesen conveniente la asistencia

(1) Matth. V, 9.

de Jesús y María á esta fiesta, conforme por lo demás á todas las leyes.

La virtud más elevada sabe, por consiguiente, cumplir con los deberes de sociedad; conservar las relaciones que piden la posición, el rango, las circunstancias.

Pero ni Jesús ni María, al asistir á aquella fiesta, iban á buscar una diversión, un placer. ¿Quién osaría suponer en Jesús ó en su Madre deseo de los bocados más sabrosos, de conversaciones animadas, de dejarse llevar por la disipación?

2. El hombre verdaderamente espiritual se presta á los descansos, mas no depende de ellos, no corre tras ellos. Las bodas de Caná sólo nos indican que debemos apartarnos de una virtud huraña, propia á indisponernos con el prójimo; pero no vayamos á buscar en tales fiestas un pretexto para encubrir nuestras secretas sensualidades. Ciertamente, seríamos sensuales si tomásemos diversiones que repugnan á nuestra profesión; si nos entregásemos á las que nos están permitidas, hasta buscarlas aun á costa de nuestros deberes, ó más allá de la conveniente medida.

II. La previsión de María.—I. Notemos cuán previsora es la caridad de María. Trátase aquí de una tribulación temporal, en que nadie la suplica su intervención. Mas ella nota la confusión de la familia, las consultas á media voz, y adivina bien pronto la causa de la perplejidad; y luego previene delicadamente el remedio de semejante apuro.

II. Todos los autores nos advierten de los peligros de la abundancia, de la prosperidad, de la exterior alegría; y Dios, sin embargo, ha colocado en medio de las fiestas una guarda incorruptible de la virtud y perfección, la *caridad*.

Id á las fiestas en busca de propias satisfacciones: os sentiréis esclavizados, cometeréis mil faltas, volveréis con el corazón vacío; id para dar gusto á los demás, para complacer, para procurar que los hombres olviden algo el tráfago, los cuidados demasiado reales de la existencia; id con pura intención de caridad, y seréis allí dueños de vosotros mismos; recogeréis méritos; haréis algún bien; regresaréis de allí sin pena, gustando el consuelo de haberos portado noblemente. ¡Oh prudencia, que tan pocos comprenden á pesar de verla cada día confirmada por la experiencia!

III. El milagro.—I. Manifestó María un secreto deseo, y la respuesta del Señor prueba que la petición ofrece dificultad, que es, en cierto sentido, inoportuna (1). Si María no hubiese intervenido, el Salvador no hubiera obrado el prodigio; sin embargo, el milagro se efectuó, y nota el Evangelio que fué el primero que obró Jesús. ¡Qué delicada atención la del Señor! Durante una época entera de su vida, va como á olvidarse de su Madre; pero antes le concede obtener el primer milagro que confirma la fe de sus discípulos. ¡Qué demostración tan espléndida del poder de María!

II. La previsión de María y su eficaz influencia deben animarnos á la más completa confianza.

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio, expongamos á tan buena Madre todas nuestras necesidades. *Ave María.*

(1) Damos del hebraísmo «¿qué hay entre ti y mí?» la interpretación que el P. CORLUV juzga más probable, en su obra sobre el Evangelio de San Juan. V. la meditación siguiente, *Introducción.*

DÍA VEINTIOCHO.—**María durante la vida pública del Salvador**

INTRODUCCIÓN

Advertencias sobre ciertas palabras de Jesucristo.—Empleó Jesucristo, durante el curso de su vida pública, ciertas palabras que, mal comprendidas, podrían parecer duras para la Santísima Virgen, y no cuadrarían bien ni con la bondad exquisita de Jesús, ni con el mérito de su Santísima Madre. Mas esta doble oposición prueba precisamente que dichas expresiones, en su verdadero sentido, se concilian bien con los más delicados y nobles sentimientos del corazón humano.

Esta conciliación no resulta difícil de hallar, si atendemos á los siguientes puntos.

1. Alguna expresión que nos chocaría en nuestra lengua, puede perder este carácter en la lengua que usaba el Señor. Este es precisamente el caso de la palabra *Mujer*, de que usó el Salvador en una ó dos circunstancias de su vida pública, en que quería evitar la palabra *Madre*: aquella apelación convenía á toda clase de personas aun á aquellas á quienes se profesaba especial respeto. Pero, sobre todo, sucede lo dicho con la expresión «¿*Que hay entre ti y mí?*» Esta locución no parece tener un sentido bien preciso; pero atendidas las diferentes circunstancias en que la hallamos en las sagradas Escrituras, no significa sino divergencia de miras, cierta importunidad, y puede dirigirse aun á los mejores amigos, de un modo semejante á como diríamos en castellano, sin ofender á nadie. «¿*Qué me pides ahora?*» «¡*Es imposible!*» «¿*Esto piensas?*»

2. El tono con que se dicen ciertas palabras modifican completamente su sentido y su efecto. Así la

frase «¿Por qué me buscabais?» pronunciada con acento de impaciente reproche podrá ofendernos; mas suponedla, por el contrario, pronunciada con afectuosa autoridad y ya no nos hiere ni asombra en boca del Salvador.

3. No olvidemos que Jesucristo, aunque Hijo de María, no deja de ser su Dios y su Redentor. Si se ha dignado someterse á ella en su infancia, debía en su edad madura cumplir la misión que de su Padre celestial había recibido. María además, aunque inmune de pecado, podía crecer en conocimiento y recibir, por este título, enseñanzas y consejos. La divinidad autorizaba evidentemente un lenguaje, del cual se hubiese abstenido la humanidad.

4. En la vida pública parece el Señor más tierno, más amable con los extraños y los pecadores que con su excelente Madre. Esta diferente actitud nos mueve á admirar su condescendencia con nosotros; mas no á ofendernos de su conducta para con la Virgen Santísima. Su filial afecto, mil veces demostrado durante su vida oculta, no permitía á nadie dudar de él, mientras que su afecto para con nosotros, pecadores é ingratos, necesitaba de testimonios irrecusables. El Señor, al prodigárnoslos, se muestra bueno con nosotros hasta el exceso; pero su reserva para con su Madre es un homenaje tributado á su virtud y á su fe.

5. El suceso, finalmente, que á tales palabras se sigue desmiente toda sospecha de dureza; y con las mismas palabras, contienen en sí un elogio indirecto de María. Después de haber dicho «¿por qué me buscabais?», Jesús, como testifica el Evangelista, profesó para con María una humilde y universal sumisión. Pues así, á pesar de la frase: «¿Qué hay entre nosotros?», accede el Señor á la tácita plegaria de María. Y cuando dijo:

«Mi madre y mis hermanos son los que oyen y cumplen la palabra de Dios», ó cuando declara mayor dicha la de ser un fiel discípulo de su palabra, que la de ser físicamente su madre (1), y «más bienaventurados los que oyen ó guardan la palabra de Dios»; ¿no nos descubre por ventura la admirable correspondencia á la gracia, que preparó á María para su maternidad, y la ha hecho adquirir en el cielo una gloria y felicidad proporcionada á su sublime elección? (2) El Evangelista mismo, en los pasajes que hemos meditado ¿no hace resaltar la fidelidad de María en guardar las palabras de Dios en su corazón?

Plan de la meditación.—Después de estas consideraciones, comprenderáse fácilmente cómo el estudio de las relaciones entre Jesucristo y su Madre Santísima durante la vida pública, nos descubre una *gran lección de parte del Salvador, un gran sacrificio hecho por María, y un grande elogio de la misma.*

MEDITACIÓN

«*Mater mea et fratres mei, hi sunt qui verbum Dei audiunt et faciunt*» (Luc. VIII, 21).

Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen y cumplen la palabra de Dios.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos las palabras que acabamos de mencionar y explicar.

2.^º PRELUDIO. Imaginémonos al Señor rodeado de sus discípulos y pronunciando este oráculo: «¿Quién es mi madre y mis hermanos? Cualquiera que oiga y practique la palabra de Dios.»

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos con instancia la singu-

(1) Luc. VIII, 21, XI, 28.

(2) En la tercera parte haremos notar la excelencia de la divina maternidad, considerada de un modo más completo.

lar gracia de dar á Dios la parte que le toca en nuestra vida y en nuestro corazón.

I. La gran lección del Señor.—I. En vez de entretenernos en vanas objeciones y de notar lo que Jesucristo parece rehusar á María, consideremos lo que atribuye á Dios su Padre. Aunque nos debía el ejemplo de la sumisión filial y de la bondad humana, era con todo mucho más necesario que nos mostrase nuestras obligaciones para con Dios. Pues bien, Jesús nos prueba de un modo clarísimo que, á sus ojos, todo se eclipsa ante su Padre y ante la divina misión que de El ha recibido. La paternidad divina absorbe á la humana maternidad, y los negocios de su Padre eclipsan los asuntos terrenales.

II. ¡Cuán oportuno era inculcar fuertemente esta grande y utilísima lección!

1. Muchos hombres hay, en nuestros días, que alardean de indiferencia en materias religiosas y se hacen pasar por irreprochables porque no han causado daños materiales al prójimo, aunque nunca han bajado la frente ni doblado la rodilla ante Dios. Neguemos nuestra estima á esta honradez truncada y orgullosa, que desprecia los más urgentes de entre todos los deberes, los deberes para con Dios, y se desdeña del oficio más esencial al hombre: el oficio de criatura.

2. Jóvenes llamados por Dios á un estado más perfecto, detiéndense por la aprensión de afligir á sus padres. Esta excusa, la más honrosa de todas, no puede de ningún modo admitirse. Jesucristo la rechazó formalmente, cuando no permitió á un joven llamado á seguirle, ir primero á enterrar á su padre (1). Dios está muy por encima de los hombres.

(1) Matth. VIII, 21, 22.

3. Sacerdotes y religiosos hay que se dejan desviar del servicio de Dios por consideraciones humanas que debían despreciar.

II. El gran sacrificio de María.—I. Jesucristo, al abandonar así á su Madre y relegarla como al último término, conducíase con ella como en la sucesión de los tiempos acostumbrará á conducirse con las almas grandes. No hacía más que ir consumando el sacrificio en que María había consentido. Había aceptado ser Madre del Salvador de los hombres y, como tal, lo había ofrecido luego por la salvación del mundo. Es, pues, menester ahora, que la realidad del holocausto le preste todo su mérito y le valga el honor de ser asociada á la redención.

Reflexionemos, en efecto, que María no podía de ningún modo tomar parte en la predicación activa de Jesús, á lo cual se oponía su sexo. Por consiguiente, la parte que pueda tomar ella en la obra de la redención, será la que la permita el sacrificio: parte que el Señor le reserva enteramente y que hallamos puesta de relieve en el Evangelio, en el cual menciónase á María expresamente en el momento de la ofrenda en el nacimiento del Salvador, cuando la presentación en el templo, y en el momento de la consumación en el Calvario.

II. 1. ¡Qué ejemplo tan elocuente para los padres! Demasiados de entre ellos educan y quieren á sus hijos mirando á las ventajas personales. Que triunfen noblemente de este afecto de puro egoísmo, y participarán del mérito de cuantos sacrificios faciliten ó permitan por la grande causa de Cristo ó de las almas.

2. ¡Qué lección para nosotros mismos! No nos quejemos de ser llevados por el rudo camino del sacrificio. Este es el camino de los predilectos de Dios.

III.—El honor tributado á María.—I. La conducta del Señor asegura á su Madre múltiples honores.

1. Hállase así María asociada á la redención. Si Jesús la hubiese humanamente mimado, hubiera perdido la participación á la mayor y más excelente de las obras, cuanto hubiese ganado de efímero consuelo.

2. Jesucristo rinde implícitamente homenaje á la virtud de su madre, mostrándola capaz de soportar la prueba de este abandono.

3. La palabra del Señor llama nuestra atención sobre el mérito propiamente dicho de la Santísima Virgen: mérito que, sin eclipsar la inmensa prerrogativa de la maternidad divina, sabía juntarse á ella para hacerla útil y fructuosa. ¡Cuán grande verdad! La dignidad misma de Madre de Dios de nada hubiera servido á la Virgen, si al mismo tiempo no hubiese sido la más dócil en cumplir toda la voluntad de Dios, y la más fiel en oír sus palabras y cumplirlas.

II. Mientras felicitamos á nuestra Madre, aprendamos, de este sin igual ejemplo, á no estimarnos según el rango, la posición, la dignidad, aunque fuese de carácter sagrado, sino según el cumplimiento del deber, común á todos los hombres, de someterse perfectamente á Dios.

COLOQUIO

El coloquio nos ofrecerá probablemente ocasión de reconocer pasados errores y una ridícula vanidad, y hacer á Dios generoso ofrecimiento de algún sacrificio. Pidamos al mismo tiempo al Señor, por la abnegación de su Madre Santísima, nos dé gracia para vivir enteramente para El, heroicamente fieles á la misión que nos asigne. *Ave María.*

SECCIÓN SEXTA

La pasión

DÍA VEINTINUEVE.—La Virgen Santísima al pie de la Cruz

Plan de la meditación.—Después de haberse visto María como olvidada durante la vida pública del Salvador, reaparece en el momento supremo del sacrificio. Allí está, fuerte en medio de su inmenso dolor. La ve su Hijo, y en su corazón sumergido en el sufrimiento, halla aún lugar para la compasión y la piedad hacia su Madre. En el momento de la despedida, quiere verse reemplazado para con ella. ¿A quién confiar tan preciosa misión, sino á su discípulo amado? «Mujer, dice á María, designando á San Juan: he aquí á tu Hijo.» «Hijo, dice á San Juan, he aquí á tu Madre.» Substitución conmovedora. El que va á entrar en la gloria dejará de ser sobre la tierra el Hijo de María. «Mujer» dice, y no: «Madre». Y aquel que recibe misión de tanta confianza, vese hecho objeto de una nueva predilección; ya no es un extraño: es llamado *hijo*.

Nosotros que, como San Juan, somos discípulos de Jesús, y como él rescatados por los dolores del Salvador, debemos también manifestar á María los sentimientos y el respeto de nuestra filial devoción. Ahora bien, el primer deber que inmediatamente se impuso á San Juan, fué el de participar de los dolores de María. Deber que nosotros venimos á cumplir por medio de esta piadosa meditación, en la cual consideraremos sucesivamente *el cruel martirio sufrido por*

María, la admirable fortaleza que demostró y la inefable recompensa que por ello mereció.

MEDITACIÓN

«*Stabant juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus Mariá Cleophae, et Mariá Magdalene*» (Joann. XIX, 25).

Estaban de pie, junto á la cruz de Jesús, María su Madre y la hermana de su Madre, María mujer de Cleofé y María Magdalena.

1. PRELUDIO. Representémonos el calvario con Jesús crucificado, y al pie de la cruz á María y San Juan, en el momento en que Cristo pronuncia el «*Ecce mater tua: He aquí á tu Madre*».

2.º PRELUDIO. Pidamos la gracia de sentir íntimamente los dolores de María para más amar á esta Madre Santísima é imitarla en su valor y sus virtudes.

I. Inmensidad del dolor.—I. Los dolores de María son los mismos de Jesús repercutiendo en el más amante y más sensible de los corazones. Recorramos, pues, en espíritu todos los sufrimientos de Jesús en su larga agonía; todas las llagas que cubren su cuerpo, los clavos que atraviesan sus manos y sus pies, el ardor en que se abrasa su cabeza, la sed mortal que seca su garganta, y digámonos: todo esto sufre el corazón de María; herido es por todo esto, como es herida la tierra por cada rayo del sol. Recordemos todas las humillaciones de Cristo en la cruz, las blasfemias, los gritos de odio, los insultos, las burlas, y digámonos también: todo esto repercute en el corazón de María. Traigamos á la memoria la mortal tristeza del alma de Jesús; el tedio, el temor, la cruel melanco-

lía, y digámonos aún: todo esto siente el corazón de María. ¡Oh Madre cuánto sufrís!

II. Todo esto se halla en María por ser Madre, es cierto; pero también porque ella ve en estos sufrimientos el precio de nuestra redención. Por este segundo título, deberían los tormentos de Jesús estar más profundamente impresos en nosotros, que debemos reconocer en ellos los efectos no sólo del pecado de Adán, sino también de nuestros propios pecados personales.

¡Cuán saludable influencia ejercería esta Pasión sobre nuestros corazones, si se hallase en ellos grabada profundamente! Ella nos privaría del triste valor de quebrantar, por el pecado, el pacto de alianza que selló una sangre tan preciosa, y nos daría el noble y útil valor de sufrir y de expiar. Pero no basta para ello una mirada superficial á tales dolores; sino que nuestra atención debe ser tanto más viva y sostenida, cuanto nos hallamos más lejos del tiempo y del teatro de este martirio. Procuremos, pues, en la meditación fijarnos en todos los detalles, estudiándolos cuidadosamente hasta tener conciencia de que se ha grabado en nosotros limpia y precisa la imagen del Varón de dolores.

II. — La fortaleza de María.—I. *Stabat Mater!*
¡La Madre de Jesús estaba de pie! María al pie de la cruz es un perfecto modelo de heroica fortaleza. No sufrió ella ninguna de las tres derrotas que puede acarrear el dolor, antes por el contrario reporta tres gloriosas victorias. El sufrimiento triunfa de nosotros cuando nos mueve á impaciencia, á cobarde abatimiento, á odiosa venganza. María se muestra fuerte en todo: fuerte *con Dios*, por la entera sumisión de su voluntad; fuerte *con los hombres*, por la ge-

nerosidad del perdón, que llega hasta ofrecer por ellos sus sufrimientos; fuerte *consigo misma*, por la constancia que la sostiene á la altura de todos sus deberes.

II. Entendamos bien estas tres maneras de ser vencidos. En efecto, no sólo el hombre acobardado, sino también el que se deja llevar de la cólera ó la indignación, se hace esclavo de las pasiones que excitan las circunstancias; y sujetarse á las pasiones es ser vencido. Decidámonos, pues, á ejercer sobre nosotros mismos, con la gracia de Dios, un imperio que nos levantará á la verdadera grandeza.

III. Inefable recompensa de María. — I. Ese Dios que permite tantos dolores, es un Dios de amor. ¡Qué torrente de eternas delicias se disponía á derramar en aquel corazón maternal, inundado de tales amarguras! Sufrió el corazón valerosamente la prueba, y cuando hubo pasado la hora de las penas, sonó la de la recompensa. ¡Oh, feliz Pasión de Cristo! exclama la Iglesia; y nosotros añadiremos: *O beata compassio Matris!* ¡Oh dichosa compasión de la Madre! Aunque incapaces de entender toda la gloria de María, podemos á lo menos afirmar que esta gloria fué proporcional á sus dolores.

II. La misma ley existe para nosotros. Un *inmenso peso* de gloria *eterna* debe ser el fruto de *leves y momentáneas* tribulaciones (1). Meditemos esta verdad y comprenderemos cómo los santos, acá en la tierra, tenían sed de sufrimientos.

COLOQUIO

Un coloquio afectuoso con la Virgen al pie de la

(1) 2.^a Cor. IV, 17.

cruz. Seamos generosos, tengamos confianza. *Stabat Mater*.

DÍA TREINTA.—Consentimiento de María en el sacrificio de Jesús

Plan de la meditación.—Al sufrimiento de María añádese un acto sublime: María consiente en el gran sacrificio de Jesús. Meditaremos tres admirables efectos de este consentimiento: *santifica á María; nos la da por Madre y la instituye corredentora del mundo.*

MEDITACIÓN

«*Sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra*» (2.^a Cor. I, 5).

Como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestro consuelo.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos la escena del Calvario; María de pie junto á la cruz.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con vivas instancias la gracia de comprender la grandeza de María y el papel que desempeña en la economía de nuestra salvación, á fin de admirarla más y cumplir mejor con ella los deberes de nuestra gratitud más viva.

I. María, consintiendo en la redención del mundo, se santifica.—I. La vida entera del Salvador no fué sino la ejecución de este sublime plan: preparar nuestra santificación con su doctrina y sus ejemplos; rescatarnos y hacernos hermanos suyos por su cruenta muerte en la cruz. Pero mucho antes de consumarse este supremo sacrificio exteriormente en el Calvario, había sido interiormente ofrecido en el corazón de la

víctima. San Pablo fija el momento solemne de esta ofrenda en el principio mismo de la vida de Jesús (1); y conjeturamos que fué renovada en la ceremonia simbólica de la presentación en el templo. Ahora bien, el Evangelio nos muestra la presencia de María en estos dos grandes momentos de oblación interior, como nos la muestra de nuevo á la hora de la consumación. No estuvo allí la Virgen como simple testigo; sino que, por su admirable consentimiento, participó del sacrificio y de su consumación. No se encarnó el Verbo hasta que María aceptó el ser Madre de un Dios Salvador; ella misma presentó á Jesús en el templo; y ¿quién dudó jamás de que esta Madre incomparable, hallábase de pie junto á su Hijo crucificado no sólo para morir con Él, sino también para ratificar su sacrificio?

¿Qué acto pudo haber de mayor mérito ante Dios? Cuanto más íntimamente estuvo asociada María á la obra de rescatar el género humano, tanto más plenamente gozó de los méritos del Redentor y de los frutos de su redención.

II. Tanto el amor, como la imitación, pueden acercarnos á nuestro divino Salvador, y según la medida con que nos unamos á El, nos comunicará los tesoros infinitos que con sus dolores adquirió. ¿Qué riquezas hay más dignas de ser deseadas?

II. María, por su consentimiento, es instituída Madre nuestra (2).—I. Este consentimiento no sólo enriqueció á María con inmensos méritos, sino que también la hizo participante de la fecundidad del sa-

(1) Hebr. X, 5 ss.

(2) Las ideas del segundo y tercer punto las expondremos más completamente en las meditaciones para los sábados.

crificio, como la había hecho participar del mismo sacrificio. A la manera que Jesús nos engendra por su corazón abierto con la lanza; nos engendra María «por su corazón desgarrado con la vehemencia de una infinita aflicción» (1). Vino á ser la nueva Eva, la Madre de todos los vivientes, porque su consentimiento contribuyó á dar la vida á todos. María tendrá en adelante un Hijo que no le cuesta nada y se lo da todo, y otros hijos á quienes lo da todo y que le han costado ese mismo Hijo muy amado. Estos hijos somos nosotros todos.

¡Es nuestra Madre! ¡Oh! Entendamos cuán amante y cuán desolada Madre es para nosotros, y cuán ligados estamos con ella por un deber de santo y delicado afecto.

III. María, por su consentimiento, es Corredentora del género humano.—I. Los Evangelios, escritos, no tanto para contar una vida, cuanto para extender la fe cristiana, no constituyen una biografía completa. No es, pues, sin un especial designio, que nos muestran á María junto á Jesús, en el momento en que se ofrece El en sacrificio. Allí tenía ella su sitio señalado porque debía cooperar más que nadie á la redención del género humano. María nos salva porque, consintiendo en la inmolación del Salvador, nos da á Jesucristo y sus méritos; nos salva además porque, estando llena de gracia, intercede en favor nuestro y alcanza que se nos apliquen los méritos de Jesucristo; sálvanos finalmente porque nuestro corazón, viendo á esta amabilísima Soberana colocada entre Dios, Cristo y nosotros, abandónase á la confianza y, al mismo tiempo, se dispone mejor para recibir la gracia del Salvador.

(1) BOSSUET, 2.^o *Sermón de dolores*, 2.^a parte.

De este modo, el plan divino de la redención del mundo recibe de la piadosa intervención de María un perfeccionamiento accidental, que extiende y facilita su saludable dispensación. ¡Cuán magnífico ministerio le ha cabido á María!

II. Mas esta misión, lo mismo que su maternidad espiritual, explica los especiales honores que tributamos á sus sufrimientos. A los dolores de María, como á los de Jesús, tributamos el culto particular de la compasión. Y la Iglesia nos invita á ello instituyendo dos fiestas consagradas á conmemorar los dolores de María. En los tormentos de los demás santos admiramos sobre todo los lauros de que se han coronado, la gloria eterna que han conquistado; no soñamos siquiera en representarnos sus dolores para sentirnos, á nuestra vez, dolorosamente conmovidos por ellos. Y es porque no tienen el fin propio de los dolores de María. Es cierto que los méritos sobreabundantes de los santos, incluidos en el tesoro de la Iglesia, nos sirven, unidos como están á los de Jesús, para alcanzar de Dios misericordia y perdón; pero más particularmente se dirigieron á la santificación y á la bienaventuranza de aquellos que los alcanzaron. Los dolores de María están mucho más íntimamente unidos á los de Jesús: primero por su objeto, porque María sufre lo que Jesús y por causa de Jesús; luego por su influencia, porque participan de la virtud redentora de los sufrimientos de Jesús. Ningún santo estuvo llamado, como María, á extender sobre el mundo entero el favor de una intercesión, que vale á este mundo la aplicación de los méritos de Cristo. Si los santos se mortificaron por ciertas almas, cuyas necesidades les había hecho conocer la divina Providencia, no sufrieron sin embargo por nuestra causa; mientras que María sufrió realmen-

te por culpa nuestra y por nosotros todos. He ahí por qué, del mismo modo que nos compadecemos de Jesús como Redentor nuestro, también nos compadecemos de María como nuestra Corredentora, á la cual hemos afligido, y que contribuye, por sus dolores, á nuestra salvación.

COLOQUIO

Penetrados de respeto y de amor, ofrezcámonos, en un fervoroso coloquio, á acordarnos siempre con piedad verdaderamente filial de los dolores de María, y pidámosle nos muestre el poder de su intercesión, obteniéndonos un corazón compasivo para con ella.
Stabat Mater.

SECCIÓN SÉPTIMA

Después de la Ascensión

DÍA TREINTA Y UNO.—**María y la iglesia del Cenáculo**

Plan de la meditación.—San Lucas nos traslada del Calvario al Cenáculo, donde los apóstoles perseveran en oración con María, Madre de Jesús, las santas mujeres y los que el Evangelista llama hermanos del Salvador (1). Consagraremos, pues, esta última meditación á las relaciones entre María y la naciente igle-

(1) Es decir, ciertos parientes próximos, como primos hermanos, á los cuales los Hebreos llaman también hermanos.

sia. Nos fijaremos sucesivamente en el *ministerio general de María* en el seno de esta Iglesia; en la *oración de María*; en la *expectación del Espíritu Santo*.

MEDITACIÓN

«*Erant perseverantes unanimiter in oratione cum mulieribus et Maria matre Jesu*» (Act. I, 14).

Perseveraban unánimemente en la oración, con las mujeres y María Madre de Jesús.

1.^{ER} PRELUDIO. Nuestro Señor Jesucristo, antes de subir al cielo, había ordenado á los apóstoles que se retirasen á Jerusalén y aguardasen allí el bautismo del Espíritu Santo. Fieles á este mandato, cuando su buen Maestro hubo definitivamente desaparecido de su vista, retiráronse ellos al Cenáculo, lugar santificado por la cena eucarística, y allí perseveraron unánimes en oración, con María Madre de Jesús.

2.^º PRELUDIO. Imaginémonos la sala del cenáculo: santuario modesto, pero lleno de grandes recuerdos.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos con fervor la gracia de vivir, á ejemplo de María, enteramente despegados de las criaturas, en continuo recogimiento y completa docilidad á la voz del Espíritu Santo.

I. María en el seno de la Iglesia naciente.—

I. 1. En el cenáculo se desarrolla, para la Iglesia, el corto período de su vida oculta. Allí está María, como estaba en Belén y en Nazaret, llenando para con la joven Esposa de Jesucristo las funciones que había llenado para con Cristo mismo, rodeándola de semejante solicitud y amor. No vive más que para esto. Su Hijo está en el cielo; nada, pues, la detiene ya en la

tierra, salvo la edificación y el amor maternal, con la comunidad de los fieles. María se muestra madre del cuerpo místico del Salvador y cumplida cristiana, y confirma en nosotros, de un modo el más conmovedor, la persuasión de que María quiere ser para con los miembros de cuerpo místico, lo que había sido para con su misma cabeza.

2. En asamblea de los discípulos, María es el alma de aquella perfecta intimidad que nos deja entrever el relato de los Hechos apostólicos: «*Unanimiter*», unánimemente. Su palabra vigilante prevenía sin duda los rozamientos y fomentaba una suave armonía. Con la guarda de la Madre de Jesús, hay concordia, hay amor y un gusto anticipado de los goces del paraíso.

3. Ha llegado también para ella el momento de explicar aquella parte de la vida del Salvador que sólo la Virgen conocía en sus detalles: el mensaje de Gabriel, la encarnación del Verbo, las circunstancias de la natividad, la presentación al templo, el destierro en Egipto, la adoración de los magos, la admiración de los doctores en el templo, los años pasados en Nazaret. ¡Oh qué de narraciones interesantes iluminan las inteligencias y enfervorizan los corazones!

Gracias á María, conocen los apóstoles más perfectamente á Jesucristo, y nosotros todos lo conocemos mejor, ya que ella es el autorizado testigo que dicta á San Lucas el Evangelio de la infancia del Salvador. Por María, la vida pública relaciónase con la oculta y, en vez de hallarse en oposición, contienen una y otra una mezcla de abatimiento y de grandeza, de simplicidad y de magnificencia, de circunstancias ordinarias y de maravillas, tal como convenía en Aquel que quería mostrarse á la vez verdadero hombre y verdadero Dios.

4. Añádase todavía el ejemplo perpetuo de todas las virtudes, y comprenderáse cómo María no deja de unir entre sí á los hijos de la Iglesia, de instruirlos, de edificarlos, sin apartarse jamás de la reserva que le impone su condición y su sexo.

II. Según nuestras varias condiciones, también nosotros podemos desempeñar un papel de edificación sobrenatural, si nuestra conversación une á los hombres, si nuestros actos manifiestan simplemente nuestro deseo de servir á Dios. Predicación es ésta más persuasiva que toda verbal elocuencia; predicación de cada día y de cada hora. Quien la practica, ignora santamente la dichosa influencia que ejerce, hasta el día en que, lleno de sorpresa, como los misericordiosos de que nos habla el Evangelio, oirá que le dice el soberano Juez: «Ven, bendito de mi Padre; tú eres de aquellos pacíficos que serán llamados hijos de Dios; llamé yo á la puerta y tú me has abierto las inteligencias y los corazones; ven á poseer el reino que te está preparado desde antes de los siglos» (1).

Si pasamos con este espíritu nuestra vida ¡nos sentiremos tan cerca de nuestro Padre que está en los cielos!

II. María orando con la Iglesia.—I. 1. Durante diez días de oración, la intercesión de María apoyó constantemente las súplicas de los apóstoles. ¡Con qué eficacia conjuraba al Espíritu Santo á que se dignase bajar para transformar á los apóstoles, como había descendido para formar la humanidad del Verbo de Dios!

2. Esto es un retrato de lo que pasa cada día. María, en el cielo, sigue ayudando con sus votos á la

(1) Matth. XXV, 34.

Iglesia y á sus hijos. Estemos de ello bien convencidos: María ruega por nosotros, y ruega por nosotros tanto más, cuanto la mostramos más afecto, más confianza y vivimos de un modo más digno de ella. Este es, en efecto, el plan divino, en el cual dispuso sabiamente Dios no dispensar á nadie de tener buena voluntad. Es preciso que la sinceridad de nuestros homenajes y buenos deseos permita á María prodigarnos sus favores.

II. Podemos, además, aprovecharnos del ejemplo de María, interesándonos por la Iglesia y ofreciendo votos y sacrificios por sus necesidades. Todo cristiano debe identificar la causa de Jesucristo y de su gran familia con la suya propia. Verdad que útilmente se practica y útilmente se inculca á los más humildes. De este modo el ideal cristiano excita su piedad y su fervor, y al ver su influencia extenderse casi hasta lo infinito, el más oscuro de los fieles concibe un sobrenatural orgullo capaz de prevenirle contra funestas seducciones.

III. María aguardando al Espíritu Santo.—

I. 1. María aguarda al Espíritu Santo para sí misma, que aunque llena ya, tiene cuidado de ir aumentando sin cesar las gracias divinas en que abunda. Descenderá sobre ella, el día de Pentecostés, una nueva plenitud y, más que otro alguno, recibirá todos los dones dispensados entonces á los hombres, ya para ejercitarlos, ya para adorno de su alma.

En efecto, siendo los dones de Dios infinitos, no hay tan alta cumbre espiritual que no pueda ser salvada y aun sobrepujada.

De este modo María nos inculca la avidez santa con que debemos desear adelantar siempre en el Señor.

2. Aguarda María al Espíritu Santo con la Iglesia y por la Iglesia. El es el consolador prometido, Jesús ya

no se muestra visiblemente sobre la tierra. Entre la visión sensible de algunos años, que fué privilegio de los primeros discípulos y constituirá la eterna visión de todos los escogidos, se interpone un período de fe, en que se cree sin ver; pero la luz y la fuerza del Espíritu Santo confirman la inteligencia y la voluntad. El espíritu de Dios reina en la Iglesia y en el corazón de los fieles.

Con esta escena de piadoso recogimiento concluye la historia evangélica de la Virgen Santísima y luego desaparece de nuestra vista como su Hijo; desaparece como abismada en el Espíritu Santo, que la santifica antes de glorificarla.

II. En medio de los diversos ministerios exteriores, nuestra existencia personal debe parecerse siempre á la de María. Debemos vivir recogidos, ocupados en acciones de gracias y esperando nuevos beneficios. Conviene que nuestros acentos eleven hasta el trono de Dios nuestra gratitud por los beneficios ya recibidos y hagan descender cada día la luz y las inspiraciones divinas, que nos santifiquen y nos hagan aptos para esparcir el bien á nuestro alrededor.

COLOQUIO

Al finalizar estas meditaciones del mes de Mayo, ninguna lección más útil y más levantada podremos retener de cuanto María nos ha enseñado, que la devoción al Espíritu Santo. En el coloquio final, imploremos, por medio de María, una copiosa comunicación de este Espíritu consolador. Ofrezcamos también á tan buena Madre nuestros votos del mes de Mayo, y roguémosla que nos introduzca santamente en el mes consagrado al Corazón de su divino Hijo. *Pater; Ave; Te Deum.*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

ÍNDICE ANALÍTICO

- Afecciones.** Hacia los padres, 393. 407, espirituales. Dicha, 17-18.
- Amor propio,** 352 fin.
- Ana,** profetisa, 373-374.
- Angeles custodios y María,** 107; —y Belén, 356. Papel de los — 91-92. Alegría de los — causada por María, 169.
- Angelus.** Historia (referencia á las fuentes), p. 42 nota.
- Anunciación.** Fiesta: génesis y sentido, 41-42.
- Apariciones de N. S. de Lourdes,** 36-37.
- Arrepentimiento** después de las faltas. Su necesidad, 396-399.
- Asunción de la Virgen.** Fiesta: génesis y significado, 115 ss. Por qué el Evangelio que se canta en esta fiesta es ajeno á ella, 125.
- Bodas de Caná,** 403-406.
- Calamidades públicas.** Penas y consuelos en las —, 62-67; —de la Iglesia, 382-383.
- Caridad,** santificadora de las fiestas, 405-406.
- Ceremonias antiguas.** En qué sentido son vacías, 102 nota; —de la Iglesia, que deben respetarse, 137 y nota.
- Circuncisión.** Carácter de la fiesta, orígenes, 9-10. Misterio, sentidos, 12-13.
- Cisma de Occidente,** 91.
- Clérigos regulares de la Madre de Dios,** 131.
- Cofradía de N. S. de la Merced,** 148; —de los Siete Dolores, 46; —de las Victorias, 132; —del Monte Carmelo, 97-99; —del Rosario, 158-59; —del Sagrado Corazón, 69.
- Compañía de Jesús,** 80-81.
- Comodidades.** Inconvenientes de buscarlas, 349.
- Confianza,** 184-185, 372.
- Confirmación en la gracia,** vid. *Impecabilidad.*
- Consejo.** Noción de este don, 54. Adquisición del consejo, 56 y 57.
- Constancia,** 179-180.
- Corazón purísimo de María.** Fiesta: génesis y sentidos, 131. Pureza de —, 133.
- Cristiano,** en el mundo, 355-356.
- Desposorios.** De la Sma. Virgen y San José. Origen y objeto de la fiesta, 15-16.
- Destierro** de la vida presente, 385-386.
- Devoción.** La aprobación de una devoción no implica que, por

- este mismo hecho, apruebe la Iglesia las revelaciones con ella relacionadas, 53 nota.
- Dios** emplea y respeta la acción de las causas segundas, 314-315, 340, 382. Sus derechos supremos sobre nosotros, 410.
- Dirección de Espíritu**, 310-313.
- Dirección para otros**, 107-109, 337-338, 390.
- Disipación**, 353.
- Dogma**. Evolución del, 187 ss.
- Dolores** (VII). Fiesta: génesis, sentido, 45-47, 153 ss. Orígenes de la devoción y de la distinción de los VII—, 46; — de María, 48 ss., 153 ss., 414.
- Edificación**, por el ejemplo, 420.
- Egipto**. Huída. permanencia y vuelta de, 380-390
- Elogios humanos**. Vanidad de los —, 305-306. Cómo se han de tributar y recibir los—, 307
- Entusiasmo**, su utilidad, 426.
- Escapulario**. Significación, origen, devoción, 97-104.
- Espíritu Santo**. Bajada del, 428.
- Eucaristía**, figurada por el Pesebre, 350
- Evangelio**. Lugar de María en el—, 407-409.
- Evolución dogmática**, 187 ss
- Espectación** de la Sma. Virgen. Fiesta: génesis y significado, 257 ss.
- Familia** (Sagrada). Fiesta 22-23; —sin Dios, 25-27.
- Fe**. Utilidad de la—en esta vida, 322-324. Espíritu de—en la dirección, 107-108, 390. —de María 322
- Fiestas, de María**. Antigüedad, 116-118. *Vid.* en los nombres de cada una el origen, significado y la meditación. Asisten—, 404-405.
- Generosidad para con Dios**, 31-32.
- Gesú** (El), 81.
- Gloria**. La humana es vanidad, 306.
- Gracias divinas**. Gratuidad de las—77-78. Su origen, 330. Docilidad á las—, 389-390. Plenitud de las—en Jesús, 223 nota. Plenitud de las—en María, 223-224.
- Gratitud para con Dios**, 328-329.
- Herodes**, su persecución, 381-382.
- Hombre**. Triunfo de María sobre el corazón de los—, 184-185.
- Humildad**. Manera de haberse con los elogios, 307.
- Iglesia**, perseguida y sometida á diversas pruebas, 381-382; —prudente en la aprobación de las revelaciones, 53 nota; es respetable en sus prescripciones, 137. Oración por la—422.
- Iglesia griega**. Memoria de los santos en la—, 10. Fiesta de la Purificación en la—, 29.
- Iglesias de la Sma. Virgen** en Roma, 110-111. Por qué hay tanta predilección por las—de la Santísima Virgen, 112; las—representan á la Virgen, 113-114.
- Imperio** sobre sí mismo, 415-416.
- Indulgencias** por invocar á Jesús, á María y á José, 22 nota, 28 nota; para la fiesta de la Virgen del Carmen, 98 nota; para la Porciúncula, 98 nota, 104-105; por rezar el *Tota pulcra*, 204.
- Infalibilidad**, pontificia. Concepto de la—, 187 ss.
- Inmaculada Concepción**. Dogma, 192 Historia, 193 ss. Figuras,

201. Relaciones de este privilegio con la fe, 40-41; con la pureza y la santidad, 38-39. Fiesta, 193 ss. Progreso en la celebración y en el sentido de la fiesta, 197-198. Meditaciones para la fiesta y Novena, 199 ss.
- Irlanda y la inmaculada Concepción**, 195.
- Jesucristo y la Iglesia**, 20-21.— y **María**, 390-395. Su mediación en el cielo, 88 nota; modelo de piedad filial, 394; á pesar de ciertas palabras en apariencia duras, 407 ss. Su obediencia á **María**, 391. Su oblación en el templo, 32, 360. Su primogenitura en **María**, 342.— hallado en el templo, 395-399; —signo de salvación y de contradicción, 367, 368. Su vida oculta, 391-395.
- José, San**. Su conmemoración á 23 de Enero, 16. Su molesta duda, 334-339. Su eficacia para con **María**, 356, 370. Sus desposorios con la **Sma. Virgen**, 15. Su humildad, 30-31, 356. Su fidelidad á la gracia, 388. Su prudencia, 337-338, 389. Su papel con respecto á nosotros, 20. Su solicitud, 359. Su virtud, 24.
- Juan Bautista, San**, 93-94.]
- Leyenda del Abate Helsin**, 196; de **Ntra. Sra. del Buen Consejo**, 52-53; de **Ntra. Sra. de las Nieves**, 110.
- Loreto**, Santuario de, 252.
- Lourdes**, **Ntra. Sra. de Fiesta**, 36-37.
- Madre de las divinas gracias**. Fiesta, 75-79. Misa, 69.
- Madre del Amor hermoso**. Fiesta, 75.
- Madre del divino pastor**. Fiesta, 58.
- Magnificat**. 326-334.
- Magos**. Adoración de los —, 377-380. Estrella de los —, 377 nota.
- María y Dios**. Maternidad divina, 164-170. Primogenitura, 342. Relaciones con la **Sma. Trinidad**, 214-215.— y *los hombres*. Condescendencia, 376.— nuestra **Madre**, 418 ss. Maternidad espiritual, 20. Parte en nuestra adopción, 13. Patrocinio, 181-186. *Dones y gracias de María*. Gracia santificante, 215. Plenitud de la gracia en —, 223. *Fiesta de María*, vid. el Índice de las meditaciones del primer volumen y el nombre de cada una. *Glorias de María*. Belleza moral, 173. Nueva **Eva**, 212-213, 319. Sacerdocio de —, 361. Triunfo por encima de los Angeles y Santos, 169. *Privilegios de María*. Inmaculada Concepción, 38, 40, 187 ss. Virginitad de **María**, 153 ss. *Virtudes de María*. Fe, 322; Humildad, 30-31, 363-364; Prudencia 335-336; Virginitad, 170-175. *Vida de María*. Natividad, 136-141. Nombre de —, 142-147. Deposorios con **San José**, 17. Edificación, 364. Superiora de **Jesús**, 391-392, 400. Durante la vida pública, 407 ss. Durante su vida de dolores y en la cruz, 413 ss. Después de la Ascensión, 417 ss. Muerte, 119-121. *Devoción á María*, vid. *Santísima Virgen*. *Iglesias de María*, 112-114. *Santuarios de María*, 253-254.
- Maternidad divina** de la **Sma. Virgen**. Fiesta, 164. Grandeza de esta maternidad, 165 - 167. Cómo la mereció, 14. Caracteriza á **María**, 18-19.

- Matrimonio.** Por qué va acompañado de gozo, 404.
- Mayo.** Mes de, 299 hasta el fin.
- Mediación de Cristo en el cielo,** 88, nota.
- Meditación.** Método, 4. Utilidad para la pureza del corazón, 135-136; para la santificación, 393.
- Memorare (Acordaos),** 74 nota, 87 nota, 88-91.
- Mercedarios.** Orden, 149.
- Mes de María.** Consejos para la práctica del, 302-303. Meditaciones para el—, 299-4.
- Milagros.** Rareza de los, 37 nota 2.
- Misioneros del Corazón de Jesús.** 68-69, 74 nota.
- Muerte de María.** 119-121.
- Nacimiento de los Santos.** La Iglesia no lo celebra, 137.
- Natividad de la Sma. Virgen.** Fiesta, 136 ss.
- Navidad.** Octava, 7.
- Nombre de María.** Fiesta, 142-147. Santidad especial, 143; sentido, 144-145; virtud, 146.
- Novena de la Asunción,** 115; de la Inmaculada Concepción, 199 ss.; para fomentarla devoción hacia la Sma. Virgen, 261-297. Consejos para hacer una novena, 263-264.
- Nuestra Señora de las Nieves** (Fiesta, origen, meditación), 109-115;—Auxiliadora, 62-67;—de la Merced, 148-153;—de la Calle (*della Strada*), 80-85;—de los Angeles, 104-109;—de los VII Dolores, 45-52, 153-158; del Buen Consejo, 52-57;—del Carmen, 97-104;—del Perpetuo Socorro, 86-91;—del Sagrado Corazón, 68-74;—del Santísimo Rosario, 158-163.
- Nuestra Señora de las Victorias** (iglesia, archicofradía), 131-132.
- Obediencia.** 388-390.
- Ofrendas interiores.** Su valor, 360.
- Oración de Jesucristo en el cielo,** 88 nota;—continua, 88.
- Orgullo.** Doble forma. Confundido por Dios, 331-332.
- Pacíficos.** Bienaventurados los, 95.
- Padres.** Generosidad de los—para con Dios, 31, 410, 411. Deberes para con los—, 394, 410.
- Palabra de Dios.** Ha de guardarse con cuidado, 134-135, 402.
- Pastores.** Ador. de los, 354-357.
- Patrocinio de la Sma. Virgen.** Fiesta, meditación, 181 ss. Sentido de semejante festividad, 181. Valor de este patrocinio, 183.
- Perfección,** fruto de la devoción a la Sma. Virgen, 270-272.
- Porciúncula.** 98, 105 nota.
- Posadas orientales,** 352 nota.
- Presentación de la Virgen.** Fiesta (meditación), 175-181.
- Presentación en el templo.** Fiesta, meditación, 28-36. Otra meditación, 358-362.
- Primogenitura de la Sabiduría** creada de Jesucristo, 342.
- Profecía de Simeón,** 367-373.
- Protoevangelio.** 192-193, 203, 206.
- Prudencia en el trato con el prójimo,** 337-339; docilidad a las inspiraciones, 211-213, 389.
- Pureza de María.** Fiesta (meditación), 170-175.
- Purificación.** Carácter, origen de la fiesta, 28-29. Contemplación, 30-36. Meditación, 362-365.
- Redención.** Cooperación de María a la—, 13, 372, 417-421.
- Redentoristas (RR. PP.),** 22, 23 nota, 86.
- Reputación.** Cuidado que debe ponerse en guardarla, 335-637.

- Respeto humano.** Motivos contra el—, 345, 365.
- Roma.** Iglesias antiguas de la Sma. Virgen, 109-111. Coronación de estatuas de la Virgen, 80-81.
- Romerías.** Caracteres, utilidad, práctica, 254 ss.
- Rosario.** Devoción, origen, 158-159 y notas. Encíclicas sobre el—159 nota 2. Fiesta de Nuestra Señora del Rosario, 158-163.
- Sacerdocio de María,** 361.
- Sacramentario.** 9 nota, 117 nota.
- Sacrificio.** 375. Fué, en María, un medio para cooperar á la salvación del mundo, 411. Valor del, 412.
- Sagrado Corazón.** Devoción al—de Jesús y á la Sma. Virgen, comparadas, 73-74.
- Salvación** garantida mediante la devoción á la Sma. Virgen, 265-266, 270-271.
- Santa María, antigua,** iglesia, 110 nota.
- Santa María libertadora,** iglesia, 110 nota.
- Santísima Trinidad.** Relaciones de María con la, 214-215.
- Santísima Virgen.** Devoción á la—comparada con la del Sagrado Corazón, 73-74. La—y los musulmanes, 79 nota. Admirables frutos de la devoción á la—, 141, 290-293, 295. Novena para adquirirla, 261-297. (Véanse las materias en el índice de meditaciones del primer volumen). Unión de la devoción á Jesús y de la devoción á María, 13, 284, 378-380. Devoción de los Santos á la—, 248-249.
- Santos,** devotos de María, 277-279, 293-297. Alegría de los—causada por María, 169.
- Sensualidad.** Razones contra la, 349-350.
- Siclo.** Valor de un—, 33 nota.
- Simeón,** el Viejo, 365-373, 379.
- Simplicidad,** espiritual, recompensada por Dios, 358, 379.
- Sinaxis.** 10.
- Singularidad.** Aversión á la—, 363-364.
- Solidaridad humana,** 315.
- Stabat Mater.** Origen, 47 nota 3.
- Sub tuum,** 185-186.
- Sufrimiento de María** y de los Santos. Su diferencia, 420-421.
- Superiores.** Manera de portarse con los—, 107-108, 337, 390. Comportamiento de los—para con los inferiores, 337, 391-392.
- Traslación de la Sta. Casa de Loreto.** Fiesta (meditación), 252-257.
- Vanidad,** de los *bienes* terrenos, 347.—de los *elogios*, 305-308.
- Vida.** Qué cosa es vivir verdaderamente, 83-84.— presente del buen cristiano, 385-386. Peligros y necesidades de la—, 167-169.
- Virgenes.** Coronación de. Su origen, 80-81.
- Virginidad.** Aprecio en que tiene Dios la—, 341. Excelencia de la, 341. Papel que desempeña la—, 168.—especial de María, 171-175.
- Visitación de la Sma. Virgen.** Fiesta, 91-97, 317 nota.
- Virtudes.** Su conexión, 43-44.
- Viuda cristiana.** Papel de la—, 374.
- Vocación.** Docilidad á la—, 31-32, 410-411.
- Voluntad** enérgica indispensable para la santidad, 397, 415.

INDICE DE MEDITACIONES

Primera parte

MEDITACIONES PARA LAS FESTIVIDADES DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Advertencias preliminares.	7
La Commemoración de Santa María en primero de Enero.	9
Desposorios de la Virgen y San José (21 de Enero).	15
Fiesta de la Sagrada Familia (tercer domingo des- pués de la Epifanía)	22
La Purificación (2 de Febrero).	28
Fiesta de la aparición de la Inmaculada Nuestra Se- ñora de Lourdes.	86
La Anunciación de la Santísima Virgen (25 de Marzo).	41
Fiesta de los Dolores de María (primera fiesta, el viernes después de la dominica de pasión).	45
Fiesta de Nuestra Señora del Buen Consejo (26 de Abril).	52
Fiesta de María, Madre del divino Pastor (primer domingo de Mayo).	58
Fiesta de María Auxiliadora (24 de Mayo).	62
Fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón (31 de Mayo).	68
Fiesta de María, Madre de las gracias divinas (9 de Junio).	75

Fiesta de Nuestra Señora de la Calle (della Strada) (Segundo domingo de Junio).	80
Fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (Domingo antes de San Juan, 24 de Junio).	86
La Visitación de la Santísima Virgen (2 de Julio).	91
Festividad de Nuestra Señora del Carmen (16 de Julio).	97
Fiesta de Nuestra Señora de los Angeles (2 de Agosto).	104
Fiesta de Nuestra Señora de las Nieves (5 de Agosto).	109
Fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima (13 de Agosto.	115
Fiesta del Purísimo Corazón de María (Domingo después de la octava de la Asunción, ó tercer do- mingo después de Pentecostés).	131
Fiesta de la Natividad de María (8 de Septiembre).	136
Fiesta del dulcísimo nombre de María (Domingo infraoctava de la Natividad).	142
Fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes (24 de Septiembre).	148
Fiesta de los Dolores gloriosos de María (Segunda fiesta, tercer domingo de Septiembre).	153
Fiesta de Nuestra Señora del Rosario (Primer do- mingo de Octubre).	158
Fiesta de la divina Maternidad de María (Segundo domingo de Octubre).	164
Fiesta de la pureza de María (Tercer domingo de Octubre).	170
La Presentación de la Virgen en el templo (21 de Noviembre).	175
Fiesta del Patrocinio de la Santísima Virgen (Un domingo de Noviembre).	181
Fiesta de la Inmaculada Concepción (8 de Diciem- bre).	187
Novena en honor de la Inmaculada Concepción (Practicada en unión de los coros de los espíri- tus celestiales).	199

Meditaciones para la fiesta de la Inmaculada Concepción.	224
Fiesta de la traslación de la Santa casa de Loreto (10 de Diciembre)..	252
Fiesta de la Expectación de la Virgen Santísima (18 de Diciembre)..	257

Apéndice

Novena para adquirir la devoción á la Santísima Virgen.	261
---	-----

Segunda parte

MEDITACIONES PARA EL MES DE MARÍA

Advertencias preliminares.	299
Víspera del mes de María (Ejercicio preparatorio).	300

SECCIÓN PRIMERA

María y el arcángel San Gabriel

Día primero. <i>La salutación angélica.</i>	304
» segundo. <i>El diálogo entre María y el Arcángel.</i>	310
» tercero. <i>El consentimiento de María.</i>	313

SECCIÓN SEGUNDA

Desde la Visitación á la Natividad

Día cuarto. <i>El entusiasmo de María.</i>	317
» quinto. <i>Las felicitaciones de Isabel.</i>	321
» sexto. <i>El Magnificat (primera parte).</i>	326
» séptimo. <i>El Magnificat (segunda parte).</i>	331
» octavo. <i>La prueba doméstica de la Sagrada Familia.</i>	334

SECCIÓN TERCERA

La Natividad

Día noveno.	<i>María Madre de un primogénito</i>	339
» décimo.	<i>Las alegrías de la Madre de Dios.</i>	343
» undécimo.	<i>Los pobres pañales de Jesús.</i>	346
» duodécimo.	<i>El Pesebre del Salvador.</i>	348
» trece.	<i>El abatimiento de Jesús.</i>	351
» catorce.	<i>La Adoración de los Pastores.</i>	354

SECCIÓN CUARTA

Presentación en el templo y vida oculta

Día quince.	<i>La presentación del Niño Jesús al Señor.</i>	358
» diez y seis.	<i>La purificación de la Santísima Virgen.</i>	362
» diez y siete.	<i>El anciano Simeón y su profecía.</i>	365
» diez y ocho.	<i>La profecía de Simeón (prosigue).</i>	369
» diez y nueve.	<i>Ana profetisa.</i>	373
» veinte.	<i>La adoración de los Magos.</i>	377
» veintiuno.	<i>La huida á Egipto.</i>	380
» veintidós.	<i>La permanencia en Egipto.</i>	383
» veintitrés.	<i>La vuelta de Egipto.</i>	387
» veinticuatro.	<i>La vida oculta del Salvador.</i>	390
» veinticinco.	<i>Jesús perdido y después hallado.</i>	395
» veintiséis.	<i>La enseñanza de Jesús.</i>	399

SECCIÓN QUINTA

La vida pública

Día veintisiete.	<i>Las bodas de Caná.</i>	403
------------------	-----------------------------------	-----

Día veintiocho. *María durante la vida pública del Salvador.* 407

SECCIÓN SEXTA

La pasión

Día veintinueve. *La Virgen Santísima al pie de la Cruz.* 413

» treinta. *Consentimiento de María en el sacrificio de Jesús.* 417

SECCIÓN SÉPTIMA

Después de la Ascensión

Día treinta y uno. *María y la iglesia del Cenáculo* 421

Índice analítico 427

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Praelectiones canonicae Religiosorum institutioni potissimum accommodatae.

PARS GENERALIS (subsequetur).

PARS SPECIALES: *De Religiosis Institutis et Personis*, tractatus canonico-moralis, ad recentissimas leges exactus.

Tomus prior, *ad usum scholarum*, 450 paginarum. 1907. Editio altera. Venit 5,50 fr.

Tomus alter. *Supplementa et Monumenta*, XLIV-912 paginarum, 1910. Editio 4^a. Venit 16 fr.

Supplementa et monumenta periodica, T. I, venit 4 fr. T. II, venit 4 fr. T. III, venit 4 fr. T. IV, venit 7 fr. T. V, venit 7 fr. T. VI (modo inchoatus). (1911-12) 6 fr. in Belgio alibi 7,50 fr.

De Vocatione religiosa et sacerdotali. Dissertatio excerpta ex opere *Supplementa et monumenta*, 46 pag. 1903. Venit 1 fr.

De iure Societatis Iesu (subsequetur).

De Sacris Missionibus et Missionariis, tractatus canonico-moralis (subsequetur).

Quaestiones de Iustitia, ad usum hodiernum scholasticè disputatae, altera editio, 1904, 1 vol. in-8, XXVI-758 p. Venit 7,00.

De Prohibitione et Censura librorum. Dissertatio canonico-moralis. Quarta editio. auctior, accuratior, et novo ordine disposita, 1 vol. in-12, p. VIII-217, 1906. Venit 2,50.

Manuel social; la législation et les œuvres en Belgique, avec la collaboration du R. P. MULLER, S. J., docteur en sciences politiques et sociales et avec une préface de M. G. COOREMAN, ancien Ministre de l'Industrie et du Travail. 3^e édition, 1909, 2 vol. in-8. Prix, Belgique, 12,50 fr.; étranger, 15,00 fr.

- La Question Congolaise**, 1 vol. in-12 de 375 p., 1903, avec carte. Prix, 3,50.
- Les Destinées du Congo belge**, Supplément à *La Question Congolaise*, 1 vol. gr. in-8 de 90 p., 1906. Prix, 1,25. Les deux volumes réunis, 4,50.
- Sur-nègres ou chrétiens**, Les Missionnaires au Congo belge. L'anticléricalisme colonial. Réponse à M. Vandervelde, 1 vol. in-8 de 84 p., 1911. 1,50 fr.
- Overwegingen of onderrichtingen over de H. Maagden dienste van Priesters en geloovigen**. (Mariafeesten — Meimaand - Zaterdag). 2 d. 900 bl., prijs 3,50 fr.; gecart, in 2 d. 5,00 fr.
- Le temps de la Pentecôte**. Méditations, Messes, Offices, Prières, Encyclique de Léon XIII. 2 frs.; relié, 2,75.
Les messes et offices sont en latin et en français. Les prêtres pourront utiliser ce volume pendant l'Octave de la Pentecôte pour la récitation de l'office.
- Pratique et Doctrine de la dévotion au S. Cœur**, méditations et prières. Deux vol. in-18. Prix: fr. 1,50 le vol.; relié, 2,50.
- De forma Sponsalium ac Matrimonii post Decretum «Ne temere»**, 1 vol. 75 p. quarta editio, 1908, 1 fr.
- Le Belge et la Personne civile**, 1 vol. in-8 de 95 p. 1908. Prix, 1 fr.
- Pour l'honnêteté conjugale**, 3^e éd. 1 vol. 125 p. 1909. Prix 1,25 fr.
- Le problème de la natalité en Belgique**, 1910. Prix 0,50 fr.
- Acta S. Sedis in causa Modernismi cum notis Canonicis**, ed. altera 1910, 1,25 fr.
- De prima puerorum Communione**, latin et français, decreta 1910 cum interpretatione. 0,50 fr.
- De Casu Apostoli seu fidei privilegio**, 1911. 1,00 fr.
- Quaestiones Morales ad hodiernum usum, scholastice disputatae**.
Vol. II **Quaestiones de iustitia**, in-8°, p. XXXVI-758 (2.^a ed.). 1,00 frs.
- Quaestionum Moralium volumen I, exhibens quaestiones quae pertinent ad ceteros tractatus theologiae moralis**.